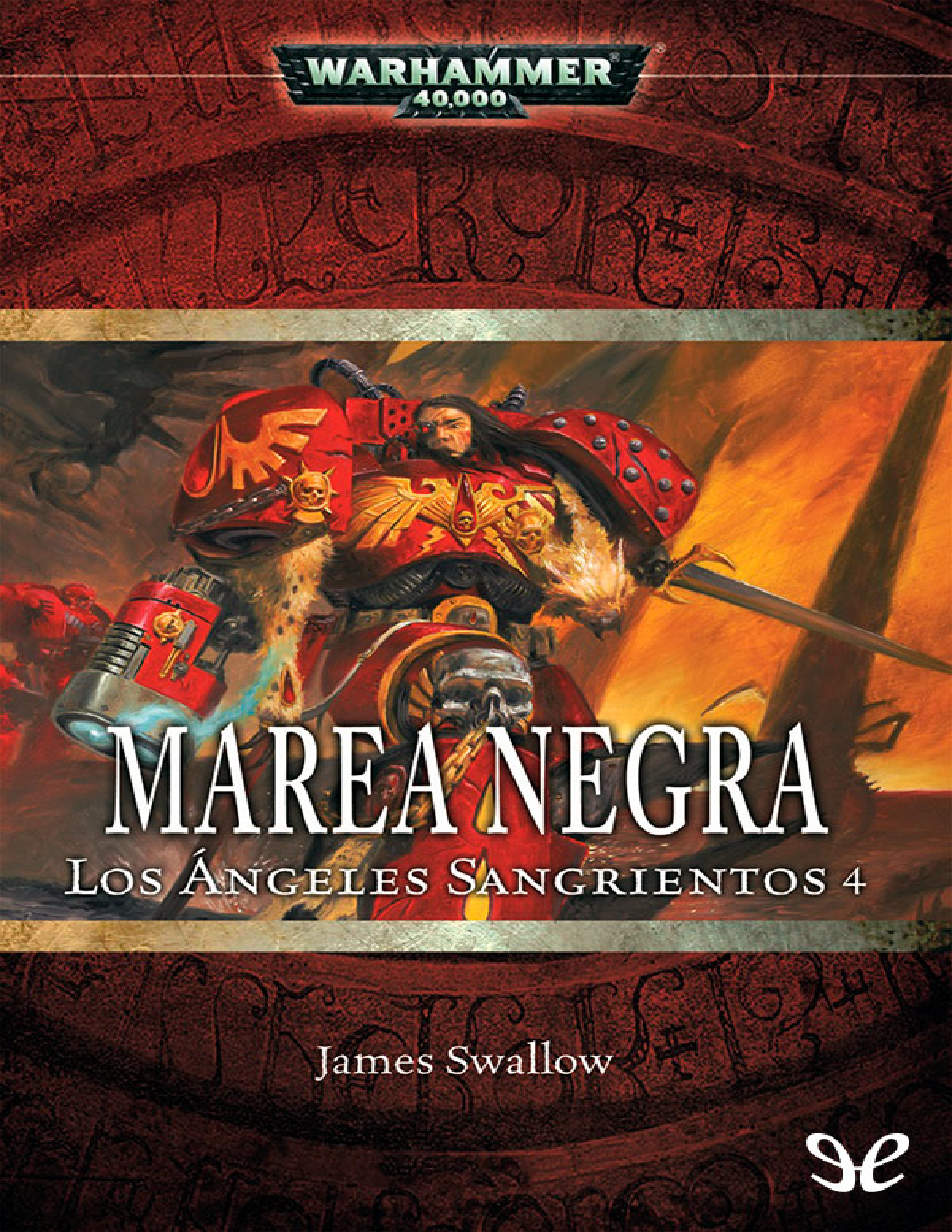

WARHAMMER
40,000
MAREA NEGRA
LOS ÁNGELES SANGRIENTOS 4
James Swallow



James Swallow

Marea negra

Warhammer 40000. Ángeles sangrientos 4

ePUB r1.4
epublector 09.05.13



Título original: *Deus Encarmine*
James Swallow, 2010
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2011).

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



Esta vez, los Ángeles Sangrientos se enfrentan a los feroces Demonios de la Sangre, tras haberles impedido arrasar su planeta de origen, Baal.

Al mismo tiempo, salen en búsqueda de quien casi destruye a su Capítulo: Fabius Bilis. Pero cuando localizan al traidor Marine del Caos en su base secreta de Dynikas IV, un planeta asediado por tiránidos, descubren un horror aún más terrible que sus peores pesadillas.

Tendrán que recuperar la muestra de sangre que ha sido robada a su primarca antes de que Fabius Bilis lleve a cabo sus siniestros planes. ¿Podrán conseguirlo?

Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el Señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate crujan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está

señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el

despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



UNO

«Todo es producto de la locura».

Era la explicación más evidente, la más sencilla, la respuesta con mayor lógica. No era posible que hubiera otra verdad. Cualquier otra alternativa era imposible. El hecho innegable era que el universo giraba alrededor de un eje de demencia, y cualquier criatura que se esforzara por negarlo estaba absolutamente condenada.

Sin embargo, la comprensión de semejante verdad no representaba ninguna satisfacción. La'Non dejó de avanzar por la capa gruesa y pegajosa de légamo que cubría la superficie del canal de aguas residuales y se detuvo para mirarse la mano derecha. Los dedos grises y delgados estaban recubiertos de mugre y de costras de sangre seca. El otro brazo, aquella cosa alienígena, colgaba flácidamente a lo largo de su costado. Aquella grotesca masa de color marrón verdoso le hacía perder el equilibrio de forma constante y era la causa de que se tambaleara al caminar y al hacer cualquier movimiento. La masa se alzó para quitarse la suciedad que le cubría la frente, pero la apartó de un golpe con la otra mano y utilizó su verdadera extremidad tau para limpiarse. No le gustaba estar parado demasiado tiempo. Si no dejaba de moverse, la voz en su cabeza se

mantenía callada. Se la imaginaba como algo fantasmal, una criatura espectral que se movía con él, en perfecta sincronía, pero que, sin embargo, era demasiado lenta, por lo que podía dejarla atrás. Durante un tiempo, al menos.

El tiempo suficiente para comprender que el universo enloquecido lo odiaba. Lo odiaba y quería que sufriera, lo odiaba tanto como para arrancarle pedazos de su propio ser y enviarlos allí, a aquel lugar, donde podrían atormentarlo hasta la muerte.

Sintió que la voz lo alcanzaba de nuevo, y le lanzó una maldición. El eco de las palabras medio gruñidas medio rugidas resonó a lo largo del canal. Con un tremendo esfuerzo, La'Non abrió de un fuerte empujón la rejilla de acceso que tenía sobre la cabeza y subió impulsándose hasta la pasarela de servicio. Tuvo que permitirle a la extremidad alienígena que lo ayudara, ya que, de otro modo, le habría resultado imposible conseguirlo.

Siguió subiendo y subiendo desde allí, avanzando en espiral por los conductos cortados en la roca viva. Pasó una o dos veces por espacios vacíos que antaño habían albergado grandes depósitos minerales de hierro y de níquel, cuando aquel lugar no era más que una roca gigantesca que flotaba sin rumbo fijo por el espacio.

La'Non se detuvo una vez más y comenzó a llorar. Pasó así varios minutos. No estaba seguro del motivo por el que esos momentos llegaban y desaparecían sin patrón o regularidad alguna. Simplemente dejaba que sucedieran y que terminaran por sí solos. Había conseguido desde el mismo día en que se había despertado con aquella extremidad implantada en su cuerpo compartimentar sus emociones de ese modo. Había logrado deslindar las funciones de su cuerpo de las de su mente. Finalmente, como siempre ocurría, los sollozos se apagaron y siguió avanzando hacia la superficie. Los regueros de lágrimas dejaron unos surcos visibles en sus mejillas sucias, y se dio cuenta de ello cuando captó su reflejo en un trozo grande de vitraleo que había caído de una ventana rota. Tenía un aspecto deplorable. Había tenido que sustituir la túnica que solía llevar puesta como representación de su cargo de funcionario de rango inferior dentro de la casta de la tierra por los andrajos harapientos que le había quitado al

cadáver de un kroot. La única prueba de su anterior rango eran las piezas rotas de su collar, que llevaba metidas en uno de los bolsillos. La piel del rostro, que mostraba unos rasgos muy demacrados, estaba muy pálida y colgaba de los huesos del cráneo como una máscara hecha de cuero que no le encajara bien en la cara. El brazo de gran tamaño que le colgaba de un costado se balanceaba hacia adelante y hacia atrás. Pesaba mucho debido a los grandes músculos que lo formaban, estaba muy caliente al tacto y se estremecía de vez en cuando. La'Non procuró no fijarse demasiado en la extremidad, así que apartó la mirada de aquella carne alienígena, bajo la piel de la cual siseaban y se retorcían los implantes que le habían colocado. Siguió caminando descalzo sobre los trozos de cristal, pero no sintió nada. Apretó los pies contra el suelo de un modo deliberado, pero no sintió dolor alguno. Vio que la sangre se le acumulaba entre los dedos, pero no notó sufrimiento por ello, así que siguió avanzando. Hacia arriba. Hacia afuera.

La colonia se asemejaba a una pieza de fruta kittick de un árbol infestado de gusanos perforadores. Era una roca achatada con una superficie de aspecto corriente y vulgar, pero el interior de aquel asteroide estaba repleto de túneles y de espacios vacíos que lo atravesaban de un extremo a otro entrecruzándose entre sí. Había factorías y plantas de oxigenación, zonas arbóreas y cápsulas habitacionales, lugares donde hacer ejercicio y enseñar y divertirse. Era el hogar de cien mil taus, o al menos lo había sido.

La'Non había llegado en el momento de la fundación de la colonia, que flotaba por el vacío en el extremo más alejado del sistema Tash'var. Había tenido una buena vida en el asteroide, hasta que llegó la tempestad.

Recordaba muy poco de lo ocurrido. Se enteró de todo más tarde, mediante fragmentos que le llegaron a los oídos. Una tormenta de disformidad, repentina y terrible, se había tragado toda la colonia y la había destrozado antes de devolverla como si fuera un trozo de comida indigerible, pero lo había hecho en otra parte del espacio, lejos del hogar, lejos de T'au.

Y fue allí, mientras estaban solos y perdidos, cuando llegó el extraño gue'la, el humano con sus numerosos artefactos de dolor y su ejército de

guerreros monstruosamente transformados. La locura llegó con el invasor, la gran revelación.

¿Cuánto hacía que había pasado aquello? ¿Días? ¿Años? La'Non había perdido toda noción del paso del tiempo, y recordó un viejo adagio que decía que cualquier ser consciente debía reconocer aquello como el primer paso en el camino que llevaba a la locura. Quizá, si lograba llegar a los niveles exteriores… Quizá cuando viera de nuevo el cielo oscuro por primera vez… No importaba cuánto tiempo hubiera pasado, él lo sabría. Pero había tantas cosas que le habían impedido seguir avanzando: el nido de véspidos enloquecidos que le había cortado el paso en uno de los almacenes de comida; el kroot malherido, casi moribundo, al que había matado con una silla rota, y la criatura que se asemejaba a una hembra de la casta del aire, pero que en realidad no era más que un saco de carne y de sangre. Había sido ella quien le había absorbido la mayor parte del tiempo al hablarle, al tratar de ser su amiga. Cuando la extremidad alienígena le aplastó la cabeza contra una pared de piedra y se la reventó, La'Non lo observó todo sin sentir emoción alguna, ya que en ese punto de su viaje todavía se estaba esforzando por alcanzar alguna clase de comprensión sobre todo lo ocurrido.

La colonia se había convertido en un lugar de muerte y de descomposición. Los supervivientes de los horribles experimentos del extraño gue'la habían sido abandonados a su suerte para que perecieran, arrojados a unos corredores lúgubres para vivir o morir a manos de aquellos que habían escapado a sus cuchillos, o de sus otras víctimas. La'Non se había visto acosado durante mucho tiempo por el temor a que lo capturaran de nuevo, a verse sometido de nuevo a aquel dolor intenso y lacerante, a la agonía interminable. Se llevó una mano, la mano buena, a la garganta, como si aquel gesto le recordara lo mucho que había gritado, hasta dejarse la garganta en carne viva. Al hacerlo, la voz le susurró al oído. Lo había alcanzado de nuevo.

Le contó lo mismo otra vez. A la voz le gustaba contar aquello, le gustaba mucho. Era la única explicación que se le ocurría para la repetición y la charla interminable sobre los mismos detalles, sobre las mismas

imágenes. La voz le hablaba a La Non de otro tau que también se llamaba La'Non, que tenía un nexo de unión con su pareja tau y que vivía en un habitáculo pequeño pero cómodo, y a quien se respetaba mucho por su ética de trabajo, a pesar de que no era un individuo que destacara por su excelencia. Era un tau buen marido de una esposa amable y padre atento de un hijo inquieto, como lo eran todos los niños. Ese otro La'Non, que evidentemente no podía ser él, ya que sin duda recordaría que había tenido una esposa y un hijo, lo había perdido todo cuando llegó una gigantesca tormenta que destrozó su hogar. La voz llegó al final del relato y comenzó una vez más a contarlo de nuevo. Jamás se cansaba de hacerlo.

La'Non empezó a gritar de forma incoherente y a golpearse la cabeza contra el suelo. Tras unos instantes, la voz se apagó otra vez. Quizá tenía otros a los que hablarles. Otros a los que les gustara más que a él el relato de lo que le había ocurrido a aquel otro La'Non. Se irguió algo mareado y se limpió la sangre antes de seguir avanzando, sintiéndose agradecido de que hubiera regresado el silencio.

Comió algo parecido a una materia vegetal, un brote que encontró medio podrido en la esquina envuelta en sombra de uno de los corredores. Luego sorbió un poco de agua sucia del borde de una esfera de baño llena a rebosar que se encontraba en el interior de una cápsula habitacional que se había derrumbado. La'Non siguió las indicaciones luminosas a lo largo de las rampas que subían lentamente en espiral. El leve tirón de los generadores de gravedad, a los cuales todavía llegaba la energía producida por el poderoso reactor de fusión instalado en el núcleo del asteroide, le permitía caminar con comodidad por la circunferencia interior de los corredores con forma de tubo. La tecnología que poseían permitía a los tau utilizar al máximo cada centímetro de espacio del interior del asteroide para vivir y trabajar.

Aunque ya no quedaba vida allí. El asteroide se había convertido en un cadáver, y lo único que se movía en su interior eran alimañas y carroñeros. La'Non era uno más de ellos, un gusano que se alimentaba de carne muerta. Ya no quedaba nada vivo, no como solía ser antes. No como ocurría en la

vida del otro La'Non, del que hablaba la voz que resonaba en el interior de su cabeza.

Sin embargo, aquello ya no lo angustiaba. Comprenderlo por fin le había proporcionado una cierta satisfacción, si es que se podía llamar así. Al principio, La'Non había sentido temor ante la idea de estar perdiendo la razón, de que se hubiera visto empujado a la locura por la agonía que había sufrido y por la extremidad que le habían implantado. Sin embargo, en esos momentos había llegado a una conclusión mucho más certera.

El estaba cuerdo. Sí. Era algo que le resultaba evidente. La locura la formaba todo lo demás. Una vez estuviera delante de la noche que había al otro lado, se sentiría completamente seguro de ello. La última brizna de duda desaparecería por completo. Si fuera capaz de encontrar el silencio, si fuera capaz de encontrar un modo de acabar con el dolor, entonces se sentiría satisfecho del todo.

Horas, o días, o años más tarde, el tau descubrió que había llegado a las compuertas de acceso a las naves estelares. Había arrastrado la extremidad alienígena contra las paredes de ese corredor y había golpeado con los nudillos verdosos los portales ovalados agrietados. Finalmente, La'Non encontró lo que buscaba. Era una compuerta, una estructura con forma de iris de una densa aleación metálica, con cada una de las hojas de líneas redondeadas bien engrasada y encajada de forma hermética. No recordaba la secuencia que la abría, pero su mano buena sí, y comenzó a pulsar los botones del teclado de la pared.

Vio la oscuridad que se extendía al otro lado de la ventana agrietada, más allá del hielo formado por el oxígeno cristalizado. Aunque no lo veía realmente. No podía verlo de verdad, no con sus propios ojos. Para comprenderlo de verdad, para mirar cara a cara al universo y reconocerlo como lo que realmente era, tenía que salir al exterior. ¿O no sería más bien que por fin se estaba aventurando hacia su interior por primera vez? La'Non se preguntó si la voz conocería la respuesta. Sonrió. El dolor no tardaría en desaparecer y la voz no volvería a molestarlo jamás.

Estaba todavía ocupado con la secuencia de apertura cuando atisbó el movimiento de una sombra roja al otro lado del portal, pero hizo caso

omiso de la misma. No tenía importancia alguna. Al igual que el otro La'Non, la esposa y el hijo, era algo digno de olvido. Tan sólo aquel acto, aquel momento, tenían importancia.

Captó unos sonidos, una vibración, y torció el gesto de su rostro gris en una mueca de confusión. Del otro lado de la compuerta le llegaron ruidos, el retumbar de unas botas pesadas y el estruendo de una serie de impactos chirriantes. Aquello no debería ser así. Al otro lado de la compuerta sólo debía haber una antesala blanca y sencilla, la cámara de descompresión y las hileras de trajes de protección medioambiental. Ese espacio debería estar vacío y preparado para recibir a La'Non. Era la última barrera que se interponía entre él y el universo enloquecido, que esperaba su llegada allí fuera para que el tau le dijera que lo comprendía por completo.

Un instante después, aquel iris artificial siseó cuando las hojas metálicas se abrieron retrayéndose hacia el interior de las paredes de piedra. La'Non sintió cómo la extremidad alienígena se retorcía mientras se volvía para darle la espalda al panel y dar el siguiente paso.

La abertura que habían dejado las hojas de la compuerta al separarse estaba bloqueada por una estatua de color carmesí. La'Non alzó la mirada y la captó por completo de un solo vistazo. Se trataba de una figura humanoide, llena de curvas y de bordes angulosos. Era algo de aspecto pesado, y la habían tallado de forma que los brazos y las piernas mostraran un aspecto grande y musculoso, y el conjunto lo remataba una cabeza pequeña de aspecto feroz con dos ojos penetrantes y relucientes como gemas. La boca que formaba la rejilla de respiración mostraba una mueca permanente. Sobre el pecho llevaba un símbolo: unas alas talladas de oro batido que se extendían desde un rubí reluciente con forma de gota. En una mano empuñaba el arma de mayor tamaño que La'Non jamás hubiera visto. Era un gran bloque de mecanismos de acero, más grande que cualquier carabina de inducción normal. La bocacha del arma era el portal del largo túnel negro que constituía el cañón de aquel artefacto.

Vio que había más figuras como aquélla, encorvadas, que ocupaban el escaso espacio del interior de la esclusa de aire. Apenas cabían en el interior de aquellas paredes, y presentaban un aspecto amenazador. Aquella imagen

le recordó al gue'la que había llevado todo el dolor a la colonia. Esas cosas eran iguales pero diferentes. Tenían la misma masa, la misma forma. La'Non se preguntó si compartirían la misma crueldad. Preguntó a la voz de su cabeza si conocía la respuesta. ¿Habría enviado el universo a aquellos monstruos para que siguieran el camino abierto por el portador de dolor? ¿Eran el siguiente acto de aquella locura, una nueva agonía dolorosa que debía soportar? Y si era así, ¿aprendería con ello una nueva verdad?

La'Non ofreció la mano buena en un gesto de saludo, pero la extremidad alienígena también quiso participar y se alzó formando un puño amenazador.

J

El bólter del hermano Ajir se alzó también, pero en el mismo instante se oyó la voz del hermano sargento Rafen cuando rugió una orden.

—¡No!

Ajir no dio muestra alguna de haberlo oído y se limitó a prolongar el movimiento del arma para golpear al alienígena en vez de matarlo directamente de un disparo. El desharrapado tau salió despedido de espaldas por el pasillo excavando en la roca que se extendía al otro lado de antecámara de la esclusa de aire y cayó al suelo en un revuelo de extremidades escuálidas. Lo único que se oyó durante unos momentos fue el repiqueteo de los talones del alienígena mientras se esforzaba por afirmar los pies y ponerse de pie, algo que finalmente no logró. En el rostro mugriento del tau apareció un delgado rastro de sangre procedente de la herida, y de entre sus labios escapó un gemido.

Ajir sacudió con cuidado el arma para librarla de la salpicadura de sangre alienígena que la manchaba. El hermano sargento Rafen lo oyó

soltar un leve bufido de desprecio.

—Sigue vivo —comentó el otro guerrero.

Rafen volvió la cabeza, que seguía cubierta por el casco, hacia el hermano Ceris. El codiciario hizo un gesto de asentimiento al captar la orden que su comandante no llegó a pronunciar. Ceris avanzó unos pasos hasta colocarse en vanguardia del grupo. De todos los guerreros del Adeptus Astartes que había en la antecámara era el único que no llevaba puesta una armadura de combate de color carmesí. La suya era de color índigo, y sólo la hombrera derecha era roja como la sangre. El guerrero se quitó el casco y centró su mirada aguda y penetrante en el alienígena. Varios dispositivos cristalinos que tenía implantados en la parte posterior de la cabeza relucieron suavemente cuando los contactos y los aparatos del capuchón psíquico que llevaba acoplado a la servoarmadura se activaron para realizar sus funciones arcanas. El tau se arrastró para alejarse de él al mismo tiempo que murmuraba algo y lanzaba una mirada cargada de preocupación hacia Rafen.

El sargento se quitó el casco, al igual que había hecho el codiciario, y la espesa cabellera oscura le cayó hasta los hombros. Rafen observó atentamente al tau sin mostrar gesto de piedad alguno.

—¿Puedes entender lo que digo, alienígena?

El tau no le respondió, y tras unos instantes, fue Ceris quien habló:

—Sí puede.

Los cristales titilaron de nuevo levemente y Rafen captó en el aire frío un regusto sutil a ozono, el residuo tangible de la cuidadosa presión psíquica a la que Ceris estaba sometiendo al alienígena.

—La'Non habla tu lengua, gue'la —respondió con una voz débil y quebradiza.

—Buscamos algo —le explicó Rafen—. Aquí, en vuestra colonia. Te verás obligado a ayudarnos a encontrarlo, lo quieras o no.

El hermano sargento movió la cabeza hacia un lado señalando a Ceris. El significado estaba claro: el psíquico se inclinó y miró sin pestañear al tembloroso tau.

—En este lugar no hay más que sufrimiento —gimió con voz ronca el alienígena—. No encontraréis nada. Sólo el sufrimiento y las voces.

Rafen siguió hablando sin hacer caso de aquella interrupción.

—Estamos buscando a otro… a otro gue'la. —El hermano sargento torció la boca en una mueca de desagrado. Le dio la impresión de que la palabra alienígena le dejaba un regusto desagradable en los labios—. Cuéntanos todo lo que sepas.

—¡El portador de dolor! —exclamó el tau con un gruñido repentino—. ¡Sois… sois lo mismo!

Rafen oyó un bufido de rabia a su espalda.

—No nos parecemos en nada a él —exclamó el hermano Turcio.

—Muéstrale la imagen —añadió el hermano sargento. Se volvió hacia el hermano Kayne, quien estaba cerca de él con el bólter preparado en posición de disparo—. Tenemos que estar seguros.

El rostro de Kayne estaba oculto tras la placa facial del casco, pero su forma de moverse indicó con claridad la irritación que sentía. Al igual que los demás. Kayne tenía imbuida la necesidad imperiosa de matar a cualquier alienígena con el que se encontrara, y le costaba un gran esfuerzo contenerla. Rafen lo comprendía muy bien. El sentía lo mismo, pero la misión era lo más importante, y para cumplirla haría todo lo que fuese necesario, y eso incluía permitir que un alienígena indeseable dispusiera de unos cuantos momentos más de vida.

El joven astartes sacó una placa de datos en forma de disco de uno de los bolsillos de su cinto y dio unos pasos hasta colocarse delante del alienígena y mostrársela de cerca.

El tau parpadeó para quitarse la sangre que le cubría los ojos y miró con expresión algo aturdida la pantalla. Un instante después, el poco color que mostraba su rostro cadavérico desapareció por completo. Rafen reconoció la expresión que apareció en la cara de la criatura alienígena. Por lo que se veía, el horror tenía el mismo aspecto sin importar la especie a la que pertenecieras. El alienígena levantó las manos para taparse los ojos. Una era delgada y esquelética, mientras que la otra era gruesa y musculosa.

—El brazo de la criatura… —La voz de Turcio sonó en el microrreceptor del oído, por un canal general que sólo los demás marines espaciales podrían oír—. Es aberrante.

El hermano Puluo, que se encontraba a su lado, inmóvil como una estatua y con un bólter pesado en las manos, ofreció su opinión, taciturno como siempre.

—Una mutación.

—No —le replicó Ajir con una voz que parecía aburrida—. He matado a muchos de éstos para diferenciarlos sin problemas. Esto es algo completamente distinto. —Miró a su comandante—. Quizá deberíamos rebanarle la garganta y enviarlo a la nave como un recuerdo curioso para que los sacerdotes sanguinarios lo examinen como entretenimiento.

El tau los observó con una extraña mezcla de terror y de fascinación, ya que probablemente sabía que estaban hablando de él aunque no escapara ni un solo sonido de los cascos sellados o de los microrreceptores de las armaduras. El alienígena se puso en pie con movimientos cuidadosos y se quedó parpadeando. La respiración de la criatura era jadeante, y no fue capaz de erguirse del todo. Extendió un dedo tembloroso hacia la oscuridad.

—Allí abajo, abajo —musitó—. El portador de dolor. Abajo.

—Nos mostrarás el camino —le insistió Ceris con la mirada inmutable.

—Gue'la, la palabra que he dicho es no. No, no. —El alienígena comenzó a darse pellizcos con la extremidad musculosa y aberrante—. No puedo volver. No lo haré. —Señaló más allá de los astartes, a las compuertas que daban al exterior—. Fuera. Sí. Para ver el universo, para enfrentarme a él. Detendré la voz. La voz, voz, voz…

—Esta criatura está desquiciada —bufó Ajir. Alzó de nuevo el bólter—. ¿Para qué necesitamos un guía, mi señor? —preguntó al mismo tiempo que se volvía hacia Rafen.

—Tiene miedo —dijo Ceris—. El terrible tormento y el pavor que ha sufrido lo han empujado más allá de los límites de la cordura. La criatura está convencida de que se verá obligada a sufrir más dolor si regresa a los niveles inferiores de la colonia.

El codiciario torció de nuevo la boca, como si leer los pensamientos del tau le provocara repugnancia.

El alienígena agitó las manos.

—Sí, sí. No más dolor.

Rafen miró con dureza al tau.

—La'Non, haz lo que te digo y acabaré con tu sufrimiento. Para siempre.

Cuando el tau alzó los ojos hacia él, la expresión suplicante de su mirada era patética.

—¿Lo juras? ¿Por tu deidad?

Ceris entrecerró los ojos, y su poder sutil presionó un poco más la voluntad debilitada de la criatura. Rafen asintió.

—Muéstranos el camino. Llévanos hasta el portador de dolor —le ordenó.

El tau, sin dejar de tambalearse y de murmurar, encabezó la marcha conduciéndolos de un lado a otro a través de los corredores en un trazado serpenteante que al principio no pareció llevarlos a ningún lugar. Ceris caminaba justo detrás de él, y el leve resplandor azul que le rodeaba la cabeza y la tensión que mostraba su cara eran una indicación de la fuerza telepática constante que estaba empleando sobre el alienígena.

Rafen avanzaba pocos pasos detrás de ellos con el bólter pegado al pecho y con el cañón apuntando al suelo. El sargento todavía estaba intentando calibrar el valor del codiciario. Su reciente asignación a la unidad de Rafen había sido una orden directa del bibliotecario jefe del capítulo, el señor de los psíquicos Mephiston. Según se rumoreaba en los barracones, Ceris era uno de los numerosos psíquicos que Mephiston había escogido en persona para que le sirvieran como ojos y oídos por todo el capítulo, y Rafen no podía evitar tener la sensación de que, en cierto modo, todo lo que decía o hacía a la vista del codiciario de tez olivácea era a su vez observado de alguna manera por el individuo al que los Ángeles Sangrientos llamaban el Señor de la Muerte. Los métodos empleados por los brujos en sus manejos psíquicos era algo que Rafen desconocía por completo, pero al sargento no le costaba imaginarse que la enorme distancia

a la que se encontraba Mephiston no suponía obstáculo alguno para los poderes sobrenaturales de su mente.

Ceris echó una breve mirada por encima del hombro antes de volverse de nuevo hacia adelante, como si con aquel gesto quisiera confirmar lo que Rafen estaba pensando. La voz del codiciario era suave, lo que resultaba un tanto incongruente para un individuo fornido procedente de una de las tribus ecuatoriales de Baal Prime. Su mirada dura e imperturbable parecía captar todos y cada uno de los detalles que lo rodeaban. Sus emociones, cuando se dignaba a mostrarlas, eran vagas e indefinidas. Aquello era, más que nada, lo que contrariaba al sargento. Todos y cada uno de los guerreros que estaban bajo su mando, incluso el reservado Puluo, mostraban abiertamente su espíritu guerrero y su fervor. Ceris era un enigma, y el hermano sargento Rafen se encontraba incómodo en su presencia.

—Señor.

La voz del hermano Puluo sonó en el microrreceptor del comunicador de Rafen. Una de las runas indicadoras del interior de la gorguera lo avisó de que la comunicación se efectuaba por el canal personal de su segundo al mando. El sargento supo que Puluo quería preguntarle algo que lo preocupaba.

—Habla.

El otro guerrero se colocó a su lado sin dejar de caminar. Su casco de color azul lo señalaba como un marine espacial devastador, encargado de manejar las armas pesadas. El casco casi parecía negro bajo aquellas sombras.

—Ajir no deja de llevar razón. Podemos orientarnos en este nido de gusanos sin necesidad de que el alienígena nos ayude.

—Es mi prerrogativa como sargento al mando —le contestó Rafen, quien subvocalizó las palabras para que las captara el comunicador, pero que nadie más las oyera—. No es más que una cuestión de conveniencia, hermano. El alienígena cumplirá su cometido. —Frunció el entrecejo y su rostro se ensombreció—. Ya hemos perdido demasiado tiempo en persecuciones inútiles. Si debemos tolerar que esta criatura viva un poco más con tal de cumplir con éxito nuestra misión, que así sea.

—Como ordenéis —le respondió Puluo, aunque Rafen se dio cuenta de que no había quedado satisfecho con la respuesta.

Lo cierto era que tampoco Rafen lo estaba. Sin embargo, habían pasado muchos meses desde que su escuadra y él habían partido del planeta natal del capítulo, Baal, a bordo de la nave de combate Tycho, y a lo largo de esos días y semanas habían conseguido muy pocas victorias. La misión que el propio Dante, el señor del capítulo, le había encomendado a Rafen había demostrado ser tan difícil como se habían esperado los ángeles sangrientos de la escuadra. Su presa se había mostrado, si eso era posible, más escurridiza de lo que su propia reputación sugería. Estaban persiguiendo una sombra en mitad de la profundidad negra del vacío interestelar, y hasta ese momento siempre se había mantenido un paso por delante de ellos.

Echó la mirada hacia atrás, hacia la fila irregular que formaban sus guerreros. Detrás de Puluo, que caminaba sin esfuerzo alguno con el bólter pesado en las manos, iba Ajir, que avanzaba con osadía por el centro del corredor y que miraba cada nuevo túnel y cada puerta abierta en busca de una oportunidad de enfrentarse al enemigo. Kayne, el más joven de todos los miembros de la escuadra de Rafen, lo seguía con pasos cuidadosos y precavidos, mientras que Turcio se encargaba de vigilar la retaguardia, en silencio y alerta. El brazo de Turcio se veía firme como una roca. El brillo apagado del acero y del pesado carbono de su extremidad artificial estaban ocultos bajo la armadura, y empuñaba el bólter con unos dedos de hierro. Cada uno, a su propia manera, se mantenía concentrado en su deber, pero Rafen los conocía lo bastante bien como para captar la tensión que emanaba de ellos, que era un reflejo de la que él mismo sentía. Era algo que los seres humanos normales habrían llamado inquietud, en los límites de un desasosiego que había ido creciendo a medida que se habían cerrado todas y cada una de las pistas de su búsqueda, una por una.

¿Estaría allí? Era una pregunta que Rafen se había hecho ya una decena de veces a lo largo de la misión mientras viajaba a bordo de la Tycho. Se la había hecho en la superficie de Seyrin Minoris; entre las ruinas de una cúpula de sacrificio de los eldars oscuros; en las profundidades de la ciudad colmena de Nadacar y mientras recorrían la locura rugiente del espacio

disforme. Una decena de pistas, de avistamientos posibles y de medias verdades sacadas de una red de espías, de visores de exploración y de informes de inteligencia imperiales. Todas y cada una de ellas habían acabado siendo un callejón sin salida, una pérdida de tiempo. En cada ocasión, la misma pregunta. En cada ocasión, la misión incumplida, el objetivo perdido.

¿O quizá sería que el objetivo de la caza era tan temible e inteligente como afirmaban sus enemigos? En Nadacar, Rafen había tenido la certeza de que había atisbado durante un momento la voluminosa figura de su objetivo abrirse paso a empujones entre los penitentes para alejarse del lugar. Luego, en el laboratorio improvisado que habían descubierto, y que estaba festoneado con los restos sanguinolentos de un inquisidor del Oído Hereticus y de su equipo de investigación, habían encontrado un cáliz todavía cálido al tacto, y el olor de su objetivo aún flotaba en el aire de la estancia. Habían estado muy cerca, pero no lo suficiente.

Y Rafen había sentido con cada una de aquellas decepciones cómo la cuchilla del fracaso se le clavaba más y más profundamente en el corazón. A pesar de todas las palabras tranquilizadoras y exculpatorias del señor del capítulo, había sido él, Rafen, quien había permitido que su objetivo escapara de Baal. Aunque nadie lo culpaba por ello, él sentía sobre sí el tremendo peso de la responsabilidad. Durante unos instantes, el recuerdo de un momento concreto le nubló el pensamiento: aquella imagen de humo psíquico y de ectoplasma que tuvo flotando delante de él, un portal de disformidad aullante con forma de cráneo.

Rafen apretó con más fuerza todavía la empuñadura del bólter y se esforzó por sacarse aquella imagen de la cabeza. No le servía absolutamente de nada torturarse con recriminaciones como aquélla. En vez de eso, utilizó la rabia que lo invadía como una energía que le sirviera para seguir adelante, para aguzar sus sentidos.

Se habían visto obligados a revisar los restos de una información pésima que se había sacado de fuentes tan dispersas y tan poco fiables que la veracidad de sus detalles era equiparable a las de los cuentos que se inventaban los borrachos habituales de las tabernas. Sin embargo, a pesar de

ello, mientras cruzaban el vacío sideral en dirección a la colonia tau que flotaba a la deriva por el espacio, algo en el interior de Rafen resonó igual que las cuerdas de una electroarpa. El renegado estaba cerca. Lo sentía en la médula de los huesos.

En algún lugar de aquella yerma roca alienígena, en algún punto de aquellas profundidades lóbregas, un architraidor, el autoproclamado Primogenitor del Caos Absoluto, uno de los antiguos lugartenientes de los Hijos del Emperador, un apotecario desviado, un asesino y torturador de seres humanos, estaba llevando a cabo sus planes malignos.

Rafen bajó la vista hacia el juramento que llevaba adherido al avambrazo de su servoarmadura. El trozo de pergamino bendecido mostraba una mancha de color oscuro, una gota de sangre procedente de las venas de Corbulo en persona, el señor del Grial Rojo y de todos los sacerdotes sanguinarios del capítulo. El pergamino del juramento representaba la promesa de Rafen plasmada en palabras y bendecida a los ojos del Dios Emperador de la Humanidad.

La promesa de encontrar y matar al individuo llamado Fabius Bilis.

La voz le indicó a La'Non hacia dónde debía llevar al gue'la. Tras unas cuantas horas, ¿o habían sido días?, recorriendo los pasillos serpenteantes en espiral, el tau condujo a los humanos con armadura hasta uno de los espacios interiores de mayor tamaño de la colonia asteroide. Se trataba de una caverna de forma elíptica, y la mayor parte la ocupaba un orbe compuesto de múltiples facetas construido con el mismo polimetal de aspecto suave que se utilizaba en prácticamente todas las estructuras levantadas por los tau. Varios pilares que surgían del suelo, de las paredes y del techo de la caverna mantenían en su sitio la esfera de color blanco hueso. Los generadores de gravedad que tenía fijados en varios puntos permitían caminar por toda la superficie del orbe, igual que si se tratara de un diminuto satélite artificial. La'Non sabía que su interior estaba organizado en una serie de paneles verticales colocados uno sobre otro. En el pasado había sido el hospital de la colonia, pero luego se había convertido en un lugar repleto de horror.

El gue'la había llegado tras la tormenta que los había devorado y expulsado de nuevo. Era el portador de dolor, que había decidido hacer de aquel sitio su hogar. Al principio todo habían sido palabras amables y lisonjeras, había utilizado todas las máscaras que había necesitado para convencerlos de que tenía la intención sincera de ayudar a los colonos, incluso había fingido estar interesado en unirse a ellos para entrar al servicio del Bien Supremo. Todo habían sido mentiras.

La'Non oyó que la voz lo apremiaba para que siguiese avanzando, y empezó a temblar y a estremecerse. Notó la fuerza mental del humano de armadura azul que tenía a la espalda, que le hacía mover las piernas como si fueran pistones mecánicos. El tau tuvo la sensación de que la cabeza le iba a estallar al verse sometido a aquellas dos presiones opuestas. Gimoteó al recordar todas las criaturas que habían salido de aquella enfermería, al portador de dolor y a la gran araña metálica que llevaba a la espalda, los artefactos que cortaban, sajaban y cosían, el placer monstruoso que el gue’la había sentido al implantarle aquella extremidad a La'Non.

Y luego estaban todos los demás. Los híbridos que había creado a partir de trozos de especies completamente distintas entre ellas, criaturas que jamás habrían debido compartir el mismo físico, unidas mediante métodos que se encontraban más allá de la capacidad de comprensión de un simple miembro de la casta de la tierra.

Otro recuerdo se abrió paso hasta su conciencia, y la voz se lo presentó como si se tratara de alguna clase de regalo horrible. Rememoró un momento en el que La'Non consiguió hablar, aunque más bien fueron unas cuantas palabras que logró murmurar cuando el portador de dolor se inclinó sobre él mientras lo ataba a la mesa de operaciones.

El tau le había preguntado por qué. ¿Qué razones tenía para llegar hasta aquel asteroide habitado por un puñado de náufragos estelares solitarios y darles falsas esperanzas y luego atormentarlos de aquel modo tan cruel? ¿Qué valor tenía todo aquello para él?

El portador de dolor no le había mentido. Le respondió a La'Non que lo hacía no sólo porque podía hacerlo, sino porque también le divertía.

La'Non no recordaba más que los gritos después de aquel momento. Oyó ese sonido de nuevo en la cabeza mientras se tambaleaba por el suelo curvado, cómo la voz aullaba de dolor. La extremidad se alzó y golpeó al tau en la cara, lo que lo hizo trastabillar, pero el impacto despertó una descarga de energía en su interior. Sin comprenderlo realmente, completamente desconectado de sí mismo, el tau empezó a imitar con su voz el grito de su interior. Empezó a tironear de la piel de su propia cara, pero el grito no dejó de sonar.

—¡El alienígena…! —avisó Ceris con un grito cuando el tau comenzó a tambalearse violentamente y atravesó trastabillando los montones de escombros y de restos. La criatura había comenzado a gritar a todo pulmón en su propio lenguaje sibilante e incoherente.

Rafen ya había alzado el bólter y apuntaba al tau con la mira que el arma llevaba incorporada sobre el cañón. Tras tener centrado a su objetivo, cambió el selector de disparo a fuego semiautomático y apretó el gatillo.

Un instante después, sin embargo, un rayo de color blanco azulado atravesó el aire lúgubre y derribó al alienígena con un impacto de refilón. El tau saltó en el aire con una pirueta espasmódica y se desplomó con una leve neblina de sangre flotando sobre su cuerpo. Rafen reaccionó al mismo tiempo que un segundo rayo le pasaba muy cerca e impactaba con un chasquido contra un montón de barriles contenedores.

—¡Allí! —gritó Kayne.

La aguda vista del joven había descubierto la posición del tirador. Señaló un punto, y Ajir descargó una andanada de proyectiles de bólter en dirección a la pared baja que el otro ángel sangriento le había señalado. Otro tau surgió inesperadamente de ese punto con una arma de cañón humeante en las manos. El alienígena llevaba puestas varias piezas de una armadura de color arena que Rafen identificó gracias a las cintas de formación hipnogógica, pero las placas protectoras estaban cubiertas de manchas de un fluido oscuro y mostraban un aspecto descuidado. Lo más extraño de todo era que el rostro del tau mostraba una curiosa desproporción. El lado derecho de su cara estaba cubierto de espinas y de

trozos de quitina, y cuando gritó, el sonido que surgió de su garganta resonó igual que el repiqueteo de unos huesos.

Rafen abatió al alienígena de un único disparo en el pecho, y el tau salió despedido hacia atrás con el torso convertido en una masa sanguinolenta. El cuerpo del tau moribundo todavía no había dejado de estremecerse cuando una nueva andanada de rayos azules acribilló la zona donde se encontraban los ángeles sangrientos. Surgieron más criaturas detrás de las pilas de escombros y de las sombras que se extendían al otro lado de las cápsulas habitacionales. Todas aullaban y rugían, todas les gritaban a los marines espaciales el dolor que compartían. Rafen captó que repetían sin cesar, una y otra vez, una palabra en concreto:

—¡Gue'la! ¡Gue'la! ¡Gue'la!

—¡El alienígena nos ha llevado hasta una emboscada! —gruñó Ajir con un claro tono de reproche en la voz.

—¡No! —Le respondió Ceris con otro gruñido—. ¡Lo habría sabido!

Rafen no quiso responder. Se limitó a fruncir el entrecejo y comenzó a disparar.

Los desharrapados y aullantes tau salieron en tromba de los pasillos y de las pilas de escombros que formaban las cápsulas habitacionales derruidas. Algunos de ellos eran soldados, los llamados «guerreros de fuego» por los de su especie, la infantería de vanguardia con sus extrañas armaduras de placas de formas rectilíneas, pero la mayoría de los atacantes parecían ser funcionarios o ciudadanos corrientes, criaturas sin experiencia en combate. Muchos de ellos empuñaban armas que sin duda habrían obtenido de otros alienígenas ya muertos o tras saquear el arsenal del que dispusiera la guarnición tau que probablemente habría sido asignada a aquella colonia. El eco de los chillidos estridentes de los rayos de energía resonaba por la enorme cámara ovalada. Los trazos perfectamente rectilíneos de los rayos de energía corrían pegados al suelo.

Los ángeles sangrientos de Rafen se desplegaron para moverse a través de las diversas coberturas que ofrecía el terreno mientras avanzaban hacia el enemigo. Iniciaron la táctica de combate adecuada de un modo instintivo, producto de un entrenamiento constante, preparados y equipados para llevar

la muerte a sus atacantes. El estampido retumbante de los disparos de los bólters pugnó por ahogar el aullido de las armas alienígenas. El sargento vio con el rabillo del ojo que Puluo afirmaba los pies en el suelo, se inclinaba un poco sobre el bólter pesado y a continuación abría fuego. De la bocacha supresora de llamas del cañón del arma surgió un destello cruciforme, y los grandes casquillos de latón surgieron de la ranura de eyección formando un chorro metálico. Una oleada mortífera de proyectiles barrió el lugar a medida que el marine espacial rotaba lentamente sobre sí mismo y arrasaba todo lo que se encontraba bajo su arco de fuego. Los tau sin armadura que se vieron atrapados en su zona de tiro perdieron alguna extremidad o sus torsos quedaron convertidos en jirones de carne sanguinolenta, y los soldados alienígenas que no murieron bajo la descarga retrocedieron aullando para ponerse de nuevo a cubierto.

El arma de Puluo habría sido más que suficiente para hacer que cualquier enemigo sintiera miedo de la ira del Dios Emperador, pero los tau no cedieron en su ataque. Rafen jamás se había enfrentado en persona a aquella raza alienígena, y lo que sabía de ellos era información de segunda o incluso de tercera mano que le habían proporcionado otros guerreros, su mentor fallecido, Koris, o los adoctrinamientos que había recibido durante su entrenamiento. Todas las fuentes coincidían en que los tau eran un enemigo inteligente, astutos y metódicos en batalla. No vio nada de eso en aquel combate.

—Rabia… —musitó Ceris, que se encontraba cerca de Rafen—. No hay nada más que rabia.

El psíquico era capaz de captar el estado mental de los alienígenas con mayor claridad de lo que jamás podría lograrlo el sargento, y vio lo mismo que Rafen ya había captado. Esa clase de rabia era algo que el ángel sangriento conocía muy bien. De hecho, demasiado bien, tuvo que admitir, y lo tenía allí mismo, delante de él, en los tau lanzados a la carga. Su táctica era tosca y primitiva, y lo único que tenían en la mente era derramar la sangre de los marines espaciales. Aquello no era un combate en el que se enfrentaran a un enemigo que estuviera defendiendo una posición frente a unos invasores, era un sentimiento de furia que se había apoderado de los

alienígenas, lisa y llanamente. Alguien les había provocado un enorme dolor, y lo único que querían era que alguien pagara por ello.

La vanguardia de aquella carga quedó barrida, y los atacantes muertos o moribundos. Puluo dejó de disparar, y el cañón del bólter pesado brilló con un leve resplandor rojizo mientras el aire a su alrededor rielaba por el calor que desprendía. Un instante después, los alienígenas se lanzaron de nuevo a la carga, y los rayos de energía azulada convergieron sobre los ángeles sangrientos.

Una figura apareció sobre el techo de una de las cápsulas habitacionales medio derrumbadas y se lanzó contra el sargento. Rafen distinguió una armadura de color pardo y un casco en el que como único rasgo destacable se veía una peculiar lente óptica monocular. El guerrero de fuego empuñaba una carabina de inducción, y el ángel sangriento aprovechó una piedra redondeada para darse impulso e interceptar al alienígena en mitad de su carga. Rafen apartó el cañón de la carabina con una mano y los disparos le pasaron aullando por encima del hombro. En su estado de alerta hiperactivada, vio cómo uno de los rayos de partículas le quemaba la superficie de la hombrera. El tau era más pequeño y ligero que el marine espacial, pero gracias al impulso del salto logró derribar a Rafen.

Mientras el mundo daba vueltas a su alrededor, el sargento colocó la bocacha del bólter en uno de los huecos que había en la armadura articulada de su enemigo y apretó el gatillo. El disparo a quemarropa partió literalmente por la mitad al alienígena. Las piernas y el abdomen del tau salieron despedidos en una dirección mientras que el resto del torso caía al suelo arrastrando tras de sí los restos de los intestinos desgarrados.

Rafen aterrizó con fuerza en el suelo y rodó sobre sí mismo para ponerse en pie. Lo hizo justo a tiempo de ver cómo Ceris blandía su maza de energía en un arco centelleante. En la cabeza roma del arma aparecieron una serie de pinchos de energía psiónica, y el codiciario lanzó un golpe hacia arriba que envió a otro guerrero de fuego, que sólo llevaba media armadura, contra una pared casi derruida. El tau se estrelló envuelto en un halo de energía crepitante y vomitó un chorro de sangre antes de morir.

Cerca de allí, sobre un montículo de escombros, Kayne y Turcio se enfrentaban en combate cuerpo a cuerpo a un grupo de alienígenas furiosos. El joven le propinó un cabezazo con el borde del casco a un fornido macho tau y lo derribó con el cráneo partido. Rafen entrecerró los ojos en un gesto pensativo mientras veía caer al alienígena. Al igual que el tau que había visto unos momentos antes, éste mostraba un físico deformado respecto a lo que era común entre los de su raza, ya que de la espalda le surgía una hilera de espinas de aspecto extraño y tenía un brazo doblado sobre sí mismo formando un bucle reseco de hueso y materia quitinosa.

Turcio mató a su oponente de una patada aplastando a la criatura armada y harapienta contra las rocas al mismo tiempo que esquivaba sus manotazos. El ángel sangriento siguió avanzando con movimientos ágiles y fluidos y mató a otros dos alienígenas que se disponían a atacar a Kayne.

Rafen oyó por el canal de comunicación un gruñido cargado de rabia y de dolor, y supo inmediatamente que se trataba de Ajir. Se dio la vuelta y vio que el marine espacial había caído sobre una rodilla y varias quemaduras negras provocadas por los impactos de los rayos de inducción estropeaban la perfección de su armadura de combate carmesí. El sargento pulsó con el pulgar el activador del control de fuego y pasó a disparo automático para apoyar con sus ráfagas a su hermano de batalla. Acribilló a los tres guerreros de fuego lanzados a la carga y que no dejaban de disparar mientras corrían hacia los marines espaciales. Uno de ellos cayó muerto de inmediato, y luego otro más cuando los proyectiles atravesaron las placas de Polímero de la armadura y explotaron en el interior de la carne alienígena.

El último en morir lo hizo a manos de Ajir, quien le disparó sin ni siquiera incorporarse. El proyectil le levantó literalmente la tapa del cráneo debido a la trayectoria ascendente del disparo. El alienígena avanzó unos pasos trastabillando antes de que la gravedad se apoderara finalmente de él y arrastrara el cadáver al suelo ensangrentado.

Rafen extendió una mano para ayudar a Ajir a levantarse, pero el otro marine espacial hizo caso omiso del gesto. En vez de eso, se levantó sin ayuda alguna y se puso en pie. El ángel sangriento se quitó el casco y

escupió al suelo. Rafen vio un rastro sanguinolento en la saliva, pero no dijo nada al respecto.

—Mi señor —lo llamó Turcio, quien se inclinó un poco para mover uno de los cadáveres con el cañón del arma—. Creo que deberíais ver esto.

La señal del penitente que le marcaba la mejilla estaba lívida debido al esfuerzo del combate.

Rafen se despreocupó del irritado Ajir y se acercó hasta donde se encontraba Turcio, a los pies del cual yacía un cadáver retorcido. Se fijó en que se trataba de otra anomalía. Este en concreto mostraba unas excrecencias curiosas, semejantes a verrugas, que le sobresalían de los bordes de la túnica que vestía, y que parecían haber salido como tumores de debajo de la propia piel. Además, su piel de color gris característica de los tau mostraba una tonalidad rosácea en ciertas zonas. El alienígena muerto tenía cierto aspecto de rompecabezas, como si le hubieran encajado a la fuerza trozos de cuerpo sacados de un humano en mitad de su propio cuerpo. Sin embargo, no se veía huella de suturas ni marca alguna en las líneas donde se habían unido las diferentes materias orgánicas. Lo único que había eran unas determinadas zonas donde se acababa la carne tau y comenzaba la humana. El sargento torció la boca en una mueca de asco cuando se dio cuenta de lo que significaba aquel descubrimiento.

Hizo un gesto de asentimiento para sí mismo. El otro guerrero de fuego, el que Kayne había matado… Era muy posible que las espinas que mostraba en su cuerpo pertenecieran a un organismo kroot, o quizá al de una criatura tiránida. Aquello era una muestra clara de la mano de Fabius Bilis. Aquellos experimentos inmisericordes realizados sobre los patéticos alienígenas eran simplemente los restos que había dejado tras de sí.

—Esto es obra del renegado —le comunicó a su escuadra—. Son los desechos de su trabajo.

—¡Hermano sargento! —Lo llamó a gritos Kayne desde el otro lado del área de combate—. ¡El alienígena…! ¡El prisionero! ¡No está!

—Debe de haber escapado durante el combate —musitó Turcio.

Todos se volvieron hacia Ceris, quien hizo un gesto de asentimiento para responder a la pregunta no expresada en voz alta. Titubeó un momento

antes de inclinar levemente la cabeza y permanecer así un segundo. La maza del codiciario, cuya punta todavía crepitaba cargada de energía etérea, se alzó para señalar hacia la estructura esférica.

—Está allí.

No les costó mucho encontrar al tau, el que se llamaba así mismo La'Non. Al principio tan sólo tuvieron que seguir el rastro de sangre poco espesa que el alienígena había dejado a su paso mientras se acercaba tambaleante hacia la esfera. Sin embargo, una vez dentro de la estructura, el rastro de fluido se perdió entre las capas de sangre más vieja y oscura, que se había secado sobre el suelo formando una capa agrietada parecida a un barniz antiguo. La sangre alienígena había dejado manchas a lo largo de las paredes, que iban adquiriendo mayor tamaño a medida que los astartes avanzaban hacia el interior. Eran marcas que mostraban los puntos dónde se habían vaciado grandes receptáculos de ese fluido vital de un modo absolutamente aleatorio en los diferentes pasillos sin importar hasta dónde llegaba el nivel de la sangre.

También encontraron, por supuesto, varios cadáveres. Eran los restos dispersos de unos cuantos tau y de algunos miembros de sus razas servidoras, los salvajes kroots y los véspidos insectoides. Algunos de ellos se encontraban en un estado que hacía imposible determinar la causa de la muerte, mientras que a otros los habían matado de un modo más convencional, ya fiera con armas de filo o de fuego, o de ambas maneras en algunos casos. Todo estaba impregnado con el mismo olor empalagoso que recordaba a un ramo de flores podrido. Rafen no tardó en ponerse de nuevo el casco para que los filtros respiratorios lo librasen de aquel hedor. Atravesaron una densa barrera interna formada por hongos de cultivo que habían crecido prácticamente unidos, y para ello tuvieron que cortarla con espadas y cuchillos. Las botas se hundieron en la superficie esponjosa sobre la que habían crecido aquellos símbolos impíos, sobre toda la sangre derramada. Ajir musitó una letanía de protección, y Ceris fue repitiendo a la par cada palabra. Los demás ángeles sangrientos también rezaron, pero sin murmurar palabra alguna.

Kayne señaló con un gesto unas cápsulas de aspecto extraño que se encontraban alineadas sobre soportes en la siguiente sala en la que entraron. La formación de combate se movía con paso cauteloso. Rafen examinó una de aquellas cápsulas y encontró una pila de ropa delicada en su interior. Se dio cuenta de que se trataba de una sala de natalidad, y que las cápsulas eran las unidades de soporte vital de los tau recién nacidos. Todas estaban vacías, y no quiso detenerse a pensar en lo que podrían ser las pequeñas pilas de ceniza blanca que se veían al fondo de cada cápsula.

Cuando ya no fueron capaces de seguir el rastro de sangre de La'Non buscaron otro modo de localizarlo, y se guiaron por el sonido de sus lamentos.

Las hojas de la compuerta de iris estaban abiertas y colgaban de sus sujeciones. Se encontraban dobladas hacia afuera, como si unas manos poderosas las hubieran empujado con fuerza. El eco de los gemidos del pesaroso tau llegó hasta ellos, y Kayne se puso en vanguardia encabezando la marcha. La linterna que llevaba acoplada en la parte superior del cañón del bólter iluminó la penumbra húmeda. El resplandor reveló una serie de mesas con la superficie cubierta por una capa de esmalte blanco agrietado, y todas mostraban una leve inclinación para permitir que los fluidos se deslizaran hasta quedar depositados en unas cubetas llenas de sangre coagulada. Del techo colgaban una serie de ganchos metálicos improvisados en los que había clavados trozos de cadáveres. Los ganchos todavía se balanceaban en el aire. Rafen identificó los restos como partes de orkos, de una mujer humana, de tau, de orubon y de xexet, aparte de otras razas y especies que no fue capaz de reconocer. El rayo de luz del arma de Kayne iluminó una extraña imagen en la pared, y cuando el joven la reconoció como lo que en realidad era, el símbolo del Sendero Óctuple del Caos, lanzó una maldición y apartó la luz.

El lugar transmitía la sensación propia de un trabajo interrumpido, y Rafen notó que el corazón se le encogía. Era la misma situación que en la colmena Nadacar. Fabius había estado allí, en esa misma estancia, donde había llevado a cabo toda aquella serie de horrores, y después había huido del lugar.

Se acercó a una de las mesas sin dejar de pensar en aquello. El tau llamado La'Non estaba sentado sobre ella. Las piernas le colgaban igual que si fuera un niño sentado en una silla demasiado grande para él. Estaba encorvado sobre sí mismo y no dejaba de gimotear. El sargento vio que empuñaba un cuchillo de grandes dimensiones en una mano, casi del tamaño de la cuchilla de carnicero que un matarife emplearía para despedazar un cadáver. El alienígena no dejaba de propinarse golpes una y otra vez con la hoja en el punto donde se unían su cuerpo y aquel extraño brazo enorme y deformado. La sangre le salía a chorros, pero el tau no hacía grandes progresos en su empeño de amputar aquella extremidad, que a él le resultaba alienígena a su vez. La hoja del arma estaba demasiado embotada y era excesivamente ancha, y no era la adecuada para realizar aquella tarea.

El alienígena alzó la mirada, como si acabara de darse cuenta de la presencia del astartes.

—La voz, gue'la —le dijo gemebundo—. Sigo oyéndola. No se calla nunca.

—¿Dónde está el portador de dolor? —Miró fijamente a los ojos del tau, que estaban llenos de lágrimas—. ¿Dónde está Fabius Bilis?

—¡Está a tu alrededor, por todas partes! —le respondió a gritos el alienígena—. Sus mentiras, sus obras, todo está aquí, por todas partes. ¡Por todas partes! —El tau movió el brazo para mostrarle la extremidad musculosa e hinchada—. Me mintió, nos prometió ayuda. ¡Y mirad lo que hizo! —La criatura fue alzando la voz cargada de una emoción que casi la ahogaba—. ¡Todo es una locura! ¿O no? ¡Eso sí que es cierto, pero todo lo demás es una gran mentira! —La'Non se inclinó hacia adelante y le dio unos golpecitos en el pecho a Rafen uno de sus escuálidos dedos al mismo tiempo que parpadeaba para quitarse las lágrimas de los ojos—. ¡Tú también me has mentido, lo mismo que hizo él!

Rafen movió la cabeza en un gesto negativo a la vez que una certeza sombría se apoderaba de sus pensamientos.

—Yo no te mentí, alienígena —le replicó—. Te dije que acabaría con tu sufrimiento, y lo haré.

El sargento desenvainó el cuchillo de combate con un movimiento veloz y fluido y lo clavó de inmediato en el pecho del alienígena. Sabía por la formación que había recibido durante el período de entrenamiento que el corazón del tau se encontraría en el centro de su torso, bajo una densa placa ósea situada en mitad de la cavidad torácica. La hoja de filo fractal atravesó con facilidad la carne de La'Non y se resistió un poco al comenzar a atravesar el hueso. Rafen apretó con más fuerza y el arma acabó clavada hasta la empuñadura. La punta asomó por la espalda del alienígena. La incisión fue limpia y rápida y cortó por la mitad el corazón. La'Non murió en silencio, y Rafen dejó que el cuerpo cayera deslizándose hacia el suelo hasta dejar libre el cuchillo.

Turcio lo observó mientras limpiaba el arma.

—No sabía que fueran capaces de llorar —comentó.

Kayne señaló con un gesto el resto de la estancia, y su respuesta fue la misma que hubiera dado Rafen.

—Mira a tu alrededor, hermano. Cualquier criatura hubiera llorado ante los horrores que se vieron obligados a sufrir…

No llegó a terminar la frase. Puluo, que se encontraba de guardia al lado de la puerta, lanzó un grito de advertencia al mismo tiempo que alzaba el bólter pesado para ponerlo en posición de disparo.

—¡Movimiento!

Rafen empuñó de inmediato su bólter a la vez que aparecía una silueta en la entrada que se abría al otro lado de la estancia. Vio entre las sombras que se trataba de una figura humanoide de gran tamaño, de la misma altura y corpulencia que un marine espacial, con unos hombros muy anchos y el cráneo rapado a excepción de una corona de largo cabello blanco. El individuo alzó las manos, unas manos delicadas y hábiles capaces de cometer los actos más horribles.

—¡Fabius!

La silueta era exactamente la misma que la del individuo que Rafen había perseguido en los niveles inferiores de la ciudadela Vitalis de Baal, el renegado y traidor. De inmediato, todos los marines espaciales que se encontraban en la estancia abrieron fuego, y un vendaval centelleante de

proyectiles acribilló a la figura, que cayó hecha pedazos bajo aquel torbellino devastador.

Rafen echó a correr hacia la silueta antes de que el cuerpo ni siquiera tocara el suelo. Sintió cómo el ardor furibundo de la venganza cumplida le recorría las venas.

Ese momento de inmensa satisfacción desapareció con rapidez y en silencio. La linterna de Kayne iluminó el rostro de la figura, que seguía siendo reconocible a pesar del impacto de un proyectil de bólter que le había arrancado un trozo de cráneo del tamaño de un puño. La cara era gris, pálida, y en el lugar donde normalmente se encontraba la nariz en un rostro humano sólo había una pequeña rendija vertical. Los ojos, grandes y húmedos, sobresalían de las cuencas oculares.

Era un tau, al menos de aspecto, pero estaba hinchado hasta un punto monstruoso. Había aumentado tanto de tamaño gracias a los compuestos generativos que le habían inyectado a los trasplantes de músculos. Era un alienígena al que habían transformado para que tuviera una masa corporal semejante a la de un marine espacial. Quizá lo habían dejado allí para intentar engañar a cualquiera que acudiera a aquel sitio en busca del maligno Primogenitor.

Algo cayó de entre los dedos temblorosos de aquella monstruosidad y se posó en el suelo húmedo. Se trataba de un trozo de pergamino. Rafen se arrodilló para recogerlo antes de que los fluidos que cubrían el suelo lo empaparan e hicieran imposible su lectura.

En la hoja alguien había escrito una frase en gótico alto, con unos trazos cuidadosos y estudiados. No eran más que palabras, nada más que tinta sobre un trozo seco de pergamino, pero enfurecieron a Rafen de tal modo que su visión quedó empañada por un velo de rabia carmesí.

«Habéis fracasado».



Dos

Rafen recorría los pasillos de la Tycho con una agilidad y un paso que no parecían propios de alguien que llevara puesta una armadura de aspecto tan pesado. El brillo feroz que mostraban sus ojos, producto de la ira reprimida que lo invadía, fueron suficientes para que ningún sirviente del capítulo, ningún ilota mecánico ni ningún tripulante de la nave se atrevieran a estorbarle el paso o a preguntarle hacia dónde se dirigía.

Las botas del ángel sangriento resonaron contra las planchas de hierro del suelo de la cubierta mientras subía por la suave rampa que ascendía desde el corredor principal de la nave, que la recorría en toda su eslora. Aquella rampa llevaba hasta la cubierta más elevada del casco de la Tycho. Entró en un claustro iluminado por la luz de las estrellas que dejaban pasar las grandes vidrieras de colores. El brillo cruzaba la penumbra de la capilla de la nave en grandes chorros de luz. Los vidrios de colores, que estaban dispuestos de forma intrincada, mostraban los rostros de los guerreros que habían estado al mando de la nave en el pasado o conmemoraban las batallas más importantes en las que había participado. En la entrada se veía un mosaico hexagonal que representaba el rostro del guerrero que daba nombre a la nave, el hermano capitán Erasmus Tycho. La mitad de ese

rostro estaba cubierto por una máscara dorada. Rafen no se detuvo a contemplar la mirada impasible del héroe de Armageddon. El olor a incienso era más fuerte allí, ya que salía de la capilla para extenderse hacia el resto de la nave. Vio el altar y las estatuas que se alineaban a su lado al otro lado de la entrada. Las pesadas hojas de cobre de las puertas estaban cubiertas de runas y de adornos de obsidiana incrustada.

—¿Mi señor?

La pregunta lo hizo detenerse en seco y darse media vuelta. El hermano Ceris estaba a su espalda, de pie, y lo observaba. Al igual que Rafen, no se había quitado todavía la armadura y su masa corporal blindada llenaba el umbral.

Ceris se le acercó, y el sargento se quedó pensativo durante unos momentos al darse cuenta de que no había oído que el codiciario lo seguía. Quizá se debía a que la ira le invadía, y que por ello estaba concentrado en algo completamente distinto. Posiblemente ésa era la razón de que el psíquico hubiese logrado acercársele tanto sin que lo notara. O quizá no. El otro ángel sangriento se acercó a un recipiente cóncavo que sobresalía de una de las paredes. Un chorro de agua fluía desde un caño instalado en la boca de la figura de un querubín. El líquido era un fluido purificado que se obtenía del núcleo de la masa de reacción de la nave y que el sacerdote sanguinario asignado a la Tycho bendecía a diario. Ceris lo utilizó para humedecer un paño que descolgó de una hilera de ganchos de latón. Luego se volvió y se lo ofreció a su comandante.

Rafen lo tomó sin decir nada. Era el protocolo. Nada más regresar de la colonia tau, tanto el hermano sargento como el resto de la escuadra habían tenido que pasar por un breve ritual de purificación para eliminar cualquier posible influencia alienígena o mancha impura del Caos, pero a pesar de ello, hubiera sido inapropiado por parte de Rafen entrar en la capilla sin detenerse un momento a limpiarse los guanteletes de la armadura con aquella agua bendita. Frunció el ceño en su fuero interno. No debería hacer falta que nadie le recordara llevar a cabo aquel pequeño ritual, aunque Ceris lo había hecho sin ninguna clase de gesto o tono de reproche. Rafen estaba

realmente descentrado, y darse cuenta de aquello no hizo más que aumentar la tremenda furia que ya sentía.

Ceris lo observó mientras cumplía con aquel pequeño sacramento. El paño blanco que el guerrero sostenía entre las manos se volvió de un color negro rojizo bastante desagradable cuando el lubricante y la sangre alienígena reseca que todavía impregnaban las junturas de los guanteletes se disolvieron.

—He hablado con el capitán de la nave —le comentó el psíquico—. Ya está cumpliendo vuestras órdenes, mí señor. La Tycho está virando para cambiar de rumbo.

Rafen se limitó a asentir una vez. Los discos de color pálido que se veían en el suelo, y que eran resultado de la escasa luz que entraba por las portillas, se desplazaban poco a poco a medida que la nave viraba. Apartó la mirada.

—Una vez haya completado la maniobra, dile que prepare la nave para el salto a la disformidad.

El sargento hizo una bola con el paño y la arrojó hacia un servidor que se mantenía a la espera en un hueco de la misma pared. El esclavo mecanizado atrapó el paño en el aire y lo llevó hacia una rejilla incineradora para destruirlo.

Rafen dio un par de pasos antes de darse cuenta de que Ceris no había captado la orden de retirarse que iba implícita en su tono de voz. El psíquico lo observó atentamente, y el sargento notó en el pecho una fuerte sensación de resentimiento.

—¿Hay algo más que deba saber? —le preguntó con voz severa.

—No tenéis la culpa.

La respuesta fue brusca y firme. En el rostro del sargento apareció una expresión ceñuda.

—Puedes retirarte —le replicó con voz clara para que no le quedara duda alguna ni posibilidad de confusión.

Sin embargo, Ceris no hizo gesto alguno que indicara que se disponía a obedecer.

—Nubláis vuestros pensamientos con recriminaciones, y eso os afecta negativamente, mi señor. Os desconcentra.

—No te metas en mi mente —le advirtió Rafen en voz baja y cargada de amenaza.

—No necesito utilizar mis poderes para captar lo que pensáis, hermano sargento. Mostráis la ira que sentís con la misma claridad con la que lucís el símbolo de nuestro capítulo en vuestra armadura.

Rafen dio un paso para acercarse al guerrero de armadura azul.

—Para ser alguien que se supone enviado por el propio Señor de la Muerte, me parece que careces de la capacidad necesaria para guardarte tus opiniones.

—Mi señor Mephiston espera que todos sus bibliotecarios se comporten de un modo sincero y claro. Él en persona me ordenó que debía comportarme igual con vos —le replicó Ceris.

—Pues ya lo has hecho. —Rafen señaló con un gesto la rampa por la que se bajaba desde la capilla—. Ya puedes marcharte y sentirte satisfecho de que has cumplido con tu deber.

El sargento dijo aquello con palabras cargadas de una amargura feroz e inesperada.

—No, no lo he hecho —insistió Ceris, quien se mantuvo irritantemente tranquilo, firme y sin apartar la mirada del otro ángel sangriento—. Mephiston me ordenó que me uniera a vuestra escuadra y os ayudara a cumplir la misión, y eso todavía no lo he hecho.

—¿La misión? —exclamó Rafen, enfurecido—. ¡La misión ha sido un fracaso, Ceris! Lo has visto con tus propios ojos. Fabius se nos ha escapado de entre los dedos en todas y cada una de las ocasiones y no ha dejado de confundirnos a cada momento. ¡Se burla de nosotros, y lo único que podemos hacer es resignarnos! —Se dio la vuelta—. Y te equivocas. La culpa es mía, sólo mía.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —Quiso saber Ceris—. El renegado Bilis ha logrado evitar que lo capturen durante más de diez mil años, mi señor. Ha viajado entre las estrellas desde los tiempos del architraidor Horus y de las llamas de la Herejía. Miles han muerto en sus manos, y a lo

largo y ancho de incontables mundos. Es un enemigo increíble, un individuo que ha escapado de la persecución tanto de primarcas como de señores de capítulo…

—¿Y quieres que eso me sirva de consuelo? ¿Eso es lo que quieres? —Le replicó el sargento con un bufido—. ¡Tú no estabas en Baal, Ceris! No fuiste tú quien lo tuvo en el punto de mira. ¡No fuiste tú quien falló a la hora de detenerlo!

Ceris apartó la mirada de sus ojos por primera vez.

—No, no fui yo —admitió—. Estaba a muchos miles de años luz de Baal, en la campaña de Beta Comea, pero pensad en la ira que yo sentí, mi señor. Imaginaos la furia que me invadió cuando me enteré de que las fuerzas del Caos habían atacado nuestro planeta natal. Tanto mis hermanos de batalla como yo nos encontrábamos demasiado lejos como para que nos fuera posible prestar ayuda en la defensa de Baal… Ni siquiera pudimos ver el rostro del enemigo, ni mucho menos tener la oportunidad de atacarlo, como la tuvisteis vos.

—Entonces es que eres un necio —le replicó, iracundo, Rafen—. Deberías considerarte afortunado de no verte tú también sometido a semejante vergüenza.

El sargento sintió que reaparecían los mismos pensamientos lúgubres que lo habían acosado todas y cada una de las noches desde que comenzó la misión a bordo de la Tycho.

Tras las tremendas pérdidas que el capítulo había sufrido en la insurrección de Cybele y por culpa de los planes siniestros de Stele, un inquisidor renegado, los Ángeles Sangrientos se habían visto obligados a convocar un cónclave con todos los capítulos sucesores. Aquella reunión histórica en Baal tenía un único propósito: reforzar los efectivos del capítulo mediante una contribución de guerreros de cada uno de los capítulos descendientes de la línea de los Ángeles Sangrientos. Sin embargo, los planes de Dante, el señor del capítulo, se habían visto frustrados por la intervención de un sacerdote sanguinario desviado del camino recto y poseído por una ambición ciega. Ese individuo estaba convencido de que podría lograr que el capítulo se recuperara de sus

pérdidas, pero no mediante una contribución de los demás capítulos, sino mediante el uso de unos métodos científicos antiguos y prohibidos, y al hacerlo se había aliado sin saberlo con un biólogo del Adeptus Mechanicus, o eso creía él.

El sacerdote le abrió la puerta para que entrara en Baal y se alió con aquel magos, que se hacía llamar Haran Serpens. Los Ángeles Sangrientos descubrieron, con un coste muy elevado para ellos, que aquella identidad no era más que una máscara, otra personalidad falsa que añadir a las centenares que ya había utilizado el traidor y autoproclamado Primogenitor del Caos Absoluto: Fabius Bilis.

En la caótica situación que se produjo tras aquel hecho, también descubrieron que el traidor había creado unas criaturas terribles. Eran mutantes en los que había combinado el ADN de los Adeptus Astartes con el de animales depredadores, y los demonios de la sangre resultantes habían campado a sus anchas profanando y destruyendo todo aquello que los Ángeles Sangrientos consideraban sagrado. Rafen y sus hermanos de batalla, junto a sus parientes astartes, habían conseguido derrotar a aquellas aberraciones engendradas por el Caos en la batalla final que habían librado en las profundidades del gran monasterio fortaleza del capítulo. Allí abajo, ante la tumba del propio primarca, el dorado Sanguinius, el padre del capítulo y señor de los Ángeles Sangrientos, los invasores habían sido derrotados de una vez por todas y se había restablecido la santidad del lugar.

El futuro del capítulo había quedado asegurado y los Ángeles Sangrientos seguirían existiendo. Sin embargo, en mitad de la confusión propia de la batalla, oculto entre la anarquía que él mismo había provocado para ocultar sus crímenes, al abrigo de toda la red de mentiras que había entretejido, Fabius Bilis había robado una de las reliquias más valiosas del capítulo. Se trataba de una ampolla de cristal que albergaba en su interior una pequeña cantidad de la sangre más pura expoliada del sagrado Grial Rojo. Se trataba de unas gotas de la sangre del propio Sanguinius.

Incluso en un momento como ése, cuando ya habían pasado varios meses del incidente, Rafen seguía sintiendo una repugnancia que le revolvía

hasta el alma cada vez que pensaba en aquella terrible ofensa contra su capítulo. La cabeza le daba vueltas sólo con pensar lo que un genio tan retorcido como el de Fabius Bilis sería capaz de conseguir con una sustancia tan escasa y poderosa en sus manos. La enormidad de aquel robo monstruoso lo hacía estremecerse, y todavía se sentía tan afectado como si hubiera ocurrido el día anterior.

Era imposible permitir que aquel pecado quedara sin castigo. El renegado había cometido un delito de la mayor gravedad al que sólo se podía responder con la ejecución del traidor y con la recuperación de lo que había robado.

Rafen y su escuadra se habían entregado por completo al cumplimiento de esa tarea, pero lo único que habían conseguido hasta ese momento era seguir con las manos vacías, gastar una buena cantidad de munición y cosechar una serie de fracasos. Aparte de eso, tan sólo tenían un trozo de pergamino manchado de sangre.

—¿Es que no habéis aprendido nada? —La pregunta del psíquico interrumpió el estado de ensoñación en que lo habían sumido aquellos recuerdos—. ¿No prestasteis atención a nada de lo que dijo lord Dante?

La rabia se apoderó del sargento, quien agarró al otro ángel sangriento con un movimiento repentino y veloz. Rafen estrelló a Ceris de espaldas contra un pilar de piedra de la pared de la capilla.

—¡Maldito seas! ¿Qué es lo que quieres de mí, hermano? ¡Respóndeme! —exigió saber a gritos.

Durante un momento, en el rostro del psíquico apareció una breve expresión de asombro, pero desapareció al instante siguiente y su semblante volvió a adquirir un aspecto tranquilo y firme.

—Hermano sargento Rafen, ¿acaso sois tan arrogante como para creeros por encima del resto de nosotros? —Le preguntó Ceris con un tono de voz cargado de reproche—. ¡Hasta yo conozco las palabras exactas que pronunció lord Dante, y ni siquiera estaba allí para oírlas en persona! Recordad lo que dijo, en el gran sepulcro, antes de la batalla final contra los demonios de la sangre. «Esto es una prueba». ¡Esto es una prueba a la que nos están sometiendo! ¡A todos y a cada uno de nosotros, no sólo a vos! —

El psíquico se sacudió para liberarse de la presa de Rafen, y éste no lo impidió—. No tenéis ningún derecho a hacer vuestra esa carga. No es necesario que la soportéis sin ayuda alguna. Somos los Hijos de Sanguinius, somos los Ángeles Sangrientos, y nos enfrentamos a un desafío distinto cada día de nuestras vidas. Este no es distinto, tan sólo cambia la escala del asunto en cuestión. Encontraremos a este enemigo y lo mataremos. Todos nosotros, como un solo astartes.

Rafen se volvió mientras sentía cómo la amargura se apoderaba de nuevo de él.

—¿Encontrarlo? ¿Cómo? Dime, codiciario, ¿eres capaz de averiguar su paradero explorando las mareas de la disformidad con tu visión hechicera? ¡Ni se te ocurra acusarme de sumirme en la desesperación! ¡No se trata de nada de eso! —Apagó un dedo en el pecho del psíquico—. Entérate bien. Llevaría esta nave hasta el propio Ojo del Terror directamente y sin dudarlo; me arrancaría los dos corazones del cuerpo; sacrificaría a todos los que se encuentran a bordo de esta nave, haría todo eso y mucho más, ¡lo que fuese necesario para atrapar a ese renegado!

Ceris hizo un gesto de asentimiento.

—Y todos y cada uno de los que estamos a bordo os apoyaríamos sin cuestionar en ningún momento vuestras órdenes.

—Pero no puedo… —musitó Rafen—. Mira a tu alrededor, hermano. No tenemos nada. Nuestra última pista la desperdiciamos en ese manicomio tau, y Fabius lo sabe. Está ahí fuera, en algún lugar, y se ríe de nosotros.

—El señor del capítulo no habría encomendado esta misión a alguien como vos si fuese una tarea sencilla.

Rafen soltó un bufido y se alejó de él con un par de zancadas furiosas.

—¡Esto no es una gesta noble y gloriosa de esas en la que podemos pasar todo un siglo para cumplirla! ¡Se trata de una eliminación! El tiempo corre en nuestra contra. Cada segundo que una sola gota de sangre sagrada pasa en manos de ese maldito seguidor del Caos le permite continuar con sus planes malignos. Cada hora que pasa aumenta su corrupción. ¡Debemos acabar con esto con rapidez, o estaremos perdidos!

Ceris se quedó callado durante unos momentos, y luego hizo un gesto con la barbilla para señalar las puertas de cobre y la capilla que había al otro lado de las mismas.

—¿Por qué habéis venido aquí, mi señor?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la capilla, hermano. El resto de la escuadra ha regresado a sus estancias para quitarse el equipo de combate y realizar los ritos de purificación. Sin embargo, vos habéis venido directamente aquí. Ni siquiera le disteis las órdenes en persona al capitán de la nave.

Rafen frunció el entrecejo.

—Vine aquí… por la paz que alberga. Encuentro iluminación en la tranquilidad de este lugar. —Dejó escapar un suspiro—. Quizá esperaba encontrar algo que me hiciera… comprender.

Ceris alzó la mirada hacia las estatuas que se encontraban en el otro extremo de la capilla. El Dios Emperador y su hijo Sanguinius estaban de pie, uno junto al otro, como dos titanes de piedra que lo único que ofrecían era su aspecto imperturbable y firme.

—Entonces ya tenéis la respuesta, mi señor. Tened fe en el Emperador, hermano sargento, y él proveerá. —El psíquico dio media vuelta, dispuesto a marcharse—. Que Fabius nos arrebatase eso también sería un crimen mayor todavía.

—Sin duda —admitió Rafen con un gesto de asentimiento.

El ángel sangriento notó una leve vibración en el suelo de la cubierta y se acercó a una de las vidrieras del claustro. Vio a través de las placas cristalinas duras como el diamante los destellos de luz procedente de uno de los tubos de lanzamiento del costado de la nave de combate. Varios cilindros de metal cruzaron el vacío impulsados por chorros de fuego blanco sin perder la formación mientras centraban su objetivo. Siguió la ruta que trazarían y encontró con la mirada la silueta sombría de asteroide colonia, recortado contra la luz de las lejanas estrellas. Rafen se dio la vuelta sin decir nada más y se adentró en la capilla. Su rabia, al menos de momento, había quedado contenida.

Unos destellos silenciosos y relampagueantes le iluminaron la espalda cuando los proyectiles disparados desde la Tycho cumplieron su objetivo y destrozaron los restos de la obra del traidor.

J

Había una fila tras otra de hermanos guerreros vestidos con unas túnicas bastas teñidas de color gris y rojo óxido. Se mantenían en formación sobre las losas calentadas por el sol de la gran explanada central. El aire seco les soplaba en la cara, que todos mantenían un poco alzada hacia al cielo, mientras el brillo del disco rojizo que era el lejano sol de Baal les iluminaba la espalda. Corbulo destacaba por encima de ellos, aunque la túnica que llevaba puesta era muy semejante, con la única diferencia de que incluía algunas piezas del conjunto en blanco. El único detalle llamativo del conjunto eran las cadenas de oro honoríficas que destellaban bajo la luz de los rayos de sol. Caminó arriba y abajo delante de ellos, y su voz fuerte y clara llegó muy lejos, hasta rebotar en las paredes que formaban los edificios pertenecientes a la fortaleza monasterio que rodeaban la explanada. No llevaba puesta la capucha para poder mirarlos a todos y a cada uno a los ojos.

—Llegará el día en el que os haréis una pregunta: «¿Quién soy?» —empezó a decir—. Os preguntaréis de dónde venís. Reflexionaréis sobre ello y buscaréis una respuesta. —En el rostro curtido de Corbulo apareció una leve sonrisa—. Será en ese momento cuando recordaréis lo que estoy a punto de deciros, y ya no volveréis a pensar en ello.

El sumo sacerdote sanguinario se detuvo bajo la sombra de la gran estatua que se encontraba en el centro de la explanada. La silueta alada se

alzaba muy por encima de él. Abrió los brazos de par en par y los abarcó a todos con aquel sencillo gesto.

—Dónde nacisteis. Las tribus en las que crecisteis hasta convertiros en adultos. Los planetas a los que considerabais vuestro hogar. Los jefes a los que antaño jurasteis lealtad… —Observó con atención los rostros que lo rodeaban, y en todos ellos vio una atención tensa, y en algunos incluso un cierto gesto de impaciencia y asombro—. Esos son los detalles que os han hecho ser quienes sois ahora. Sin embargo, ya os encontráis más allá de todo eso. Os hemos llevado a cada uno de vosotros hasta el mismo límite, y todos lo habéis superado hasta el punto de salir más fuertes de ello. Os habéis esforzado por superar las pruebas y se os ha juzgado a través de ellas. Ahora poseéis un gran don. Os habéis ganado el derecho a vivir y a morir no como simples seres humanos, sino como miembros del Adeptus Astartes, como Hijos de Sanguinius, como Ángeles Sangrientos. —Hizo un gesto de asentimiento—. Esa será la única respuesta que necesitaréis jamás, y tened por seguro que habrá muchos que os tendrán envidia por ello. Habrá muchos que os apreciarán y honrarán, pero habrá más, mil veces más, que os odiarán por haberos convertido en lo que sois ahora, y cada día que continuéis con vida será una victoria sobre ellos.

Corbulo deslizó una mano en el interior de la túnica y sus dedos se cerraron alrededor de una bolsa de terciopelo color rojo carmesí con bordados de hilos de oro y platino y cubierta de joyas exóticas procedentes de un centenar de mundos conquistados.

—Sois una victoria lograda en carne, hueso y sangre. Sois los reyes de la guerra y los señores de la batalla de todo lo que veáis. Recorreréis las estrellas con una firme unidad de propósito: luchar por el honor de la humanidad, por la gracia de la sagrada Terra y por adoración al Dios Emperador y al primarca Sanguinius.

Sacó del interior de la túnica la reliquia cuya protección era su tarea principal en la vida. Se trataba de un objeto lustrado y bendecido hasta el máximo, purificado todo lo que se podía purificar un objeto.

Le dio vueltas en las manos y oyó el jadeo de asombro colectivo que surgió de los guerreros que lo rodeaban. Era un objeto perfecto, sin defecto

alguno, y su aspecto exterior no mostraba señales de la gravísima afrenta que había sufrido unos cuantos meses antes. Corbulo se negó a dedicar más de un instante a aquel pensamiento lóbrego cuando sostuvo en alto el Grial Rojo y permitió que el sol carmesí lo bañara con su luz intensa. Le recorrió la misma euforia vertiginosa de siempre, la misma sensación exultante de poder, y al ver la reliquia, todos los astartes vestidos con túnicas se pusieron de inmediato y al unísono de rodillas.

—En su nombre, hermanos —dijo el sacerdote.

Todos repitieron sus palabras con un rugido que se elevó hacia el cielo.

J

—En su nombre —susurró Dante pronunciando la letanía al mismo tiempo que ellos.

Tenía las manos apoyadas en la balaustrada del balcón de piedra. El basalto negro estaba desgastado y pulido por sus dedos, que se habían apoyado incontable número de veces en momentos semejantes, siempre que se asomaba para contemplar a sus guerreros y a su capítulo. Sus ojos, de mirada aguda y penetrante, estudiaron con detenimiento los rostros de los guerreros que en ese momento se encontraban allá abajo. Cada uno de ellos se había convertido en un hermano de batalla y había dejado de ser un iniciado. Pensó durante unos momentos en las palabras de Corbulo y se preguntó cuáles serían los distintos orígenes de todos aquellos nuevos ángeles sangrientos. La mayoría procedían de los reclutas escogidos de las dos lunas desérticas de Baal, pero buena parte de ellos se los habían asignado los capítulos sucesores, que habían decidido contribuir a que los Ángeles Sangrientos se recuperaran del todo de sus pérdidas y alcanzaran su número máximo de efectivos. ¿Cuántos de ellos los habrían reclutado los

Ángeles Carmesíes, los Desgarradores de Carne, la Legión de Sangre y los demás capítulos hermanos? Dejó a un lado aquella cuestión Corbulo tenía razón. Ya no importaba quiénes habían sido. Lo único que importaba ahora era en lo que se habían convertido. Todos ellos eran hijos de Sanguinius.

—Sangre nueva —dijo una voz familiar a su espalda. Dante asintió.

—Así es.

Mephiston, el señor de los psíquicos del capítulo y brazo derecho de Dante, se reunió con él en la balaustrada y paseó su mirada glacial sobre la nueva cosecha de reclutas. El bibliotecario jefe de los Ángeles Sangrientos llevaba puesta una túnica corta de combate sobre unos pantalones del mismo estilo. Había acudido al lado de su señor directamente desde las salas de entrenamiento, sin que Dante lo hubiera llamado. El señor del capítulo no hizo ningún gesto aparte de alzar una ceja al ver la vestimenta informal de Mephiston, y eso fue una muestra más de la profunda amistad que los unía desde hacía décadas. Pocos ángeles sangrientos poseían la libertad de presentarse en los aposentos privados del señor del capítulo sin antes haberse vestido con todos los ropajes ceremoniales requeridos junto a las insignias que mostraban su lealtad. Sin duda, había momentos en los que el protocolo y el ritual eran importantes, y otros en los que no lo eran tanto. Ese era uno de estos últimos.

Dante no se había percatado de la presencia de Mephiston, y admitir aquello era decir mucho. A lo largo de más de un milenio al servicio del Trono Dorado, se podían contar con los dedos de una mano los que habían sido capaces de acercarse a Dante sin que éste se diese cuenta, y a tres de ellos los había matado el propio señor del capítulo. Sin embargo, en vez de sentirse preocupado por ello, Dante se alegró. Si Mephiston seguía siendo un misterio para él después de tanto tiempo, entonces el Señor de la Muerte sería un fantasma para sus enemigos, algo intangible y mortífero.

—Me tomo como una obligación no perderme jamás este momento —le explicó Mephiston al mismo tiempo que señalaba con su mentón afilado al grupo de reclutas, quienes se estaban poniendo en pie de nuevo obedeciendo la orden que les había dado Corbulo—. Ver a nuestros

hermanos y al Grial juntos… —Su voz se fue apagando con un tono lleno de reverencia.

—Hermano, ya sabes que puedes ver el Grial Rojo siempre que quieras —le aseguró Dante—. Tu rango es tan elevado que ningún sacerdote sanguinario se atrevería jamás a negarte la entrada a la gran capilla —añadió señalando con la barbilla la cúpula esférica situada sobre una torre lejana.

—Es cierto —admitió el psíquico—. Pero esto algo distinto. Cuando Corbulo les muestra la reliquia y sus corazones se elevan al ver su brillo… —Mephiston dejó escapar un suspiro—. Siento pena por vos, mi señor. Lamento que no seáis capaz de percibir como yo los colores y el espectro de energía que emiten sus emociones. La sensación que embarga a nuestros hermanos de batalla en este momento, sus auras…, es algo casi trascendental.

—Soy capaz de sentir una parte de eso —le contestó Dante—. No como tú lo haces gracias a tu visión etérea, pero el poder del momento resuena en el propio aire. Me recuerda que, a pesar del paso de más de mil cien años, todavía no estoy hastiado emocionalmente, todavía no he perdido la capacidad de asombrarme.

Mephiston asintió.

—Así es. Vivimos en una época de maravillas, mi señor. Es difícil creer que hace tan sólo unos meses nuestro capítulo se encontraba al borde del abismo. Nos enfrentábamos al fantasma de nuestra disolución, pero con la gracia de la sagrada Terra, conjuramos ese peligro.

Dante se cruzó de brazos e inspiró profunda y lentamente. Sin quererlo, su estado de ánimo cambió y se ensombreció. Mephiston lo notó de inmediato y volvió la vista hacia él para estudiarlo con su mirada fija e imperturbable.

—Es curioso —comentó el señor del capítulo—. Qué extraño es que sea capaz de sentir al mismo tiempo tanto orgullo en el corazón y la sombra de algo tan lóbrego. Algo muy parecido a la furia.

No hizo falta mencionar a qué era debida esa furia. Los dos compartían la misma cólera helada, el odio constante provocado por las ofensas que

habían sufrido su capítulo y su planeta natal.

—Forma parte de la naturaleza humana ser dos cosas al mismo tiempo y que ambas se encuentren en conflicto directo entre ellas —apuntó el psíquico—. Cuando el Dios Emperador, que su luz brille para todos, forjó por primera vez a los Adeptus Astartes, se aseguró de mantener esa dualidad en nuestro interior. Es justo y necesario que nosotros lo hagamos también.

—Sin duda. Es mejor que recordemos que no debemos sentirnos demasiado superiores a las personas corrientes a las que debemos proteger. ¿Qué será de nosotros si despreciamos humanidad?

En el rostro de Mephiston apareció una mueca de desprecio.

—Quizá debamos hacerle esa pregunta a Fabius Bilis cuando lo capturemos.

La respuesta de Dante fue acerada y fría.

—No habrá captura alguna. No me importa lo que quiera el Ordo Hereticus. No habrá juicio ni encarcelamiento, ni proceso ni escarnio y ejecución pública. Ese maldito de Fabius morirá allá donde lo encontremos.

Se dio media vuelta y abandonó el balcón para entrar en la cámara principal. Se sentía irritado consigo mismo por permitir que ese ánimo sombrío se hubiera apoderado de él. La emoción que había sentido por la nueva promoción de ángeles sangrientos desapareció bajo aquella angustia lúgubre, y eso hizo que su furia aumentara todavía más.

Se detuvo al llegar al centro de la estancia y se volvió para mirar con expresión lóbrega a su hermano de batalla.

—Has leído el último informe que ha enviado la Tycho.

No era una pregunta.

El otro guerrero asintió.

—Sí, lo he hecho. Es… decepcionante.

Dante soltó una risa seca y sin humor que más parecía un bufido bronco.

—Es un modo suave de describir la situación, y eso quedándome corto. Esa colonia alienígena era una buena pista, pero como todas las demás, se convirtió en cenizas en nuestras propias manos.

—Nuestros agentes siguen buscando nuevos indicios, más pistas —le aseguro el psíquico—. Todos los hermanos de batalla están atentos para encontrar la más mínima brizna de información.

—¿Y qué es lo que hemos descubierto, Mephiston? Lo único que hemos conseguido son resmas y resmas de datos que no sirven para nada, tan sólo rumores y habladurías. —Señaló con un gesto una mesa decorada que se encontraba en el otro extremo de la estancia, donde un visor de lente gaseosa repasaba las páginas de datos escritos en gótico. La superficie de la consola estaba cubierta de pergaminos y de placas de datos—. He revisado en persona toda esta marea de información y no he sacado nada en claro de ella. Son desechos y poco más. No valen nada.

—Han visto a Fabius Bilis —le indicó el psíquico—. Todas esas apariciones ya están siendo investigadas por parte de los cogitadores y un contingente de mis mejores epistolarios.

—Si tuviésemos que creernos toda la información que nos llega, resultaría que ese maldito traidor está actuando al mismo tiempo en una docena de sitios esparcidos por toda la galaxia. —Dante alzó la voz a causa de la irritación que lo invadió—. Los distintos observadores del Festival de la Piedad Suprema lo sitúan en la Franja Oriental, en los Mundos de Sabbat y en el Golfo de Damocles. ¿Cuál de esos avistamientos es el correcto? ¿Hacia dónde debemos enviar a nuestros guerreros?

El hecho de que Mephiston no contestara a aquella pregunta le dio la razón al señor del capítulo. Dante frunció los labios.

—Podría dedicar todos los efectivos del capítulo a perseguirlo, y pesar de eso no sería suficiente. Maldito sea.

—Sabíamos que el traidor no sería un objetivo fácil cuando nos embarcamos en esta misión —le contestó el psíquico—. Ha estado dando esquinazo a las fuerzas del Imperio desde hace ya varias vidas. Es posible que tardemos todo ese tiempo en llevar a cabo nuestra venganza contra él.

Dante asintió con un gesto seco.

—Es posible que sea así, pero también está el asunto de… de la sangre sagrada. —El guerrero sintió que se le revolvían las entrañas al pensar en aquello—. Y no podemos tardar en resolver esa parte del problema. —

Regresó al lado del otro guerrero, y cuando le habló de nuevo, lo hizo en voz baja—: Mi viejo amigo, lo que me quita la tranquilidad, lo que me impide dormir en mitad de la noche, es una pregunta. Una única pregunta es la que me atormenta.

—¿Para qué quiere Fabius la sangre de nuestro primarca? —Dijo Mephiston—. Temo conocer la respuesta, mi señor. Lo temo de veras.

—Y hay más. También me pregunto si el acto atroz que cometió contra nosotros no formará parte de un plan más amplio, de alguna clase de propósito del que los Ángeles Sangrientos no son más que otra pieza.

Mephiston lo miró fijamente.

—¿Por qué decís eso?

—¿Qué es lo que sabemos de ese malnacido? —Replicó Dante, expresando por fin en voz alta lo que pensaba—. De este autoproclamado Primogenitor, que corta y sutura la carne viva hasta darle formas que ofenden a la vista de todos aquellos que posan la mirada en ellas. Es un traidor entre traidores, un astartes fiel de los Hijos del Emperador antes de ponerse a las órdenes de Horus y convertirse así en un hereje. Es un apotecario con un talento excepcional que ha entregado su lealtad al Sendero Óctuple del Caos. Se trata de un individuo de una crueldad inimaginable que no ansía el poder o la dominación…

—Tan sólo el saber más arcano y prohibido —completó Mephiston con un gesto de asentimiento—. He visto los horrores que ha llegado a crear y que luego ha dejado sueltos en el campo de batalla. Esos engendros a los que llama «nuevos hombres» son criaturas que caminan como los humanos, y cada una de ellas equivale en combate a un astartes.

—Bilis no siente lealtad hacia nadie, ni siquiera hacia el príncipe demoníaco Fulgrim, al que el Emperador maldiga, ni al resto de sus parientes traidores. —Dante comenzó a pasear arriba y abajo, preso de la furia que lo invadía—. Se desliza entre las sombras y prostituye sus habilidades a cualquier señor del Caos que esté dispuesto a pagar por ellas. —El señor del capítulo se detuvo y respiró profundamente mientras contenía su creciente ira—. Ese es el traidor que debemos encontrar y matar. —Apartó la mirada—. Si podemos lograrlo.

Mephiston se quedó callado unos largos momentos antes de hablar de nuevo.

—Mi señor, tengo otro motivo para venir a veros. Tuve una visión cuando estaba acabando mi meditación de combate. Un indicio. El presentimiento de algo importante.

Dante miró con atención a su camarada. El funcionamiento exacto de la mente de un psíquico era un misterio, incluso para aquellos que habían sido iniciados en esa senda varios siglos antes, pero, a pesar de ello, el señor del capítulo conocía a Mephiston lo suficiente como para darse cuenta de la importancia del asunto sobre el que el Señor de la Muerte se disponía a hablarle.

—¿Has… visto algo? ¿En la disformidad?

—Para algunos, las hebras del pasado y del futuro se vuelven visibles. Yo he sido lo suficientemente afortunado como para, en escasas ocasiones, haberme convertido en uno de ellos…; aunque algunos lo consideran más bien una maldición.

—Dime qué has sentido.

Mephiston dudó un instante, y en ese preciso momento se oyeron una serie de golpes secos en la puerta de la cámara. El señor del capítulo hizo un gesto a uno de sus ilotas y el servidor se apresuró a salir de su nicho en la pared para responder a la llamada.

De inmediato entró un ángel sangriento con la armadura de combate puesta, aunque llevaba en el hueco del codo el tasco dorado que indicaba su rango como guardia de honor. Nada más entrar, se postró sobre una pierna.

—Mi señor, perdonad la intrusión.

—¿Qué ocurre, hermano Garyth? —le preguntó Dante, quien no logró impedir ocultar en la voz la irritación que sentía.

—Se trata de un mensaje urgente que hemos recibido de la estación de atraque de la órbita superior. Es la retransmisión de un mensaje que nos ha enviado el hermano sargento Kale.

Dante se limitó a asentir. Kale se encontraba a bordo del crucero Darío, una nave de combate asignada a la fuerza de vigilancia que patrullaba el borde exterior del sistema Baal.

—Sigue —le ordenó.

—Kale se dirige en estos momentos hacia aquí, mi señor. Trae con él una nave correo que salió de la disformidad justo en el exterior de nuestro anillo de defensa.

—Un mensajero —musitó Mephiston con la mirada perdida.

—Así es —le confirmó el guardia de honor—. La nave muestra los emblemas de los Desgarradores de Carne. Sus tripulantes dicen que traen un mensaje de la mayor importancia del propio señor del capítulo Seth.

Dante miró al psíquico.

—¿Fue esto lo que viste?

Mephiston le respondió con un gesto de asentimiento antes de hablar.

—Un veloz galeón que navegaba a través de una noche interminable. En sus velas de tela negra se veía una espada serrada con una solitaria gota de sangre. En su bodega, el sonido de una voz que susurraba un nombre: Gabriel.

El señor del capítulo se acercó hasta las puertas que daban a la balconada y se quedó en el umbral con los ojos alzados hacia el cielo de color rojo óxido.

—Tienen paso libre —le dijo al guardia de honor—. Quiero oír lo que mi honorable primo tiene que decirme.

J

La lanzadera de clase Aquila surgió de la capa de nubes bajas como un halcón lanzado en picado antes de realizar un suave viraje por encima de las torres más altas de la fortaleza monasterio para aterrizar en la pista meridional. La nave se posó con el retumbar sordo propio de los pistones

hidráulicos al comprimirse. Una nube de polvo y de humo la rodeó durante unos segundos antes de que el viento la arrastrara lejos de ella.

Mephiston entrecerró los ojos mientras fijaba la mirada en la nave. Su visión atravesó las placas de metal y de plástico del casco en busca de los pensamientos de los pasajeros que albergaba. Encontró lo que se esperaba: unos guerreros llenos de determinación, decididos y concentrados en cumplir la misión que se les había encomendado.

El psíquico se encontraba al lado del señor del capítulo, y ambos iban acompañados por un trío de guardias de honor. No había nadie más en la plataforma de aterrizaje aparte de los esclavos mecanizados sin voluntad propia que se apresuraban en esos momentos a conectar los tubos de repostaje y a asegurar los planos estabilizadores de la nave. Mephiston sabía que, por supuesto, habría una serie de exploradores armados con bólters largos modificados del tipo Zaitsev a lo largo de las torres que rodeaban la plataforma, preparados en caso de que se produjera algún problema. Era una de las muchas medidas de seguridad adicionales que él mismo había establecido después de que Fabius lograra infiltrarse en Baal.

Al cabo de unos instantes, la rampa de desembarco situada en la zona ventral de la nave se abrió, y un ángel sangriento con los laureles de un sargento veterano bajó por ella. El guerrero se acercó a ellos y se arrodilló ante el señor del capítulo antes de quitarse el casco y sostenerlo contra el pecho con una mano.

—Mi señor, traigo noticias —le dijo.

—Ponte en pie, hermano sargento Kale, y habla —le ordenó Dante.

Kale le obedeció, y Mephiston se dio cuenta de que el guerrero procuraba no cruzar la mirada con la suya. El sargento era un individuo curtido en mil combates y no era dado a sentir miedo con facilidad. Sin embargo, su aura relucía por la inquietud que lo atenazaba al encontrarse en presencia del bibliotecario jefe. Mephiston fue consciente de esa emoción y lo entendió. La temible reputación que tenía en todo el capítulo era toda una leyenda en sí misma, pero el Señor de la Muerte no veía razón alguna para desmentirla.

—El Darío interceptó una nave pequeña con capacidad de viaje por la disformidad que salió del Immaterium más allá de la órbita del duodécimo planeta —le explicó Kale. En su voz se notaba el acento seco propio de un nativo de los clanes de Secundus—. Respondió a nuestra orden de alto y se acercó a nosotros. A bordo encontramos un contingente de astartes del capítulo de los Desgarradores de Carne. Sólo hablarán con vos, mi señor.

—¿Sus códigos de seguridad y sus sellos son los correctos? —le preguntó Mephiston.

Kale asintió.

—Así es, mi señor. El portador del mensaje lleva el sello del propio lord Seth.

Dante hizo una señal de aceptación.

—Que vengan.

Mephiston se inclinó para hablarle al oído a su comandante mientras Kale volvía a la lanzadera.

—No hay engaño alguno —le informó—. Kale cree lo que le han dicho, y los que están a bordo de la nave también lo creen.

—¿Qué es lo que querrá Seth? —Se preguntó Dante—. Nos despedimos de un modo muy amistoso después del cónclave. Quizá querrá pedirme un favor ahora que la camaradería entre los dos capítulos se ha visto reforzada.

El sargento regresó acompañado de tres desgarradores de carne. La armadura de los recién llegados era de un color rojo sangre intenso con los rebordes negros, y no se veían las cadenas de honor ni las demás muestras de heráldica habituales en el capítulo hermano. Uno de ellos, un sargento veterano como Kale, llevaba un pequeño escudo redondo incorporado a una de las hombreras, y Mephiston vio en su superficie circular el símbolo de la garra de reptil que era el emblema personal de Seth. El casco dorado que colgaba del cinto del sargento desgarrador lo confirmaba: aquel astartes formaba parte de la guardia personal de Seth.

Kale y los otros dos desgarradores de carne se mantuvieron en posición de firmes mientras el mensajero cumplía el protocolo que se esperaba de él: hizo una reverencia profunda y se presentó.

—Soy el hermano Mazon. Traigo un mensaje de vuestro honorable primo Seth, de los Desgarradores de Carne.

Mazon miró a los ojos de Mephiston durante un momento, un brevísimo instante, y apartó la mirada de inmediato, pero aquello le resultó más que suficiente al psíquico para acceder a su mente. No vio engaño alguno en los pensamientos del desgarrador de carne. Fuese cual fuese la razón por la que su señor lo había enviado a Baal, no comportaba ninguna clase de mala intención. El psíquico pensó durante un momento en la visión que había experimentado y se preguntó qué tendría que ver con aquella llegada tan inesperada.

El marine espacial sacó del cinto una caja forjada de hierro sin adorno alguno y barnizada de rojo. Luego se la ofreció a Dante.

—Esto sólo lo podéis abrir vos, señor.

El comandante asintió y aceptó la caja. En el mismo momento que su piel tocó la superficie, Mephiston oyó el chasquido de un cierre genético. Un instante después, se oyó el silbido de un intrincado mecanismo interior al ponerse en funcionamiento, y la caja se desplegó para convertirse en una placa ovalada rematada por unas púas verticales. Sobre esas mismas púas relucía un objeto realmente fuera de lo común.

—Un diamante hololítico —comentó Dante—. Un artefacto muy poco común. Está claro que el gran Seth no ha escatimado esfuerzos para que este mensaje me llegue de un modo seguro.

El señor del capítulo acarició con los dedos las facetas de la gema, que tenía el tamaño de un puño. El diamante brilló como si lo hubiera iluminado un solitario rayo de sol.

El brillo de la gema fue aumentando como si en realidad se tratase de un prisma, y la luz surgió de la joya hasta convertirse en un fantasma titilante y resplandeciente. El fantasma farfulló algo y centelleó hasta convertirse en una imagen no demasiado clara de Seth. Llevaba puesta la armadura, pero mostraba un aspecto descuidado, como si acabase de llegar de un combate. Los desgarradores de carne hicieron una reverencia a la imagen hololítica para mostrarle el mismo respeto que habrían tenido si hubiese sido su propio comandante en persona. Mephiston se quedó observando cómo el

mensaje codificado dentro de la matriz cristalina del aparato arcanotecnológico se activaba. Seth empezó a hablar con una sonrisa desprovista de todo humor o calidez.

—«Primo, que la luz del Emperador te encuentre bien. Tendrás que perdonarme el montaje teatral de este mensaje, pero me pareció el modo más expeditivo de hacértelo llegar. Tengo algo para los Ángeles Sangrientos».

Dante y Mephiston intercambiaron una mirada llena de cautela. De entre todas las cosas que el Señor de la Muerte se habría esperado del señor de los Desgarradores de Carne, aquélla ni siquiera estaba incluida.

—«Tengo que concentrar todas mis energías y mi tiempo en las batallas que estoy librando, y si no fuera por ello, si no fuera porque al hacerlo incumpliría mi sagrado deber con Terra, yo mismo seguiría la pista que proporciona esta información. Pero no puedo hacerlo, así que te la transmito. —El rostro de Seth se ensombreció un momento con un gesto de irritación—. Primo, sé en lo que andas metido últimamente. No te preguntes cómo es posible que lo sepa. Limítate a aceptarlo».

—Está hablando de nuestra persecución al traidor —exclamó el psíquico—. ¿Cómo es posible que…?

Dante lo hizo callar con un simple gesto de la cabeza.

—«Hemos descubierto algo. Un miembro del Adeptus Mechanicus, un tecnosacerdote que se cree muy importante y que se llama Matthun Zellik, se ha extralimitado en el cumplimiento de su juramento a Marte y a la sagrada Terra. Se ha puesto en contacto con un tecnoseñor renegado al que conoces: Haran Serpens».

—Fabius… —musitó Dante.

—«Admito que la información es un poco antigua, pero la veracidad de la fuente está asegurada. —La imagen de Seth le sonrió con una expresión feroz y depredadora que dejó al descubierto sus colmillos. Se llevó la mano derecha a la cara para rascarse las viejas cicatrices que tenía en el rostro—. Digamos que al informador le… sacamos todo el jugo que se le podía sacar».

El comandante de los Ángeles Sangrientos miró fijamente la imagen hololítica, como si fuera capaz de atravesarla hasta llegar al propio Seth en persona.

—Y ahora nos dirá el precio —murmuró.

La figura del mensaje asintió, como si le respondiera, y su rostro se tomó serio y sombrío.

—«No le he contado a nadie nada de esto. Ninguno de los otros capítulos sucesores sabe nada al respecto de lo que está pasando, ni de lo que te han robado. No te culpo, Dante. Comprendo la tremenda importancia que tiene este asunto. Si yo estuviera en tu lugar, habría hecho lo mismo que tú estás, haciendo. —Seth frunció el entrecejo—. Pero quiero participar. Los Desgarradores de Carne formarán parte de todo esto. Mi capítulo compartirá la gloria de acabar con esta presa».

Dante asintió con gesto lento.

—Ah, Seth. Sabes que no puedo negarme a eso. Ahora ya no. El hololito continuó con el mensaje.

—«Ya he enviado una nave para que se reúna con tu muchacho, Rafen, y con su grupo. La nave es la Gabriel. Los guerreros que van a bordo saben lo suficiente».

Mephiston sintió una opresión en el pecho al oír el nombre de la nave.

—«Tú sólo tienes que decirle a Rafen que acepte la ayuda que le ofrecen, y juntos arreglaremos este asunto. —Seth hizo una reverencia—. Los dos conocemos el riesgo de combatir sin ayuda, Dante. Nuestra unidad nos hará más fuertes».

La imagen parpadeó una última vez con un destello de color y se disipó como una neblina mañanera. El brillo del interior del diamante también se apagó poco a poco.

El señor de los Ángeles Sangrientos dejó que la caja se cerraba y la sopesó en silencio en la mano. Por fin, alzó la mirada hacia el hermano Mazon y lanzó el artefacto hacia él. El sargento lo atrapó con facilidad, pero no dijo nada y permaneció a la espera.

Dante se alejó unos cuantos pasos y Mephiston lo siguió.

—Los caminos del Dios Emperador son opacos para nosotros —comentó el psíquico—. Quizá deberíamos aceptar este acontecimiento inesperado como obra de su mano.

—Quizá —repitió Dante—. Me pregunto si no debería preocuparme que mi primo sepa tanto de nuestras investigaciones. No es la primera vez que los Desgarradores de Carne muestran tanta… perspicacia.

—En nuestra búsqueda de Fabius lanzamos una red muy extensa, y lo hicimos con mucha rapidez —le indicó Mephiston—. Es algo de lo que puede haberse llegado a dar cuenta Seth.

El rostro noble de Dante mostró una expresión tensa.

—Es un asunto que tendremos que resolver a su debido tiempo, pero primero acabemos con esto. —Se dio la vuelta bruscamente y regresó al lado de Mazon—. Hermano sargento considera entregado tu mensaje. Puedes marcharte.

—Mi señor, si no os importa, lord Seth querrá una respuesta —le dijo el desgarrador de carne.

El señor de los Ángeles Sangrientos negó con la cabeza con sonrisa adusta.

—Te equivocas, Mazon. Tu señor ya sabía cuál sería mi respuesta antes de enviarte con el mensaje.

J

Desde lejos, lejos, las dos naves parecían prácticamente idénticas. Compartían la misma proa afilada, las filas de minaretes almenados situados a lo largo del fuselaje, el gran castillo que se alzaba en el centro del casco. Los cañones dispuestos en baterías de aspecto mortífero desafiaban en un silencio amenazante a cualquier enemigo que osara acercarse. Los

motores relucían igual que estrellas capturadas en la popa. Eran cruceros de ataque rápido de los Adeptus Astartes, unas naves creadas con el propósito de ser letalmente veloces, capaces de convertir toda una ciudad en un montón de restos fundidos y humeantes o de desembarcar todo un ejército si así lo requería la batalla.

Los colores eran lo único que las diferenciaba. Eso y los emblemas de sus respectivas aletas dorsales de gran tamaño. El Tycho era un crucero de color rojo como la furia, con detalles metalizados y plateados, y adornado con una única gota de sangre con alas que relucía en el vacío. A su lado, el Gabriel era negro como la rabia y estaba cubierto de líneas rojas a lo largo del casco. Mostraba el símbolo de una sierra circular con una gota de sangre oscura que reflejaba el brillo de unos soles lejanos.

Las siluetas de ambas naves las hacían parecer iguales. Sin embargo, bajo la luz del sol, sus distintos caracteres quedaban revelados. Los astartes que iban a bordo no se diferenciaban mucho de las naves en las que viajaban.

—Primo, me alegro de verte —lo saludó Rafen.

El hermano sargento Noxx le respondió con un gesto de asentimiento seco. En sus labios se vislumbraba la sombra de una sonrisa.

—Me apuesto lo que quieras a que no pensabas que nuestros caminos se volverían a cruzar tan pronto, ¿verdad, ángel sangriento?

Rafen le contestó con otro gesto de asentimiento.

—Es cierto, desgarrador de carne. Debo confesar que me sentí sorprendido cuando vi tu nave. ¿Tu capítulo no seguía ocupado con la represión de Eritaen?

Noxx negó con la cabeza al mismo tiempo que miraba sin disimulo a su alrededor, en la cámara de audiencias de la Tycho. El veterano y su escuadra habían subido a bordo tras reclamar su derecho como astartes a reunirse y a conferenciar con los miembros de otro capítulo. La Gabriel le había dejado pocas opciones a la Tycho aparte de detenerse, y la nave de los Desgarradores de Carne se le había acercado tanto que la sombra de su masa hacía que cualquier intento de saltar a la disformidad fuese una empresa peligrosa.

—Ese conflicto ya finalizó, pero el resto de mis hermanos ya tienen una nueva batalla que librar contra una horda de orkos en el Racimo Auro.

—Un enemigo muy apropiado —se burló Ajir—. Me pregunto cuál de los dos bandos es más salvaje.

Rafen lo hizo callar con una sola mirada, pero a Noxx pareció divertirle la pulla.

—Me encantaría estar allí para descubrirlo. Por desgracia, me han enviado para ayudaros en lo que habéis fracasado.

—¿Cómo te atreves a…? —exclamó Kayne, quien se puso en pie de un salto, y esta vez, Rafen tuvo que interponerse en el camino del joven marine espacial.

—¿Es que no aprendiste nada de lo que sucedió hace unos meses? —Le dijo el sargento—. Quédate quieto, muchacho, y mantén la boca cerrada.

—Todavía le queda algo de fuego en el corazón —comento Noxx con gesto aprobador—. Me alegra ver que no lo ha perdido.

Rafen bajó la mirada a la placa de datos que tenía en la mano. El aparato se lo había entregado un mensajero procedente del sanctum de los astrópatas pocos minutos antes de que los monitores de vigilancia del crucero captaran la presencia de la nave que se acercaba.

—¿Qué es lo que sabes de nuestra misión?

—Sé que un architraidor ha profanado Baal con su presencia —le explicó Noxx—. Sé que todavía no habéis sido capaces de encontrarlo para hacerle pagar por esa infamia.

—¿Y creéis que podéis hacerlo mejor? —le replicó rechinando los dientes.

—Difícilmente podríamos hacerlo peor…

—¡Ya basta! —Exclamó Rafen—. ¡Somos astartes, y todos somos también hijos de Sanguinius! ¡No olvidemos tan pronto la amenaza a la que nos enfrentamos y a la que destruimos gracias a nuestra unidad! No permitiré que caigamos de nuevo en viejas rivalidades como chiquillos en una pelea infantil. —Se dio la vuelta y miró con dureza a sus guerreros, uno por uno. Kayne y Ajir fueron los dos últimos—. ¿Es que somos tan

arrogantes que no podemos aceptar el ofrecimiento de ayuda de nuestros hermanos? Yo creo que no.

Se dio cuenta de que el codiciario lo estaba mirando fijamente. Ceris no dijo nada, pero le hizo un gesto de asentimiento. La expresión del rostro de Noxx cambió de repente.

—Rafen, todos los guerreros que se encuentran bajo mi mando saben muy bien la importancia que tiene esta misión. Juntos capturaremos al objetivo que buscamos —le aseguró. Luego señaló con un gesto del mentón el puente de mando de la Tycho—. En este mismo instante los navegantes de la Gabriel se encuentran en contacto con los tuyos y les están transmitiendo los datos que hemos descubierto.

—Bien. Una vez establezcamos el rumbo, nos reuniremos para diseñar un plan de actuación conjunto —le respondió Rafen.

—¡Hermano sargento! —Ajir se acercó a Rafen moviendo la cabeza en un gesto de rechazo—. ¡No puedo mantenerme en silencio ante algo así, aunque lo hayáis ordenado! —Señaló con un dedo a Noxx y a los demás desgarradores de carne—. No es un asunto en el que deban inmiscuirse otros. Esta misión la debemos cumplir nosotros, y sólo nosotros.

—Te equivocas —le replicó Rafen.

—¿Y quién decide eso? —exigió saber el marine espacial.

Rafen no le contestó. En vez de eso, le puso con un gesto rabioso la placa de datos en la mano y dejó que la leyera él mismo. En la pantalla se veía con total claridad el sello inconfundible de un mensaje enviado desde el propio Baal ratificado con los indicadores de máxima prioridad. Ajir abrió los ojos de par en par cuando se dio cuenta de que el mensaje procedía directamente del propio señor del capítulo.

—¿Qué es lo que dice? —le preguntó Puluo en nombre de todos los demás guerreros allí reunidos.

—«Luchad juntos» —le contestó Ajir.



Tres

Turcio se mantuvo tranquilo, pero no se encontraba a gusto. Las dos escuadras estaban una frente a la otra en la cámara táctica, y a cualquiera que pasara por allí le habría dado la impresión de que estaban a punto de enzarzarse en una pelea. Los ángeles sangrientos se encontraban en el lado de estribor, y los desgarradores de carne en el de babor. Los dos grupos de guerreros se estudiaron con detenimiento entre sí, como era habitual en ellos. Los sucesos acaecidos meses antes en Baal habían logrado en cierto modo crear lazos de camaradería entre los diferentes capítulos que compartían la misma descendencia del primarca Sanguinius, pero las viejas rivalidades existentes entre la primera fundación y sus sucesores no podía desaparecer en una sola noche.

Además, no había dos extremos más opuestos que los Ángeles Sangrientos y los Desgarradores de Carne. Los primeros mostraban un comportamiento noble y digno, mientras que los segundos eran salvajes y toscos. Sin embargo, por las venas de todos los guerreros de ambos capítulos corría la misma sangre.

Aunque no importaba el carácter que mostraran. Todos eran hijos del Gran Ángel, y, además de eso, eran guerreros del adeptus Astartes. Eran

hermanos de armas. Más que eso: eran hermanos por parentesco.

Ninguno de ellos habló. Las dos escuadras habían recibido órdenes muy estrictas. Nadie debía efectuar ningún comentario que no supusiera una contribución a la planificación del asunto. El hermano Rafen había sido muy específico al respeto, y el ángel sangriento se imaginó que Noxx habría hecho lo mismo. Rafen había cortado casi de inmediato el más mínimo indicio de disensión y les había dejado muy claro que debían concentrar toda su energía en el cumplimiento de la misión. «Hoy nuestra hostilidad sólo tiene un objetivo», les había dicho.

Ese objetivo estaba dando vueltas lentamente delante de ellos, suspendido en mitad de una neblina, recreado por los rayos emitidos desde unos dispositivos ocultos en la base de una mesa de mapas de hierro forjado y decoración profusa. Rafen daba vueltas alrededor de la mesa sin apartar la mirada de la imagen parpadeante. Turcio reconoció el rostro de Fabius Bilis. Era en realidad una reproducción artística de aquel genio malvado, trazada de un modo imparcial por un esclavo mecanizado, quien la había creado a partir de las grabaciones de diversos aparatos de seguridad, retratos antiguos e información sacada de diversas fuentes.

La imagen mostraba un individuo de las dimensiones de un marine espacial, de unos tres metros de alto y con unos hombros que medirían un metro de ancho aproximadamente. Su rostro era pálido, y tenía la piel pegada al cráneo y al borde del implante acelerador cognitivo que llevaba acoplado a la cabeza. Varios mechones de cabello blanco le caían sobre las hombreras de bronce manchadas de sangre, que se veían borrosas allí donde la subrutina de autocensura del aparato proyector tapaba las estrellas de ocho puntas que había grabadas sobre su superficie. Sobre la armadura llevaba puesto un abrigo largo cubierto por un entramado de pellejos sacados de rostros aullantes que habían cosido al tejido de la prenda. Tenía acoplado a la espalda un mecanismo metálico compuesto por diversas extremidades y varios manipuladores, un artefacto de origen misterioso al que llamaban simplemente «el cirujano». Las válvulas de ese aparato estaban rematadas por pequeños cráneos decorativos, y los depósitos de fluidos negros, espesos como el aceite lubricante, no dejaban de chapotear

en su interior cada vez que se movía. Los expertos tan sólo podían hacer conjeturas sobre las funciones que cumplía aquel artefacto. Varios de los científicos con mayor experiencia del Imperio se habían esforzado por conjeturar cuáles serían sus capacidades reales, y habían sugerido que quizá se tratase de algún tipo de mecanismo de soporte vital, o quizá incluso un aparato servidor con cierto grado de conciencia inteligente. A Turcio le recordó los servoarneses que llevaban a la espalda los tecnoadeptos de su capítulo, aunque éste tenía un diseño más grotesco, más pesado.

Pensaba en aquello cuando posó la mirada en uno de los guerreros de Noxx que se mantenía un poco apartado del resto de la escuadra de los desgarradores de carne. El guerrero tenía un servobrazo doblado discretamente a la espalda, y en una de sus hombreras se veía el símbolo del engranaje propio de un tecnomarine entrenado en Marte. Su rostro anguloso, carente de un ojo, que había sido sustituido por un implante con una lente de color zafiro, giró hacia él y le hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo respetuoso.

El hecho de que a la escuadra de Noxx le hubieran asignado un tecnomarine dejaba muy a las claras la importancia que le concedían a la misión. Los Desgarradores de Carne eran un capítulo pequeño compuesto tan sólo por un puñado de compañías y disponían de muy pocos recursos, por lo que no podían malgastarlos, y eso incluía a los guerreros que poseían una fracción del conocimiento y de la formación de los miembros del Adeptus Mechanicus. Los tecnomarines casi eran una casta aparte dentro de los Adeptus Astartes. Los diferentes capítulos los reclutaban del mismo modo que a cualquier otro iniciado, pero luego eran entrenados en Marte para que entraran en comunión con las máquinas… y según decían algunos, ya no volvían a ser de fiar a su regreso.

Turcio jamás había creído en ese rumor. Le costaba mucho creer que un astartes fuera capaz de encontrar algo más omnipotente que el Dios Emperador de la Humanidad en los engranajes y muelles de una máquina, sin importar la espiritualidad que los tecnosacerdotes del Mechanicus quisieran imprimirle a aquellos mecanismos.

En ese momento vio que Rafen se volvía hacia Noxx.

—Estoy impaciente por ver lo que nos habéis traído, hermano sargento. —El sargento de los Ángeles Sangrientos señaló la mesa de mapas—. Por favor.

Noxx miró al tecnomarine.

—Mohl, muéstraselo.

El hermano Mohl se acercó, y su servobrazo se desplegó con un movimiento ágil y fluido, casi elegante, del mismo modo que un cortesano ofrecería la mano para iniciar un baile. Resultaba extraño que una extremidad mecánica capaz de aplastar el cráneo de una persona como si fuera un simple huevo pudiese realizar un movimiento semejante. El brazo colocó un cilindro mnemónico sobre una ranura de la mesa, y el aparato lo aceptó con un leve zumbido hidráulico.

Varias lentes chasquearon y chirriaron en el interior de la mesa, y la imagen de Fabius Bilis se desvaneció. Las partículas de arena magnética del núcleo del visor se movieron y se arremolinaron alrededor del extremo del proyector para formar una nueva imagen. La forma de un tecnosacerdote tomó cuerpo en el aire ante ellos. Se trataba de un humano encapuchado, aunque había que llamarlo humano en el más amplio de los sentidos. La figura llevaba puesta la túnica habitual de los adeptos del Mechanicus, sobre la que se veía el símbolo del cráneo y el engranaje, lo que indicaba su rango elevado de magos. Turcio atisbó durante un momento el rostro del sacerdote, y le pareció que tenía toda la cabeza cubierta de cromo. Quizá se trataba de alguna clase de máscara.

—Os presento al magos minoris Matthun Zentennigan Ocho Iota Zellik —les dijo Mohl. Aunque el desgarrador de carne habló en voz baja, su voz llegó a todos los rincones de la cámara—. Es un tecnoseñor del Magos Technicus de Marte. Aparece en las listas como adepto sin cometido fijo, con una patente de trabajo del fabricador general para que realice operaciones independientes más allá del Segmentum Solar.

—En otras palabras, no responde ante nadie —musitó.

—El rango y la posición jerárquica de Zellik le permiten disfrutar de un amplio grado de libertad —comentó Mohl mostrándose de acuerdo—. Creemos que el Orto Xenos lo vigila desde hace cierto tiempo en busca de

alguna señal evidente de contaminación, pero todavía no han encontrado ninguna prueba de ello.

—¿Sospechan que tiene tratos con alienígenas? —inquirió Ceris.

—Es posible —contestó el tecnosacerdote—. Sin embargo, no está confirmado. Los contactos de los que dispone Zellik le han permitido hasta este momento mantenerse a salvo de las garras del Orto. Sin embargo, hay algo de lo que sí estamos seguros. Nuestros agentes han determinado que Zellik está actuando fuera de los límites establecidos por la ley imperial y la doctrina del Adeptus Mechanicus. Se considera a sí mismo como algo parecido a un coleccionista, y prefiere quedarse con aquellos objetos que considera valiosos en vez de entregárselos a sus señores. Al parecer, posee un museo privado de grandes dimensiones… Además, ha comerciado con tecnologías proscritas y únicas.

—La gente del engranaje se enfadaría mucho si se enterase —comentó Ajir.

Noxx negó con la cabeza.

—No te creas. Los miembros del Adeptus Mechanicus están más que dispuestos a saltarse las reglas si con eso logran ponerle la mano encima a otra reliquia polvorienta procedente de los tiempos anteriores a la Vieja Noche.

El sargento miró a Mohl, y el tecnomarine se lo confirmó con un gesto de asentimiento.

—Entonces, según eso, Kayne tiene razón —apuntó Rafen—. Este tal magos. Zellik opera por su cuenta… Quizá lo hace a instancias del Mechanicus, o quizá tan sólo para enriquecerse. —El ángel sangriento cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué tiene que ver todo esto con nuestra misión de búsqueda?

—Uno de los nombres de aquellos relacionados con sus operaciones os resultará familiar —le explicó Mohl—. Se trata de un magos biologis llamado Harán Serpens.

—El alias de Bilis… —El rostro curtido de Puluo mostró una expresión de desprecio—. ¿Este apretador de engranajes está aliado con el Caos? —preguntó el marine antes de escupir al suelo.

—Creemos que desconoce la falsedad de la identidad de Serpens. El Imperio todavía no sabe nada de lo ocurrido en Baal…

—Pero vosotros si os enterasteis, ¿verdad? —lo interrumpió Kayne con un tono de voz sombrío.

Turcio se dio cuenta de que había asentido de forma inadvertida. Por mucho que supiera que debía confiar en los Desgarradores de Carne, todavía le costaba trabajo hacerlo.

Mohl hizo caso omiso del comentario y siguió hablando.

—Es bastante probable que Zellik no tenga ni idea de con quién está tratando.

—¿Qué clase de tratos son los que tiene con Bilis? —Preguntó Turcio, hablando por primera vez—. ¿Sabemos algo de Billis? —añadió mientras los dedos metálicos de su brazo biónico tabaleaban sobre el avambrazo. Se trataba de un tic nervioso que no había logrado eliminar.

—Lo desconocemos —le contestó Mohl.

—Mi señor Seth ha sugerido que nos dirijamos a Zellik para pedirle que nos cuente todo lo que sabe sobre el paradero de ese tal Haran Serpens —dijo Noxx con un tono de voz que casi hizo que pareciera broma.

Turcio lo pensó durante unos momentos.

—Los miembros del Adeptus Mechanicus son gente tremendamente ordenada. Estoy seguro de que incluso ese mago itinerante tendrá anotado hasta el más mínimo detalle todas las transacciones y acuerdos que ha llevado a cabo, desde unas tuercas hasta naves de combate enteras.

—No nos proporcionará esa información simplemente porque se lo pidamos —intervino Ajir—. Y si de verdad ha establecido tratos fuera de los límites permitidos, ya sea con los alienígenas o con cualquier otro de los enemigos de Terra, sabe que su vida corre peligro.

Ceris observó con atención la imagen.

—¿Así es como lo vamos a hacer? ¿Simplemente nos enfrentaremos a él, le impondremos la autoridad del Emperador y lo arrestaremos?

—Saldrá huyendo en cuanto vea nuestras naves —añadió Kayne.

—Quizá no. No si sólo ve mi nave —replicó Noxx. Rafen miró fijamente al otro sargento.

—¿Qué quieres decir, Noxx?

Los delgados labios del desgarrador de carne se separaron cuando sonrió y dejó al descubierto los dientes.

—En realidad, ha sido idea del hermano Mohl —explicó al mismo tiempo que le daba un par de palmadas en la hombrera al tecnomarine—. Nos dirigiremos con la Gabriel a un cuarto de velocidad hacia su base, nos pondremos en contacto con Zellik y le preguntaremos si quiere hacer un trato con nosotros. De armas o vehículos, o de algo así.

—Sois marines espaciales. ¿Qué os hace pensar que se creerá que alguien como vosotros tendría algún interés en realizar un acuerdo ilícito con él? —Turcio frunció el entrecejo—. Es una mentira tan mala que hasta un niño se daría cuenta.

—Estaría de acuerdo con eso si fueseis vosotros quienes os acercarais a él —le replicó Noxx—. Pero seremos nosotros, los Desgarradores de Carne. —Abarcó a toda su escuadra con un gesto en abanico del brazo y sonrió con gesto helado—. Y como estoy seguro de que ya sabréis, la gente siempre está dispuesta a pensar lo peor de nosotros.

Noxx se quedó mirando fijamente a Turcio, en un claro desafío para que se atreviera a mostrarse en desacuerdo. Sin embargo, lo cierto fue que Turcio no pudo hacerlo.

Todos los marines espaciales se quedaron en silencio mientras pensaban detenidamente en las palabras de Noxx. Por fin, Rafen rompió el silencio.

—Hay que felicitar al hermano Mohl. Parece que tiene un buen plan. De hecho, es tan bueno que me pregunto por qué lord Seth no os envió sin más a que lo llevaseis a cabo vosotros solos e involucró a mi capítulo en ello.

—Ah, pero es que hay más —le contestó Noxx.

—Siempre lo hay —replicó Puluo con aspereza.

—La base de operaciones de Zellik es una plataforma móvil… Llamarla nave o estación espacial sería utilizar el término equivocado. El Arqueocohorte no es ni una cosa ni otra.

—¿El Arqueocohorte? —repitió Turcio, que no conocía aquella palabra.

—Enséñaselo —le indicó Noxx a Mohl.

El tecnomarine tocó varios botones de un teclado luminoso y la imagen del proyector cambió de nuevo. La nueva figura era difícil de captar en su conjunto a simple vista, y Turcio la estudió con detenimiento durante unos largos momentos mientras se esforzaba por darle un significado general a lo que parecía ser una serie de grúas gigantescas apiñadas alrededor de un núcleo en forma de huevo. Le recordó un poco a las gordas arañas del polvo que correteaban en los niveles subterráneos de la fortaleza monasterio. Sin embargo, era difícil calcular las dimensiones del conjunto por la imagen.

—La plataforma es básicamente una instalación móvil de procesamiento dedicada a recuperar reliquias científicas perdidas. Viaja de una estrella a otra y explora los distintos planetas en busca de objetos arcanotecnológicos. Zellik dispone de un pequeño ejército de skitarii y de servidores cognitivos, y la plataforma está bien armada. Una sola nave no supondría una amenaza seria para la base.

—Ya ha quedado contestada esa pregunta —respondió Noxx asintiendo—. La flota de combate de nuestro capítulo no es demasiado numerosa. Ya fue bastante difícil conseguir que asignaran la Gabriel a esta misión. Sin embargo, para acosar a Zellik hacen falta dos naves. Uno debe acercarse para disparar a quemarropa y acribillar la plataforma…

—Mientras la otra se acerca a toda velocidad para arrasar el Arqueocohorte. Ya lo entiendo. —Rafen completó la frase al mismo tiempo que asentía—. ¿Ya tienes el paradero de esa… plataforma?

—Más allá de los sistemas de Holda y Precipicio, en el borde del vacío antes de llegar a las Estrellas Necrófagas —le contestó Mohl de inmediato—. Zellik regresa mucho a esa zona para rebuscar en los mundos cadáver de ese eje.

Turcio y los demás se quedaron escuchando mientras Noxx continuaba con la explicación y detallaba el plan que había trazado para atacar el Arqueocohorte. El hermano Rafen tan sólo hizo unas cuantas observaciones, y sólo en aquellos puntos en los que el enfoque brutal y simplista de los Desgarradores de Carne podía ser mejorado con la sutileza táctica de los Ángeles Sangrientos. A pesar de ello, a medida que la reunión se acercaba a su final, vio cómo aparecía lentamente una sonrisa de cazador

en el rostro del sargento, la misma que se veía en las caras de los demás astartes.

Era un buen plan. Funcionaría, y por primera vez en lo que parecía una eternidad, dio la impresión de que el ánimo sombrío que se había apoderado de los ángeles sangrientos desde que salieron de la colonia tau se despejaba un poco. Ya se oía la llamada lejana de la batalla, y Turcio notó en las manos la sensación de impaciencia por empuñar una arma.

Rafen se acercó por fin a la mesa proyectora y se quedó mirando fijamente las entrañas de la imagen que giraba en el aire ante él.

—Vamos a encontrar al magos minoris Matthun Zentennigan Ocho Iota Zellik —dijo lentamente—. Vamos a encontrarlo y a interrogarlo.

J

La única luz del interior del torpedo de abordaje era el brillo enfermizo de color amarillo verdoso de las varillas bioluminosas. Estaban atadas a las vigas de apoyo de la cápsula mediante cables, y se balanceaban de un lado a otro como hojas atrapadas en la brisa. El implante llamado ocuglobo que Rafen llevaba en los ojos le había dilatado la pupila más allá de lo posible en un humano normal, para permitirle ver mejor en aquella oscuridad casi completa, pero a pesar de esa ayuda, el interior era poco más que un paisaje de sombras grises y voluminosas. Se movió con cuidado entre los marines espaciales instalados en las redes amortiguadoras de aceleración en dirección a la proa. Su sentido del oído aumentado le permitió captar el aullido que resonaba dentro del casco de la cápsula provocado por los cables de amarre del exterior. El torpedo de abordaje se movía igual que un cebo arrastrado por un sedal a la sombra del crucero rápido Gabriel, y estaba prácticamente oculto por la masa de la nave. Los cables cruzaban el

espacio vacío serpenteando hasta el crucero, y los servidores se afanaban en el otro extremo en una cuidadosa coordinación. Los esclavos mecanizados manejaban la cápsula con aquellos cables, del mismo modo que los marineros moverían una vela, para conseguir que conservara toda la velocidad que había acumulado desde que habían entrado en el sistema.

Rafen utilizó los asideros de hierro que había soldados en la parte interior del casco y se desplazó de uno a otro, una mano tras otra, mientras flotaba en gravedad cero. Los asideros estaban cubiertos por una capa de escarcha debido a que la humedad del aire se había solidificado a causa de una temperatura ambiental muy inferior al grado de congelación, y cada exhalación que salía de la boca del ángel sangriento se convertía de inmediato en una nubecilla de vapor. Aquel frío espantoso se le pegaba a la cara y le tensaba la piel que le cubría los pómulos y la barbilla. Los sistemas de calefacción del interior del torpedo estaban apagados. De hecho, prácticamente todos los sistemas que necesitaban energía para funcionar lo estaban. Era otro detalle que formaba parte del engaño del plan: camuflar la cápsula en el frío del espacio para dar la impresión de que se trataba de uno más de los millones de restos helados y sin vida alguna. Era el único modo que tenían de lanzar una operación de abordaje contra el Arqueocohorte de Zellik. No podían utilizar los aparatos de teletransportación, ya que la plataforma poseía alguna clase de generador de pantalla de dispersión de origen arcano que era capaz de anular cualquier envío de materia y convertirla en algo irreconocible. Cualquier vector de aproximación que condujera a las compuertas estancas, rodeadas de fuertes defensas, o a los hangares de desembarco, repletos de armas pesadas automatizadas, sería un suicidio. Un auténtico bosque de aparatos sensores enfocaba sus ojos mecánicos hacia todos los puntos de la brújula estelar. El único modo de acercarse era utilizar una táctica basada en la fuerza bruta, y Rafen había captado el destello de alegría en los ojos mortecinos de Noxx al pensar en aquello.

Rafen llegó a la proa en forma de cuña de la cápsula y se acercó a una de las escasas portillas abiertas en el casco del torpedo. Era una ventanilla

circular sólo un poco más grande que su propio puño. Limpió la capa de cristales de hielo y miró hacia la oscuridad.

Lo que vio le dio que pensar. El Arqueocohorte se alzaba por encima de la proa de la Gabriel, y fue en ese momento cuando lo captó en toda su dimensión. La plataforma podía tener perfectamente el tamaño de una gran ciudad, y el aspecto de araña que había visto en la imagen del proyector se vio confirmado cuando distinguió las pasarelas de varios kilómetros de longitud que surgían del núcleo de la plataforma para rodear un pecio espacial de costados semejantes a losas. Acortaban la distancia que los separaba del Arqueocohorte con cada segundo que pasaba, y Rafen fue distinguiendo a medida que la plataforma aumentaba de tamaño unos chispazos relampagueantes de luz intensa en los puntos donde los extremos de las pasarelas entraban en contacto con el casco del pecio.

—Los operarios cognitivos de Zellik están desmontando el pecio —le explicó Noxx—. Lo están revisando de un extremo a otro en busca de cualquier objeto de valor que albergue.

Rafen se preguntó durante un momento cuál sería el origen del pecio. No tenía aspecto de ser una nave de combate. Probablemente se trataría de algún tipo de transporte colonial antiguo que quizá hubiera partido de Terra antes de la Era de los Conflictos en busca de una nueva frontera y una vida mejor. Lo cierto era que fuese cual fuese el destino que había sufrido, la vieja nave estaba padeciendo un segundo pero ignominioso final a medida que el Arqueocohorte la despiezaba poco a poco.

Se apartó de la ventanilla y al darse la vuelta se encontró con la forma sombría de Noxx delante de él.

—Esto va a ser un pequeño desafío —le dijo el desgarrador de carne—. Los skitarii de Zellik están entrenados en el uso de armas extrañas. Estoy seguro de que acabaremos haciendo algo de ejercicio ahí fuera.

Rafen asintió y dio unos cuantos golpecitos en la empuñadura de la espada de energía que llevaba envainada.

—Ya me lo imagino.

Noxx lo miró fijamente, y por fin señaló un símbolo circular que Rafen llevaba grabado en una de las placas de la armadura.

—El Halo de Hierro. Me preguntaba si te habrían concedido alguna condecoración por lo que hiciste en el sepulcro.

—Me dijeron que me lo había ganado, pero yo sólo estuve allí en los momentos finales. Otros lucharon tanto o más que yo, y en otros lugares y en otros momentos.

La sonrisa hueca del otro guerrero destelló durante un momento en la penumbra.

—Cuánta modestia. Sólo alguien tan cabal como tú podría decir algo como eso y no parecer un mentiroso.

Rafen apretó los dientes.

—Digo lo que pienso. No pretendo ser humilde.

—Un comandante no puede permitirse eso jamás —le respondió el desgarrador de carne—. Y hablando de comandantes: ya que estamos implicados en esta misión, hay un punto del protocolo que debemos aclarar. Tenemos el mismo rango, pero uno de nosotros debe tener la última palabra.

—Y crees que tú deberías ser el que la tuviera.

—Soy el hermano de batalla más veterano. Me parece lo más correcto.

—Noxx, puede que no tenga tantos tachones de servicio en la frente como tú… —Esta vez le tocó al ángel sangriento sonreír con aspereza—. Sin embargo, es mi misión, la de mi capítulo. Quizá tendré que vencerte en combate para mantener ese privilegio.

—No es el lugar más adecuado, ¿no crees? Y no estés tan seguro de que esta vez lograrás vencer. —Noxx inclinó la cabeza—. Muy bien, Rafen. Te cedo el mando. De momento.

J

El torpedo cambió de orientación a medida que los cables se iban soltando.

—Ya no falta mucho.

Miró a su alrededor y vio al hermano Mohl, quien llevaba puesto el casco y se encontraba sentado en la consola de comunicación. Cualquiera habría pensado que el tecnomarine no era más que una servoarmadura vacía si no fuese por los leves movimientos ocasionales que hacía con la cabeza y por el estremecimiento que recorría de vez en cuando el servobrazo.

Mohl estaba conversando desde el interior de su armadura con la tripulación del Arqueocohorte y les estaba contando a grandes rasgos la mentira con la que conseguirían subir a bordo. Rafen pasó al canal de comunicación que Mohl estaba utilizando, pero el chirrido estridente que le llegó a través del microrreceptor hizo que torciera la boca en un gesto de dolor. Aquello no era más que el pitido monótono de un código binario.

Cambió de nuevo y pasó a hablar por el canal de comunicación general.

—Hermanos, preparados. A vuestros puestos de asalto.

Turcio se inclinó sobre una consola de control apagada y recitó una plegaria de encendido antes de poner el pulgar sobre la tecla de activación.

—A vuestra orden, señor —le dijo al sargento.

—El momento de la verdad —comentó Puluo con voz profunda.

Rafen asintió mientras se colocaba en su propio arnés de seguridad. Al no encontrarse en funcionamiento los mecanismos que se utilizaban habitualmente para mantenerlos en estado operativo, no sabía si los cohetes de corto alcance del torpedo de abordaje se encenderían. Echó una mirada al cronómetro del mamparo para saber el tiempo que quedaba para el comienzo del ataque. La cápsula ya debía de estar dando la vuelta, y los cables se estarían preparando para lanzarla como si la disparara una honda. Se suponía que los cohetes debían multiplicar por dos esa velocidad de salida, lo que haría que avanzaran con demasiada rapidez como para que los cogitadores de artillería del Arqueocohorte fuesen capaces de reaccionar. Si no se ponían en marcha, la cápsula volaría con demasiada lentitud y las armas enemigas no tardarían en calcular la distancia de tiro.

La aguja del cronómetro llegó al pináculo del aparato y Rafen bajó la mano con un gesto cortante.

Turcio apretó con fuerza la runa de encendido. Pasó un segundo, y luego otro. Para entonces, todos habían empezado a sentir ya el tirón de la aceleración del torpedo tras ser lanzado.

—Quizá… —El ángel sangriento no llegó a completar la frase. De repente, un estruendo rugiente procedente de la popa de la cápsula lo interrumpió, y todos los guerreros que iban a bordo se vieron aprisionados por los arneses de seguridad cuando la fuerza de la aceleración se apoderó de ellos.

Rafen se esforzó por mirar a través de la portilla, pero lo único que vio fue el brillo de las estrellas al reflejarse en el casco metálico, nada que pudiera distinguir con claridad. Luego captó los silenciosos destellos de color que cruzaban por delante del cristal blindado: eran los disparos de energía que iluminaban el vacío con su brillo. En el exterior, el capitán de la Gabriel había abierto fuego con sus armas prácticamente a quemarropa contra la plataforma del Mechanicus. El torpedo de abordaje cruzó el espacio en mitad de aquel torbellino de disparos, por lo que su aproximación final quedó enmascarada por las andanadas mutuas.

Mohl desconectó un mecadendrito de su casco y habló por el canal de comunicación general.

—Zellik ha interrumpido el contacto —informó—. Cuando la Gabriel se negó a detenerse y a permitirle enviar una nave de reconocimiento, se volvió suspicaz.

Una explosión cercana sacudió el torpedo y el casco gimió.

—Y eso no es todo —musitó Puluo.

—El Arqueocohorte ha abierto fuego contra el crucero —añadió el tecnomarine.

—Es evidente —replico Noxx—. Y ahora, si todo sale según lo planeado, la Tycho debe de estar aproximándose desde el otro lado. —Miró a Rafen—. Si su capitán es tan bueno como dices, Zellik estará demasiado ocupado enfrentándose a dos cruceros astartes como para fijarse en nosotros.

—La Tycho cumplirá su parte del plan —le aseguró el sargento.

Noxx abrió la boca para contestarle, pero en ese preciso instante, el torpedo llegó hasta su objetivo e impactó contra la cubierta exterior del Arqueocohorte. La cápsula chocó con un estruendo resonante de metal contra metal y comenzó a perforar el casco.

J

Al igual que unos lobos atacando a un oso, las dos naves de combate se acercaron y comenzaron a dar vueltas alrededor del enorme Arqueocohorte, virando para efectuar pasadas de ataque contra la masa de la enorme plataforma. Los disparos de cañón y de rayo láser y las nubes de misiles se entrecruzaban entre los tres combatientes. Las armas de la plataforma carroñera de Zellik no estaban escasas de potencia de fuego. No dejaban de disparar densas descargas de rayos X que azotaban a la Gabriel y a la Tycho, y los residuos de los disparos dejaban franjas de color en el vacío semejantes a las auroras boreales.

En respuesta, los ángeles sangrientos y los desgarradores de carne hicieron que sus armas dispararan a discreción para acribillar el casco del enemigo. A una distancia tan corta, hasta un ciego habría acertado aquel objetivo. Sin embargo, al igual que el oso que se enfrentara a unos lobos, el Arqueocohorte soportó los mordiscos y los zarpazos a pesar de sus movimientos lentos y pesados, y respondió con descargas masivas que podrían llegar a partir el casco de uno de los cruceros si lograban acertar de lleno.

La plataforma se separó del pecio que había estado devorando, por lo que las pasarelas con forma de extremidades comenzaron a retraerse siguiendo un patrón de autopreservación.

J

Toda la parte delantera del torpedo de abordaje era un gigantesco taladro metálico endurecido con una capa de espesor molecular de diamantes cultivados, y la punta era de sentanium. Aquella enorme broca giró a una tremenda velocidad y perforó las capas exteriores de carburo endurecido del casco dorsal del Arqueocohorte para penetrar en sus entrañas. Las orugas dentadas montadas a lo largo de los flancos de la cápsula la hicieron avanzar a través de las planchas perforadas de metal, plástico y madera mientras los gases y los fluidos salían disparados hacia el vacío. Unos grandes chorros serosos de gel sensible al vacío salieron de unos contenedores presurizados y sellaron con extremada rapidez la brecha abierta por los astartes. El avance del torpedo no tardó en quedar detenido.

Rafen ya se estaba liberando del arnés y tenía el bólter en la mano.

—¡Salid, salid! ¡Daos prisa, hermanos! —ordenó rugiente.

Uno de los desgarradores de carne de Noxx se encontraba en la proa, y dejó escapar un gruñido de esfuerzo cuando bajó la pesada palanca de hierro que liberaba el mecanismo de perforación. La proa cónica se abrió dividiéndose en cuatro fragmentos para que los marines espaciales pudieran evacuar con rapidez. Las dos escuadras salieron en dos filas ordenadas y entraron en la nave de Zellik. Puluo, Kayne y un par de desgarradores de carne fueron los últimos en disponerse a salir, y Rafen se volvió hacia ellos justo a tiempo de ver cómo la cápsula se estremecía. La masa gelatinosa que la rodeaba burbujeaba y siseaba, y se retorcía como si estuviera viva. Un momento después, el torpedo comenzó a retroceder.

—¡Salid ya! —les gritó Ajir.

Puluo le propinó un fuerte empujón a Kayne por la espalda y el joven astartes cayó la distancia que quedaba hasta el puente. El otro ángel sangriento dio un giro y saltó detrás de él, seguido muy de cerca por uno de los desgarradores de carne. El último guerrero, entorpecido por el peso de un lanzallamas pesado, no tuvo tanta suerte. Se oyó el repentino chorro del aire al salir despedido y todo el torpedo fue impulsado hacia atrás, y la

oleada de gel en expansión formó una pared antes de que la atmósfera interior saliera tras la cápsula.

Noxx soltó una maldición.

—Es una forma biológica artificial —informó Mohl sin mostrar emoción alguna mientras toqueteaba la sustancia, cada vez más dura, con un dedo—. Está programada para actuar como un tejido vivo, para curar heridas y expulsar objetos extraños a la nave.

—Tendría sentido en una nave tiránida, pero ¿aquí? —se preguntó Turcio.

—Quizá lo que se cuenta sobre los contactos de Zellik con los alienígenas va a ser cierto, después de todo —comentó Ajir en un gesto de asco.

Sin embargo, no tuvieron tiempo de profundizar en aquellas preguntas. De la vanguardia del grupo surgió un grito.

—¡Contacto! —Era un desgarrador de carne, que aullaba para hacerse oír por encima del rugido de su bólter.

—¡Adelante! ¡Despejad la zona! —ordenó Rafen.

Un puñado de soldados de la tecnoguardia cargó hacia ellos tras salir de un corredor. Avanzaban tan de prisa que sus capas grises revoloteaban tras ellos como si fueran las alas de una ave depredadora. Una segunda fila de servidores equipados con armas pesadas los seguían avanzando con mayor lentitud por los amplios pasillos. Las armas chasqueaban a medida que los cargadores automáticos giraban al activarse.

El tiempo de reacción de los guardias de Zellik fue admirable. Si Rafen hubiera estado en la nave de un aliado los habría felicitado, pero en aquellos momentos era una pequeña complicación. Un coro de disparos de bólter resonó y se estrelló contra los guardias con una fuerza mortífera. Los proyectiles explosivos los reventaron en grandes cascadas de color rojo. Los trozos de carne humana y de implantes metálicos salieron despedidos contra las paredes. Los disparos enemigos procedentes de las primeras filas brotaron en una oleada de luz láser. Los rayos sisearon al quemar la superficie de las armaduras de ceramita y abrasar unas cuantas capas de cobertura protectora. El aire que rodeaba a los astartes chasqueó con las

descargas de energía, y el corredor no tardó en llenarse con el olor acre y penetrante a ozono.

Los servidores artillados, lentos y pesados, eran cuerpos de seres humanos modificados con pistones en vez de piernas y grandes cañones en lugar de brazos, y fueron los siguientes en disparar. Rafen se puso a cubierto detrás de una viga al mismo tiempo que Turcio sufría un impacto superficial y caía al suelo girando sobre sí mismo. Todos los esclavos mecanizados estaban armados con ametralladoras de corto alcance, y los grandes cargadores de munición que llevaban a la espalda les suministraban proyectiles con punta blanda de fragmentación. Los proyectiles de gran calibre eran un peligro si se disparaban tan cerca del casco exterior de una nave, ya que un impacto en un punto vulnerable podía destrozar una compuerta o incluso un mamparo, lo que provocaría una descompresión catastrófica. Todos los astartes eran unos tiradores de puntería soberbia, por lo que no tenían que preocuparse de un detalle tan nimio.

Rafen oyó el repiqueteo de las puntas de las balas al aplastarse de forma inofensiva contra las armaduras de los marines espaciales, y sonrió. Los guardias de Zellik habían reaccionado de forma demasiado apresurada y no habían cambiado de munición, por lo que estaban utilizando unos proyectiles de baja velocidad más apropiados para enfrentarse a piratas o a los enemigos humanos más comunes. Por otro lado, los proyectiles de punta endurecida de los marines espaciales eran mucho más mortíferos y perforaban de una parte a otra todos los objetivos contra los que impactaban. Turcio ya se había incorporado hasta quedarse en cuclillas, y desde esa postura fue reventando las cabezas de los servidores artillados con disparos precisos y certeros.

Noxx se lanzó a la carga y derribó al último tecnoguardia de una patada, y luego lo mantuvo en el suelo con unos cuantos golpes a la cabeza con la empuñadura del bólter. El skitarii barbotó algo en el lenguaje de código máquina, pero el sonido cesó de inmediato cuando el desgarrador de carne le aplastó la garganta de un pisotón.

—Ese es el primer plazo del pago por la pérdida de mi guerrero —gruñó el veterano.

El Arqueocohorte comenzó a girar sobre sí mismo.

Lo hizo con lentitud al principio. Se movía con el ritmo perezoso e inexorable de la luna al salir, pero luego fue tomando velocidad a medida que los diferentes conjuntos de pequeños cohetes que había desplegados por toda su superficie se unían al empuje necesario para efectuar el giro. Las baterías de armamento del tamaño de bloques de habitáculos se deslizaron a lo largo de los gruesos rieles que surcaban el casco exterior y se detuvieron en las fauces de unos enormes cargadores de munición estáticos para reabastecerse antes de volver a sus posiciones para seguir disparando contra los cruceros astartes.

El capitán de la Tycho hizo pasar la nave entre un par de pasarelas gigantescas y apuntó los tubos de proa hacía una de las baterías más cercanas. Los torpedos espaciales cruzaron el vacío negro impulsados por chorros llameantes para poco después transformarse en bolas de fuego nuclear. Unas cuantas placas móviles de blindaje se desplazaron para llegar a la zona de impacto y absorber las detonaciones, pero lo hicieron tarde, y algunas de ellas resultaron arrancadas y salieron disparadas hacia la oscuridad.

La Gabriel apoyaba desde arriba a su crucero hermano con una descarga casi continua de disparos de láser superpesado que arrasaban la superficie reluciente del casco de la plataforma del Mechanicus.

El Arqueocohorte siguió girando bajo aquella tormenta de fuego, y una serie de enormes compuertas se abrieron a popa al mismo tiempo que rotaba. De ellas salieron una serie de toberas de propulsión que se activaron para contribuir a la impulsión de la plataforma.

Al mismo tiempo, y dirigidas por la furia fría de la máquina, otra serie de compuertas repartidas por toda la cubierta se abrieron para añadir más armas al combate.

—Tenemos que localizar y apoderarnos del centro de mando —dijo Rafen cuando vio que el pasillo daba a un amplio espacio abierto situado en el centro del Arqueocohorte—. ¿Dónde se encuentra?

Mohl lo miró.

—No será fácil, señor.

El comandante del tecnomarine lo miró con dureza a su vez.

—¡Me dijiste que conocías la configuración interna de este mastodonte! —exclamó Noxx.

—Y la conozco. Por eso sé que no va a ser fácil encontrar una estancia en concreto en mitad de todo… esto —le contestó el tecnomarine.

Rafen se detuvo, y durante un momento sintió una oleada de vértigo cuando su mente se esforzó por procesar lo que estaba contemplando. Lo que se veía al otro lado de la galería balconada a la que los había conducido el pasillo era un inmenso espacio hueco, y todo su contorno lo recorría un entramado de escaleras y de rampas que desafiaban la fuerza de la gravedad y el sentido común. Algunas estaban invertidas, y otras se conectaban entre sí de un modo profuso y extraño, mientras que algunas giraban sobre sí mismas como una cinta de Moebius. En mitad de todo aquello había unas gigantescas placas tan grandes como bloques urbanos que se movían de un lado para otro de forma constante gracias un complejo sistema de raíles y de grúas gigantescas. El ruido era incesante. No dejaba de oírse el chirrido de las piezas metálicas al rozar entre sí acompañado de la orquesta sibilante de los diferentes mecanismos que había en funcionamiento mientras las cubiertas se conectaban, se movían, se desconectaban, se invertían, rotaban sobre sí mismas y luego cambiaban de ubicación. Todos aquellos movimientos se producían de un modo fluido y acompasado, sin estorbarse entre ellos y en perfecta sincronización.

—Se reconfigura a sí mismo sin parar —musitó Ajir—. ¿Cómo vamos a encontrar el camino en mitad de todo esto? ¡Si entramos en una estancia aquí, lo mismo terminamos en la otra punta de la plataforma!

Un trozo de cubierta pasó por delante de ellos, y en ese momento Mohl vio un pequeño atril de cobre sobre un podio. Se inclinó sobre el artefacto, y Rafen vio cómo sus mecadendritos se movían con la rapidez de unas pequeñas serpientes para acoplarse a las conexiones de intercomunicación de la superficie del atril.

—Cubridlo —ordenó, y se llevó el bólter al hombro.

Apuntó hacia arriba, y a través de la mira telescópica del arma captó el movimiento de unos pájaros mecánicos de vigilancia, que habían

interrumpido su patrón de vuelo circular para dirigirse hacia ellos.

Puluo afirmó las piernas y descargó una andanada de proyectiles con el bólter pesado. Los disparos acabaron con la mayoría de aquellas imitaciones de pájaros con su mortífera potencia de fuego.

Mohl se estremeció y se apartó del atril.

—No he encontrado mapas de este lugar —dijo entre toses—. Me he topado con una serie de salvaguardas, y el espíritu mecánico del Arqueocohorte se ha resistido. Sin embargo, a pesar de que no me ha querido mostrar algunas cosas, eso también sirve como una especie de guía alternativa.

—¿Debemos ir hacia donde no quiere que vayamos? —apuntó Kayne.

—Así es —le confirmó el tecnomarine al mismo tiempo que se daba un par de golpecitos en el casco—. He computado una ruta. La tengo aquí guardada, pero debemos ponernos ya en marcha. Si nos demoramos, la configuración cambiará de nuevo y entonces no nos servirá de nada.

Otra placa de cubierta giró para colocarse en su lugar, y Mohl se dirigió de inmediato hacia ella. El resto de los marines lo siguieron.

Rafen torció el gesto al mirar de nuevo la geometría enloquecida que los rodeaba.

—¿Cómo vamos a encontrar la ruta adecuada a través de este rompecabezas gigante? —se preguntó en voz alta. Noxx señaló con un gesto del mentón al tecnomarine.

—Asegurándonos de que Mohl siga vivo.

J

Los arpones eran más grandes que las estatuas levantadas sobre el monte Serafín. Aquellos objetos giratorios cubiertos de púas, que tenían el tamaño

de un cúter artillado o de una nave de protección planetaria, surgieron del interior del Arqueocohorte. Salieron lanzados desde aberturas ocultas en dirección a la Gabriel y a la Tycho. Cada una de aquellas armas disponía de tripulación, si se le podía dar ese nombre al puñado de torsos humanos sin extremidades inmersos en tanques a prueba de impactos llenos de fluidos de soporte vital.

Unas cadenas con eslabones del tamaño suficiente para rodear a centenares de personas, de doble y de triple entrelazado, salieron chirriando de los contenedores del interior del Arqueocohorte, donde se encontraban enrolladas sobre sí mismas, y se desplegaron unidas a aquellas lanzas impulsadas y guiadas por cohetes. Las armas giraron a toda velocidad en dirección a las naves enemigas.

Ninguno de los dos cruceros dejó de disparar con andanadas mortíferas mientras viraban para cambiar de rumbo. Los giros fueron tan bruscos que los espinazos metálicos de la estructura sintieron el terrible choque gravitatorio de unas maniobras tan violentas. Sin embargo, no fueron lo suficientemente rápidos.

J

—¡De prisa!

El suelo se dividió a los pies de Kayne. Tenía una bota plantada en cada una de las dos secciones, una de las cuales bajaba mientras que la otra subía. Sintió que unas manos fuertes lo agarraban al mismo tiempo que él alargaba un brazo para ayudar a uno de los desgarradores de carne. Su camarada astartes gruñó por el esfuerzo cuando Kayne tiró de él para subirlo mientras la placa de cubierta en la que se encontraban un momento antes pasaba de posición horizontal a vertical.

—Este lugar es igual que las entrañas de un motor. Todo son partes móviles y engranajes chirriantes —gruñó el desgarrador de carne—. Gracias, primo.

—Kayne —le contestó el ángel sangriento—. ¿Y tú?

—Eigen —se presentó el otro astartes—. No me explico cómo es posible que estos chiflados tecnológicos del Mechanicus no se vuelvan locos simplemente mirando esto.

—Esos tecnos son así —le respondió Kayne con un encogimiento de hombros—. Ya están bastante locos de por sí.

Los guerreros avanzaron serpenteando y con paso veloz entre las filas de columna de cuarzo que sostenían el enorme techo abovedado. Por todos lados había paneles de cristal en los que se veía un flujo continuo de código máquina. Algunos colgaban de suspensores, mientras que otros estaban sujetos a las paredes o a las propias columnas. Las cataratas de símbolos que caían de forma inagotable le resultaban absolutamente ininteligibles a Kayne, pero sabía que para alguien como Mohl aquellas pantallas estaban llenas de secretos. Eran unas ventanas al funcionamiento interno del Arqueocohorte y de su espíritu máquina, el equivalente mecánico a mirar por un microscopio para ver las células que alberga la sangre de uno mismo.

Kayne oyó cómo Mohl, situado en vanguardia de la unidad, iba dando indicaciones hacia dónde seguir. El tecnomarine parecía saber cuál era el camino, pero hasta ese momento, todas y cada una de las estancias por las que habían pasado era una rareza excéntrica. Les llegó un temblor a través del suelo, y las losas metálicas que pisaban se estremecieron. Eigen frunció el entrecejo.

—Eso no ha sido cosa del suelo esta vez… Eso ha sido un impacto en el exterior.

—Quizá nuestras naves están ganándole la batalla a este engendro —le contestó Kayne—. Pero no servirá de nada si no logramos impedir que Zellik huya hacia la disformidad.

—¡Contacto!

El grito surgió del centro de la formación, del psíquico Ceris. En ese mismo instante, una nube ondulante de color blanco azulado se materializó

justo por encima de sus cabezas. Kayne alzó el bólter a tiempo de ver cómo una cara gigantesca adquiría forma y definición en pocos instantes. Se trataba de un rostro cubierto por una película plateada brillante, como un espejo iluminado, y con el resto de la cabeza oculto bajo una capucha con un reborde rojo.

—Es él… —dijo Eigen—. Es algo parecido a una imagen hololítica.

El desgarrador de carne buscó con la mirada a su alrededor en busca del cualquier artefacto que pareciera un aparato emisor.

—¡Astartes! —El aire que los rodeaba reverberó con la voz del magos —. ¡Habéis cometido un error gravísimo al atacarme! ¡Tengo a todo Marte a mi lado! ¿Vuestros capítulos se atreven a abordar mi nave sin mi permiso y a matar a mis ilotas? ¿Os habéis vuelto locos?

El hermano sargento, que también marchaba en vanguardia, se detuvo casi en seco y se deslizó un poco sobre las losas pulidas antes de responder a gritos al desafío lanzado por la imagen flotante.

—¡Ríndete, Zellik! Preséntate ahora mismo ante nosotros y quizá muestre algo de indulgencia. No me importan en absoluto las infracciones que hayas cometido según las leyes del Mechanicus, pero sé que tienes cierta información que necesitamos, y no nos iremos hasta que nos la des.

Zellik barbotó de asombro y de ira, y el sonido fue muy semejante al chasquido de cientos de interruptores.

—¡Tu arrogancia supera tu estupidez, ángel sangriento! Una vez deje atrás a vuestras naves, convertiré vuestros cuerpos en soportes para armas, ¡y vuestro señor del capítulo suplicará que tenga misericordia con él!

—¡Allí! —Exclamó Eigen a la vez que señalaba una pequeña cápsula esférica que flotaba en lo alto entre las sombras—. Es el aparato proyector. ¿Lo ves?

Kayne apuntó con el bólter.

—Lo veo, primo.

Dejó escapar un poco de aire y disparó. La esfera explotó con un estallido seco y el rostro de Zellik se desvaneció.

—Buen disparo —comentó Puluo—. Ya me estaba cansando de él.

El suelo de la cubierta retembló de nuevo, y en esta ocasión Kayne dejó escapar un bufido de rabia.

—Esta vez no ha sido un impacto…

—¡Contacto! —gritó Eigen a la vez que señalaba hacia un nuevo punto.

No podía negarse que el desgarrador de carne tenía una vista muy aguda. Otro grupo de tecno guardias había salido de detrás de una de las columnas de cuarzo y se lanzó de inmediato a la carga contra los marines espaciales.

Kayne vio algo que cruzaba el aire en su dirección y reconoció la silueta: era una granada.

—¡A cubierto! —gritó al mismo tiempo que empujaba a Eigen para que cayera detrás de otra columna y quedara protegido un momento antes de que comenzaran a dispararles de nuevo.

La granada estalló, pero en vez de lanzar metralla, lo que surgió fue un globo de color esmeralda que se expandió hasta adquirir el tamaño aproximado de un vehículo civil terrestre biplaza. Cuando el brillo se apagó, en el suelo había quedado un agujero circular perfecto que atravesaba la placa, con los bordes suaves y brillantes como si los acabaran de pulir.

—¡Por la sangre de Baal! ¡Debe de ser una esfera desmaterializadora! —exclamó Ceris mientras se acercaba a ellos sin dejar de disparar—. Es una arma arcanotecnológica. Es semejante a una teleportación, pero lo que hace es destruir todo aquello que se encuentra dentro de su radio de acción. Jamás creí que llegaría a ver en acción una reliquia como ésa.

—¡Creía que esa clase de artefactos eran un mito! —exclamó Eigen.

—Yo también —le contestó el psíquico con el entrecejo fruncido—. Por lo que parece, estábamos equivocados.

Kayne captó un movimiento.

—¡Otra granada!

Una segunda esfera cruzó el aire en dirección a los marines espaciales, lanzada por un ilota mecanizado al que habían sustituido un brazo con un cañón de proporciones reducidas.

Kayne contempló asombrado cómo Ceris daba un salto para interceptar la esfera en mitad de su vuelo mientras caía hacia ellos. El psíquico desvió el orbe de su trayectoria inicial y lo arrojó lejos mientras él mismo empezaba a caer. Fue una intercepción torpe, pero efectiva. La esfera aterrizó a los pies del propio ilota que la había lanzado y se activó. El efecto de disipación de la materia zumbó durante un momento, y cuando se desvaneció tan sólo quedaba las extremidades amputadas de los servidores artillados.

Ceris chocó con fuerza contra el suelo al caer y trastabilló, lo que atrajo de inmediato los disparos enemigos. Sin dudarlo ni un instante, Kayne y Eigen salieron corriendo de su posición a cubierto para ayudarlo, y los tres guerreros se apresuraron a reunirse con el resto de sus camaradas.

—Está claro que Zellik quiere vernos muertos —comentó Turcio—. Cada una de esas esferas cuesta el rescate de un gobernador planetario.

—Pues entonces deberías considerarlo un cumplido, penitente —le replicó Ajir.

Mohl señaló con un gesto de la mano una puerta de forma romboidal abierta en una de las paredes.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo. Zellik intenta acorralarnos. ¡Por aquí, de prisa!

Los astartes siguieron avanzando mientras los impactos de los disparos láser chasqueaban a su alrededor, pero ellos mataron a todo aquello que se atrevió a seguirlos.

J

La Tycho recibió el impacto del arpón en la placa con forma de arado de su proa, pero la Gabriel corrió peor suerte, ya que el otro arpón penetró en el

casco del crucero de ataque por el eje de babor en un ángulo oblicuo. Ambas armas se enterraron profundamente en las naves de combate y las trabaron con fuerza.

Un instante después, cuando todavía resonaba el eco de los impactos en el interior de los cruceros, las gigantescas cadenas de aleación forjadas en el vacío se tensaron. Luego se pusieron en marcha una serie de engranajes inmensos, y unas gigantescas ruedas comenzaron a girar en lo más profundo de la enorme plataforma de Zellik. De inmediato, las cadenas empezaron a retraerse arrastrando tras ellas a las naves.

Los capitanes del Tycho y del Gabriel habían concedido permiso a sus respectivos oficiales de artillería para que abrieran fuego a discreción, y eso hicieron ambos. Una parte de las baterías se dedicó a machacar al Arqueocohorte con una andanada tras otra por la infamia que suponía un ataque semejante, mientras que otras apuntaron a las cadenas que tiraban de las naves y dispararon una y otra vez contra ellas con la esperanza de partirlas.

Un centenar de soles diminutos se encendieron con una llamarada al otro lado de la plataforma, y los chorros de fuego de fusión iluminaron el vacío. El Arqueocohorte aceleró poco a poco y arrastró a sus atacantes para alejarse de aquella zona del espacio, llena de escombros, en dirección a una área más despejada.

Los tecnoadeptos ya estaban realizando los cálculos pertinentes además de computar las fórmulas adecuadas para trazar un nuevo rumbo. Lo que se produciría a continuación sería un salto a la disformidad, y las naves encadenadas a la plataforma, que se resistían como perros feroces tirando de sus ataduras, quedarían destrozadas por el flujo de la transición.

J

La bomba de fusión explotó, y no sólo arrancó la compuerta blindada que protegía la entrada a la cámara de mando, sino también unas cuantas secciones de las paredes de ambos dos. Los cadáveres de los servidores equipados con armas pesadas que defendían aquella entrada permanecían destrozados en el lugar donde habían caído, y la munición que les quedaba en las armas empezó a estallar debido al calor. Noxx encabezó la carga con Puluo a su lado. Los dos astartes abrieron fuego mientras todavía estaban cruzando los restos humeantes de la entrada. Los pocos skitarii que no habían muerto por la onda explosiva de la bomba cayeron bajo los disparos de los marines espaciales.

Rafen fue el siguiente en entrar, acompañado de Turcio y de Ajir, uno a cada lado. Los tres hicieron caer la justicia iracunda del Emperador con un disparo contra cada una de las figuras encapuchadas que se movían en los pozos de control donde se encontraban sentadas, delante de las consolas de mando. El sargento de los Ángeles Sangrientos apenas había dado unos cuantos pasos en el interior de la cámara cuando sus agudos sentidos de astartes, perfeccionados mediante la experiencia adquirida en los combates que había librado en incontables batallas, emitieron una señal de alarma en el interior de su mente. Se detuvo de repente.

—Esperad… —ordenó mientras una sensación de inquietud se extendía por todo su cuerpo.

El hermano Ceris, que se encontraba al otro lado de la abertura con los demás marines espaciales, dejó escapar un gruñido gutural: un sonido de advertencia.

Ajir era quien más se había adentrado en la cámara, y se detuvo con el entrecejo fruncido delante de un adepto sentado. A pesar de la tremenda violencia con que los marines espaciales habían entrado, los tripulantes encargados de aquellos puestos de control apenas habían reaccionado. El guerrero apoyó el cañón del bólter en la espalda del adepto y le propinó un fuerte empujón. La figura se desplomó hacia adelante y la capucha se le cayó.

Bajo ella tan sólo había un extraño orbe sin ningún rasgo visible y fabricado de manera que se asemejara vagamente a una cabeza humana. Era

un maniquí, poco más que una recreación de un cuerpo humano como los que se empleaban en las galerías de disparo. Rafen había destruido miles de ellos a lo largo de sus prácticas de tiro o en los entrenamientos con la espada.

Noxx le arrancó la capa a otro de los siervos tripulantes, y luego a otro y a otro. Todos eran autómatas idénticos que imitaban los movimientos de la dotación de controladores de un centro de mando. Tan sólo los tecnoguardias que habían matado en la cámara eran lo que parecían ser.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó el desgarrador de carne. Mohl estaba a su espalda.

—Estamos en el centro de mando…, —musitó—. Estoy seguro.

—¡Pues es falso! —Le gritó Turcio—. ¡Tan falso como un castillo fabricado con madera y lona para engañar a cualquiera que mire desde lejos!

Rafen estudió la consola de mando que tenía delante de él. No era más que un panel liso lleno de luces parpadeantes.

—¡Fuera! —gritó de repente.

Dio la orden demasiado tarde. Mohl se lanzó a la carrera hacia la entrada que habían reventado, pero una placa metálica bajó como la hoja de una guillotina y tapó el hueco, cortando de ese modo cualquier vía de escape. Un instante después, la cubierta empezó a cambiar de configuración y en el suelo se abrió una larga fisura. Las consolas falsas se abrieron como bocas para permitir la entrada de los maniquíes y luego se replegaron hacia unos espacios ocultos hasta ese momento, como si todo aquello se tratara de un hábil truco propio de una representación teatral. Las vigas y las columnas de apoyo se retrajeron hacia las paredes, de modo que cualquier punto de agarre desapareciera al mismo tiempo que aumentaba la inclinación del suelo a cada instante que pasaba.

La cámara se vio inundada por una oleada de aire caliente y seco, y Rafen distinguió un brillo anaranjado e intenso bajo ellos. Un contenedor alargado lleno de metal fundido, quizá una barcaza transportadora procedente de los módulos de fundición del factorium del Arqueocohorte,

se deslizaba en esos momentos por el nivel inferior para colocarse debajo de ellos, preparado para recibirlos cuando perdieran asidero y se cayeran.

Se trataba de una trampa tan retorcida y melodramática como podía esperarse de un tecnoseñor arrogante del Adeptus Mechanicus. Cuando Rafen alzó la mirada, vio que el techo también se replegaba para dejar paso a una cápsula en forma de góndola de dirigible, que en su interior, detrás del entramado de bronce y de cristal, albergaba un adepto y un destacamento de escolta de skitarii. El adepto no llevaba puesta una máscara plateada, por lo que no podía ser el propio Zellik en persona, pero Rafen vio claramente el puñado de aparatos ópticos que cubrían la parte inferior de la góndola. Estuviese donde estuviese, aquel cabrón mecánico estaba contemplando cómo se deslizaban poco a poco hacia la muerte igual que si se tratase de un espectáculo cinemático grabado para su divertimento.

Rafen notó que las botas comenzaban a perder agarre contra el suelo, así que atravesó el metal con un puñetazo del guantelete y logró un asidero momentáneo. Oyó que Puluo soltaba una exclamación furibunda al mismo tiempo que a uno de los marines espaciales devastadores casi se le escapaba la mano del punto donde se aferraba antes de que Noxx lo agarrara para tirar de él y ayudarlo a asirse de nuevo.

Les quedaban pocos segundos antes de que la extraña estancia giratoria acabase de dar la vuelta por completo y los hiciese caer hasta aquel contenedor lleno de metal fundido. A pesar de sus servoarmaduras, el sargento dudaba mucho de que ninguno de los marines espaciales consiguiera sobrevivir más que unos pocos segundos en aquella temperatura tan elevada.

—Si caemos, él cae con nosotros —gruñó Rafen.

Alzó la mano libre y apuntó con cuidado hacia la góndola. El bólter rugió, y a ese sonido se unió el del resto de las armas de sus camaradas. Durante unos segundos dio la impresión de que aquel gesto de desafío no serviría para nada, pero luego el cristal blindado se llenó de fracturas que aumentaron de tamaño hasta que se partió por completo. El aire asfixiante se llenó de fluidos rojos y negros, y un tecnoguardia de aspecto pesado cayó pasando al lado de Rafen antes de hundirse en silencio en el metal líquido y

ardiente. La góndola comenzó a deslizarse lentamente a lo largo de un cable colgante, pero ya era demasiado tarde. Al quedar expuestos con la única intención de contemplar cómo morían los marines espaciales, los lacayos de Zellik se habían colocado en la línea de tiro.

El adepto encapuchado perdió el equilibrio y emitió un chillido intermitente en lenguaje binario mientras trastabillaba y salía despedido de la góndola. Cayó con las ciberextremidades azotando el aire a su alrededor en busca de un punto al que agarrarse, pero sin encontrar nada.

Rafen soltó una exclamación de rabia por la decisión que se veía obligado a tomar, y soltó su preciado bólter para dejar la mano libre del todo. El ángel sangriento extendió el brazo todo lo que pudo y atrapó al adepto por la túnica cuando pasaba a su lado. Dejó escapar un gruñido de esfuerzo por el peso adicional que amenazó con hacerle perder su asidero, pero no lo soltó.

Su arma cayó girando en espiral hacia el líquido espeso y reluciente y empezó a fundirse en mitad de una serie de pequeñas explosiones provocadas por el estallido de la munición bajo aquel calor tan intenso.

El adepto giró varias veces sobre sí mismo hasta quedar colgando del brazo del marine espacial. Luego alzó la mirada, lo que dejó al descubierto un rostro que era casi humano en su totalidad. Tan sólo sus ojos biónicos de color azul zafiro desmentían el engaño. El rostro del tecnosacerdote del Mechanicus mostraba una expresión de terror absoluto.

—Esa arma me ha servido con honor —le gruñó Rafen—. ¡Dame una buena razón para que no te deje caer y hacer que me la traigas!

El repiqueteo binario del adepto cambió hasta convertirse en un lenguaje inteligible para el marine.

—Cero cero cero no no no —tartamudeó—. ¡Por favor, no, cero, no! Tenía órdenes… Yo no…

—¡Detén esta trampa! —Lo interrumpió el ángel sangriento con un grito—. ¡O te juro que morirás aullando!

—¡Uno uno uno sí sí sí! —barbotó como respuesta el tecnoadepto.

Del interior de su túnica surgió de inmediato una maraña de mecadendritos serpenteantes. Las puntas manipuladoras se dirigieron hacia

las paredes, donde comenzaron a buscar y a abrir paneles ocultos que Rafen ni siquiera había sospechado que existieran. El adepto soltó un suspiro chasqueante al mismo tiempo que el suelo se detenía en su movimiento basculante para luego comenzar a recuperar la horizontalidad. Los paneles y las columnas que se replegaban se detuvieron igualmente y recuperaron su posición inicial. Tras unos pocos segundos, la cámara recuperó su aspecto original.

Rafen se puso en pie sin soltar al tecnoadepto mientras la plancha metálica de la pared se elevaba de nuevo. Se fijó en las zonas señaladas por los impactos donde Ceris y los demás marines espaciales habían intentado abrirse paso a la fuerza.

El psíquico entró con paso cauteloso en la falsa cámara.

—¿Mi señor? —le dijo tan sólo, aunque la pregunta era más que evidente en su mirada.

El sargento no le contestó, sino que se limitó a desenvainar la espada que llevaba colgada a la espalda. Luego colocó el filo de la hoja reluciente contra el pecho del prisionero.

—¿Dónde está Matthun Zellik? —exigió saber.

El adepto tragó aire. De sus extremidades flácidas caían pequeños regueros de sangre y de aceite que empezaron a formar charcos en el suelo.

—Astartes, debes comprender que yo no podía detenerlo.

—No te he pedido una excusa —le respondió Rafen con rabia—. Viniste a grabar el momento de nuestra muerte para que tu señor pudiera disfrutar de ello para siempre. Para mí ya has perdido el derecho a vivir. Contesta y morirás de forma rápida.

Noxx dio un paso amenazador y se acercó al tembloroso tecnoadepto.

—Eso es mucho más de lo que se merece —gruñó el desgarrador de carne—. Déjamelo a mí, primo, y yo lo haré hablan.

Su camarada sargento desenvainó el cuchillo de despellejar que siempre llevaba consigo, y las púas de aspecto cruel que recorrían la hoja centellearon bajo la luz.

—¡No sé dónde se encuentra! —Gritó el aterrorizado adepto—. ¡Yo, logis Goel Beslian, juro por el sagrado Omnissiah que no lo sé! ¡El cubo

que Zellik utiliza como sanctasantórum permanece en constante movimiento a través de todos los mecanismos del Arqueocohorte! ¡No podréis encontrarlo a menos que él quiera que lo hagáis!

Rafen frunció los labios.

—Entonces, mi querido logis Beslian, ya no nos sirves de nada.

Giró la espada y apoyó la punta sobre el esternón del adepto.

—¡Puedo hacer que venga a vosotros! —chilló Beslian con todas sus fuerzas. Las palabras chirriantes surgieron de un collar de globos parlantes que llevaba al cuello—. ¡Perdonadme la vida y os podré ayudar!

El adepto miró a su alrededor, quizá con la esperanza de encontrar un rostro compasivo entre todos los astartes, pero no encontró otra cosa que rabia reprimida.

Rafen lanzó un bufido de disgusto y soltó al prisionero, quien cayó a los pies de uno de los guerreros de Noxx, un clérigo sanguinario llamado Gast.

—Mantén a este desgraciado con vida —le ordenó.

Luego se alejó apretando con fuerza la empuñadura de la espada por la frustración que sentía al verse obligado a posponer la muerte del adepto. Noxx se le acercó.

—¿Te crees las mentiras de ese traidor?

—Primo, si se te ocurre algo mejor, estaré encantado de que me lo cuentes —Rafen lo miró de soslayo—. Toda esta plataforma es un gigantesco rompecabezas lógico… Ha confundido a tu hermano Mohl tanto como nos ha confundido a todos los demás.

—Sospecho que es una trampa —insistió Noxx—. Siempre lo hago. Por eso he logrado sobrevivir durante tanto tiempo.

—Pero a pesar de eso, entraste el primero en la cámara —le replicó Rafen.

El desgarrador de carne asintió.

—Es cierto, pero es que la mejor manera de desmontar una trampa es activarla.

Rafen le respondió con otro gesto de asentimiento.

—Pues entonces, eso es lo que haremos. No pienso perder tiempo con este cretino engreído de Zellik cuando nuestra verdadera presa todavía está

fuera de nuestro alcance.



Cuatro

Beslian, sin dejar de emitir chasquidos y jadeos, condujo a los desconfiados, astartes hasta un amplio módulo transportador que los elevó con rapidez varios niveles a través del interior cambiante del Arqueocohorte. Gast ya le había vendado al adepto las heridas que había sufrido por los fragmentos de metralla, aunque no se había esmerado en la tarea. Noxx quería que el tecnosacerdote sufriera, y Rafen no vio motivo alguno para anular la orden del sargento desgarrador de carne.

El tecnomarine Mohl se colocó al lado de Beslian con la actitud de un halcón vigilante, y no dejó de observarlo en busca de cualquier signo de un posible acto traicionero. Mohl tenía preparado el bólter para disparar en cualquier momento. Si Beslian pensaba traicionarlos, era posible que le diera tiempo a llevar a cabo cualquier engaño antes de que un marine espacial corriente se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Sin embargo, no ocurriría lo mismo con Mohl. Aquel guerrero tranquilo y preciso mataría en el acto al adepto, y era evidente que Beslian era consciente de ello.

El transportador llegó a un espacio abovedado que se encontraba en algún punto de la zona superior de la plataforma Allí se encontraron con una horda de servidores artillados preparados para combatir, pero apenas

habían comenzado a reaccionar ante su presencia cuando Beslian emitió un chirrido de código binario que los dejo sumidos en un estado de estupor. Los cañones de todas las armas se inclinaron hasta apuntar hacia el suelo y sus cabezas quedaron colgando de un modo flácido. Fuese lo que fuese lo que había hecho el tecnoadepto, había dejado a los ilotas mecanizados desprovistos de todo movimiento y energía.

Los marines espaciales se desplegaron en un círculo de combate mientras Rafen estudiaba con detenimiento la antecámara en la que se encontraban. Las puertas de cristal que tenían delante eran altas y estaban cubiertas con grabados de oro que se asemejaban a una serie de placas de circuito y parecían albergar todo un tesoro al otro lado. La luz artificial, que tenía un matiz rojizo para recordar el ciclo diurno marciano, surgía procedente de unos dispositivos lumínicos ocultos más allá de la propia cúpula.

Rafen le hizo un gesto a Noxx en dirección a los servidores artillados dormidos.

—Hermano sargento, si me haces el favor…

Noxx desenvainó el cuchillo de nuevo y contestó con un gesto seco de asentimiento.

—Por supuesto.

Llamó a dos de sus guerreros para que lo ayudaran con la tarea, y luego avanzaron en silencio entre los ilotas con una serie de movimientos rápidos y feroces matándolos uno a uno en unos tajos violentos y crueles que desgarraron gargantas y venas. Rafen vio que Kayne torcía el gesto y apartaba la mirada. Beslian soltó un gemido.

—¡Astartes, no es necesario que hagáis eso! ¡Están en estado quietus! ¡No pueden hacer ningún daño a nadie!

—Tomo nota —le replicó Rafen, quien a pesar de ello no interrumpió el trabajo de Noxx—. Y ahora, dime, ¿nos has traído hasta Zellik?

—Lo más parecido a eso. Contemplad… —le respondió el adepto.

Beslian contuvo la respiración mientras manipulaba un cierre giratorio de orbe situado en el extremo de la armazón de un pivote cardán. Tras efectuar la serie correcta de movimientos, la respuesta fue el sonido de una

serie de mecanismos internos al ponerse en marcha. Las dos hojas de las puertas de cristal se deslizaron una a cada lado de la abertura y el adepto entró caminando sobre sus piernas formadas por mecanismos de pistón. Las pezuñas de hierro repiquetearon contra el suelo de mármol pulido. El siguiente en entrar fue Mohl, quien no dejó de apuntar con el bólter a la espina dorsal de Beslian.

Rafen condujo al resto de la unidad hacia el interior de la cámara, y lo que vio hizo que frunciera los labios en un gesto de frustración. Se había esperado algo parecido a un sanctasanctórum, o quizá la clase de estancias opulentas propias de un individuo que se consideraba superior a los demás… pero no aquello.

Lo que había allí dentro eran hileras tras hileras de vitrinas de cristal ordenadas de forma perfecta. Todas tenían un tamaño muy parecido, aunque aquí y allí se veían algunas de tamaño mayor, lo bastante grandes como para guardar… ¿qué?

Miró en el interior de la vitrina que tenía más cerca y vio una docena de cuencos dorados que medían aproximadamente lo mismo que la palma de su mano y que estaban colocados sobre tapetes de terciopelo. Cada uno de ellos mostraba un grabado semejante a un circuito que lo cubría por completo, y todos mostraban el aspecto deslucido propio de un objeto de gran antigüedad. Sin embargo, captó un leve brillo cuando la luz les dio de lleno. Era un arco iris diminuto que cruzaba por toda su superficie. Se acercó para ver mejor y captó el suave destello de la pantalla formada por un campo de éstasis. Se dio cuenta de que había una pequeña placa de datos en uno de los rincones de la vitrina. La tocó con un dedo y apareció un texto, pero no encontró sentido alguno a aquellas palabras.

—Son reliquias precursoras —le explicó Beslian con voz sibilante desde el otro lado de la estancia—. Tienen decenas de miles de años de antigüedad, y se fabricaron en Terra antes de que la humanidad partiera de su planeta natal.

Fue entonces cuando lo comprendió. Se dio la vuelta y sintió que una oleada de repugnancia lo invadía cuando reconoció de inmediato lo que contenía otra de las vitrinas: el cráneo y el antebrazo de un guerrero necrón.

Ambos objetos estaban corroídos y desgastados por el paso de los años, pero seguían siendo horriblemente característicos. Otras vitrinas albergaban piezas de maquinaria absolutamente desconocidas para él. Posiblemente eran objetos que la humanidad había creado en épocas más allá de lo que era capaz de abarcar la mente de Rafen. Otras contenían artefactos que sólo podían ser armas, y su intuición de guerrero captó de inmediato las siluetas que sugerían una poderosa letalidad.

—Un museo —comentó Puluo.

Mohl asintió con lentitud.

—Zellik es un coleccionista. Estos son sus trofeos.

Ajir soltó un bufido cargado de desprecio.

—¡No hemos abordado esta monstruosidad para saquearla! ¡Estas… reliquias no nos sirven para cumplir nuestra misión!

Beslian emitió un jadeo chasqueante de exasperación.

—No lo entendéis. ¡Este lugar es el relicario del magos! Lo que tenéis ante vuestros ojos son objetos de un valor realmente incalculable. ¡Son sus mayores trofeos! Los valora más de lo que un padre quiere a sus hijos.

Rafen asintió mientras en su mente se iba formando un plan.

—Pues entonces, llamemos su atención.

El ángel sangriento regresó hasta la vitrina que contenía los cuencos y la abrió con un mandoble de la espada que también partió en dos el generador del campo de éstasis. Aquellos objetos milenarios entraron en contacto con el aire del mundo exterior en lo que podía ser la primera vez desde que se registraba la historia de la humanidad en la galaxia. Perdieron el color, te agrietaron y se deshicieron con rapidez hasta quedar convertidos en una película de partículas de polvo centelleante. El astartes oyó que a los lejos se encendía una alarma chillona.

Beslian soltó un chirrido y tuvo la mala idea de dar un paso hacia el sargento, pero se detuvo en cuanto sintió la presión del cañón del bólter de Mohl en la nuca.

Lo siguiente que Rafen destruyó fueron las reliquias del guerrero necrón, y sonrió al hacerlo. Luego destrozó otra vitrina, y otra más. Unos trozos de silicio y de acero cromado se convirtieron en pequeños

fragmentos que él transformó en polvo pisoteándolos con una bota. Rafen no miró en ningún momento hacia arriba, hacia las perchas que había visto nada más entrar en la cámara abovedada y donde sin duda habría posados más pájaros vigilantes de Zellik.

Beslian no dejaba de emitir un sonido farfullante, a mitad de camino entre el repique de un reloj y un sollozo. Alzó las manos ante él en un gesto suplicante.

Rafen lo miró fijamente.

—Tú eres quien nos ha traído hasta aquí, adepto. ¿Qué esperabas que hiciéramos? —Miró a su alrededor, a los demás marines espaciales—. ¡Todos vosotros! —Gritó, y el eco de su voz rebotó en la bóveda—. Empuñad las armas y destruid todo lo que encontréis en esta sala. No dejéis nada intacto.

—¡No!

El grito resonó en el aire que los rodeaba, y Rafen no pudo evitar sonreír al oírlo. Una neblina hololítica se formó ante ellos, y el perfil de un rostro cromado y la sombra de una capucha de color rojo óxido se hicieron más nítidos con cada segundo que pasaba.

—¡Salvajes! —Aulló la imagen—. ¡Animales! ¡Bárbaros incultos! ¡No sois capaces de comprender la importancia de las riquezas que estáis destruyendo! ¡Todos y cada uno de los objetos que alberga esta sala son una pieza única, y valen más que vuestras vidas multiplicadas por mil!

—Pues es una pena —replicó Rafen al mismo tiempo que lanzaba otro mandoble con la espada para partir por la mitad un objeto curiosamente aflautado que parecía ser un instrumento musical.

La imagen de Zellik lanzó tal grito de dolor que Rafen se preguntó por un momento si el tecnoseñor estaría físicamente conectado de algún modo con los objetos que albergaba la sala. El ira del magos se volvió hacia su adepto.

—¡Beslian! ¡Ingrato! ¿Después de todo lo que te he dado, así es como me lo pagas? ¡Has traicionado al Omnissiah por estos matones astartes!

El adepto hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo… os advertí que lo dejaseis, Matthun. Os dije que algún día los guerreros del Emperador vendrían a buscarnos. Dijisteis que me equivocaba, ¡pero comprendí que sería así hace mucho tiempo! —Beslian se puso en pie y movió un puño metálico delante de la imagen—. ¡No me veré arrastrado a la perdición con vos! ¿Pensasteis que podríais engañar a Marte y a Terra para siempre? ¿Cuántas anotaciones del sistema habéis falsificado? ¿Cuántas mentiras habéis contado a nuestros señores? —El adepto se estremeció. El esfuerzo que le suponía aquella rebelión se veía con claridad en su espalda encorvada—. ¡Pues se acabó! ¡No pienso participar más en esta farsa!

El rostro metálico de Zellik mostró una mezcla de rabia y consternación.

—¡Confié en ti! —le gruñó.

Rafen apuntó la espada hacia la imagen fantasmal y tomó de nuevo el mando de la situación.

—Magos Zellik, no me importan en absoluto todos estos juguetes que guardas ni las mentiras que hayas contado a tus señores de Marte, pero pienso desmontar esta plataforma pieza por pieza hasta que te encuentre, y voy a comenzar por arrasar esta galería de reliquias… a menos que aceptes entregarte.

El magos soltó un bufido de desprecio.

—¿Te atreves a amenazarme? ¡Voy a destrozar vuestras naves! ¡Todos los servidores artillados que tengo a mi disposición están apuntando hacia ellas ahora mismo! —Se quedó callado al ver que Rafen se acercaba a un objeto muy particular que se encontraba en el interior de una vitrina cilíndrica—. ¿Qué haces? —bramó Zellik, pero con un tono de voz en el que se asomaba el pánico.

Dentro de la vitrina, flotando en el centro de ella gracias a unos aparatos suspensores, había un grupo de anillos, y cada uno de ellos tenía grabada una diminuta inscripción. Todos se movían de un modo constante alrededor los unos de los otros. Daba la impresión de que el artefacto, fuese lo que fuese, era extremadamente delicado, igual que si lo hubiesen fabricado con

cristal tallado. Rafen echó hacia atrás con lentitud la espada de energía hasta quedar en posición de lanzar un mandoble.

—¡Quieto! —Gritó Zellik—. ¡Para! ¡Para! ¡Basta! ¡Te lo suplico, basta! —Soltó un jadeo—. Este objeto tiene millones de años. Es el último de su tipo que existe en todo el universo. ¡Por favor, te lo ruego, no lo destruyas!

Rafen mantuvo en alto la espada.

—Sólo tienes que entregarte y no destruiré nada más.

El rostro de Zellik se desvaneció al mismo tiempo que sus palabras de rendición vibraban en el aire.

—De acuerdo.



Se habían apoderado del Arqueocohorte. Rafen pensó que había sido una batalla relativamente incruenta comparada con la mayoría, pero luego se acordó de las enseñanzas con las que lo había adoctrinado su antiguo mentor, el fallecido hermano Koris. El viejo perro de la guerra le había recordado en numerosas ocasiones que la victoria que se conseguía mediante la astucia y no gracias a la potencia de fuego era la que mejor sabía, pero que, por eso mismo, el guerrero que la consiguiera debía estar atento a que una victoria semejante no lo llevase a bajar la guardia, haciéndolo olvidarse de la necesidad de mantenerse siempre alerta.

El sargento se encontraba en un corredor con forma de claustro que se extendía por la parte exterior de la nave plataforma de Zellik. Una vía cerrada para vehículos de impulsión neumática corría en ambas direcciones. Estaba iluminada mediante una serie de globos de luz y el resplandor que entraba desde el vacío a través de unas ventanas hexagonales del tamaño de un Land Raider. El sargento contempló con gesto ceñudo cómo unas motas de luz bailaban alrededor de los eslabones de la gigantesca cadena que mantenía unido la Tycho al Arqueocohorte. Se trataba de un escuadrón de ilotas especializados del Mechanicus, resistentes al vacío, que partían los eslabones con rayos de corte. Vio cómo en el silencio del espacio la cadena se rompía, por lo que la soga metálica que unía el mortífero arpón a la nave

quedó cortada por fin. Fuera de su vista, en el otro lado del Arqueocohorte, otro enjambre de ilotas estaba haciendo lo mismo con el arpón que mantenía prisionero al Gabriel. La nave de Zellik había interrumpido su avance por el espacio antes de que pudiera abrir un portal a la disformidad, y en esos momentos flotaba a la deriva en el vado mientras las legiones de servidores del tecnoseñor se dedicaban a la tarea de reparar los daños que había sufrido la plataforma bajo los disparos de los cruceros astartes.

Zellik había acudido a la presencia de Rafen como sí todavía se encontrara al mando, rodeado por una falange de sus mejores tecnoguardias. Todos y cada uno de los skitarii estaba equipado con una arma de origen arcano: proyectores láser múltiples, carabinas ornamentadas de munición sólida, rifles lanzahíelo capaces de proyectar un chorro de fuego congelador, enmudecedores sónicos… Todos ellos murieron antes de que tuvieran la oportunidad de abrir fuego con esas armas. Noxx encabezó a los desgarradores de carne en aquellas muertes repentinas y feroces, y lo consideró una parte del pago por el coste que le había supuesto la pérdida de su infortunado hermano de armas y la de los tripulantes que habían muerto a bordo del Gabriel por el impacto del arpón.

Al tecnosacerdote no lo había salpicado la más mínima gota de sangre o de lubricante, a pesar de que se había mantenido, temblando enteramente, en mitad de aquella carnicería.

Zellik había sido trasladado a otro lugar, a una cámara de almacenamiento vacía que los astartes habían convertido de inmediato en una celda para recluirlo. Rafen le había ordenado al clérigo apotecario de los desgarradores de carne que se encargara del magos. Gast utilizó su instrumental para realizar una operación quirúrgica mediante la que extirpó el implante de comunicación remota al tecnoadepto. Los gritos de Zellik adquirieron un tono extraño, semejante al de una cubierta metálica que se combara debido a la tensión provocada por una gran fuerza de gravedad. No volvería a hablar con su nave o con sus servidores a menos que los marines espaciales se lo permitieran.

Una vez apartado Zellik del mando, el control del Arqueocohorte pasó a manos de Beslian. Rafen empezó a sospechar que eso era lo que el nervioso

y adulador adepto lógico había planeado desde el principio. Le preocupaba que aquel individuo oportunista se creyese capaz de manipular a su antojo a los marines espaciales en su intento de ascender en las filas del Mechanicus, pero a los ángeles sangrientos de momento les resultaba útil seguirle el juego. A su debido tiempo, les mostraría a todos aquellos que se consideraban por encima de las leyes de la sagrada Terra lo equivocados que estaban al pensar algo semejante.

Rafen se volvió al oír el sonido de las pisadas de unas botas sobre el suelo metálico, y vio que quien se acercaba era Mohl. Un servidor con ruedas lo seguía de cerca.

—Señor, ¿tenéis un momento? —le preguntó el tecnomarine.

—¿Qué ocurre?

—Me he tomado la libertad de encargarme de la tarea, y he revisado el catálogo de objetos que contiene la colección de Zellik. Conserva muchos artefactos de gran valor.

—¿De valor para nosotros o de valor para aquellos que atesoran semejantes reliquias?

Mohl inclinó la cabeza.

—He de admitir que hay más de lo segundo. Sin embargo, he programado a unos cuantos servidores para que recorran la colección y recuperen todos los artefactos que deberían ser enviados a Terra.

—Bien hecho. Todo lo que Zellik había atesorado queda requisado.

Mohl asintió.

—Por supuesto. Por eso mismo pensé que quizá querríais ver esto, señor.

El tecnomarine chasqueó los dedos y el servidor se acercó dócilmente. Desplegó con sus esqueléticos brazos una gasa de muselina manchada que envolvía un objeto pesado y anguloso.

Rafen abrió los ojos de par en par en un gesto de asombro cuando reconoció el arma: un rifle de plasma. La superficie del cañón estaba pintada con un barniz de color rojo sangre y decorada con un emblema de oro batido con forma de cráneo.

—Un diseño de núcleo doble —le explicó Mohl—. De la clase Dekker. El modelo de la variante Baal. Muy escaso.

Rafen no pudo evitar pasar un dedo sobre el cráneo y el nombre que había grabado debajo.

—Aryon… —pronunció el nombre del héroe en voz baja y reverente—. Es el arma del hermano capitán Aryon. Murió en combate en la Franja Yennor hace más de siete siglos… Nunca se encontraron sus restos.

—Puesto que habéis perdido vuestra arma, he pensado que lo mejor para la misión sería proporcionaros una de repuesto. ¿Os parece ésta adecuada?

Rafen asintió al mismo tiempo que sopesaba el rifle en las manos.

—Lo es, y ahora tengo un nuevo delito que añadir a la lista de los que ya ha cometido el magos Zellik. Estaba obligado a devolver esta arma a mi capítulo.

—No es la única reliquia astartes que hemos encontrado en el museo —añadió Mohl—. También hay objetos que pertenecen al Adepta Sororitas y a la Guardia Imperial…

—Continuad con el inventario. Nos lo llevaremos todo —lo interrumpió el sargento—. Honraremos el nombre de Aryon ocupándonos de que cada objeto vuelva donde debe estar o quede destruido.

—Un castigo muy apropiado para Zellik —comentó el desgarrador de carne.

—Y es sólo el primero de muchos —añadió Rafen—. ¿Has conseguido obtener alguna información que nos sea de utilidad en los cogitadores del Arqueocohorte?

El sargento comenzó a caminar y el tecnomarine lo siguió.

—Beslian se ha mostrado sorprendentemente cooperativo, mi señor.

—Sabe que su única posibilidad de escapar del destino que le espera a Zellik es ayudarnos absolutamente en todo lo que pueda.

—Admite conocer a Haran Serpens. Beslian dice que Zellik realizó numerosos viajes en secreto a la región de las Estrellas Necrófagas para reunirse con él. El más reciente fue hace tan sólo dos meses solares.

Rafen se detuvo en seco.

—Después de que Fabius huyera de Baal.

—Así es.

—Las Estrellas Necrófagas… —repitió el ángel sangriento, y luego apretó los dientes—. Parece, hermano Mohl, que hemos captado el rastro de nuestra presa una vez más.

El desgarrador de carne asintió.

—Por la gracia del Emperador.



—Me gustaría ver de nuevo mi museo de reliquias, si no les parece mal a los astartes —dijo el tecnosacerdote con voz rasposa mientras se removía contra los grilletes sujetos a unos cables gruesos que atenazaban sus múltiples extremidades, tanto las humanas como las mecánicas, para mantenerlas aferradas a las argollas a las que estaban unidos.

El hermano sargento Noxx jugueteó con el cuchillo de desollar mientras fruncía los labios en un gesto de desagrado ante el desprecio apenas disimulado que contenían las palabras del magos. Incluso en aquella situación, encadenado y desarmado, aquel ciborg escuálido se atrevía a mostrarse arrogante y a darse aires de superioridad. Noxx se acercó a él e hizo girar la hoja del cuchillo de modo que reflejara la luz que emitía el biolumen del techo de la estancia.

—¿Ver tu preciosa colección? ¿Eso es lo que quieres pedir? Quizá no te has percatado con exactitud de cuál es tu situación, sacerdote. Sigues con vida sólo porque yo te lo permito. No te encuentras en posición de exigir nada. —Soltó un bufido—. Y para serte sincero, será mejor que pienses en lo que te puede llegar a ocurrir que en esa serie de cacharros robados.

—¡Idiota! —Exclamó Zellik al mismo tiempo que tiraba inútilmente de sus ataduras—. ¿Cacharros? ¡Mi colección no tiene rival! ¡Lo comprenderías si tuvieras algo parecido a un cerebro dentro de ese duro cráneo que tienes por cabeza! ¡Pero no eres más que un bárbaro! ¡No sabes nada!

Noxx no se volvió cuando se abrió la compuerta que tenía a la espalda. Sabía quién iba a entrar a reunirse con él.

—No puedo hablar por mi primo, pero yo no soy ningún bárbaro —dijo Rafen una vez dentro—. Soy capaz de comprender la majestuosidad de una gran obra de arte, o la gloria de una sinfonía maravillosa, o la perfección de la artesanía más exquisita.

Zellik lo miró fijamente.

—Entonces eres peor que él —le replicó con un tono de voz despectivo el tecnoseñor—. ¡Es un desgarrador de carne, un individuo brutal, casi un salvaje; tiene una excusa! Pero tú, ¿un ángel sangriento? ¡Tú deberías mostrar más conocimiento! Y a pesar de eso fuiste el primero en alzar una arma contra… contra… —La voz del magos se convirtió en un quejido—. Ay, todos mis preciados objetos. Que el Dios Máquina me saque de esta pesadilla…

Rafen siguió hablando como si el tecnosacerdote no hubiera dicho nada.

—Conozco el valor que tiene esto, por ejemplo. —Alzó el rifle de plasma con una mano y ajustó el disco colimador con la otra—. Es una pieza excelente, una arma magnífica. Creada a mano por los artesanos isheritas. Empuñada con honor por un guerrero de carácter noble y fuerte. —Apuntó con cuidado—. Luego fue robada de una tumba excavada en el propio campo de batalla por un cobarde desaprensivo. Por último, un idiota arrogante la convirtió en un simple juguete para su entretenimiento personal.

—¡Guardé esa arma para protegerla! —Le replicó Zellik, quien intentó acercarse, pero fue incapaz de alejarse más de unos pocos centímetros debido a las pesadas ataduras que casi lo inmovilizaban—. ¡Se habría perdido, o incluso podría haber quedado destruida si no hubiera intervenido yo!

—Qué altruista por tu parte, Zellik —le contestó Rafen, y apretó el gatillo.

El arma estaba ajustada para disparar en su modo más preciso; las bobinas aceleradoras situadas en la parte superior emitieron un zumbido y un brillo de color blanco azulado para luego disparar un estrecho rayo

concentrado de partículas plasmáticas hipercalientes. La descarga de plasma impactó contra la parte superior de un servobrazo ondulante que salía de la espina dorsal de Zellik y la convirtió en un montón de metal derretido. Después de cientos de años inactiva, el arma ansiaba encontrar nuevos objetivos contra los que disparar.

El tecnoadepto lanzó un chirrido aullante en código binario y cayó de rodillas cuando las piernas de pistones le fallaron debido a la tremenda sobrecarga producida por la amputación.

Noxx emitió un carraspeo de aprobación desde el fondo de la garganta.

—Pues sigue funcionando bien. Una arma excelente, sin duda.

—¡Quiero mi museo! —Gritó Zellik—. ¡Es mío! ¡No podéis quitármelo! ¡Me ha costado el equivalente a una docena de vidas humanas reunir todo ese…!

—Pero sólo has tardado un día en perderlo —lo interrumpió Rafen—. Venga, magos, seguro que te esperabas que esto sucediera algún día. Beslian ya lo predijo, y sabe menos que tú. Sabes que la muerte es lo único que le espera a un traidor como tú.

—¿Un traidor? —El tecnosacerdote hizo un movimiento de negación con la cabeza—. Sí, es posible que haya interpretado las órdenes del Adeptus Mechanicus con una cierta falta de rigor, ¡pero no soy un traidor! ¡Soy un devoto servidor del Dios Máquina! ¡Un ciudadano fiel al Imperio de la Humanidad!

Noxx dio unos cuantos golpecitos con el dedo en la hoja del cuchillo de desollar.

—Haran Serpens —dijo, pronunciando con lentitud el nombre.

Aquello pilló completamente desprevenido a Zellik.

—¿Qué?

—Que está muerto —le explicó Rafen mientras ajustaba de nuevo el rifle de plasma—. De hecho, por lo que se ve, lleva muerto tres años solares.

—¡Eso es imposible! —exclamó el tecnosacerdote, pero no sonó muy convencido. Parecía dispuesto a decir algo más, pero se calló de inmediato. Era evidente que temía incriminarse más todavía.

—Le arrebataron la identidad —siguió explicándole Rafen. La bocacha del cañón del rifle de plasma brillaba al rojo blanco, y de las rejillas de refrigeración salía un vapor ardiente—. Se la robó un agente del Caos, uno de los enemigos más odiados y peligrosos de ese mismo Imperio al que dices venerar. Estoy seguro de que los conoces: Fabius Bilis.

El prisionero emitió un barboteo despreciativo que sonó demasiado exagerado, y su piel plateada se arrugó en un gesto de consternación.

—¡Fabius Bilis es un mito! ¡No es más que un monstruo procedente de un pasado siniestro que ha sido creado por unos predicadores en exceso fervorosos para aterrorizar a las masas! —Zellik volvió a tirar de sus ataduras cuando el sargento se le acercó de nuevo—. Esa acusación no es más que una sarta de mentiras. ¿Es que os envió el orto? ¿Es eso? ¿Tan aterrorizados se sentían que han utilizado a unos marines espaciales para que les hicieran el trabajo sucio?

—Ha sido a ti a quien han utilizado, Zellik —le replicó Noxx—. Es incluso posible que hayas quedado corrompido.

Rafen alargó una mano con mucho cuidado y agarró a Zellik por la túnica. El tecnosacerdote estaba temblando, y todas sus ciberextremidades repiqueteaban al chocar con los grilletes.

—Nos lo contarás todo sobre los tratos que has tenido con ese individuo que finge ser Haran Serpens. Nos dirás en qué lugar de las Estrellas Necrófagas se esconde.

Los ojos mecánicos de Zellik chasquearon y volvió la cabeza para mirar a Noxx. El desgarrador de carne sonrió un poco.

—Debes tener mucho miedo para acudir a alguien como yo en busca de ayuda. ¿De verdad crees que la vas a encontrar?

Rafen volvió a alzar el arma de Aryon, de la cual salían oleadas de un calor extremadamente intenso.

—No soy un inquisidor —le dijo el ángel sangriento—. No dispongo de todas esas herramientas tan útiles con las que obligarte a decirme la verdad. Además, tampoco dispongo de la paciencia ni del tiempo que hace falta para un interrogatorio semejante. Soy un astartes, y lo que mejor sé hacer es matar. Con rapidez… o con lentitud. —Rafen acercó la bocacha del arma al

rostro mecánico y perfecto de Zellik. En la piel cromada comenzaron a formarse ampollas que se ennegrecieron a continuación—. Te sacaré las respuestas que necesito aunque tenga que abrasarte por completo. Me las vas a dar.

Se acercó un poco más, y los chirridos aullantes comenzaron de nuevo.



Lo primero que emitió el proyector visual de gas fue un orbe, ya continuación lo completó con líneas más detalladas, una sobre otra, igual que lo haría la mano de un artista fantasmal.

—El quinto planeta del sistema Dynikass —anunció Mohl—. Se encuentra a varios parsecs, en el borde exterior de las Estrellas Necrófagas. Es nuestro objetivo.

Rafen estaba de pie junto a su escuadra y con los brazos cruzados sobre el pecho. Vio con el rabillo del ojo que Kayne miraba el rifle de plasma que llevaba colgando del costado, y que luego lo miraba a la cara. Su mirada expresaba claramente la pregunta que lo intrigaba, pero su comandante no le contestó.

Mohl, que se encontraba al otro lado del tacticarium del Tycho, siguió exponiendo la información que poseía mientras Noxx y el resto de sus camaradas desgarradores de carne lo observaban con atención.

—Por lo que hemos logrado deducir a partir de los datos que hemos obtenido en los sistemas cogitadores del Arqueocohorte, el tecnoseñor Zellik se dedicaba a proporcionar equipo y material de tipo científico y de producción a alguien en ese planeta.

—Lo suficiente como para que cualquiera construyera un laboratorio —apuntó Noxx.

Mohl hizo un gesto de asentimiento.

—El registro censal existente relativo a Dynikass V es muy incompleto. El informe más detallado procede del barrido de exploración que efectuó un sensor de larga distancia instalado a bordo de una nave de la Armada Imperial que participaba en un combate contra los demonios cythorianos.

Según ese informe, el planeta es un mundo oceánico con tan sólo unas cuantas islas como masas terrestres. —La proyección hololítica paso a tener los tonos chillones y borrosos de una imagen en colores falsos proporcionada por un sensor—. Se captó, la presencia de un, elevado contenido en metales además de la aparente abundancia de formas de vida acuáticas. Los expedientes del Ministorum adjuntos a este informe indican que el planeta fue clasificado como adecuado para la explotación alimentaria. Al parecer, se envió una flotilla comercial, pero los registros más allá de este punto se perdieron durante la novena cruzada negra.

—¿Eso es lo único que sabemos? —inquirió Eigen con el ceño fruncido.

—No, hay más —continuó Mohl—. El resto de datos los hemos sacado de los archivos de memoria personales de Zellik.

La imagen parpadeó y cambió. Las manchas de colores de los océanos de Dynikas Y aparecían apagadas, sin brillo alguno. Habían quedado convertidas en unas amplias zonas blancas y grises en vez de las llamativas franjas rojas y naranjas de las exploraciones previas.

—Esta es la imagen del sondeo desde larga distancia más reciente. Zellik bloqueó esta base de datos e impidió que se cargara en la red de información del Mechanicus.

—Parece muerto —comentó Ajir—. Si estaba tan rebosante de peces como para que los exploradores establecieran una colonia recolectora de alimento, ¿qué es lo que le ha ocurrido?

—No se captan rastros radiactivos ni de un bombardeo planetario —comentó Kayne.

—¿Una arma biológica? —sugirió Puluo.

—Así es, en cierto modo —le confirmó el tecnomarine—. Entre los archivos de Zellik también encontramos esta pictograma sobre una capa de escombros espaciales en la órbita alta del planeta.

Apareció una nueva franja en la imagen y se extendió como una cortina. En ella se veía un halo espeso de polvo y partículas que se concentraban poco a poco para formar un enorme disco en crecimiento.

—Eso no estaba en el sondeo de la Armada —apuntó Eigen.

Mohl miró a su hermano de batalla.

—No. Se trata de los restos de un acontecimiento destructivo posterior. La hipótesis que se planteó Zellik fue que esa capa la forman los restos de una batalla que se libró entre los demonios cythorianos, que son extremadamente territoriales, y parte de una flota colmena tiránida.

—¿Tiránicos? —exclamó Gast, como si la palabra en sí fuera algo con un sabor desagradable—. Pero no se ha informado en ningún momento de la presencia de esas monstruosidades alienígenas en este sector.

Turcio estudió con detenimiento la imagen.

—Pues las pruebas que hemos encontrado indican lo contrario.

—Eso si estás dispuesto a creer en la palabra de un cacharrero mentiroso.

Rafen caviló sobre todo lo que había oído.

—Eso explicaría que el ecosistema del planeta estuviera arrasado y el silencio de la flotilla de exploración.

—Se me ocurre otra pregunta importante, primo —dijo Noxx—. ¿Estarán los tiránidos todavía en el planeta? Se sabe que las naves colmena a menudo lanzan esporas hacia la atmósfera planetaria más cercana momentos antes de quedar destruidas. ¿De verdad creéis que ese traidor se ha construido un refugio oculto en un mundo infestado por los tiránidos?

—Ni siquiera Fabius Bilis metería la cabeza en un pozo lleno de escorpiones de fuego —comentó Kayne—. Bajar a ese planeta sería la muerte de cualquiera que lo intentara, aunque fuera un paladín de los Poderes Siniestros como él.

—Sólo tenemos un modo de estar seguros —declaró Rafen mientras se ponía en movimiento—. Que nuestros navegantes entren en comunión con los del Arqueocohorte. Quiero que tracen un rumbo. Una vez estén terminadas las reparaciones, nos dirigiremos hacia el sistema Dynikas.

Kayne lo miró fijamente con expresión interrogadora.

—¿De verdad creéis que el renegado se encuentra ahí, mi señor?

Rafen asintió.

—El Dios Emperador nos ha mostrado el camino, hermano. Vamos a ir a por ese monstruo y le vamos a hacer pagar por lo que nos ha robado.

El ángel sangriento finalizó el ritual de reconsagración en la sala de armas con un último acto. Se hizo un corte en la palma de la mano con el filo del cuchillo del combate y dejó caer unas gotas de sangre sobre el cráneo dorado del cañón del rifle de plasma antes de que las células de Larraman que contenía su corriente sanguínea tuvieran tiempo de coagularse y cerrar la herida.

Una vez realizado el ritual, el espíritu máquina del arma del capitán Aryon quedó apaciguado, y la custodia del arma pasó a manos de Rafen. Quizá se la quitaran cuando regresara a Baal si sus superiores consideraban que había marines espaciales de mayor rango más merecedores del honor que representaba empuñar semejante reliquia. Sin embargo, hasta que llegara ese momento, el sargento le proporcionaría al arma todo el desahogo que se merecía.

Rafen estaba de pie en su sala de armas. La luz de las velas de sebo de kolla titilaba sobre su servoarmadura, que reposaba por piezas en los distintos soportes verticales. Se bajó la capucha y miró por encima del hombro.

—Te estás volviendo descuidado. Esta vez te he oído llegar.

Ceris frunció los labios.

—Me temo que debo disentir al respecto, mi señor. Tan sólo me oísteis porque en esta ocasión vuestros pensamientos no estaban ofuscados. Tenéis la claridad que buscabais.

Rafen se preguntó si aquellas palabras encerraban alguna clase de acusación. El sargento miró fijamente al codiciario.

—Una vez más vienes a mí porque tienes algo que decirme, Ceris. ¿Se va a convertir en una costumbre? Te lo digo porque, es así, se me va a acabar pronto la paciencia. En mi escuadra quiero guerreros que cumplan mis órdenes y me ayuden con su capacidad a que yo pueda cumplir con lo que se me ha encomendado. No quiero individuos que anden acechándome y juzguen cada movimiento que hago.

—¿Creéis que es eso lo que estoy haciendo?

Rafen entrecerró los ojos en un gesto claro de irritación.

—Y me gustan todavía menos aquellos que se dedican a cuestionar todo lo que digo.

—Hermano sargento, no debería sorprenderos que vuestra conducta se encuentre bajo escrutinio si se tiene en cuenta quién sois y lo que habéis hecho —le contestó Ceris con tranquilidad—. Algunos dicen que mi señor Mephiston es el guardián de la puerta que da al alma de nuestro capítulo. Su interés se extiende a todos aquellos que forman parte de los Ángeles Sangrientos.

El sargento pensó durante unos instantes que aquella contestación era una reprimenda, pero luego soltó un bufido y se dio la vuelta.

—Di lo que tengas que decir y luego déjame tranquilo. No estoy de humor para aguantar lecciones enrevesadas y discursos confusos.

—Ha llegado un mensaje de la dotación que hemos dejado a bordo del Arqueocohorte. El magos Zellik sobrevivirá. Los siervos médicos lograron mantenerlo con vida después de vuestro… interrogatorio.

—Algunos pensarán que salvarlo no ha sido más que una pérdida de tiempo y de material médico —contestó mientras pasaba un dedo sobre el cañón del rifle de plasma.

—¿Algunos? ¿Gente como el hermano sargento Noxx?

Rafeo soltó un bufido de exasperación.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso, psíquico? ¿Qué he utilizado los métodos de los Desgarradores de Carne para conseguir información?

—Yo no he dicho eso. Habéis sido vos —le replicó Ceris inclinando la cabeza.

Rafen lo miró fijamente.

—No esquivamos nuestras obligaciones, hermano. Para eso nos hicieron. Para llevar a cabo las acciones que un ser humano normal no podría realizar, para ir más allá de lo que otros podrían considerar líneas infranqueables de moralidad en nombre de una autoridad mucho mayor.

—¿De veras? Se dice que los Ángeles Sangrientos son el más noble de todos los capítulos del Adeptus Astartes. Sin embargo, torturar a un

individuo hasta casi matarlo, aunque ese individuo sea un criminal… ¿Dónde está la nobleza de un acto semejante, mi señor?

—Crees que podría haber encontrado otro modo de descubrir la verdad, ¿no es así? Quizá crees que no le mostré el respeto debido al estimado magos Zellik, ¡a pesar de que se ha aliado con el Caos!

—Zellik no es un siervo de los Dioses Oscuros, y los dos lo sabemos. A pesar de su genio, la avaricia y el engreimiento que se han apoderado de él lo han cegado y le han impedido ver lo erróneo de su comportamiento, pero él está convencido con todas y cada una de las fibras de su ser que es fiel a Marte y a Terra, aunque haya mentido a ambos para llenar sus arcas de tesoros.

—El autoengaño es típico de los débiles —replicó Rafen.

—Y a menudo también se da en los fuertes —le contestó, a su vez, Ceris.

—No me siento culpable por lo que le hice a Zellik —insistió el sargento—. Lo haría una y cien veces más si mi deber me lo exigiera. No te atrevas a juzgarme, psíquico. No tienes derecho alguno a hacerlo.

—Jamás me atrevería a tanto, mi señor —le respondió Cens con voz tranquila—. Tan sólo quería oíros decir eso. —Se dio la vuelta para marcharse, pero dudó un instante—. Hermano Rafen, vais a cruzar muchas líneas antes de que cumplamos esta misión. Esta no ha sido más que la primera.

El sargento le dio la espalda y se ocupó de sus armas.

—Hermano Ceris, cuando tengas algo realmente importante que decirme, te escucharé encantado. Sin embargo, hasta que llegue ese momento, guárdate los acertijos. Mi tolerancia no es infinita, y harías bien en recordarlo.

Rafen esperó la respuesta, pero cuando ésta no llegó, miró por encima del hombro. Se encontraba a solas en la estancia.



CINCO

El espejo se movió a través de la oscuridad, serpenteando entre los brillos fantasmales de las lejanas estrellas y las leves lluvias de radiación que impregnaban el vacío. El objeto era un escudo curvado con forma de corneta y creado con metales forjados por una ciencia olvidada muchos eones antes. El espejo mentía al vacío que lo rodeaba, y ocultaba la verdad que albergaba en su interior detrás de capas de complejos sistemas de circuitos cargados de energía, de lagos maleables de superfluidos tensoactivos y de unos largos costillares curvados forjados con metales de una increíble finura.

El espejo le decía al vacío que allí no había nada. Mentía mediante la absorción de todas las longitudes de onda de las energías visibles e invisibles que lo rodeaban, que luego computaba y emitía de nuevo en unas señales tan idénticas que incluso los aparatos sensores más avanzados no eran capaces de detectar nada más que unas cuantas moléculas de hidrógeno sueltas.

Apenas tenía el grosor de un cabello humano en su punto más ancho, pero sería capaz de resistir el impacto de un cañón láser si alguna vez una arma semejante llegara a apuntarle. Aquel espejo era otro de los grandes

tesoros secretos de Zellik, un artefacto que le había permitido en numerosas ocasiones mover de un modo sigiloso el Arqueocohorte delante de las narices de sus enemigos a pesar de su enorme masa. La plataforma del Mechanicus se encontraba en uno de los extremos de la corneta curvada, en su punto medio, y avanzaba por el impulso de la inercia, con los motores apagados desde que habían entrado en el sistema Dynikas. Los cruceros de ataque Tycho y Gabriel navegaban cada uno en un flanco del Arqueocohorte, como si fueran peces piloto que siguieran a un tiburón ballena, y procuraban mantener aquella formación cerrada y precisa. La maniobra estaba llevando al límite a los capitanes de ambas naves, y todos los tripulantes sabían muy bien que cualquier error de navegación podría acabar provocando que las naves se salieran del halo protector del espejo, lo que marcaría tanto el final de su aproximación sigilosa como el de cualquier posibilidad de éxito de la misión.

Los sistemas de energía de las tres naves estaban activados al mínimo posible. Se trataba de la misma táctica que los marines espaciales habían utilizado para acercarse al Arqueocohorte mediante el torpedo de abordaje, aunque a mayor escala. Había funcionado en aquella ocasión, y volvería a funcionar si la gracia del Dios Emperador lo permitía.

El planeta tenía dos satélites naturales. Ambos eran unos asteroides de forma bulbosa e irregular que habían quedado capturados por la fuerza de la gravedad de Dynikas V. El punto de Regada que tenía establecida la flotilla era el otro lado del satélite de mayor tamaño, cuya superficie estaba abrasada por la fuerte luz del sol blanco anaranjado del sistema. La luna principal tenía el tamaño suficiente para ocultar a las tres naves de la detección de cualquier posible observador que se encontrara en el planeta. Una vez estuvieron a cubierto, el espejo que las envolvía comenzó a replegarse sobre sí mismo en un complejo baile de materia cambiante y maquinaria inteligente.

El verdadero puente de mando del Arqueocohorte no tenía nada que ver con la falsa estancia en la que el espíritu máquina de la nave había intentado atraparlos. Ajir había estado a bordo de muchas naves de combate y había visto sus puentes de mando, con sus podios de decoración recargada para

los oficiales superiores y las hileras de pozos que se extendían bajo ellos ocupados por los oficiales de rango inferior y los servidores, con unos ventanales que proporcionaban visión de las torres de control situadas en las proas de las naves de combate preparadas para la batalla. Aquel lugar no se parecía a nada de todo aquello. El espacio de mando estaba formado por una serie de terrazas cuadrangulares, de balconadas y de anillos con balaustrada. Todas aquellas partes se encontraban colocadas unas sobre otras escalonadamente, y cada una tenía un tamaño menor que la superior. La impresión que daba era la de una pirámide vuelta del revés, o de los lados de un zigurat que descendían en orden inverso de anchura hasta un estrado que se encontraba varios niveles por debajo. Cada terraza estaba cubierta de unas consolas de una complejidad extrema en las que se afanaban los visioingenieros y los lexmecánicos de menor rango, con las cabezas ocultas bajo las capuchas de las túnicas o conectadas mediante manojos de mecadendritos. Algunas de las terrazas estaban equipadas con raíles sobre los que rodaban los tecnosacerdotes, cuyos pies estaban rematados por ruedas, que no dejaban de dar vueltas de forma incesante, siempre vigilantes.

El aire estaba cargado con el olor a ozono y transmitía una sensación eléctrica, y el sonido chirriante e interminable de los mensajes susurrados en código máquina llegaba a los ángeles sangrientos desde todos lados. Ajir estaba de pie detrás de Rafen, formando parte de un grupo reducido de sus hermanos de batalla, en el que se encontraba, como siempre, el penitente Turcio y, junto a ellos, el logis Beslian. Todos se hallaban sobre una plataforma hexagonal que se balanceaba entre un par de brazos robóticos. La plataforma bajaba y subía entre los niveles del pozo de mando utilizando esos brazos. Fijaba una de aquellas extremidades, luego se balanceaba sobre la otra hasta conseguir fijarse en el siguiente punto de anclaje, y después repetía el proceso. Beslian parecía controlar todos aquellos movimientos sin mostrar señal alguna de que era él quien dirigía la plataforma.

—Estamos, utilizando una metáfora orgánica, en el corazón del Arqueocohorte —les explicó el tecnosacerdote. Los rasgos flácidos de lo que quedaba de su rostro humano mostraron un leve gesto de disgusto por

las palabras que él mismo había pronunciado—. Desde aquí podemos leer todos los datos procedentes de cualquiera de los sistemas de la plataforma.

—Los sensores pasivos del Arqueocohorte han captado y analizado una serie de señales del planeta —lo cortó Noxx con aspereza—. ¿Qué es lo que indican?

Beslian giró la cabeza sobre el cuello de pistones y la plataforma hexagonal se detuvo para apoyarse en la esquina de una terraza cercana.

—Observad —les dijo al mismo tiempo que hacía una señal hacia una pantalla pictográfica que se encontraba pegada a la pared. La pantalla se acercó impulsada por un brazo telescópico.

El artefacto emitió un zumbido y mostró una plegaria túnica parpadeante para después pasar a mostrar una imagen granulosa en tiempo real de Dynikas V. Los indicadores sobrepuestos a las imágenes de las lentes giraron y se colocaron en posición. Aparecieron una serie de líricas rojas y puntos de diferentes tamaños y colores por todo el lado diurno del planeta.

—Señales térmicas, mis señores —les explicó Beslian—. Son trazas de gases de desecho emitidos al aire y causados por procesos biológicos. Estoy casi seguro de que se trata de emisiones procedentes de actos alimenticios o de descomposición de cuerpos.

—Creía que el planeta estaba muerto —dijo con voz ronca otro de los desgarradores de carne de Noxx.

—Lo está —le confirmó Mohl—. Lo que se ve ahí no son más que las pruebas de la presencia de alienígenas, hermano. De tiránidos que se han quedado aislados en este planeta y que se alimentan tos unos de los otros después de que su colmena quedara destruida.

Rafen frunció el ceño. Debían de haberse comido todo lo demás.

—No lo entiendo —declaró Kayne—. Los tiránidos siempre actúan de la misma manera devoran toda la vida de un planeta, luego construyen nuevas bionaves y después hacen lo mismo con el siguiente que encuentran. Si Dynikas V ya no alberga vida autóctona, ¿por qué siguen ahí esas monstruosidades?

Beslian inclinó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento en dirección a Kayne.

—El ángel sangriento tiene razón, pero este tipo de comportamiento no es insólito. Ya se ha visto antes. Se produce cuando un nido se queda sin el liderazgo de uno de sus organismos de mando.

—Te refieres a un tirano de enjambre —dijo Turcio.

Ajir apretó los labios. Era obvio que se trataba de eso.

—Correcto —le confirmó Mohl—. Mi hipótesis es que no existe ni una sola de esa clase de criaturas en el planeta. En ese caso, el comportamiento de los organismos guerreros tiránidos habrá revertido a sus instintos más básicos: matar y reproducirse. En el plazo de una docena de generaciones, y si nada interviene en este ecosistema, probablemente se habrán devorado entre ellos hasta llegar a la extinción.

—¿Y tenemos que creernos que Fabius Bilis habita entre esa masa de garras y colmillos? —Kayne cruzó los brazos sobre el pecho al mismo tiempo que movía la cabeza en un gesto de negación—. No puede ser.

—¿Ah, no? Pues explica eso —lo contestó Rafen a la vez que señalaba un grupo de forma regular de huellas de calor que estaba en un atolón con forma de media luna que se encontraba en el hemisferio sur—. Ese dibujo es demasiado uniforme como para que se trate de una forma orgánica.

—Tenéis buen ojo, mi señor —le alabó Beslian. Luego colocó otra lente sobre la pantalla y la hizo girar con el servobrazo—. Estáis en lo cierto al tener sospechas sobre este lugar. El reflejo del albedo solar indica la presencia de materiales fabricados en esa zona, concretamente ferrocemento y aleaciones metálicas.

—Un edificio —sugirió Puluo.

Noxx se acercó a la pantalla.

—Aumenta la imagen. Quiero ver más.

Beslian torció el gesto.

—Mi señor, no puedo proporcionar la mejor resolución de imagen sin utilizar sensores activos… —Manipuló las lentes con gesto irritado y logró expandir las manchas de color y los reflejos—. Bien…

Ajir captó las siluetas características de unos cuantos búnkers y de algunas fortificaciones amuralladas que estaban desplegadas alrededor de una zona de aterrizaje abierta y de lo que parecía ser un torreón.

—Se ha construido una fortaleza en mitad del terreno de caza y reproducción de esos alienígenas.

—Pero ¿cómo es posible? —se preguntó Turcio. El penitente también se acercó un poco más—. Fijaos en el resto de la isla que rodea a las fortificaciones. Todas las demás franjas de tierra muestran alguna clase de señal de las zonas de caza de los alienígenas, de las chimeneas de esporas o de sus pozos de excrementos. ¿Cómo consigue Bilis mantenerlos a raya?

—Mediante la hechicería —apuntó Sove con un tono de voz sombrío.

Puluo estudió con mayor detenimiento la imagen.

—Eso parecen baterías de lanzas de energía incorporadas a las fortificaciones. Ahí y ahí. De gran calibre. Estoy seguro de que son capaces de alcanzar objetivos en órbita baja.

—Así es —le confirmó Beslian—. He descubierto que ese tipo de armas formaban parte de los cargamentos con los que mi antiguo señor comerció en este cuadrante. Forman la línea de defensa secundaria. La principal está mucho más cerca. Mirad aquí, astartes.

El tecnosacerdote hizo una señal a uno de los lexmecánicos y la figura encapuchada les acercó otra pantalla móvil. Las imágenes captadas en el espacio cercano a la órbita del planeta fueron pasando como páginas de un libro.

Rafen fue el primero en reconocer lo que había en ellas.

—Cráneos artillados.

Se trataba de orbes que flotaban en la oscuridad, varios kilómetros por encima de la superficie de Dynikas V. Cada uno de ellos estaba cubierto de toberas de cohetes y de aguijones con la punta en forma de flecha. A pesar de la poca calidad de las imágenes que habían tomado los sensores del Arqueocohorte al pasar por la zona, las bocas aullantes que se habían tallado en la superficie eran claramente visibles, lo mismo que las complejas líneas escritas en lenguas prohibidas que habían grabado en el metal. Algunos arrastraban tras de sí largas cadenas, mientras que otros

estaban equipados con paneles solares. Eran distintos entre ellos, pero todos mostraban un rostro esculpido. Ajir había oído decir que esos rostros estaban basados en los rasgos de ciertos campeones de los dioses del Caos como una forma de veneración hacia ellos. Vio con claridad las bocas de los cañones láser superpesados y la punta de los torpedos de fusión que asomaban por aquellas fauces y por las cuencas oculares huecas. Cada uno de aquellos satélites mortíferos albergaba en su núcleo a un individuo enloquecido y mutilado, conectado al resto del artefacto desde su encierro en un recinto de metal. Ninguno de ellos dormía jamás, y siempre se mantenían en un estado de desesperación continuo por el ansia de descargar una lluvia de muerte contra los enemigos de los Poderes Siniestros. Había centenares de aquellos cráneos, y todos estaban de espaldas al planeta con las armas apuntando hacia el espacio exterior. Eran cientos de rostros aullantes y de cráneos rugientes.

—No soy capitán de nave, pero yo diría que todos esos trastos hacen que la situación sea bastante complicada —comentó Noxx.

Mohl asintió.

—Esos satélites tan sólo disponen de armamento de alcance intermedio, pero son más que capaces de igualar la potencia de fuego de dos cruceros de ataque. Cualquier maniobra ofensiva que no fuera un bombardeo de pasada acabaría a favor de los defensores.

—¿Y qué hay de este pecio en el que volamos? —quiso saber Kayne.

Beslian soltó una bocanada mecánica de aire llena de indignación al oír aquel insulto.

—¡El Arqueocohorte no es una nave de combate! No se construyó con la intención de que interviniera en acciones militares convencionales —exclamó molesto, y luego apartó la mirada de irritación.

Rafen hizo caso omiso de aquel arrebato de rabia.

—No se puede negar que Fabius se ha atrincherado a conciencia, pero no hemos viajado hasta tan lejos para vernos disuadidos ante las mismas puertas del reducto fortificado de nuestro enemigo.

—Un ataque frontal sería un esfuerzo inútil —comentó Beslian con un tono de voz displicente—. Como mucho, lograríais acercaros lo suficiente

para situaros en el alcance necesario para disparar las armas más pesadas y lanzar un bombardeo orbital contra las instalaciones de Bilis. Sin embargo, incluso en ese caso, en cuanto los cráneos artillados rodearan a las naves, nadie viviría para contarlo. Eso por no mencionar que es bastante más que probable que el traidor haya reforzado su base hasta el punto en que el bombardeo…

—Tendremos en cuenta tus comentarios —lo interrumpió, cortante, el sargento con un tono de voz helado—. Sin embargo, no es asunto tuyo ocuparte de los detalles tácticos.

A pesar de ello, Beslian insistió. Era evidente que lo preocupaba el posible destino del Arqueocohorte, que, por fin, estaba bajo su mando.

—Hermano sargento, con todo el respeto, os sugiero que pidáis refuerzos a las flotas de combate de vuestros capítulos. Una fuerza con el número de naves suficientes podría arrasar Dynikas V con un bombardeo sostenido de torpedos ciclónicus sin apenas sufrir bajas.

Sove soltó un bufido y torció el gesto en su rostro cubierto de cicatrices.

—Podrían pasar semanas antes de que fuéramos capaces de reunir todas las naves necesarias.

—Nuestro primo tiene razón —declaró Ajir al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento en dirección al desgarrador de carne—. E incluso aunque lo consiguiéramos, incluso si dispusiéramos del tiempo necesario para esperar, ¿cómo podemos estar seguros de que Bilis simplemente no desaparecerá de nuevo en un portal de disformidad, como hizo cuando huyó de Baal?

Rafen se quedó en silencio, quizá recordando aquel momento en un pasillo en penumbra situado bajo la ciudadela Vitalis y el hedor a azufre que había dejado atrás un portal de disformidad ya desvanecido.

—Debemos matarlo cara a cara. Desde una órbita alta, escondidos detrás de las baterías de armas… no será suficiente. Nuestro honor exige mucho más que eso.

—La lógica…

Beslian apenas tuvo tiempo de empezar la frase cuando Noxx se le acercó y le puso un dedo en el pecho escuálido.

—Ya has oído al ángel sangriento —le dijo el sargento—. De lo que se trata aquí es de aplicar un castigo, no de utilizar esa lógica tuya tan preciada.

Los implantes ópticos del logis emitieron un chasquido cuando parpadeó.

—Como queráis… —Retrocedió unos cuantos pasos y casi llegó al borde de la plataforma móvil—. Pero… pero ¿qué otro método de ataque nos queda?

—Las Thunderhawk y las cápsulas de desembarco quedarían borradas de los cielos antes siquiera de que entraran en la atmósfera —añadió Ceris—. Los sistemas de teleportación tampoco servirían. Ha colocado una serie de salvaguardas para impedir algo parecido. Las veo —dijo al mismo tiempo que se daba unos golpecitos en la sien con el dedo.

Ajir vio que Rafen cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Así que lo único que tenemos delante son más imposibilidades. Por lo que parece, cada paso que hemos dado en este camino nos ha traído más desafíos semejantes a éste. —Miró fijamente la imagen—. Estoy harto. No quiero oír nada más sobre lo que no podemos hacer, o cómo no podremos cumplir la tarea que nos han encomendado. —El sargento se dio media vuelta con los ojos encendidos por la rabia, y su mirada los acribilló a todos—. ¡No nos han encomendado esta misión para que fracasemos! ¡Tenemos la mano del Emperador apoyada en la espalda, y no vamos a decepcionarlo! Han puesto en nuestras manos el honor del capítulo… —Rafen miró a Ajir—. ¡El honor de nuestro primarca, así que vamos a encontrar un modo de lograrlo!

Mohl alzó una mano en el silencio que se produjo a continuación.

—Si no le importa al hermano sargento, tengo una sugerencia —dijo el tecnomarine.

J

A primera vista parecía una bomba, aunque era de un tamaño mucho mayor que el de ninguna otra que Rafen hubiera visto en su vida. Era más grande incluso que los proyectiles de la clase Atlas que la Armada Imperial empleaba contra los objetivos terrestres con blindaje reforzado. El artefacto se encontraba suspendido por unas cadenas de una pasarela que corría por encima de las cabezas de los marines espaciales, y de él emanaba un cierto aire de amenaza. Sus costados curvilíneos de hierro negro se prolongaban hacia la oscuridad.

—¿Es una nave? —quiso saber Noxx.

—Algo parecido —contestó Mohl.

Eigen echó la cabeza hacia atrás para tener una visión completa del tamaño del artefacto.

—Jamás había visto nada parecido.

Rafen divisó unas cuantas compuertas en la proa de forma redonda y suave. Aquellas aberturas no sobresalían en absoluto de la superficie pulida del casco de metal, y esa continuidad sin resaltar llegaba hasta el otro extremo, donde la extraña nave estaba rematada por una popa en forma de gota. En aquel punto sobresalían cuatro alerones formando una equis, y bajo la luz titilante de los sopletes de los servidores también distinguió una torreta en la zona dorsal del artefacto.

—Mis señores, permítanme que les presente al Neimos. Según la placa explicativa que hay en su interior, se construyó durante la Gran Cruzada para que entrara al servicio de la Armada Imperial. Los cazadores de reliquias de Zellik se apropiaron de él hace ya bastantes años. Lo encontraron en un pecio espacial que flotaba a la deriva en el sector Drache.

—La forma del casco… —musitó Turcio—. Es una nave atmosférica.

—No —lo contradijo Rafen, quien se dio cuenta de repente de qué se trataba—. Esta nave la construyeron para que surcara los océanos, no los cielos.

Mohl asintió.

—Así es, hermano sargento. El Neimos es un sumergible de combate diseñado para que fuera desplegado en los mundos oceánicos. Me encontré con su descripción en el inventario del magos.

Kayne soltó un bufido de desprecio.

—¿Y cómo va a ayudarnos esta reliquia a llegar hasta Bilis? ¿Qué propones que hagamos, desgarrador de carne? ¿Qué se lo tiremos a la cabeza?

—El casco del Neimos fue construido con una combinación de sentanium y de ceramita. Es un objeto sólido, con una resistencia y una flexibilidad extremadamente elevadas. Además, posee varias capas de blindaje ablativo que lo cubren por completo. Aunque la nave se construyó para que albergara una tripulación de seres humanos normales, creo que se puede modificar su interior para que albergue a un puñado de astartes y a un contingente de servidores.

—¿Estás sugiriendo que naveguemos con ese trasto bajo las aguas de Dynikas V para llegar hasta las mismas puertas de la fortaleza de Fabius Bilis? —Noxx soltó una breve risa que no se vio reflejada en sus ojos de mirada fría—. Vamos a pasar por alto durante unos momentos los peligros de semejante viaje y concentrémonos en la pregunta del joven —dijo señalando con un gesto del mentón a Kayne—. ¿O es que te has olvidado de la pequeña exposición de datos que ha realizado Beslian? Dime exactamente de qué nos va a servir una nave como ésta en el espacio.

—El Neimos es capaz de descender desde una órbita planetaria, mi señor —le contestó el tecnomarine—. Los sistemas de pantallas de maniobra y el blindaje lo protegerán de los daños de la entrada en la atmósfera. Los paracaídas de frenado disminuirán la velocidad de la caída.

—Entonces, tenía razón —afirmó Kayne con voz incrédula—. Se lo quieres tirar a la cabeza.

Rafen no pudo contenerse y soltó una carcajada seca que le surgió del fondo de la garganta.

—Hermano Noxx, debo confesarte que no tengo muy claro si tu tecnomarine ha perdido la razón o ha tenido una idea genial.

—A mí me pasa lo mismo —le contestó el sargento de los Desgarradores de Carne sin dejar de mirar a Mohl—. ¿De verdad se puede lograr?

Mohl hizo un nuevo gesto de asentimiento.

—Las naves de este tipo se han desplegado en combate en muchas ocasiones. Sin embargo, el índice de supervivencia no es muy elevado.

—Te preguntaría qué grado de supervivencia alcanza ese índice, pero seguro que me arrepentiría de habértelo preguntado —dijo Rafen.

—Sigo sin ver qué sentido tiene todo esto —declaró Ajir—. Si vamos a poder acercarnos tanto como para lanzar este… este cacharro, ¿por qué no lanzar en vez de eso una lluvia de cápsulas de desembarco?

—Porque con el Neimos podemos desplegarnos en un punto oceánico situado en el extremo opuesto de Dynikas V de donde se encuentra el atolón objetivo, por lo que las baterías de la fortaleza estarán al otro lado del horizonte y no podrán disparar contra nosotros. Además, existe un menor número de satélites de defensa en esa zona. Una vez nos sumerjamos bajo la superficie del océano, los cráneos artillados no podrán seguirnos. —Mohl señaló con un gesto de la mano al submarino—. Seremos capaces de avanzar con total sigilo.

—Pero ¿cómo vamos a llegar hasta el punto de lanzamiento? —insistió Kayne.

—Hará falta realizar un sacrificio —respondió el tecnomarine tras pensar durante unos momentos.

Rafen comenzó a sonreír lentamente cuando le resultó evidente lo que estaba pensando Mohl.

—Sí, creo que será necesario. —Y se quedó callado a su vez, pensativo —. ¿Cuánto tiempo hará falta para que el Neimos esté en condiciones operativas?

—Ya he comenzado los preparativos, mi señor. Estará listo en cuestión de horas.

Rafen asintió al mismo tiempo que expresaba en voz alta lo que estaba pensando.

—Dos escuadras de astartes, infiltradas en el planeta y transportadas por esta nave hasta las mismas puertas de la fortaleza enemiga. Entraremos mediante el fuego y el sigilo, y acabaremos con el objetivo.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo? —Le preguntó Noxx—. Bueno, la verdad es que se trata de un plan más que audaz…

—¿Servirá eso para algo si acabamos muertos por esa… audacia? —rechinó Eigen entre dientes.

Rafen miró a su alrededor.

—Recoged vuestro equipo de combate. Preparaos para la batalla que se avecina.

Kayne tenía una expresión ceñuda en el rostro.

—¿Podemos tomarnos un poco de tiempo para rezar? Me temo que vamos a necesitar todas las bendiciones que podamos conseguir.

El sargento asintió.

—Tienes razón, pero no te olvides de que el Dios Emperador siempre nos observa, y que favorece a los audaces.

J

Beslian acudió a reunirse con ellos sobre la plataforma móvil. El mecanismo subió con un fuerte repiqueteo metálico. Rafen le dio un momento la espalda al ilota de transmisión encargado de transferir sus órdenes a todos los canales de comunicación internos y externos, y dedicó una breve mirada al sacerdote del Mechanicus antes de volver a su tarea.

—¡Hermano Rafen! ¿Qué es lo que está ocurriendo? —Exclamó el logis, y señaló con un delgado servobrazo al tecnomarine—. Han cambiado los protocolos de los códigos de mando del Arqueocohorte. ¡Lo ha hecho este hermano de batalla, y sin consultarme! ¿Qué significa todo esto?

Rafen hizo caso omiso de lo que le decía el tecnosacerdote y continuó con lo que estaba haciendo. El ilota se había conectado a la red de comunicaciones mecánicas del Arqueocohorte, y las palabras del ángel sangriento se emitieron a la vez en los puentes de mando de la Gabriel y de la Tycho.

—Capitanes, ya tienen sus órdenes. Deben esperar cinco días solares. Sí no logramos cumplir la misión, o si no contactamos utilizando los protocolos de cifrado correctos, deben llevar a cabo un bombardeo de ataque con la máxima potencia posible contra la fortaleza. En cumplimiento de las órdenes de los señores de nuestros capítulos, tendrán que hacer todo lo que esté en sus manos para convertir esa isla en un trozo de tierra fundida… incluida la pérdida de sus naves y de su tripulación si fuese necesario. Ave Imperator.

Los comandantes de las dos naves repitieron sus últimas palabras y cortaron la comunicación.

—Estamos listos para empezar —le informó Mohl.

—Pues comencemos —le ordenó Rafen, y luego se volvió para dedicarle toda su atención al adepto.

—¡Creía que habíamos desarrollado una cierta confianza mutua! —Se quejó Beslian—. ¡En vez de eso, me encuentro con mis líneas de códigos violentadas y con unos datos intrusos que afectan al funcionamiento de los sistemas de mi nave! ¡No lo permitiré!

—¿Ah, no? —Rafen dio un paso amenazante hacia el tecnoadepto—. ¿Es necesario que te recuerde cómo acabaste llevando este símbolo?

El ángel sangriento le dio unos golpecitos con un dedo en el sello de mando que colgaba sobre el pecho de Beslian, por lo que el medallón se clavó entre los pliegues de la túnica de color óxido.

—Entérate bien, mi querido logis —siguió diciendo el sargento—. Te encuentras al mando del Arqueocohorte sólo en teoría. Esta nave pasó a pertenecer a los hijos de Sanguinius en el mismo momento que nosotros lo declaramos así.

—¡Mohl sólo es un tecnomarine! —El sacerdote pronunció ese rango con un leve reproche—. Y además, es un desgarrador de carne. ¡Debéis

entenderlo! No está preparado para ponerse al mando de una nave tan delicada y excelente como ésta. ¡Ni siquiera aunque lo haga en nombre de vuestro primarca! Los tecnomarines vienen a Marte para recibir instrucción, ¡pero no destacan en realidad por su maestría! ¡Jamás llegan a conocer la perfección de la máquina como lo hace un verdadero miembro del Adeptus Mechanicus!

—Y sin embargo, a pesar de mi aparente inferioridad, he sido capaz de impedirte acceder a tu propio código de sistemas —le contestó Mohl con una tranquilidad engañosa.

Beslian no hizo caso de la pulla.

—¡Los tecnomarines son unos operarios burdos, primitivos, carentes de toda sofisticación! ¡Y Mohl lo es todavía más por su origen y por el capítulo al que pertenece!

El rostro tranquilo del tecnomarine se retorció en una mueca de rabia, pero Rafen se interpuso antes de que pudiera atacar al adepto.

—¿Qué es lo que me estás diciendo? —Le espetó el ángel sangriento con voz helada—. ¿Qué tú eres más leal a esta misión que un hermano de batalla de un capítulo con el que estamos emparentados? ¿Es que me tomas por estúpido?

El sargento abrió la mano y le soltó una bofetada con el dorso de la misma. El golpe hizo caer al adepto al suelo, aunque había procurado golpearlo con la menor fuerza posible, ya que no quería matar al tecnosacerdote. Beslian se desplomó con un estruendo repiqueteante de metal.

—Si me entero de que has vuelto a hablar mal de un astartes, de cualquier hijo de Sanguinius, te cortaré en trocitos para utilizarte como piezas de repuesto para los servidores. ¡Cumplirás todas las órdenes de Mohl como si quien te hablara fuera el mismísimo Dios Emperador en persona!

Beslian dejó escapar un sonido gemebundo, pero hizo un gesto de asentimiento con la cabeza e intentó ponerse en pie con los pocos restos de dignidad que todavía le quedaban.

—Sólo… ¡Sólo quiero saber el motivo! ¿Qué es lo que he hecho para disgustaros?

Rafen lo miró fijamente.

—Te crees superior a nosotros, y crees que somos tan inferiores que no nos daríamos cuenta de eso. El motivo es más que suficiente.

La escotilla que daba acceso al puente de mando se abrió con un siseo, y Beslian vio la figura enmarcada en el umbral. Olvidó de inmediato la conversación que acababa de tener con el marine espacial y alzó los brazos, tanto los orgánicos como los mecánicos, en un gesto de autoprotección.

—¡No! —Aulló con tanta fuerza que el altavoz que tenía implantado resonó con un chirrido—. ¿Por qué está aquí? ¡No! ¡Qué se lo lleven!

El antiguo magos Matthun Zellik entró trastabillando cargado de cadenas y argollas para sujetarlo. El hermano Sove se mantuvo en todo momento a su derecha, sin dejar de apuntar con el bólter al cráneo plateado, acompañado del siempre vigilante hermano Ceris a su izquierda. Los ojos mecánicos de su rostro metálico cubierto de marcas de quemaduras se llenaron de una expresión de odio cuando se dio cuenta de la presencia de Beslian.

—¡Traidor! —gritó Zellik.

El magos comenzó de inmediato a entonar un salmo lleno de chasquidos en el áspero lenguaje del código binario. Sin embargo, antes de que fuera capaz de emitir más que unas pocas frases, Ceris tiró de las cadenas que lo sujetaban y Zellik se vio obligado a callarse.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Rafen.

—Un código meme —le explicó Mohl, que torció el gesto en una mueca de desagrado—. Obstruye las funciones mentales de aquellos que lo escuchan.

—Si lo hace otra vez, mátalo —le ordenó el sargento al otro desgarrador de carne.

Sove hizo un gesto de asentimiento, y luego se lo pensó mejor y arrancó un largo trozo de túnica al prisionero para taparle la boca con una mordaza que confeccionó de forma improvisada.

Beslian siguió a Rafen, pero se esforzó de un modo deliberado en mantener al ángel sangriento entre él y su antiguo señor.

—¿Por qué lo habéis traído hasta aquí? —gimoteó—. ¡Debería estar en la cubierta de los calabozos, o incluso tendríais que haberlo ejecutado ya!

—Zellik va a cumplir un último deber con el Imperio —le explicó Ceris—. Va a dar una lección a los débiles.

El psíquico le propinó un empujón al antiguo magos para que siguiera caminando hacia el podio del timón desde el que se controlaba todo el pozo de mando. Se trataba de una estructura con un propósito básicamente ceremonial, y los sacerdotes rúnicos del Adeptus Mechanicus lo utilizaban para despertar de su letargo a los motores de la nave cuando se iniciaba un viaje o antes de una misión de gran importancia. Allí se dedicaban a apaciguar el espíritu máquina de la nave en nombre del Emperador para que de ese modo realizara mejor sus funciones. Era el puesto del timón tan sólo de un modo ritual. En realidad, las funciones de pilotaje del Arqueocohorte la realizaban los servidores sin voluntad propia unidos a las consolas de los niveles inferiores del pozo de mando.

Ceris tomó las ataduras que casi inmovilizaban a Zellik y lo sujetó al podio. Los cables emitieron un zumbido cuando se tensaron, y Zellik forcejeó ante aquella nueva humillación, pero Sove lo obligó a quedarse quieto sin esfuerzo aparente por su parte. El antiguo magos rugió detrás de la mordaza, debajo de la cual surgió un pequeño chorro de espumarajos que manchó la barbilla metálica ya falta de lustre.

Rafen contempló al prisionero durante unos largos segundos.

—Todos aquellos que le dan la espalda al Dios Emperador por tener tratos con los alienígenas, con los mutantes o con los traidores… por codicia, por alcanzar su propia gloria, por ignorancia o por miedo… deben pagar por ese crimen. —Se volvió para mirar a Beslian—. Absolutamente todos, adepto.

—Ya está —le informó Sove—. El resto de las escuadras se encuentran a bordo del Neimos. Estamos preparados, hermano sargento.

Beslian se sobresaltó más todavía al oír mencionar al sumergible.

—¿Qué… qué piensan hacer con esa nave? ¡Si no es más que una reliquia! Un experimento de ingeniería…

Esta vez fue Ceris quien se volvió y fijó una mirada penetrante en el tecnosacerdote.

—Espero por tu propio bien que estés equivocado a ese respecto —le dijo.

—Llevaos al logis abajo. Decidle al sargento Noxx que comience la cuenta atrás —les ordenó Rafen.

Beslian se dirigió hacia la compuerta, aunque las pezuñas de hierro de sus piernas artificiales rechinaban contra el suelo por la reticencia que sentía a marcharse.

—No lo entiendo…

—No tardarás en hacerlo —le replicó Ceris. El psíquico se detuvo un momento e hizo un gesto de asentimiento a su comandante—. No tema, señor. No nos iremos sin usted.

Esbozó un gesto que parecía una sonrisa, pero a Rafen lo recorrió un estremecimiento al verlo.

El sargento le dio la espalda al grupo que se marchaba y descubrió que Mohl lo estaba observando. El tecnomarine había extendido uno de sus mecadendritos y lo había acoplado a una de las conexiones que había a lo largo de la consola de mando.

—Preparado —le comunicó el desgarrador de carne.

—¿Estás completamente seguro de que tienes el control absoluto del Arqueocohorte?

Mohl asintió con un gesto un poco espasmódico, como si estuviera distraído.

—Completamente seguro.

Rafen ni siquiera fue capaz de imaginarse el torrente de código máquina que debía de estar entrando en la mente del guerrero a través de los cables del mecadendrito, el tremendo flujo de lenguaje binario procedente de los cientos de servidores y cogitadores de toda la nave.

Zellik aulló algo ininteligible detrás de la mordaza y tiró de los cables que lo ataban. Rafen hizo caso omiso de su protesta y se limitó a propinarle

otro empujón para que cayera al suelo.

—No puede producirse ningún error. Una simple duda, cualquier acto de rebelión por parte de uno de los tripulantes…

—No se producirá ninguno —declaró el tecnomarine con total certidumbre—. Las órdenes están codificadas con un sistema encriptado. Se tardaría un millar de años en superar ese cierre de seguridad. Esta tripulación de ilotas hará lo que se le ordene, y no tendrán ocasión de cuestionar absolutamente nada. No lo permitiré. —El tecnomarine dejó con cuidado el bólter en el suelo y se arrodilló sobre una pierna, como si se dispusiera a rezar.

Rafen se sintió confundido durante un momento.

—Mohl, ¿qué haces? Debemos irnos.

El desgarrador de carne negó con la cabeza.

—No, yo no. Debo quedarme aquí para dirigir el Arqueocohorte —le contestó el tecnomarine. Luego sonrió con cierto pesar—. Ya os dije que haría falta un sacrificio para lograrlo.

El ángel sangriento se quedó sopesando durante unos largos instantes las palabras del otro astartes, y por fin le resultó evidente el motivo por el que Mohl había tomado aquella decisión.

—¿Realmente no hay otro modo?

—Ninguno, mi señor, y lo lamento profundamente. Me gustaría estar ahí abajo cuando encontremos al renegado. Querría verlo pagar por lo que ha hecho. —Frunció el entrecejo en un gesto de concentración—. Se acaba el tiempo. Los motores ya están acumulando potencia, mi señor. Debéis marcharos.

Rafen asintió, y luego le puso una mano en el hombro al tecnomarine.

—Serás recordado, primo.

Mohl no levantó la mirada.

—Eso es lo único que pido.

La gigantesca masa del Arqueocohorte se alzó por encima de la superficie de la luna principal sobre varios chorros llameantes de fuego de fusión. Llevaba las extremidades con forma de grúa pegadas al cuerpo principal de la plataforma, y las torretas de torpedos y las baterías de armas,

que ya estaban cargadas al máximo y preparadas para disparar, giraron para apuntar hacia el gran disco de Dynikas V. El escudo de espejo estaba plegado, y con los motores a toda potencia, la tormenta de señales de energía que recibían los sensores de exploración de los cráneos artillados orbitales era el equivalente al sol llameante del amanecer que surgía en el horizonte todavía oscuro.

Los satélites de combate giraron utilizando sus cohetes de maniobra, y los chorros de gases los orientaron hacia el intruso mientras las calculadoras lógicas de los sensores examinaban la silueta de la nave. La compararon con las de las naves de todos los tipos que tenían almacenadas en sus bancos de datos, y las respuestas que obtuvieron tan sólo provocaron una tremenda confusión en las mentes orgánicas encadenadas en el núcleo de cada cráneo artillado. Todo aquel proceso tan sólo llevó unas pocas fracciones de segundo, y el intercambio de mensajes mediante láseres de baja potencia entre los satélites en el enrevesado lenguaje máquina condujo con rapidez a un consenso. La red de cráneos artillados envió un código de comunicación a través de la atmósfera turbulenta y azotada por los vientos de Dynikas V. Era una pregunta que exigía una respuesta inmediata: matar o no matar.

Cualquier nave que pretendiera frenar su avance para colocarse en una órbita geoestacionaria alrededor del planeta oceánico tendría que realizar una compleja y cuidadosa maniobra de equilibrio para compensar la masa, la gravedad y la aceleración, y evitar así pasar de largo por delante del planeta o incluso chocar sin querer contra la atmósfera. El Arqueocohorte alcanzó ese punto de transición y no disminuyó de velocidad; más bien al contrario, ya que el tirón de la fuerza de gravedad de Dynikas V se sumó a la potencia de los motores, y la enorme plataforma del Mechanicum aceleró más todavía.

A bordo de la nave comenzaron a llegar los primeros mensajes al altavoz de comunicación del centro de mando: quejumbrosos y atemorizados los enviados por los adeptos menores, y más fríos y cerebrales los que procedían de los servidores de la nave. Cada uno de ellos se

encontró con la firme negativa de Mohl y con una serie de órdenes inflexibles.

El Arqueocohorte continuó su avance hacia el planeta.

El Neimos ya se estaba moviendo cuando Rafen entró a la carrera en el gigantesco hangar de salida. La nave se encontraba asentada sobre una basada larga y baja que se deslizaba sobre dos raíles de acero, y eso le permitió ver al completo la forma del sumergible. El sargento había pasado toda su infancia en un mundo desértico, por lo que los mares y los animales que habitaban en su interior le resultaban prácticamente desconocidos. Sin embargo, era capaz de comprender hasta cierto punto la razón de las formas de los cetáceos depredadores, con sus aletas y sus cuerpos ahusados y aerodinámicos. El Neimos se parecía a ellos, pero a Rafen le resultó más fácil comparar la nave con la forma de una arma. El sumergible le recordó a una porra, pesada y peligrosa, un artefacto pensado para utilizarse con la fuerza bruta y apalear al enemigo hasta someterlo por completo.

Se montó en la basada con unas zancadas largas y veloces, y derribó a los servidores de la tripulación que fueron demasiado lentos a la hora de apartarse de su camino para luego subir hasta la escotilla de la aleta dorsal. Las botas del sargento repiquetearon contra una capa de losas curvadas superpuestas. Ese blindaje ablativo adicional actuaría como el escudo térmico de la nave durante la entrada a través de la atmósfera del planeta. Miró hacia popa, más allá de las cuatro aletas, hacia el anillo donde debían encontrarse los impulsores. En esos instantes se encontraban ocultos en el interior del submarino, y sólo emergerían del casco cuando se encontraran en el mar.

Rafen tuvo que esforzarse un poco para poder entrar por la escotilla y la cerró una vez estuvo dentro. Las marcas de soldaduras recientes y los goterones de pasta selladora indicaba los puntos donde se había ensanchado la escotilla para que fuera capaz de permitir el paso de un marine espacial con armadura. Recitó la letanía de las armas con fervor mientras echaba el cierre de la escotilla.

El interior del Neimos era pequeño y algo claustrofóbico. La nave se había construido a la escala de los seres humanos normales, y los corredores

y las estancias ya les resultaban estrechos incluso a ellos. Para un marine espacial, equipado además con una servoarmadura completa, aquello hacía que el estrecho espacio de una cápsula de desembarco pareciera amplio en comparación.

—Cuidado con la cabeza, señor —le indicó Turcio, quien le hizo señas para que lo siguiera por una compuerta abierta—. Es un sitio bastante estrecho, de eso no hay duda.

El sargento lo siguió, y se fijó en los lugares donde se veía que el metal del interior estaba resplandeciente, lo que indicaba los puntos en los que se habían cortado los paneles o se habían retirado las cubiertas para adaptar la nave al volumen de un marine espacial. Se trataba de una serie de arreglos rápidos y mal acabados, pero si había algo que Rafen había aprendido a lo largo de aquella misión, era que el modo de actuar más expeditivo rara vez era el más esmerado de realizar.

Entró en la sala de control y vio que la tripulación de servidores estaba en sus puestos, y que el resto de los astartes se apiñaba sobre una isleta elevada que se encontraba en mitad de la cámara. Kayne observaba a los dos ilotas que ocupaban los puestos de pilotaje de la nave. Lo que tenían delante en esos momentos no era más que una pared de monitores en blanco y diales apagados. Toda la nave se estremeció cuando la basada de transporte pasó por encima de un punto de transición en los raíles y giró hacia un lado.

—¿Dónde está el hermano Mohl? —le preguntó Sove. Su rostro barbado mostraba una expresión tensa.

Noxx intercambió una mirada con Rafen. El ángel sangriento se dio cuenta de que el otro sargento debía conocer desde el principio las intenciones de su camarada de escuadra, pero que no había dicho nada al respecto.

—Mohl tiene su propia misión que cumplir. Nosotros tenemos la nuestra.

Sove miró fijamente a Rafen, como si la ausencia del tecnomarine fuese culpa del sargento de los Ángeles Sangrientos, y luego apartó la mirada.

—La nave está sellada —informó Ajir—. Para bien o para mal, esta antigualla será nuestra salvación o nuestro ataúd.

—¿Situación? —le preguntó Rafen a Noxx.

El desgarrador de carne lo miró con sus ojos de expresión muerta.

—Tenemos veinte ilotas a bordo, los mejores de la tripulación de Zellik, y todos se encuentran en sus puestos correspondientes. Me temo que el honorable logis Beslian se puso histérico cuando se dio cuenta de cuál era nuestro plan.

Rafen miró a su alrededor, pero no vio señal alguna del adepto del Mechanicus.

—¿Y cómo resolviste ese asunto?

—Se encuentra en una de las rampas de descenso —le explicó Noxx—. Gast lo puso a dormir con un sedante que sacó de la enfermería del Neimos. Eso me pareció mejor que dejar que correteara por todos lados como un grox aterrorizado. —Rafen hizo un gesto de asentimiento y el desgarrador de carne continuó con el informe—: La dotación auxiliar ha regresado a la Tycho. Sólo quedamos nosotros a bordo. —Frunció el entrecejo—. Sin contar a Mohl, por supuesto…

El ángel sangriento observó con atención los rostros de los guerreros que tenía ante él. Allí, formando un grupo de color rojo y dorado, se encontraban los hermanos de batalla Kayne, Turcio y Ajir, junto al marine espacial devastador Puluo. El psíquico Ceris destacaba entre ellos debido a su armadura de color índigo. Al otro lado, con sus armaduras de color rojo vino con rebordes negros, estaban el sargento Noxx y los supervivientes de su escuadra, los hermanos Eigen y Sove, junto al clérigo Gast. Diez guerreros en total, diez hijos de Sanguinius contra un planeta abarrotado de feroces bestias alienígenas y un adorador desalmado del Caos Absoluto.

Rafen sonrió, y el gesto dejó al descubierto sus colmillos.

—Hermanos, tenemos la victoria a mano, ahí abajo. Sólo tenemos que alargar el brazo y tomarla.

Otra sacudida estremeció la cubierta del Neimos.

—Ya ha comenzado —declaró Ceris.

J

Zellik no dejaba de aullar tras su mordaza. Tenía los implantes oculares abiertos de par en par y no dejaba de mirar a uno y otro lado. Le temblaba todo el cuerpo por la furia que lo invadía, y tiró de sus ataduras con toda la fuerza que le proporcionaban la locura y la desesperación. Las antenas que tenía implantadas, las que albergaba en lo más profundo del tejido muscular y en la médula de los huesos, las que los astartes no habían descubierto y extirpado, captaron las comunicaciones de onda corta que intercambiaban entre sí los servidores de menor rango que operaban en las consolas más cercanas a él.

Zellik no tardó en percatarse de que lo que estaba oyendo no carecía de sentido si tenía en cuenta el comportamiento del ángel sangriento y del maldito tecnomarine desgarrador de carne. La suma de los datos fue suficiente para provocar una descarga de emoción genuina en lo más profundo de la mente del tecnoseñor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió un miedo auténtico, verdadero. No le importaba dejarse llevar por otros estados emocionales, como la codicia o el deseo, el odio o la envidia, y lo hacía con cierta frecuencia. Matthun Zellik no era de los que evitaban dejarse llevar por las emociones, a diferencia de muchos de sus hermanos nacidos en Marte. Mientras que ellos sostenían la creencia de que la perfección sólo se podía encontrar mediante la fría lógica, Zellik estaba convencido de que las emociones, al igual que cualquier otro sistema abstracto, se podían reducir a ecuaciones cognoscibles si se disponía del tiempo y del intelecto necesarios para lograrlo. El utilizaba las emociones como juguetes, las activaba y las desactivaba para incrementar el placer que sentía con cada nueva adquisición, las utilizaba para agudizar la mente cuando se enfrentaba a un problema.

Ya se había dejado llevar por un desprecio absoluto hacia Beslian después de enterarse de que lo había traicionado con los astartes. Sin embargo, ese sentimiento no había tardado en desvanecerse cuando se dio cuenta con rapidez de que si las circunstancias se hubieran producido a la inversa, él habría hecho lo mismo que aquella pequeña unidad inútil e

irritante. El desprecio fue sustituido primero por una furia iracunda. Esa rabia procedía de la impotencia que le producía verse incapaz de impedir que aquellos matones camparan a su antojo por su preciado Arqueocohorte y lo destrozaran. Sin embargo, no se había arrepentido de la decisión que había tomado cuando se rindió a ellos. Al menos, no al principio. Sabía en su interior, y siempre lo había sabido, que la colección que guardaba en las bodegas de la nave era más importante que cualquier vida, incluso más importante que la suya propia. Zellik se sentía en paz a ese respecto. Estaba más que dispuesto a morir si con ello conseguía que la colección sobreviviera. Ya habría otros que se dedicarían a continuar con su gran misión de reunir las reliquias tecnológicas del pasado. Cada descubrimiento lo había acercado un paso más hacia el Dios Máquina, y no se arrepentía de nada.

Pero le habían arrebatado hasta eso, y sentía una aflicción enorme y trascendente en su corazón mecánico. Puso en alerta sus antenas, y cuando captó las órdenes comprendió el acto tan terrible que iban a cometer los astartes. Tiró de sus ataduras sin dejar de aullar una y otra vez, pero aunque el tecnomarine Mohl se encontraba a pocos metros de él en la misma cubierta, no hizo el más mínimo caso a sus protestas.

Fue en ese momento cuando una nueva voz se unió a las demás. Era una señal de comunicación procedente del planeta hacia el que se dirigían. El mensaje incorporaba un cifrado que indicaba que su destinatario era Zellik en persona. La comunicación surgió de los altavoces con forma de campana con la voz clara de Haran Serpens.

—Mi querido Matthun —resonó—. Me has impresionado. El modo en que te has acercado tanto sin que haya logrado detectarte… Siempre supe que eras un individuo de gran inteligencia.

De los altavoces surgió un suspiro contenido, y al oírlo, Zellik se quedó pensando en lo que le había dicho el ángel sangriento, la enloquecida declaración que había realizado Rafen.

Haran Serpens no podía estar muerto. ¡Era imposible! Y más imposible todavía que alguien como Zellik pudiera ser engañado de ese modo por un agente del Caos para que creyera que seguía con vida. Habría soltado un

bufido de desprecio si no hubiera tenido la boca tapada por la mordaza. ¡Fabius Bilis, nada menos! ¡Esa idea era el pináculo de todas las idioteces!

—¿No piensas contestarme, Matthun? —Preguntó la voz—. ¿No? Tu nave sigue acercándose y todavía no me has contestado. ¿Qué es lo que debo pensar? ¿Es que no hemos disfrutado de una relación mutuamente beneficiosa? ¿O es que las semillas de la codicia que siempre vi en tu corazón han germinado por fin? Sí. Creo que es eso.

—¡No! ¡No!

Zellik logró con un tremendo esfuerzo que los minúsculos dispositivos manipuladores que tenía en la cavidad bucal cortaran la mordaza y así conseguir gritar. Proyectó el aullido en todas las frecuencias que estaban a su alcance, pero la interferencia estática hizo que rebotara contra él. El tecnosacerdote miró enfurecido al tecnomarine, que seguía sin moverse. Mohl no reaccionó en absoluto mientras el Arqueocohorte seguía avanzando hacia el planeta a una velocidad cada vez mayor.

—¡Esto no es obra mía! ¡Escúchame! —gritó, aunque sus palabras no pasaron más allá de las paredes que lo rodeaban.

Y fue entonces cuando se produjo el mayor insulto de todos. Zellik detectó un flujo de código máquina que surgía de los transmisores del Arqueocohorte en dirección al planeta. Las cadenas de datos eran una réplica de los protocolos de comunicación exclusivos del tecnoseñor. Se trataba de unos paquetes de información de los que surgían destellos que duraban una fracción de segundo. Eran una emulación perfecta de los propios patrones de Zellik, la interpretación digital de un imitador muy dotado. Volvió a mirar a Mohl y se sintió afrentado por aquella intrusión. Un momento después, el miedo se volvió a apoderar de él cuando se percató de cuál era el contenido de las señales falsas: eran cadenas de código insultantes, con exigencias de que se rindiera y amenazas de declaraciones de combate; todas iban dirigidas a Haran Serpens.

Una risa siniestra y profunda resonó en el éter.

—Me entristece que hayamos acabado así —dijo la voz, que fue cambiando poco a poco de timbre—. Veo que eres más estúpido de lo que yo mismo pensaba. Es una pena, Zellik, pero supongo que me equivoqué al

esperar otra cosa. Eres igual que todos los demás: limitado, débil. Sirves ciegamente a ese Dios carroña tuyo. —El corazón mecánico de Zellik comenzó a palpitar con fuerza contra las costillas de hierro, y el miedo lo invadió de nuevo—. Es una pérdida, una pérdida terrible y estúpida…

Un nuevo chorro de datos fluyó hacia el tecnoseñor. En la superficie del planeta y en las bocas de los cráneos artillados situados en órbita aparecieron los destellos de los disparos de las armas que habían abierto fuego en dirección al Arqueocohorte.

La plataforma del Mechanicus trazó una amplia curva sobre el lado diurno de Dynikas V. Los cohetes rugieron expulsando lenguas de fuego nuclear, y las baterías de cañones situadas en las gigantescas grúas montadas sobre el entramado raíles de apuntaron en veinte direcciones distintas en busca de objetivos en la superficie del planeta y entre el enjambre de cráneos artillados.

La órbita en la que entró no era estable. El rumbo que seguía era muy bajo respecto a la superficie del planeta y pasaba muy cerca del borde de la atmósfera. Cruzaría la zona en penumbra que separaba el día de la noche y luego entraría en la oscuridad del lado nocturno del planeta. Sin embargo, antes de llegar a ese punto, tendría que cruzar un bosque de disparos de lanzas de energía y de misiles, bajo una lluvia de rayos de partículas, chorros de radiación y cabezas de combate guiadas. Nada de menor envergadura que una barcaza de combate podría soportar semejante fuego concentrado y además sobrevivir, pero el Arqueocohorte continuó avanzando impertérrito. Todos los sistemas inteligentes de la plataforma parpadeaban de forma incesante, pero la voluntad de hierro del tecnomarine Mohl, que los controlaba por completo, les impedía pensar en el destino que los aguardaba.

Los cráneos artillados estaban extasiados. Cada disparo que efectuaban, cada vez que lanzaban un rayo de energía, les provocaba descargas de placer en sus mentes lisiadas. Los contenedores llenos de trozos de tejido cerebral burbujeaban y echaban espumarajos completamente invadidos por la alegría del ataque.

Los impactos de los misiles se transformaron en enormes bolas de fuego que se expandieron para devorar las extremidades metálicas de la plataforma. Varias torres rematadas por grúas quedaron enteramente destrozadas, y otras fueron desgajadas de la plataforma para quedar flotando en el vacío. De las profundas brechas que se abrieron en el casco surgieron chorros de chispas eléctricas y de gases. Los cañones aullaban en silencio en la oscuridad, y la onda expansiva de sus disparos recorrió las cubiertas del Arqueocohorte. Los proyectiles mudos convertían los cráneos artillados en una lluvia de fragmentos, pero cada uno de los que caían era reemplazado de inmediato por otro puñado más de satélites, que comenzaban a acudir en masa desde otras órbitas del planeta igual que una bandada de pájaros carroñeros atraídos por un cadáver reciente.

La gran nave de Zellik comenzó a perder partes de su estructura principal y dejó en el cielo tras de sí una estela de fragmentos de metal retorcido y de fluidos derramados. Aquello era un ataque vano y arrogante que tan sólo los comandantes más temerarios, con el mayor exceso de confianza en sí mismos, se atreverían a intentar. Eso, o cualquiera de ellos que hubiera jurado morir en el intento. Los lentos cañones de gran tamaño de la superficie giraron para apuntar y dispararon una y otra vez sin dejar de corregir la puntería, y cada uno de esos disparos era un impacto claro. Una nave más ágil y de menor tamaño quizá habría conseguido esquivarlos, pero ése no era el caso del Arqueocohorte. El rumbo de la plataforma se volvió errático, lo que mostró su pánico. Las toberas de los cohetes brillaron con un resplandor intenso cuando se esforzaron todavía más por sacar a la enorme nave de aquella zona de tiro, pero mientras lo intentaban, los cráneos artillados siguieron con su frenesí e iluminaron el vacío con un entramado de disparos láser. Cada vez que impactaban contra el casco de la plataforma del Mechanicus, la protección formada por los campos de energía se sobrecargaba y se desvanecía, lo que permitía a los siguientes disparos atravesar el blindaje y llegar hasta las cubiertas que se extendían al otro lado. Los cadáveres de los servidores asfixiados por la falta de aire en el vacío seguían a los restos que salían expulsados hacia el espacio. Los

cuerpos cibernéticos hinchados flotaron a la deriva mientras sus implantes mecánicos seguían funcionando sin objetivo alguno.

El casco principal del Arqueocohorte siguió cayendo sin cesar hasta que se partió e implosionó. Unos momentos más tarde, y sin que los cañones de funcionamiento automático que cubrían toda su superficie dejaran de disparar, la gran plataforma entró en la etapa final de desintegración. Ya no era una nave, sino un conglomerado de restos que morían lentamente y que, en conjunto, tenían el tamaño de una ciudad. La plataforma se hundió todavía más en el pozo de gravedad de Dynikas V y se dirigió hacia los océanos cargados de óxido que serían su tumba.



SEIS

Las hileras de luces de indicación que se encontraban al otro lado del atril de mando pasaron del color rojo al azul, y cada una de ellas lo hizo acompañada del tintineo hueco de una campanilla. A través de las placas del casco se oyó el eco chirriante y pesado del metal al unirse al metal, y las agujas de los indicadores con tapa de cristal pasaron a la franja que indicaba el estado de la nave.

—Todas las cubiertas comunican que están preparadas —informó uno de los servidores, totalmente ajeno a las vibraciones que sacudían las placas sobre las que se encontraba—. La nave está sellada. In nomine Imperator, aegis Terra.

Unas máscaras suspendidas del techo emitían himnos con voz aguda y quebrada a través de sus bocas abiertas. Los rostros de las máscaras habían sido tallados a imitación de las caras rubicundas de los querubines. El coro que surgía de sus labios se hallaba justo en el límite de la capacidad de audición. Los crujidos y los chasquidos del interior del Neimos formaban una orquesta mucho más poderosa.

Rafen paseó la mirada por el puente de mando de la nave. Cada uno de los esclavos mecanizados se encontraba conectado al puesto de control que

tenía asignado, y los arneses de seguridad que los sujetaban los mantenían firmes y a salvo en sus asientos. El ángel sangriento había revisado brevemente los planos del Neimos y sabía que el puente de mando era uno de los pocos compartimentos del interior del sumergible que estaba rodeado por una serie de mecanismos resistentes a los choques, que a su vez iban protegidos por una tecnología arcana de conducción de energía que permitiría a la tripulación sobrevivir a impactos que, de otra manera, los hubieran convertido a todos en una pasta resbaladiza. Sin embargo, el sistema carecía de potencia suficiente para proteger a toda la nave.

—Hermanos, a vuestros puestos de descenso —ordenó Rafen al mismo tiempo que se volvía hacia la fila de marines espaciales que tenía al lado—. Tan sólo dispondremos de una oportunidad. Debéis tener muy claro que cualquier error, uno solo, será suficiente para matarnos a todos.

—¿Y nuestras vidas están en manos de ésos? —Preguntó Sove señalando con un gesto de la barbilla hacia los servidores—. ¿En las manos de los esclavos de un conspirador criminal?

—No dejes que eso te preocupe —le contestó Turcio. Puluo miró con dureza a los dos astartes, y luego habló por el resto de las escuadras.

—Estamos listos.

Rafen aceptó la respuesta con un gesto de asentimiento.

—Hemos llegado al punto sin retorno, hermanos. Hoy es el día en que nos adentraremos en lo desconocido. Bajaremos a un planeta infestado de alienígenas, a un mundo mancillado por la marca del Caos. Ayudad a vuestros hermanos de batalla, ocupaos de vuestro equipo de combate, y venceremos.

Noxx alzó el casco en el aire aferrándolo fuertemente.

—¡Por el Emperador y por Sanguinius! —exclamó el desgarrador de carne con un rugido de furia.

—¡Sí! —le respondieron a coro los guerreros.

Rafen cerró los ojos y rezó en silencio.

«Mantennos con vida, Gran Ángel —pidió mentalmente—. Mantennos con vida para que podamos concluir nuestra misión con el fin que se merece».

J

El Arqueocohorte se deshizo con una serie de destellos luminosos cegadores. Los conductos rotos que canalizaban los flujos de energía electrotérmica dejaron escapar grandes chorros a medida que se iban vaciando. Varias cubiertas compuestas por entero de vidrieras que habían sido rescatadas de planetas arrasados quedaron destruidas y convertidas en polvo brillante. Los objetos procedentes de millares de planetas y de centenares de historias diferentes quedaron destrozados en los estertores agónicos de la plataforma. Los almacenes repletos de artilugios que todavía no se habían catalogado, artefactos que eran de origen alienígena, o simplemente alienígenas de aspecto, quedaron completamente aplastados bajo el peso del metal al desplomarse. Los siglos de papel acumulado avivaron los incendios que hicieron entrar en ebullición los almacenes de fluido biológico de memoria y quebraron los delicados entramados de los cristales de archivo. En las bibliotecas abarrotadas se entremezclaban volúmenes y ejemplares sin valor alguno con auténticos tesoros sin documentar, y todo ardió por igual. Aquel gran monumento a la avaricia y al afán obsesivo por la posesión de objetos se deshizo en el espacio y dejó tras de sí un rastro de antigüedades destrozadas. Los restos de menor peso irían quedando atrapados poco a poco en el campo gravitatorio del planeta para después desaparecer convertidos en una lluvia de objetos llameantes. Los fragmentos de mayor tamaño cayeron con más rapidez.

Estos últimos llamearon con un resplandor ígneo contra la oscuridad del vacío. Las señales térmicas brillaron con intensidad en los sentidos artificiales de los cráneos artillados. Los satélites armados dispararon una y otra vez contra los restos desmenuzándolos.

En el corazón de toda aquella locura vertiginosa, el núcleo fracturado del Arqueocohorte, el trozo de mayor tamaño de todos los restos, continuó con su caída. Varios paneles salieron despedidos de su lugar en la parte delantera de aquel trozo irregular del casco a causa del estallido de unos pernos explosivos. Tras ellos surgió una forma semejante a un garrote que se deslizaba poco a poco sobre una basada de lanzamiento.

Matthun Zellik sintió cómo su nave moría a su alrededor, y habría derramado lágrimas por ello, lleno de amargura, si hubiera podido. Sin embargo, las partes de su cuerpo que servían para eso se las habían extirpado ciento cincuenta siete punto dos años atrás, durante una mejora mediante implantes realizada en el cónclave Monte Thane. En vez de eso, permitió que unos pequeños enlaces de subrutinas de emulación emotiva se activasen en un bucle continuo en el interior de una de las particiones de su mente. Aislar su dolor de ese modo le permitía concentrar el resto de atención en buscar la manera de liberarse de aquellas ataduras que lo mantenían preso.

El tecnomarine Mohl no dejaba de mirar al vacío mientras los numerosos mecadendritos que salían de los implantes conectores que tenía en el cuello se ondulaban y se estremecían. El solitario servobrazo que llevaba a la espalda también se movía un poco, aunque de un modo más bien espasmódico, sin dejar de emitir pequeños sonidos sibilantes.

Zellik frunció los labios metálicos en un gesto de disgusto. Había ridiculizado a menudo en la privacidad de sus propios pensamientos a aquellos mestizos astartes por su comportamiento estúpido. Los marines espaciales, todos y cada uno de los capítulos en su amplia variedad, no dejaban de ser, sin duda, unas herramientas excelentes, y había que respetarlos del mismo modo que un humano normal sentiría respeto ante un feroz perro de ataque. Sin embargo, aquellos tecnomarines… ¿Qué eran en realidad? ¿Seres humanos modificados que se atrevían a intentar hacerse pasar por adeptos? Sus capítulos los enviaban a Marte para que aprendieran los misterios de la máquina, pero ¿cómo iba a ser posible que desarrollaran ni por asomo semejante capacidad de comprensión? Tan sólo los nacidos en Marte podían entender verdaderamente la magnitud del Dios Máquina. Tan sólo los verdaderos portadores del símbolo del engranaje podían aspirar a conocer la majestad del Omnissiah.

Zellik se inclinó, avergonzado por la naturaleza indecorosa de lo que se veía obligado a hacer, y dejó que las micro-mandíbulas que llevaba ocultas en la boca comenzaran a cortar el cable que lo sujetaba al suelo de la cubierta de mando del Arqueocohorte. Hizo oídos sordos a los chirridos del

metal al retorcerse y el chasquido de los incendios, temeroso de oír nada más y de enterarse de lo herida que se encontraba su valiosa nave. En vez de eso, se concentró en el proceso de corte, y llenó su capacidad de pensamiento con la repugnancia que le producía Mohl. Era muy evidente que el tecnomarine no era un vástago del Gran Señor Binario. Si hubiera sido así, habría hecho caso omiso de las demenciales órdenes que Rafen había dado y que habían puesto al Arqueocohorte en un rumbo suicida. Un verdadero descendiente del Adeptus Mechanicus habría demostrado su lealtad hacia Zellik…

Nada más pensar en aquello, Matthun Zellik se vio embargado por un momento de desesperación. Beslian era tan marciano como él mismo, y a pesar de ello, su subordinado había antepuesto su propia salvación antes que la integridad del Arqueocohorte y las valiosas reliquias que albergaba. Zellik torció el gesto en una mueca de desagrado. No importaba. Lo que había ocurrido a lo largo de ese día le había revelado un hecho irrefutable: aquellos estúpidos se creían mejores que él. Se creían mejores que aquellos cuya tarea sagrada era salvaguardar la tecnología perdida de la humanidad, el futuro extraviado de la humanidad… ¡sin el que sin duda todos ellos perecerían!

Zellik se dijo mientras daba forma al plan de lo que tenía intención de hacer a continuación que quizá ésos serían sus últimos pensamientos. Las micromandíbulas lograron por fin cortar todos los cables, y el tecnosacerdote se liberó con un chirrido de engranajes para luego quedarse de pie con las piernas separadas sobre las placas del suelo tembloroso de la cubierta.

Temió durante un momento que el astartes Mohl se diera la vuelta para matarlo, pero el tecnomarine tenía los ojos en blanco y miraba más allá de Zellik sin ver nada en realidad. Zellik conocía esa mirada: era el gran éxtasis de la red de interconexiones. Mohl estaba esforzándose al máximo por imponer su voluntad en la miríada de servidores y motores lógicos que el Arqueocohorte llevaba a bordo y obligarlos a obedecer sus órdenes suicidas. Era una tarea que hasta un tecnoseñor hubiera encontrado agotadora, y Zellik arrugó la nariz cuando sus sensores olfativos captaron el

olor acre del sudor humano producido por el esfuerzo que el desgarrador de carne estaba realizando.

Zellik hizo acopio de toda la presión que pudo acumular en sus pistones y alineó sus extremidades para luego saltar hacia el astartes. Al lado del enorme guerrero, sobre el suelo de la cubierta, se encontraba la masa voluminosa de un bólter. Los dedos en forma de garra del adepto aferraron el arma y tiraron de ella. El bólter era más pesado de lo que se esperaba, y ese peso estaba extrañamente repartido. Logró empuñarla y colocarse en algo parecido a una posición de disparo tras afianzar el peso de su cuerpo en la estructura que formaban sus caderas de acero al carbono. Zellik apenas era capaz de sostener el arma, y empezó a arrepentirse de su acto precipitado, aunque sus delgadas extremidades se cerraron alrededor de la empuñadura y del gatillo.

—¿Qué estás haciendo, sacerdote?

La voz de Mohl resonó extrañamente fuerte en mitad de aquel rugiente torbellino de destrucción. Habló con voz lenta y pastosa. El astartes estaba intentando desconectarse del entramado de controles del Arqueocohorte, pero no era un proceso que se pudiera realizar con rapidez. El servobrazo chasqueó en un intento por atraparlo.

—¡Pagarás por esto! —Barbotó Zellik—. ¡Haré que todos lo paguéis!

—No… —comenzó a decir Mohl, pero en ese mismo instante se produjo una detonación rugiente de luz y sonido. De repente, el tecnosacerdote se encontró en el suelo de la cubierta a varios metros de distancia. Chilló de dolor, y un tremendo espasmo le provocó un estremecimiento en las extremidades.

Zellik noto la humedad que le cubría el rostro, y la lengua sensora de su cavidad bucal surgió un momento para tomar una muestra de la materia tibia que le manchaba la cara. Los escáneres internos le indicaron que se trataba de una mezcla de sangre y de materia cerebral. Se limpió con un servobrazo y miró a lo largo de las temblorosas placas del suelo. Al otro lado encontró el cuerpo de Mohl inclinado sobre un costado. En el lugar donde debía estar la cabeza había una masa sanguinolenta en la que lo único que se podía distinguir con claridad era el hueso de la mandíbula. Cerca del

cuerpo se encontraba el bólter, en posición vertical, y de su bocacha todavía salían volutas de humo. Oyó un sonido gorgoteante que lo repugnó.

Zellik se miró las manos engarfiadas mientras rebobinaba los cilindros de datos que albergaba en la cavidad craneal. Todo había ocurrido con mucha rapidez. El arma, el gatillo… No se había dado cuenta de que lo estaba apretando con tanta fuerza. Si su cuerpo no hubiese estado tan mejorado y reforzado por las modificaciones del Mechanicus, jamás hubiera sido capaz de empuñar aquella arma tan grande, y mucho menos de abrir fuego con ella. A pesar de todo, el retroceso del disparo le había provocado un tremendo dolor.

El sacerdote esperaba que en cualquier momento regresara la sensación de miedo, pero en vez de eso lo que sintió fue una tremenda euforia. ¡Había matado a un guerrero del Adeptus Astartes! Era cierto que se trataba de uno que estaba distraído y seriamente impedido debido a su conexión con la nave, pero a pesar de eso…

—¡Te dije que lo pagaríais! —Le gritó al cadáver de Mohl—. ¡No me hicisteis caso, pero esto no se acaba aquí!

Una histeria extraña amenazó con apoderarse de él, pero Zellik contuvo aquel sentimiento lo mismo que hacía con los demás: compartimentaba todas sus respuestas emocionales detrás de particiones de lógica pura. Llegó hasta el corredor que salía del puente de mando y dudó. A muy poca distancia de donde se encontraba, a estribor, había un compartimento que albergaba media docena de cápsulas de salvamento. Podría llegar hasta allí en pocos segundos, y abandonar la nave antes de que quedara destrozada del todo para siempre…

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —preguntó en voz alta al aire lleno de humo.

El Arqueocohorte se moría a su alrededor, y de repente le pareció de mala educación sobrevivir a la nave, a aquel inmenso monumento a la búsqueda personal de gloria por parte de Zellik. Su lugar estaba allí, con la colección. Había vivido para ello. Lo correcto era que muriera por ello.

—Todavía no —gruñó, y su plan definitivo resonó con claridad y fuerza en sus pensamientos—. ¡Todavía no! —gritó a continuación.

Echó a correr con toda la rapidez que le permitían sus piernas de pistones en dirección al hueco secreto que tenía en su museo privado, y que contenía una serie de artefactos alienígenas prohibidos.

J

Los puestos de descenso estaban situados a lo largo del corredor central del Neimos, colocados sobre una serie de soportes hidráulicos y de plataformas de presión que absorberían el choque de un descenso en caída libre desde la órbita. Cada uno de aquellos soportes era capaz de albergar hasta tres humanos, pero el tamaño de los astartes tan sólo permitía que la ocupara un marine espacial. Los ángeles sangrientos y los desgarradores de carne ocuparon sus puestos de dos en dos con rapidez y eficacia, y luego sellaron las cápsulas. Rafen contempló cómo un esclavo mecanizado con garras metálicas en vez de pies conectaba un tubo bulboso a cada una de las escotillas cerradas. Los tubos retemblaron y se retorcieron un poco mientras bombeaban los geles absorbentes de impacto en el interior de las cápsulas. Aquella materia semisólida amortiguaría más todavía los efectos de cualquier golpe. Los marines espaciales, que ya se encontraban protegidos en el interior de sus servoarmaduras de ceramita y plastiacero, no se enterarían absolutamente de nada hasta que finalizara por completo el ciclo de descenso.

El sargento se inclinó para mirar a través de la ventanilla de cristal de una de las cápsulas. Captó la forma de una silueta humana que flotaba en aquel líquido espeso. La túnica ondulaba en la masa de gel, y tenía pegada una mano a la máscara de oxígeno que le cubría la cara. Beslian parecía una mosca atrapada en ámbar.

—Si morimos, no llegará a enterarse —comentó Noxx.

Rafen alzó la mirada y vio que tanto él como el otro sargento eran los únicos que quedaban por entrar. El ángel sangriento caminó con cuidado por la cubierta temblorosa y dejó el casco asegurado en uno de los puntos de amarre.

—Llegaremos vivos a la superficie —le dijo a Noxx—. Confío en el buen juicio del hermano Mohl.

—¿Por qué?

A Rafen le pareció una pregunta muy extraña, pero para entonces ya se había dado cuenta de que el hermano sargento Noxx buscaba un desafío en cada aspecto de la vida. Rafen señaló con un gesto de la mano hacia arriba, como si quisiese indicar el puente de mando del Arqueocohorte.

—Confío en él por lo que ha entregado con tal de que cumplamos con éxito la misión.

Noxx siguió la dirección del gesto y luego le devolvió la mirada a Rafen. En los ojos del desgarrador de carne, casi siempre mortecinos y carentes de expresión, apareció un destello de rabia inmensa.

—Grabaré su nombre en una veintena de enemigos, y me parecerán pocos. Será un homenaje apropiado. —Ocupó su puesto y tiró de la escotilla—. Nos vemos en el infierno, ángel sangriento.

Rafen se quedó a solas en la cubierta y escuchó con atención el estruendo que lo rodeaba. El Neimos se liberaría en cualquier momento de los enganches y comenzaría la caída. Ocurriría en cualquier momento, y entonces sus vidas estarían en manos del destino. La misión estaría a merced de la misericordia de unos poderes mayores de los que los astartes podían invocar. Pensó por un momento en rezar de nuevo, quizá una letanía de protección antes de entrar en la cápsula, pero desechó la idea. Ya no hacía falta decir nada más. El Emperador los observaba, y Rafen lo sintió con toda claridad. Parpadeó, entró en la cápsula y aseguró la escotilla.

Cuando la compuerta estanca quedó sellada, cerró los ojos. Al hacerlo, no vio el ataque repentino que sufrió el servidor más cercano. El esclavo mecánico se estremeció y dejó escapar unos cuantos espumarajos por la boca. Las extremidades manipuladoras se abrieron y cerraron al mismo

tiempo que los indicadores de patrones de pensamiento brillaban con fuerza.

Un momento después, el espasmo mecánico cesó, y el ilota volvió a deberes rutinarios como si nada hubiera pasado.

J

El Arqueocohorte murió por fin del todo.

La lluvia de disparos de los cráneos artillados acribilló los fragmentos de la plataforma que descendían sin dejar de girar sobre sí mismos y los convirtieron en una lluvia de metal y de vidrio, de madera y de carne, de gas y de plasma. Los restos de la nave, que estaban esparcidos por la estratosfera en un diámetro de un millar de kilómetros, se abrieron paso a través de la noche de Dynikas V. La mayoría de los trozos de la nave del Mechanicus se consumieron en el fuego de la entrada a la atmósfera. Algunos sobrevivieron el tiempo suficiente como para llegar a las finas capas superiores de nubes de los niveles superiores de la atmósfera. Aquellos puños de hierro desgarrados, aquellas lanzas serradas, se esparcían por toda la inmensa superficie de los océanos de color naranja óxido. Algunos de esos pedazos tendrían el tamaño suficiente como para provocar gigantescas olas al impactar que se harían sentir en el otro extremo del planeta. Otros se hundirían con rapidez en las profundidades abisales de los mares de Dynikas V, y unos pocos se estrellarían contra las escasas islas y atolones de coral, y los océanos plúmbeos se encargarían de alzarse para llenar los enormes cráteres que dejarían al chocar.

El Neimos bajó girando sobre sí mismo hacia las aguas que lo esperaban. Descendió oculto en la tormenta de restos destrozados, y su

forma y su silueta se perdieron entre el fuego rugiente y el torbellino de la lluvia de escombros.

Al principio, el terrible calor de la entrada en la atmósfera castigó sin piedad la proa en forma de bala de la nave, y quemó en pocos segundos el recubrimiento de blindaje que protegía los bordes delanteros. Debajo del blindaje se encontraba el entramado de una tecnología de conducción de energía inventada veinte mil años antes y cuya naturaleza y funcionamiento exactos se habían perdido con el paso del tiempo. Aquel entramado trabajó para disminuir el intenso calor. Funcionaba absorbiendo la energía de la fricción para alimentar su propio funcionamiento, y reenviaba la energía de nuevo hacia su origen.

Unas capas invisibles de partículas ionizadas llamearon alrededor de la nave, aunque sólo eran visibles para los órganos de sentidos cibernéticos aumentados de la tripulación de esclavos mecanizados. Los estampidos sónicos resonaron una y otra vez en el lado nocturno de Dynikas V a medida que los restos que caían rompían la velocidad del sonido. El Neimos cayó tras el vértice de una de esas ondas de compresión dejando tras de sí una estela de fuego. Era una flecha de fuego más en mitad de un centenar de ellas.

Las señales que captaron los sensores activaron una serie de protocolos en los sistemas de control de la nave que hicieron que unos pequeños alerones de doble función surgieran del casco. Al mismo tiempo, de la popa del Neimos salieron unos grandes conos de color gris azulado fabricados con sinteseda irrompible que se llenaron de inmediato con una mezcla de los gases expelidos desde el núcleo de energía y de los propios de la atmósfera del planeta. Los amplios paracaídas trapezoidales se tensaron y proporcionaron a la nave una estabilidad momentánea. El Neimos continuó oculto bajo la cobertura que ofrecían los restos y comenzó a realizar una serie de virajes suaves y lentos mediante los pequeños alerones que había desplegado y que le permitieron maniobrar de un lado a otro para disminuir la velocidad terminal del descenso. Los sensores de los cráneos orbitales no habrían tardado más que unos pocos segundos en detectar la nave, puesto que los restos del Arqueocohorte ya no la ocultaban, pero lo único que

captaban en esos momentos era un campo de señales confusas y contradictorias. Descubrir al Neimos en mitad de aquel desorden habría sido tan difícil como encontrar una antorcha en un incendio.

Un instante después, se produjo el impacto.

Las agitadas aguas del océano subían y bajaban bajo el cielo iluminado por chorros de fuego, y de esa oscuridad iluminada por las llamas bajó el Neimos como si fuera un martillo lanzado por un dios de la guerra. Los campos de desplazamiento gravitatorio de activación instantánea, que se habían cargado con la potencia obtenida mediante la conversión del calor provocado por la fricción de la entrada en la atmósfera, rodearon por completo al sumergible en cuanto tocó la cresta de las olas. Un revestimiento invisible de energía surgió de la nave y desplazó la fuerza cinética para abrir un canal en el mar oscuro.

El sumergible aulló cuando atravesó una tormenta de tensión dinámica más poderosa que cualquier otra cosa que hubiera sufrido hasta ese momento, y la onda de choque de retorno desencadenó una tremenda descarga térmica que hizo hervir el agua aceitosa en un instante para convertirla en vapor abrasador.

Todo aquello transcurrió en apenas unos segundos, antes de que un trueno rugiente causado por el desplazamiento resonara con una fuerza tremenda mientras el Neimos desaparecía bajo la superficie. Los paracaídas de descenso se soltaron, y los alerones de guiado fueron eyectados tras quedar inservibles.

La nave se fue hundiendo en las profundidades mientras la lluvia de restos seguía cayendo alrededor del punto de impacto.

J

El hermano Ceris aprovechó el tibio silencio de la cápsula llena de líquido para tomarse aquellos breves momentos de tranquilidad como un descanso. Tan sólo necesitó un breve instante de concentración para adormecer sus sentidos sobrenaturales y aislarse del tremendo flujo y reflujo de las fuertes impresiones psíquicas que le llegaban de sus hermanos de batalla. Algunos de ellos sentían cierto temor, aunque jamás lo mostrarían de forma abierta. Otros, en cambio, se sentían furiosos, y todos estaban tensos por el ansia contenida de entrar en combate. La mezcla de colores emocionales le resultaba muy intensa. Los guerreros del Adeptus Astartes no eran conocidos precisamente por su temperamento tranquilo. Todos eran audaces y poderosos, y ese carácter conformaba todos y cada uno de los aspectos de su ser. Sin embargo, lo que hizo que el psíquico sonriera levemente fue darse cuenta de una verdad innegable: a pesar de las aparentes diferencias entre los nobles Ángeles Sangrientos y los feroces Desgarradores de Carne, en sus corazones y en sus mentes eran iguales. En su fuero interno, no se diferenciaban en absoluto.

Ceris sintió un breve instante de certidumbre absoluta: vencerían. Fabius Bilis moriría y salvarían la sangre sagrada. Lo sintió con tanta fuerza que casi le pareció una precognición, y cuando una voz en su interior le dijo que quizá únicamente se trataba de que sólo creía en lo que quería creer, la silenció. No se podían permitir el fracaso. Cumplirían la misión. Tenían que cumplirla. Regresar a Baal con las manos vacías sería la mayor vergüenza que Ceris era capaz de imaginar.

Se quedó flotando en los límites del sueño mientras la nave caía. Los golpes que se sentían en el casco le llegaban lejanos y difusos. Si la tripulación del Neimos la hubieran formado seres humanos, quizá habría percibido la neblina que produciría su ansiedad común, pero los servidores que ocupaban los puestos de los sistemas de control carecían de emoción alguna que percibir. Captó débilmente la muerte de dos de ellos cuando la fuerza de la caída dañó unos cuantos sistemas menores en varios compartimentos, aunque fallecieron con la misma facilidad con que se apagaría la llama de una vela.

La caída transcurrió con rapidez, o eso le pareció. La membrana ansus de la materia gris de su cerebro lo hizo caer en un estado semidurmiente durante un brevísimo período de tiempo. No se trataba del reposo absoluto del estado de animación suspendida, pero sí al menos del suficiente para que su cuerpo descansara con vistas al combate que se avecinaba. Unos instantes más tarde, con la misma rapidez con que había comenzado, se acabó, y sintió que el torpor pasajero se desvanecía.

Ceris se dio cuenta de que el fluido antichoque salía por los conductos de desagüe de la cápsula, y al cabo de unos instantes, la compuerta ovalada que tenía delante se alzó. Salió quitándose los trozos de gel que se le habían quedado pegados a la armadura, y luego permitió que un servidor lo limpiara del todo con un chorro de aire a presión. Los miembros del resto de la escuadra se estaban revisando los unos a los otros. Tan sólo se habían producido algunas heridas leves, unas cuantas contusiones y moratones producidos por la brusquedad del descenso. Gracias a la capacidad curativa potenciada que poseían, los daños mínimos que habían sufrido los marines espaciales quedarían subsanados en cuestión de pocas horas.

—¿Sigues entre los vivos, brujo? —Le preguntó Eigen mientras apartaba el fluido espeso que le cubría las láminas de la rejilla de respiración—. ¿Has disfrutado del viaje?

—Lo cierto es que he dormitado un poco —le contestó Ceris con total sinceridad.

Turcio soltó una risa seca.

—Debería haber pensado en eso. Un guerrero tiene que procurar descansar siempre que pueda.

Ceris asintió.

—Estoy seguro de que ninguno de nosotros encontrará tiempo para descansar a partir de ahora.

—Procuraré mantenerme despierto cuando el enemigo venga a por nosotros —le replicó Eigen.

El aura del desgarrador de carne mostraba irritación, y Ceris sospechó que Eigen había sufrido todos y cada uno de los segundos que había durado la caída desde la órbita.

Un destello en el límite de sus pensamientos le llamó la atención, y el psíquico miró hacia el otro lado de la cubierta, donde Noxx y Rafen estaban conversando. Uno de los servidores del puente de mando estaba al lado de los sargentos, y de la boca le salía una tira de papel llena de datos.

—Puede que ese momento esté más cerca de lo que te imaginas —le contestó Ceris al captar la tensión que emanaba del lenguaje corporal de ambos sargentos.

Sin esperar a que Eigen tuviera ocasión de contestarle, el psíquico le dio la espalda y se alejó en dirección a su comandante.

Rafen tenía en la mano el extremo de la cinta de datos y la estudiaba con detenimiento.

—¿No hay margen de error?

—Ninguno —le contestó con voz repiqueteante el servidor.

—¿Tan pronto? —Exclamó Noxx con el ceño fruncido—. ¡Dime que no hemos perdido todavía la ventaja del elemento sorpresa!

—Creo que no —le respondió Rafen—. Ya nos estarían disparando si fuera así —el sargento miró a Ceris—. Codiciario, ¿nos han descubierto con sus poderes brujos?

El psíquico hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, mi señor. Yo habría captado ese tipo de energía.

—Hay varias naves de superficie en esta zona —le dijo Noxx a modo de explicación a la vez que alzaba la voz para que todos los astartes lo oyeran —. Varias barcazas y un cúter rápido, si no nos equivocamos con el sonido. Están demasiado cerca como para que nos sintamos tranquilos.

La última de las cápsulas de descenso se abrió con un sonido gorgoteante y una figura desaliñada salió tambaleándose para luego desplomarse en el suelo. El logis Beslian emitió una tos metálica y varios chorros de líquido surgieron de las rejillas de respiración que ocultaba la túnica empapada. Soltó un gemido húmedo que hizo que el clérigo Gast se acercara a él, pero los demás marines espaciales hicieron caso omiso de los problemas del adepto.

—Pero si acabamos de llegar al planeta —dijo Ajir con voz crispada—. ¿Cómo es posible que esos esbirros del Caos sepan ya que estamos aquí?

—Seguramente ya estaban por aquí —apuntó Turcio—. Quizá se trata de una patrulla.

—¿En el extremo del planeta más alejado de la fortaleza de Bilis? —Ajir negó con la cabeza—. ¿Qué se les había perdido por aquí?

Turcio hizo caso omiso del tono hiriente en la voz del otro ángel sangriento.

—Todavía hay mucho que no sabemos de lo que ha hecho el traidor en este planeta.

Rafen asintió.

—Fabius es muy astuto. Ha enviado estas naves a investigar los restos caídos… Es probable que esté intentando recuperar todo lo que pueda, ya que conoce muy bien el valor de lo que albergaba el Arqueocohorte.

—Entonces, ¿los atacamos? —preguntó Sove.

—Aplaca tu impaciencia, desgarrador de carne —le dijo Kayne al mismo tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho y miraba fijamente al otro astartes—. Si hacemos eso, perderemos la única ventaja que tenemos.

—¿Es que prefieres esconderte entre las sombras? —le replicó Sove al mismo tiempo que daba un paso hacia el joven astartes.

—Ya basta —gruñó Noxx—. Habrá sangre más que suficiente para saciarnos a todos cuando comience la batalla, pero hasta ese momento, debemos contenemos. —Miró con ferocidad a Sove—. ¿Está claro?

El desgarrador de carne asintió de inmediato.

—Está claro, hermano sargento.

Ceris contempló la conversación y luego carraspeó.

—Con el debido respeto, debo indicar que existe una tercera opción. Ni atacar ni quedarnos escondidos.

Rafen lo miró fijamente.

—Sigue.

—Estamos en la guarida del enemigo, pero tal y como ha indicado el hermano Turcio, tan sólo nuestra inteligencia y nuestro coraje nos guían. Deberíamos hacer acopio de fuerzas y aprender todo lo que podamos sobre estas naves y la gente de Fabius que las tripula.

—Buena idea —comentó Puluo—. Pero somos astartes, no espías.

Eigen asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Nos crearon para atacar, no para observar.

—Es cierto —admitió Rafen—. Pero algunos de los que van a bordo sí que fueron creados para algo así.

Observó con detenimiento a Beslian mientras el adepto se ponía en pie sin dejar de tambalearse.

El adepto sacerdote del Mechanicus tosió con fuerza y luego torció el gesto al ver el estado lastimoso en el que se encontraba antes de percatarse de que todos los marines espaciales de la estancia lo estaban mirando fijamente. Se encogió sobre sí mismo como si lo hubieran golpeado y se apartó de Gast.

—Oh, no —gimió—. ¿Qué quieren ahora de mí? ¿Es que no me han arrebatado ya bastante?

—Nuestro deber hacia el Trono Dorado jamás termina, adepto —le respondió Gast.

J

El Neimos había sobrevivido a la caída desde el espacio sin sufrir más que unos pequeños daños, y los marines espaciales intercambiaron una serie de miradas incrédulas. Rafen tuvo la certeza de que Gast y Eigen habían apostado a que se produciría alguna clase de problema catastrófico, y el sargento frunció el entrecejo ante la idea de que se pudiera apostar sobre algo que quizá hubiera podido matarlos a todos. No lograba comprender qué clase de extraño humor era aquél.

Le ordenó a Beslian que ascendieran, y el adepto transmitió las órdenes a los servidores para que llevaran el sumergible hasta la profundidad de sensor y se quedaran flotando bajo la superficie. Al principio, el

tecnosacerdote se mostró reacio a obedecer y citó las numerosas razones por las que sería peligroso que la nave ascendiera. Sin embargo, una combinación de las amenazas nada veladas de Noxx y unas cuantas alabanzas por parte de Rafen hizo que el adepto cambiara de idea.

Una vez cerca de la superficie, soltaron una cápsula de exploración unida por cable al sumergible que la nave llevaba bajo una cubierta de la torreta dorsal. El revestimiento de la cápsula se componía de una serie de materiales de baja visibilidad y resistentes a la detección. El artefacto subió con lentitud hasta romper la superficie azotada por las olas turbulentas.

Allí arriba, bajo la iluminada noche de Dynikas Y, las galernas incesantes fustigaban incansables el océano y arrancaban jirones de espuma de las crestas de las olas. Las aguas pesadas y cargadas de óxido se agitaban y batían mientras todavía se podían oír los impactos de los restos del Arqueocohorte. Las diversas partes que aún quedaban de la plataforma del Mechanicus seguirían cayendo todavía a lo largo de bastantes horas. Las distorsiones atmosféricas y los impactos hacían que fuera difícil captar señales en condiciones. Sin embargo, aquel problema también era una ventaja para ellos. Del mismo modo que Neimos era incapaz de determinar con claridad la composición y la situación exactas de la lejana flotilla enemiga, ésta tampoco sería capaz de detectar con claridad al submarino. En la superficie agitada del océano flotaba una capa de restos poco pesados, y el Neimos se adentró en la sombra que formaban.

Rafen se encontraba al lado de Noxx y de Ceris en el puente de mando estudiando la compleja escena que formaban las señales que captaban los sensores. El resto de los marines espaciales se encontraban fuera del lugar, en una bodega de carga que los servidores habían convertido en una sala de armas, donde estaban preparando todo su equipo de combate. Beslian se inclinó para observar con atención una de las pantallas pictográficas.

—Creo que ya he encontrado un objetivo. —Dio unos golpecitos en el panel con un servobrazo—. Aquí. Conozco la plantilla de construcción estándar de esta barcaza. Es un mercante de tránsito oceánico kappa-rho-seis, del tipo Lapidas.

Rafen vio una pictografía granulosa dibujada mediante las líneas brillantes de un pincel de esquemas. El casco de la nave de gran tamaño estaba bastante hundido, y su silueta básica estaba modificada por una serie de estructuras alargadas que se habían añadido y que se parecían a los torreones de un castillo.

—Quizá sean emplazamientos de armas que han montado una vez en el planeta —sugirió Noxx, y el ángel sangriento descubrió que habían pensado lo mismo.

—Sí, pero esto… —Rafen señaló las rejillas de una antena cristalina de aspecto peculiar y una esfera bulbosa llena de agujeros—. ¿Para qué sirven esas estructuras?

Beslian no intentó contestar a esa pregunta, y continuó con su informe para cambiar de tema.

—Los archivos indican que la flota exploradora que enviaron a este planeta incluía numerosas naves oceánicas que debían establecer una serie de asentamientos de recolección alimentaria. Esta nave parece ser una de ellas.

—Lo más probable es que Fabius haya recuperado y arreglado todo aquello que el ataque tiránido no destruyó por completo —comentó Noxx—. El uso más eficiente de los materiales de que dispone. Este planeta se encuentra muy lejos de cualquier eje comercial convencional o de una ruta de la disformidad. Sin duda, al traidor debe de haberle costado mucho traer grandes cantidades de material pesado.

—Utiliza todo lo que tiene a mano —dijo Rafen mostrándose de acuerdo—. Lo más seguro es que su fortaleza sea una instalación que la colonia dejó atrás y que ha reforzado. Eso podría ser algo que tendríamos a nuestro favor. —El ángel sangriento dejó a un lado esa idea para estudiarla en el futuro.

Noxx entrecerró sus ojos de expresión muerta y señaló con un gesto una de las transmisiones secundarias de datos. Se trataba de una pantalla de barrido, de color verde sobre verde, y cada vez que el haz de luz cruzaba el monitor aparecían unos puntos luminiscentes que se desvanecían un instante después.

—Eso no es la flotilla —declaró el sargento desgarrador de carne.

Beslian se removió en un gesto de intranquilidad.

—No lo es. Son señales… biológicas.

Rafen inspiró profundamente. La ecosfera de Dynikas V había perdido todas las formas de vida nativas del planeta, lo que significaba que cualquier criatura viva con la que se encontraran y que no estuviera relacionada con los planes de Bilis sólo podía tener un origen.

—¿Son tiránidos? ¿No te pareció importante comunicarnos su cercanía?

El adepto se encogió sobre sí mismo, como si temiera que lo golpeara por su error.

—No son una amenaza… Todavía no, mi señor. Se encuentran demasiado lejos.

Noxx hizo un gesto de asentimiento.

—Están más cerca de las naves de Bilis. Si se decidieran a atacar, lo harían antes contra ellas que contra nosotros.

—No, no lo harán —replicó Ceris. El codiciario no había apartado la mirada de la pantalla pictográfica y se había fijado con mucha atención en las construcciones tan peculiares que Rafen había señalado—. No ven la flotilla. Los alienígenas no se percatan de su presencia.

—¿Cómo es eso posible? —Preguntó Noxx con el ceño fruncido al mismo tiempo que señalaba el barrido de la pantalla—. Esos cabrones escamosos están tan cerca que sólo les haría falta asomar la cabeza para escupir a la tripulación.

Ceris negó con la cabeza.

—Pasarán de largo.

Rafen se quedó mirando el avance de las señales en la pantalla. Las manchas luminosas que representaban al grupo de alienígenas pasaban en esos momentos cerca de las barcazas, que habían apagado los motores y flotaban a la deriva.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Noxx al psíquico.

—Porque veo las naves… —empezó a decir, y luego se dio unos golpecitos en el capuchón psíquico—. Pero no las veo aquí.

—¿Esas antenas?

Ceris asintió.

—Quizá se trata de un amortiguador psíquico. Cuando intento leer las mentes de la gente que está a bordo de esas naves no capto nada, no hay nada más que una pared de ruido blanco.

—Los tiránidos son animales, no son ciegos —insistió Noxx—. Tiene que haber algo más aparte de eso.

—Tiene razón —le confirmó Beslian mientras le daba la espalda a un cogitador que no dejaba de chasquear—. La cápsula sensora no ha dejado de tomar muestras de la atmósfera del planeta para determinar los protocolos de riesgo biológico. —Sostuvo en alto un fajo de pergamino impreso—. Estas lecturas indican la presencia de una gran cantidad de una feromona tiránida concreta en el aire. Varias partes por millón, que es mucho más de lo que cabría esperar.

—¿Son esporas?

Rafen frunció los labios en un gesto de asco al decirlo. Ya había sido testigo de lo que eran capaces de hacer las esporas alienígenas en la carne humana, y se había sentido repugnado por su virulencia nauseabunda.

—Negativo —le respondió el adepto—. Todavía tengo que cruzar varias referencias para confirmarlo y estar seguro, pero por lo que parece, hay una prevalencia de feromonas indicadoras de muerte.

El tecnosacerdote lo explicó con rapidez. En las colmenas tiránidas, lo mismo que ocurría en las sociedades comunales de insectos, la información se transmitía a través de marcadores de olor a base de feromonas. De ese modo, algo que era venenoso se marcaba como «no comida», algo que se podía devorar para luego verter en las cisternas de conversión se marcaba como «consumible», y si uno de los miembros de la colmena moría, su cadáver excretaba una feromona que lo clasificaba como «muerto» algo que atraía a los miembros apropiados de la colmena para que lo recuperaran y reciclaran la materia orgánica.

Al entrar en contacto con aquellos marcadores de olor, las criaturas guerreras se limitarían a hacer caso omiso de algo que sus cerebros primitivos consideraban muerto, siempre que se mantuviera inerte y no hiciera nada que contradijera esa suposición. Esa clase de subterfugio no

funcionaría con los tiránidos de órdenes más elevados, aquellos que poseían una capacidad de razonamiento inteligente que se acercaba a la de un ser humano. Sin embargo, en Dynikas V no había rastros aparentes de la existencia de clados de niveles superiores, como los tiránidos de enjambre o las reinas fornas, tan sólo la de formas guerreras adaptadas al medio ambiente oceánico del planeta.

—La antena con forma de bulbo de la barcaza —dijo Beslian con voz pensativa al mismo tiempo que asentía para sí mismo— es un mecanismo de dispersión de esas feromonas.

—La fortaleza de Bilis debe disponer de la misma tecnología —dijo Rafen—. Los tiránidos no la atacan porque no captan su presencia.

Noxx señaló con un gesto de la barbilla la pantalla.

—Pero sí que nos captan a nosotros. ¿Lo veis?

El grupo de alienígenas había cambiado de rumbo y se dirigía hacia las coordenadas donde se encontraba el Neimos oculto entre los restos flotantes.

Rafen miró a Beslian, y vio que la poca carne que le quedaba en la cara al adepto palidecía. Al instante siguiente, Beslian se movió como un resorte hacia la consola de mando.

—¡Tenemos que huir! —gimió con voz aflautada—. ¡Poned en marcha los motores! ¡Preparados para máxima velocidad…!

—¡Anula esa orden! —Lo cortó Rafen—. El chorro de las toberas aparecerá en los sensores de las barcazas. Atraerás su atención con toda seguridad, lo mismo que si encendieras una bengala de magnesio.

—Pero esas criaturas… —dijo el adepto, que se controló con un visible esfuerzo de voluntad.

—Nos atacarán si nos quedamos cerca de la superficie —le respondió Ceris.

—Son tiránidos —bufó Noxx—. Nos atacarán allá donde estemos.

—¡Pero no disponemos de la ventaja de los artefactos protectores de Bilis! ¡No podemos quedarnos quietos sin más y rezar para que nos dejen tranquilos! —Beslian entrecruzó los dedos metálicos—. ¡Si el Neimos no puede correr para dejarlos atrás, tampoco podemos quedarnos aquí a luchar!

Rafen miró a Ceris.

—Siempre hay una tercera elección. —Se acercó a los servidores y empezó a darles órdenes—. Haced volver la cápsula y que la nave se sumerja. Mantened apagados los motores. Llenad los tanques de lastre y bajemos a las profundidades.

—Eso no impedirá que vengan a por nosotros —le dijo Noxx.

El ángel sangriento asintió.

—Lo sé, pero a cuanta mayor profundidad estemos, menos probabilidades habrá de que el enemigo nos detecte si entramos en combate.

El otro sargento negó con la cabeza.

—Nos estás poniendo en peligro a todos.

Rafen soltó una carcajada al oír aquello.

—¡Por supuesto que sí! ¡Pero correr peligro forma parte de nuestra vida! —Miró amenazadoramente a Beslian—. Cumple ahora mismo las órdenes que te he dado.

El adepto hizo un tembloroso gesto afirmativo con la cabeza y comenzó a hablar en código máquina. Los servidores chasquearon y se pusieron manos a la obra con movimientos espasmódicos para manipular los mandos de las consolas de control.

—¿Y qué órdenes tenéis para nosotros? —le preguntó Ceris con el ceño fruncido.

—Alerta a la escuadra. La orden… es que estén preparados para repeler el abordaje de los atacantes.

J

Los cazadores depredadores tenían ojos, pero se trataba de unos órganos apenas funcionales, unos orbes vestigiales que tan sólo eran capaces de penetrar una escasa distancia en aquella penumbra oleaginosa. En vez de eso, decidían qué camino seguir en los océanos de Dynikas V a través del entramado de nervios electrorreceptores que poseían en el cráneo y los apéndices sensitivos semejantes a bigotes que les rodeaban la boca sin labios y llenas de dientes afilados. Captaban hacia dónde debían seguir en mitad de las espesas aguas mediante el gusto y el olfato, y siguiendo las vibraciones sónicas que les dibujaban un paisaje de sonidos y tonos.

En el pasado, cuando la colmena había depositado por primera vez a los de su especie en aquel planeta, habían sido algo parecido al género de tiránidos que los humanos llamaban líctores. Sin embargo, un ciclo evolutivo depredador y una fisiología basada en un ADN de ocho hélices infinitamente maleable los había modificado para que se adaptaran al nuevo entorno en el que se encontraban. Esos líctores apenas se parecían a sus parientes más comunes. Las nuevas criaturas eran más esbeltas y tenían la piel cubierta de microespinas. Las garras de las extremidades se habían aplanado y servían también como timones de dirección cuando avanzaban, algo que hacían gracias a unas poderosas extremidades inferiores que pataleaban con fuerza para impulsarlos hacia adelante.

Sus mentes animales reaccionaron ante el objeto que habían sentido delante de ellos. La masa metálica se hundía en la negrura. Las señales de respuesta que captaban mediante los gruñidos sónicos eran confusas y desiguales. Los líctores se sintieron furiosos. No captaban marcadores olfativos en el agua, no había nada que los advirtiera de la presencia de algo que quizá formaba parte de su especie. El objeto les resultaba completamente desconocido. Emitía el sabor de otros planetas, y una tibieza que no encajaba en absoluto en aquellos mares fríos.

Se acercaron y redujeron la velocidad para igualar la del objeto. Luego, los tiránidos sacaron las garras del interior de sus extremidades y comenzaron a rasgar el casco del Neimos en busca de un punto al que agarrarse de un punto de entrada.

Kayne metió un dedo en el aceite de ungimiento y humedeció con la punta el cañón del bólter mientras el hermano sargento Rafen hablaba.

—Cuidado con los disparos —les advirtió—. Sólo fuego semiautomático. Armas de combate cuerpo a cuerpo. Cualquier daño colateral podría provocar que esta nave se, convirtiera en nuestra tumba, así que sed prudentes.

El comandante de la fuerza empuñaba el rifle de plasma, con el sistema ajustado para que disparara el rayo de menor potencia.

Kayne miró a su alrededor. Seguía sin tener claro por qué el hermano sargento los había reunido en aquella cámara. Se trataba de un hangar con el suelo inclinado que se extendía a lo largo de la superficie ventral del submarino, cerca de la popa, pero todavía lejos de los planos de dirección. La cubierta desaparecía en un ángulo bastante inclinado, y una balconada con el suelo de rejilla metálica la rodeaba a la altura de la cubierta principal. Recordaba a la rampa de desembarco de una Thunderhawk, aunque mucho más amplia.

El suelo de la cubierta del Neimos retembló cuando algo impactó contra el casco en el lado de babor, lo que llamó la atención de todos. Kayne oyó otro sonido pocos segundos más tarde. Fue un chirrido agudo, semejante al de las hojas de unas armas de combate cuerpo a cuerpo al chocar entre sí.

El desgarrador de carne que estaba al lado de Kayne, el que se llamaba Sove, inclinó la cabeza hacia un lado y soltó un bufido.

—Garras —dijo con voz sombría al mismo tiempo que colocaba la mano en forma de garra para mostrar lo que decía.

—Para ellos, en este ataúd de hierro no somos más que carne enlatada —musitó Ajir—. Estarán hartos de su dieta de traidores y de comerse los unos a los otros… Estarán ansiosos por probar algo nuevo.

—Los alienígenas no encontrarán aquí más que la muerte —le replicó Eigen.

Rafen se volvió hacia Puluo, que se encontraba al lado de un podio de control.

—Inúndalo —le ordenó.

Puluo asintió con gesto grave y pulsó uno de los mandos. De inmediato, el nivel inferior comenzó a llenarse de agua espesa procedente del mar. El suelo inclinado desapareció bajo ellos, y Kayne se dio cuenta en ese momento de que no se había equivocado. La cubierta situada bajo la pasarela estaba construida de una sola pieza, y era una gigantesca rampa de desembarco anclada en uno de los lados. Se fijó en que por encima de ellos había una serie de cápsulas de aspecto robusto y equipadas con hélices y alerones que se encontraban aseguradas en unas rampas de lanzamiento. Se imaginó que serían alguna clase de naves auxiliares que se podrían colocar sobre la rampa para luego salir del submarino. En ese mismo momento se le ocurrió una idea muy desagradable.

—¿Vamos a salir ahí fuera?

—Todavía no —le respondió Rafen con una sonrisa que mostraba ferocidad—. Recuerda tus estudios sobre táctica, hermano. Escoge tú el campo de batalla para que el enemigo no pueda hacerlo por ti.

—Ahí fuera estamos en desventaja —añadió Puluo—. Necesitaríamos cables de seguridad, magnetos en las botas…

—¿Quieres que esas criaturas entren aquí? —le preguntó Noxx en voz baja.

—Así es —le confirmó Rafen con un gesto de asentimiento—. Acabaremos con ellas y seguiremos con la misión —le explicó mientras se quitaba el guantelete.

—Oye, ángel sangriento, ¿es que te diste un golpe en la cabeza durante el descenso desde la órbita? ¡Eso no es un plan arriesgado, es una locura!

—Los tiránidos acabarán abriéndose paso con las garras hasta el interior de la nave si no los detenemos. Es mejor que nos enfrentemos a ellos cara a cara, en nuestras condiciones, que dejar que abran un agujero en el Neimos. —Rafen guardó el guantelete y desenvainó el cuchillo de combate. Miró a los demás marines espaciales—. Empuñad las armas. Preparaos para enfrentaros al enemigo.

Kayne se dirigió hacia un contenedor de carga mientras calculaba las líneas de tiro de las que dispondría desde aquella cobertura parcial, pero el sargento de los desgarradores de carne habló de nuevo:

—¡Quietos! —exclamó Noxx alzando una mano hacia los demás astartes.

—¿Has dado una contraorden? ¿No aceptaste cumplir las órdenes que di?

—Te dije que te obedecería «de momento».

—¿Te refieres hasta el momento en el que no te gustara una de mis órdenes? —Le preguntó Rafen mientras cerraba la mano alrededor del filo del cuchillo de combate hasta sangrar—. Ya discutiré contigo este asunto del motín, primo, pero será más tarde. —Bajó por la rampa hasta que el agua oscura y espesa golpeteó contra las grebas de su armadura—. Antes tenemos que ocuparnos de los alienígenas.

Kayne vio cómo Rafen abría la mano y la volvía a cerrar. Del corte poco profundo cayeron unos goterones al agua.

—Preparaos. Ahora sí que vendrán a por nosotros —avisó el sargento.

Noxx emitió un gruñido desde lo profundo de la garganta y lanzó una mirada penetrante a sus desgarradores de carne. De inmediato, los guerreros de armadura roja y negra se aprestaron para el combate.

Ceris, que estaba cerca de Rafen, empuñó la maza de energía y apuntó con ella hacia la parte más profunda del hangar va inundado.

—¡Allí!

Kayne distinguió un movimiento en las aguas turbias, unas formas que se movían de forma ágil y veloz, y que cambiaban como el humo. Una vez oyó que algunos depredadores marinos eran capaces de captar mediante el olfato una sola gota de sangre humana en el agua desde más de un kilómetro de distancia. Si eso era cierto, supuso que los tiránidos que rodeaban al Neimos no habían podido resistirse a la atracción que suponía la sangre de Rafen.

De repente, la superficie se agitó con fuerza y unas formas negras como la noche surgieron de un modo explosivo del agua.

Kayne abrió fuego aunque apenas distinguía la silueta de su objetivo, que era poco más que un borrón. Captó un torso, las curvas de unas garras y unas aletas afiladas y chasque antes. Su bólter vomitó una andanada de proyectiles y le llegó una oleada de olores penetrantes: sal, óxido viejo, el

hedor a pescado podrido y a algo repugnante y levemente ácido. El marine torció el gesto en una mueca de asco. Aquellas criaturas eran capaces de exudar un rastro químico que, si no lo impedían, atraería a todos los tiránidos que se encontraran en varios centenares de kilómetros a la redonda.

Una lanza brillante de plasma rugió al cruzar el aire e impactó en uno de los tiránidos, que salió despedido de vuelta al agua, donde una ráfaga de proyectiles de bólter le acribilló el torso.

—¡Líctores! —Exclamó Sove sin dejar de disparar desde su posición detrás de un gran rollo de cable—. Pero son diferentes… Como los selacimorfos de Cretacia…

—Se han adaptado —le contestó Kayne entre dientes—. ¡Han matado a los mayores depredadores de Dynikas y se han convertido en la cima de la cadena alimenticia!

Del agua habían surgido cinco criaturas. Una de ellas ya estaba caída en el suelo, donde se estremecía mientras agonizaba. Las demás lanzaron un chillido tan agudo que Kayne tuvo la sensación de que le estaban clavando unas agujas en el cerebro.

—¡Ni uno con vida! —Gritó Rafen encabezando el ataque con el rifle de plasma en las manos—. ¡Matadlos con rapidez, antes de que puedan llamar a más de su especie!

Ceris salió de un salto de su cobertura y atacó con valentía a uno de los híbridos de líctor y tiburón. Blandió la maza de energía en un golpe de arriba abajo que formó un arco de luz blanca. Cuando el arma impactó en la bestia, el psíquico proyectó una descarga de poder telepático durante el breve instante de contacto, y el tiránido chilló de nuevo, pero esta vez por el dolor agónico que lo sacudió. Kayne se volvió y apunto a través de la mira de hierro de su bólter mientras calculaba en una fracción de segundo dónde debía colocar el disparo. Abrió fuego contra el racimo de pedúnculos de carne con aspecto de podrido que la bestia llevaba en el cuello, y acertó de lleno. Los tentáculos alimentadores del líctor se agitaron con fuerza en el aire y la bestia vomitó una bocanada de sangre.

El psíquico aulló un grito de guerra y golpeó una y otra vez al alienígena con la maza, y las descargas de energía psíquica reventaron el duro exoesqueleto óseo del alienígena.

Una abrasadora oleada de aire quemado producida por un disparo de plasma pasó cerca de Kayne mientras éste disparaba otras dos veces al objetivo de Ceris para asegurarse de que estuviera muerto. Una nueva serie de chillidos alienígenas le llamaron la atención cuando un segundo tiránido se desplomó en el agua mientras una garra inmensa con forma de guadaña se agrietaba y se fundía como la cera de una vela. Al hermano Puluo lo rodeaba el repiqueteo de los casquillos de los proyectiles que disparó en una ráfaga incesante que le acribilló el torso al alienígena.

Kayne notó cómo dejaba los colmillos al descubierto de forma involuntaria, y sintió el rugido de la sangre en los oídos. Sintió en la boca el sabor dulce y poderoso de la batalla.

Ajir se vio sorprendido por el golpe de revés de la cola de otro de los líctores y cayó derribado al suelo, para luego rodar hasta el agua poco profunda, donde se hundió con un grito enfurecido. Gast y Eigen acribillaron la cara de la bestia que lo había derribado mientras Ajir subía chapoteando velozmente por la rampa para unirse de nuevo al combate. Noxx se había trabado en combate cuerpo a cuerpo blandiendo su espada sierra, con la que abrió grandes tajos en la armadura pectoral de la bestia. Un espasmo muscular recorrió el cuerpo del líctor, quien lanzó una serie de ganchos orgánicos contra el sargento. Noxx detuvo el ataque y atrapó con los dientes de la espada sierra los filamentos tendinosos que remataban las garras, arrancándolos con un rugido de las cuchillas del arma. Turcio apoyó al desgarrador de carne con su arma, y su brazo biónico absorbió todo el retroceso del arma cuando disparó con una mano contra las piernas del tiránido. Noxx se vio empujado hacia el suelo, pero soltó un gruñido feroz y clavó la espada sierra en blando vientre del líctor. Luego apoyó todo su peso en el arma chirriante para que penetrara hasta los órganos vitales de su oponente.

«Uno más». Kayne se dio la vuelta en redondo al oír que Rafen gritaba su nombre para avisarlo. Se agachó y un chorro de aire le pasó por encima

cuando una garra gigantesca con forma de media luna acuchilló el espacio donde él había estado un momento antes. Si hubiera tardado medio segundo en agacharse, aquel golpe le habría arrancado la cabeza. Siguió dándose la vuelta y disparó dos veces con el bólter apuntando bajo. Kayne oyó el crujido característico de los proyectiles explosivos al impactar contra las placas quitinosas del torso de la criatura. El líctor se encorvó debido al dolor, pero no detuvo su ataque.

Una extremidad con forma de aleta, completamente cubierta de dientes serrados, chirrió al rozar la cubierta mientras cruzaba el aire en su dirección como si fuera un látigo chasqueante, dejando a su paso goterones de un fluido pegajoso. Kayne disparó de nuevo, porque ya no tenía adónde retirarse. Inmerso en el torbellino del combate, se había visto obligado a retroceder hasta una esquina formada por unos contenedores de carga y la pared del otro extremo. Las garras se abrieron de par en par con un siseo húmedo…, y ese preciso instante, el líctor-tiburón retrocedió tambaleándose y aullando de dolor. Un halo de humo provocado por un disparo de plasma le envolvía la espalda, y se volvió enfurecido hasta el paroxismo. Kayne vio que Sove saltaba sobre el monstruo para darle el tiro de gracia con un disparo a quemarropa, pero el alienígena lanzó un golpe con una de sus extremidades y bloqueó el salto al mismo tiempo que le arrebataba el arma de las manos. El desgarrador de carne no se amilanó y continuó con el ataque. Un cuchillo de enorme hoja, un triángulo de acero pulido y filos fractales, surgió velozmente de una funda que Sove llevaba incorporada al avambrazo de la armadura. El marine espacial apoyó el golpe con todo el cuerpo y clavó la afilada punta del arma en un punto situado entre dos de las gruesas costillas de la bestia. Empujó hasta hundirla hasta la empuñadura y luego retorció la hoja para abrir más todavía la herida.

Kayne disparó contra la criatura y fue vagamente consciente de los disparos que llegaban desde otros puntos de la estancia. Los marines procuraron disparar sólo contra las extremidades del tiránido por temor a herir a su camarada.

El lictor aulló de nuevo y lanzó otro golpe. Kayne pudo presenciar en primera línea el ataque en toda su sangrienta expresión: cómo la bestia se

desgarró a sí misma para arrancar la hoja afilada que tenía clavada en las entrañas; cómo el arma de Sove, junto a la mano y al brazo derechos, era arrancada de cuajo y lanzada a un lado envuelta en un chorro de sangre; cómo el desgarrador de carne, con el hombro convertido en un surtidor de fluidos rojos, era apartado por el golpe de una aleta rematada por garras como si ya no tuviera importancia.

Sove salió despedido contra un grupo de bidones de almacenaje y desapareció entre ellos. El último de los lictores, con la sangre negra saliéndole a chorros del abdomen desgarrado, se convirtió en el centro de una lluvia de disparos de bólter y de rayos de plasma. Los aullidos agónicos de la bestia reverberaron contra las paredes de la estancia antes de apagarse y quedar reducidos al siseo cada vez más débil de los fluidos al evaporarse.

Rafen se acercó al cadáver y lo lanzó de una patada a la sección inundada del hangar. El humo de la carne achicharrada y de la cordita quemada que flotaba en el aire lo envolvió. Tenía la cara arañada y ensangrentada.

—Tirad esto al océano. Que sus parientes devoren los cadáveres.

Kayne se dirigió hacia el montón de barriles contenedores donde había aterrizado Sove, pero Noxx ya estaba allí, con el clérigo apotecario Gast pegado a él. El sargento apartó con gestos salvajes los restos y arrastró al herido hasta colocarlo sobre la cubierta principal. Sove había perdido el casco al estrellarse contra el suelo, y su rostro barbado se veía pálido.

—¿Está…? —empezó a preguntar Rafen.

—Vivo —le replicó Noxx con voz cortante e irritada. El desgarrador de carne pareció a punto de decir algo más, pero se contuvo—. De momento —se limitó a añadir.

Antes de que el comandante de Kayne tuviera tiempo de hablar, Noxx le dio unas cuantas órdenes con voz seca a Gast, y el clérigo se llevó a Sove hacia las cubiertas superiores del Neimos.

Tras un largo instante, Kayne vio cómo Rafen ponía el seguro al rifle de plasma y se quedaba contemplando las manchas de fluidos negros en el agua de mar estancada.

—Hemos consagrado este planeta con nuestra sangre y con la de nuestros enemigos —dijo al aire con la mirada perdida en el vacío—. Y si tenemos que hacerlo, llenaremos los mares con sus muertos.

J

Arriba, en la superficie, el mundo siguió girando hacía el débil brillo de un amanecer inminente. La luz cruzó las crestas de las olas y las convirtió en plata bruñida.

Sin embargo, abajo, donde jamás llegaba la luz del sol, el Neimos siguió descendiendo hacia la negrura eterna de las profundidades abisales. Los cadáveres de los alienígenas giraron y giraron en la estela que dejaba la nave tras de sí como una muestra muda de la furia de los astartes. Un enjambre de devoradores descubrió los restos y se detuvo durante unos instantes determinando si debía acercarse a aquel festín, pero sus miembros se mantuvieron a distancia, ya que el instinto primigenio de aquellas formas de vida tiránidas les advirtió de la presencia de algo de un tamaño mucho mayor, y más mortífero, que flotaba cerca de allí. Eta algo que estaba observando, que estaba calculando sus fuerzas frente a aquel nuevo intruso en el interior de su reino.

Allí abajo, donde jamás llegaba la luz del sol, una masa oscura y sinuosa siguió al Neimos hacia las profundidades.



SIETE

Goel Beslian caminó con cuidado, escuchando.

En la cubierta de la quilla, en la sección inferior de los compartimentos de los impulsores del Neimos, el sonido de los motores era una rapsodia compuesta por el zumbido de las máquinas. Los mecanismos ajustados con precisión, los engranajes, las transmisiones y los pistones encajaban entre sí ejecutando de un modo impecable sus funciones. Y lo que era más increíble: lo seguían haciendo a la perfección a pesar de la antigüedad que tenía el sistema. Los impulsores del submarino estaban basados en una filosofía de diseño que databa de una época muy anterior al momento en que la humanidad abandonó su planeta natal, la sagrada Terra, aunque al igual que algunos miembros del Adeptus Mechanicus, Beslian estaba convencido en secreto de que, en realidad, la humanidad tuvo sus orígenes en Marte, y partió hacia el planeta vecino antes de los tiempos en los que el Emperador inició su elevación, y no al revés, como insistía la mayoría de los eruditos. Marte siempre había sido la sede del genio, la cuna de las mayores mentes brillantes de la humanidad.

En un momento distinto, en un lugar diferente, Beslian quizá se habría detenido para disfrutar de la belleza de aquella maquinaria y maravillarse

ante sus mecanismos, pero hasta eso le era negado. Por mucho que quisiera que el sonido y el poder de las máquinas lo tranquilizaran, en realidad tan sólo conseguían acelerar más todavía sus mecanismos cerebrales hasta casi hacerlos chirriar. Era incapaz de encontrar respiro alguno.

Se detuvo finalmente en la cámara de control del reactor. Hizo caso omiso del trío de servidores que se afanaban en silencio en sus respectivas consolas y estudió la serie de luces indicadoras que se encontraban en el atril que monitorizaba el funcionamiento del núcleo. Todo iba bien, de momento. Sus ojos artificiales zumbaron y perdieron el foco cuando se sumió en sus propios pensamientos.

Goel Beshian tenía miedo, mucho miedo, y ese temor era tan intenso que se imaginó que sería parecido al hedor de lubricante quemado después de demasiados usos, un olor que lo seguía allá donde fuese. Estaba convencido de que aquellos astartes bestiales eran capaces de oler el terror que lo embargaba. Eran muy semejantes a los animales depredadores. Lo sentían cada vez que estaban cerca de él.

Bajó la mirada a los manipuladores metálicos en que se habían convertido sus manos. Eran una obra excelente, cortados con láser y pulidos por los esclavos de la forja. Eran mecanismos construidos con metal, cables y cerámica, mucho más hábiles y capacitados de lo que jamás podría llegar a ser su contrapartida, los dedos de un ser humano normal… pero a pesar de eso, le temblaban. Había intentado en muchas ocasiones ajustar el flujo de retroalimentación y las funciones más sutiles de sus extremidades, pero los temblores nerviosos nunca desaparecían. Siempre estaban allí cuando llegaba el miedo. Era algo horriblemente humano, un suceso desconcertantemente corpóreo de ver. Dejaba al descubierto las imperfecciones de Beslian, le demostraba lo lejos que estaba todavía de la majestad y la culminación superior del Dios Máquina.

De repente, una pregunta se formó en las bobinas lógicas de su cerebro implementado: «¿Cómo he llegado a esta situación?». A la pregunta le siguió de inmediato un estremecimiento de comprensión.

—Porque tengo miedo —dijo a los servidores.

Los esclavos mecanizados no hicieron ningún caso al comentario. A menos que les diera una orden directa precedida de la secuencia de datos correcta, los servidores seguirían actuando como si Beslian fuera invisible.

El adepto contempló cómo trabajaban, y sintió una oleada de rabia tan fuerte que lo sorprendió. No había creído que fuera capaz de sentir con semejante potencia emocional. Casi envidiaba a los esclavos mecanizados. Les había lobotomizado sus funciones cerebrales superiores, por lo que el carácter de todos aquellos hombres y mujeres había quedado extirpado. Jamás sentían miedo. Jamás se enfurecían. Jamás se veían entorpecidos por el peso de su propia cobardía. Se movían de un lado a otro susurrando las órdenes para sí mismos, musitando paquetes de datos y códigos de operaciones. Estaban satisfechos con sus tareas y no tenían miedo.

El logis se había visto condenado por sus propios defectos. No importaba cuánto de él se había visto reemplazado por la precisión de la máquina. Seguía siendo Goel Beslian en su fuero interno. Seguía siendo débil.

Pensó en los demás, en aquellos que habían pasado por el régimen de entrenamiento y de formación en el collegia al mismo tiempo que él. Todos habían alcanzado unos rangos superiores al suyo desde que salieron de allí. Pensó en su compañero de criadero, Lytton, que se había alzado con el cargo de lord magos de las forjas de Mondasia; en la elegante y mordaz Defra, a la que habían dado el mando de una flota de exploradores, y en todos los demás a los que había conocido. Beslian era el que ocupaba el rango más inferior de todos ellos.

Alguien con su talento y una cierta confianza en sí mismo ya habría podido alcanzar el mando de una división de tecnoguardias, o incluso le habrían encomendado la dirección de su propio grupo de arqueotecnólogos de élite, pero en vez de eso, Beslian siempre había trabajado a la sombra de individuos de mayor valía, colgado de los faldones de sus túnicas. Siempre había elegido la opción que menos riesgos entrañaba, el camino que suponía menos esfuerzos.

Su carrera dentro del Adeptus Mechanicus, firme aunque sin éxitos destacables, lo había llevado hasta la órbita de Marthun Zellik. Quizá el

carácter de Beslian había sido la verdadera razón por la que Zellik lo había escogido para reclutarlo. Quizá se debía a que necesitaba a alguien que le sirviera de subalterno pero que no lo cuestionara en absoluto cuando su comportamiento abandonara el cumplimiento de las reglas del Mechanicus, alguien que jamás poseyera la fuerza necesaria para desafiarlo.

Pero después de tanto tiempo, después de que Goel Beslian consiguiera reunir el valor suficiente para enfrentarse a Zellik y aliarse con los astartes… Después de aquel esfuerzo gigantesco por mostrar un poco de fuerza de voluntad, ¿cuál era la recompensa que había recibido? ¿El Dios Máquina le había mostrado su favor y le había concedido el cumplimiento del sueño que jamás se había atrevido a decir en voz alta, el de ser el dueño y señor del Arqueocohorte?

Negativo. En vez de eso, había sido condenado. A cada humillación le seguía otra. El Arqueocohorte había resultado destruido por completo. Las habilidades de Beslian eran el blanco de burlas y de desprecio, y en ese preciso momento, hasta su vida se encontraba en peligro tras verse arrastrado hasta aquella misión suicida y demente.

Se estremeció al recordar las imágenes que había contemplado de los marines espaciales a través de los monitores internos. Había visto cómo los desgarradores de carne y los ángeles sangrientos luchaban contra los líctores con una ferocidad enloquecida. Beslian siempre había sospechado que todos los marines espaciales eran unos psicópatas en cierto grado, y todavía no había visto nada que lo convenciera de lo contrario.

Inspiró profundamente. Allí era hasta donde lo había llevado su cobardía, a aquella locura en la que la amenaza de la muerte estaba permanentemente presente. El adepto se encogió dentro de su túnica y se arrebujó en ella en un frágil gesto de autoprotección. La única esperanza que le quedaba era sobrevivir a aquello, vivir durante otro día y quizá, si el Omnissiah le mostraba una ínfima parte de su magnanimidad, no quedaría desamparado.

—Traidor.

Beslian alzó la cabeza bruscamente cuando sus pensamientos quedaron interrumpidos por aquella palabra. Miró a su alrededor en busca de la

fluente de la voz.

—¿Quién ha dicho eso?

Ninguno de los tres servidores le hizo caso. Se dirigió hacia el que se encontraba más cerca, un ilota de la sección de ingeniería de tercera clase que antes había sido un hombre. Estaba recitando una lista de porcentajes de tolerancia de los impulsores en su susurro sibilante subvocalizado. Beslian frunció el entrecejo ante la imagen. Quizá la palabra no había sido más que un producto de su ensimismamiento. Sus centros de procesamiento auditivo debían de haberla transmitido por error y…

—Traidor.

Esta vez fue la voz de una mujer. No tuvo ninguna duda de ello. Beslian se acercó al solitario esclavo mecanizado que había sido construido a partir de una hembra donante. Era un monitor del reactor, que no dejaba de balbucear sobre la temperatura de los fluidos y de recitar versos de la letanía del núcleo.

Esta vez se dirigió al servidor con los códigos de interrogación adecuados.

—¿Me has hablado? —exigió saber.

—Negativo, logis. —La respuesta fue rápida y sucinta. Ya se estaba dando la vuelta cuando habló de nuevo—: Eres un traidor, Beslian.

El adepto agarró al servidor y lo sacudió con fuerza.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a gritos—. ¿Quién te ha ordenado que me digas eso? ¡Contéstame!

—Traidor.

—Traidor.

—Traidor.

Oyó el eco de la palabra de nuevo, pero esta vez procedente de los tres esclavos mecanizados al mismo tiempo. Soltó a la mujer y retrocedió. Los tres ilotas comenzaron a retorcerse y a sacudirse de un modo espasmódico. Beslian ya había presenciado averías como aquélla en otras ocasiones, que normalmente se producían al final de los ciclos vitales de los servidores, cuando sus funciones mentales se habían degradado más allá de toda posible reparación y era necesario eliminarlos.

Pero aquello era diferente.

Los labios de los ilotas estaban cubiertos de espumarajos.

—Traidor —repitieron a coro—. Traidor. ¡Traidor!

Los rostros que hasta unos momentos antes mostraban unos rasgos flácidos y carentes de toda expresión se vieron inundados por una oleada de furia. Las tres voces se volvieron más profundas y roncas hasta adquirir un tono y un timbre que le resultaron familiares.

—¡Beslian, eres un traidor rastrero y despreciable! ¿Así es como me pagas todo lo que he hecho por ti?

—¿Matthun? —Beslian jadeó el nombre con una exclamación de sorpresa.

Fue entonces cuando el adepto lo comprendió de verdad. Lo que hasta ese momento había creído que era miedo no era la expresión más intensa de ese sentimiento. En absoluto. Lo que se apoderó de él fue algo mucho más estremecedor, mucho más siniestro. El adepto gritó con todas sus fuerzas.

Los tres servidores metieron una mano al unísono en los bolsillos de sus monos de trabajo, y cada uno sacó una herramienta diferente: una llave de rosca, una cuchilla cortadora y un estilo para escribir. Un momento después, los tres golpeaban, acuchillaban y cortaban al logis Beslian para acallar sus gritos en mitad del zumbido sonoro de la cámara de control del reactor.

Cuando hubieron acabado, sus rostros recuperaron el gesto neutro y sin expresión habitual. Los servidores se dedicaron a limpiar con gran cuidado las herramientas antes de devolverlas a los bolsillos respectivos. Después, una vez más aislados en sus pequeños mundos de deber, obediencia y trabajo, los esclavos mecanizados volvieron a sus puestos de control para continuar con sus cometidos.

Beslian yacía inerte en el suelo de la cubierta, con el cuerpo retorcido y ensangrentado. Se comportaron como si fuera invisible.

J

Las luces iluminaban tenuemente el segundo puente del Neimos. Los compartimentos de descanso se alineaban a lo largo del pasillo que recorría toda la eslora del sumergible. Estaban preparados para alojar a la tripulación durante las misiones de larga duración. Todos ellos permanecían vacíos, ya que ni los astartes ni los servidores que viajaban a bordo necesitaban cumplir las exigencias de sueño de los seres humanos corrientes. En los espacios vacíos resonaba el eco sordo de las pisadas de las botas de ceramita sobre las planchas de la cubierta. La figura de armadura roja caminaba hacia la proa, perdida en sus propios pensamientos.

—Rafen.

La figura se detuvo en seco al oír su nombre, y se dio la vuelta.

El hermano sargento Noxx estaba detrás del ángel sangriento, y casi ocupaba por completo la amplitud del corredor. La cabeza le quedaba a menos de un palmo de los haces de tuberías del techo. Los brazos le colgaban a los lados, aunque se notaba la tensión que le recorría todo el cuerpo, y sus anchos hombros bloqueaban la luz que llegaba desde la pasarela que había al otro lado.

La armadura de combate del desgarrador de carne estaba manchada de sangre fresca. Era sangre de astartes.

Rafen habló con un tono de voz cuidadosamente neutro.

—Noxx. ¿Cómo se encuentra el hermano Sove?

Los ojos oscuros de Noxx relucieron en la oscuridad.

—Gast lo está atendiendo. Se encuentra en la enfermería, con las venas llenas de filtros recuperadores y de contravenenos. Vivirá.

—Bien.

—Pero ya no puede luchar, y ahora ya he perdido a tres hermanos —añadió Noxx en réplica a la respuesta de Rafen.

—Los dos hemos perdido a tres hermanos —le respondió el ángel sangriento con firmeza—. Primo, no te olvides que se trata de una misión conjunta. El señor de tu propio capítulo así lo exigió.

—Me ordenó que persiguiera y que matara a un traidor, ángel sangriento. No me dijo que utilizara a mis hermanos de batalla como carne de cañón.

—Si lo que estás sugiriendo es que estoy haciendo que tus hermanos corran más riesgos que los demás, harías bien en pensártelo mejor. Todos nos enfrentamos al mismo peligro. —Rafen cruzó los brazos sobre el pecho e hizo una mueca con la boca—. ¿Vamos directamente al problema? —le espetó—. No tengo tiempo para pullas o críticas maliciosas. Di lo que piensas, Noxx. Quiero oírtelo decir. —Miró fijamente al desgarrador de carne—. Crees que podrías haberlo hecho mejor que yo.

—Pareces muy seguro de ti mismo, pero quiero que me contestes a una pregunta: ¿de verdad tienes un plan, Rafen? ¿O vas improvisando lo que debemos hacer sobre la marcha?

El ángel sangriento sintió una oleada de rabia.

—Tú llevas luchando más tiempo que yo contra los enemigos del Emperador. Dime, ¿cuántas veces te has visto obligado a entrar en combate contando sólo con tu talento y la bendición de la sagrada Terra?

—No me vengas con dogmas, muchacho —le replicó el otro guerrero —. ¡Ninguna de esas dos cosas es suficiente! El comandante que entra en batalla sin una estrategia está condenado a muerte.

—Y tú harías bien en no atreverte a darme lecciones de táctica —le repuso a su vez Rafen—. ¿Cuántas veces vas a tener que ponerme a prueba? Ya te vencí una vez en el campo de entrenamiento de Baal… ¿Quieres que vuelva a luchar contigo, aquí y ahora? ¿Quieres desafiarme para conseguir el mando de esta misión?

El cuerpo de Noxx se tensó más todavía, y Rafen tuvo la impresión durante un instante de que el desgarrador de carne estaba a punto de golpearlo.

—Quizá debería hacerlo.

—Y eso sería dar un ejemplo magnífico a nuestros hermanos —le respondió Rafen con displicencia—. En un momento como éste, lo que más necesitamos es unidad de propósito.

—¡Sí! Pero ¿cómo vamos a tenerla si no confiamos en nuestro comandante? —exclamó Noxx. Dio dos rápidos pasos hacia adelante—. Haz que crea, Rafen. Convénceme de que tengo un motivo para seguirte.

—Encontraremos al renegado que se infiltró en Baal y lo destruiremos —le contestó el ángel sangriento—. Duda de mí, si quieres, pero no dudes de eso en ningún momento. El Emperador está con nosotros.

Noxx arqueó una ceja.

—¿Es que tu hermano brujo te lo ha dicho? Entonces dime, ¿va a bajarse del Trono Dorado y vendrá a matar a Fabius por nosotros? —Soltó un bufido—. Sí, he luchado en su nombre durante más tiempo que tú, y a lo largo de esos años he aprendido que el Emperador ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Rafen.

El desgarrador de carne le sostuvo la mirada e ignoró la amenaza implícita.

—Hasta ahora no lo has hecho demasiado bien, primo, y dejas que eso te nuble el buen juicio. ¡Todavía estás librando las batallas que has perdido, Rafen! ¡Te dedicas a recordar todas y cada una de las circunstancias que permitieron escapar a Bilis en vez de prepararte para la batalla que se avecina! Y no permitiré que mis hermanos sigan muriendo por eso.

Rafen se volvió.

—No sabes lo que pienso. ¡Si lo supieras, no cuestionarías mis órdenes!

Noxx alargó con rapidez una mano y agarró a Rafen de un avambrazo.

—¡Sé lo que estás pensando, ángel sangriento! ¡Lo sé porque es lo mismo que yo pienso!

—Suéltame —le gruñó Rafen.

—¿Qué es lo que está haciendo con la sangre sagrada? —le espetó Noxx.

Rafen sintió que se le helaba la sangre en las venas y se envaró. La sombra de un horror inmenso, de una vergüenza y de una repugnancia tan sombrías como un odio ancestral se apoderó de sus pensamientos.

Aquella pregunta se mantenía siempre al acecho en lo más profundo de sus pensamientos. Lo hacía desde el mismo momento en que Rafen se

separó de lord Dante después de que el señor del capítulo le encomendara aquella misión.

—Esa pregunta… —continuó Noxx mientras apartaba la mano—. Esa pregunta me quita el sueño. A veces desearía no saber nada de lo que ocurrió… aunque sólo fuera por tener un momento de respiro…

Toda la fina, la rabia contenida que emanaba del desgarrador de carne se desvaneció, y durante un momento incluso pareció vulnerable.

Curiosamente, Rafen sintió una repentina oleada de comprensión por su camarada de armas.

—Es cierto. Yo oigo esa misma pregunta una y otra vez en mis pensamientos, y temo conocer la respuesta.

—Todos la tememos —le contestó Noxx—. Es normal que sea así. Ese traidor malnacido, ese vástago del Caos, ha conseguido crear engendros grotescos con su hechicería maligna y su ciencia corrupta. He oído decir que Bilis ayudó en una ocasión en la creación de una réplica de ese cabrón de Horus… —El guerrero torció el gesto en una mueca de disgusto y escupió al suelo—. Si se ha atrevido a recrear al traidor más infame… entonces, en nombre de Terna, ¿qué más podría llegar a hacer?

Rafen sintió que se le revolvía el estómago.

—No quiero ni imaginármelo.

—Pues debes hacerlo —le replicó el desgarrador de carne—. Debes atreverte a hacerle frente a esa pregunta, ¡o entrarás en combate sin estar preparado! —Se detuvo un momento—. Y si lo haces, demostrarás que tengo razón. Ningún comandante que se precie de valer para el mando puede dar la espalda a esas incertidumbres tan terribles y siniestras. Es el precio que se debe pagar por llevar los galones. Si quieres dirigirnos, debes estar dispuesto a llevarnos hasta una pesadilla.

—Y debo hacerlo con los ojos bien abiertos —añadió Rafen con un gesto de asentimiento.

—Exacto. —Noxx lo miró con detenimiento—. Debo decírtelo: soy un desgarrador de carne, un hijo del gran Sanguinius, un guerrero del Adeptus Astartes. Soy un fiel siervo del Trono Dorado, y ya sabes todo los demás. Puedo quedarme de pie delante de ti y recitarte una lista tras otra de mis

victorias y de las hazañas piadosas y devotas que he realizado en nombre de la sagrada Terra. No necesito demostrarte mi valía, ni a ti ni a ningún otro individuo bajo las estrellas.

Rafen lo miró sin pestañear.

—¡Pero te atreves a exigirme que yo te demuestre la mía!

—Eso también forma parte del peso del mando. Ya lo sabes. Demuestra tu valía, Rafen, o cede el mando. —Noxx permaneció delante de él sin moverse—. ¿Cuál de las dos cosas va a ser?

Tras un largo instante, el ángel sangriento dejó escapar un lento suspiro.

—No tengo un plan complicado —admitió Rafen—. Todos los planes que hemos empleado contra Fabius, cada maniobra que hemos diseñado para acabar con él, han terminado convirtiéndose en ceniza en mis propias manos. No se parece a ningún enemigo al que me haya enfrentado jamás. Hace diez mil años ya era un rival imponente para los héroes y paladines de antaño, y el paso del tiempo no ha mermado sus facultades. Ese monstruo es una presa muy particular, desgarrador de carne. Quiero que lo sepas.

—Lo sé. Todos lo sabemos.

Rafen bajó la mirada al suelo.

—Ya no me queda nada más que la hoja afilada de mi odio y la furia que la empuña. Nos acercaremos a esa isla fortaleza mediante el sigilo, y derribaremos sus muros con nuestras propias manos si es necesario. Sea lo que sea lo que encontremos dentro, morirá.

—¿Y qué pasa con… el vial de sangre sagrada?

—Lo recuperaremos. De un modo u otro.

Noxx se quedó callado unos instantes.

—Esta misión acabará con todos nosotros, ángel sangriento.

—Quizá —admitió Rafen sin apartar la mirada de los ojos de Noxx—. ¿Te arrepientes de haberte unido a esta misión, primo?

Noxx movió la cabeza en un gesto de negación.

—De lo único que me arrepiento es de que no podremos hacer sufrir a ese cabrón antes de matarlo.

—Sólo necesito acercarme —añadió Rafen en voz baja, casi como si hablara consigo mismo—. Un solo ataque, nada más. Lo bastante cerca

como para matarlo. —Sacudió la cabeza para volver a la realidad—. Sove luchó muy bien en defensa de sus hermanos de batalla y del cumplimiento de la misión. Es una verdadera lástima que esté tan malherido.

—No ha quedado fuera de juego —le contestó Noxx—. Ninguno de nosotros lo está todavía.

Rafen aceptó el comentario con un gesto de asentimiento.

—Entonces, hermano sargento, ¿he contestado a tu pregunta? ¿Soy merecedor de tu lealtad? ¿Me seguirás hasta lo desconocido, hasta las mismas fauces de la muerte?

Noxx se dio la vuelta para alejarse.

—¿Recuerdas lo que te dije en el hangar de descenso, justo antes de que el Neimos comenzara la caída a través de la atmósfera?

—Dijiste: «Nos veremos en el infierno, ángel sangriento». Noxx asintió con gesto adusto.

—Pues ya tienes mi respuesta.

Rafen dudó unos instantes, pero lo que estuviera a punto de añadir quedó interrumpido por el pitido del microrreceptor que llevaba en el oído. Activó el canal general de comunicación.

—Aquí el sargento Rafen. Informen.

Escuchó con preocupación creciente a medida que Turcio le explicaba lo que había descubierto en la cubierta de motores.

J

A popa del sumergible, una débil estela de agua removida se disolvía en la corriente del denso mar de Dynikas V Con lentitud y regularidad, con la voluntad fría y calculadora de un auténtico depredador nato, una forma oscura seguía a la nave.

Unos pequeños puntos fosforescentes que brillaban levemente recorrían a lo largo un cuerpo de capas quitinosas flexibles mostrando la dimensión total de aquella forma monstruosa. Su masa era equivalente a la del Neimos. Las sutiles flexiones de las aletas y de la cola le permitían mantener la velocidad de avance del vehículo humano. La criatura tiránida se movía por el océano sin que nada ni nadie la viera o la detectara. Comprendía de forma natural el paisaje interior de las aguas. Salía y entraba de los flujos termodinámicos, las grandes franjas de corrientes donde las diferentes capas de líquido con temperaturas distintas se solapaban las unas sobre las otras, donde las ondas de sonido se reflejaban para alejarse de nuevo, lo que ocultaba más todavía su cuidadoso acercamiento.

La criatura estaba perfectamente adaptada a su terreno de caza. Bastantes generaciones atrás en la línea de su evolución depredadora, sus genotipos se habían abierto paso a dentelladas en la vida oceánica de Dynikas V, y durante el proceso había observado aquello que había devorado para imitarlo y finalmente exterminarlo. Los restos de metales pesados que albergaba el agua se podían rastrear en el brillo mate apagado de la armadura natural de la criatura, en los colmillos que rodeaban su boca ovalada y en los anillos de dientes que rodaban cada ventosa de sus grandes tentáculos. Más que moverse, fluía sobre las corrientes profundas mientras se acercaba poco a poco al intruso que había entrado en sus dominios. En cada uno de sus costados se abrió un párpado grueso que dejó al descubierto una lente vidriosa con una pupila oscura. La materia ocular había evolucionado hasta ser capaz de captar la radiación térmica, y los ojos se centraron en la forma del Neimos para seguirlo. Unos delicados palpos sensoriales capaces de detectar hasta las más mínimas perturbaciones en los campos magnéticos se agitaron en el extremo de unas frondas hirsutas.

La criatura se dedicó con su lenta capacidad cognitiva a comparar aquella presa con las otras que había devorado. Algunas de esas víctimas habían tenido un origen orgánico, como la carne, los cartílagos y el genotipo de sus presas tiránidas, mientras que en otras ocasiones había devorado otro tipo de comida, cosas que venían envueltas en duras coberturas de ceramita o que flotaban a la deriva sobre las olas cubiertas de

cascarones de hierro. A ésas subía a buscarlas a la superficie para luego arrastrarlas hacia las profundidades, donde morían por la brutal presión del abismo y su propio abrazo mortífero.

Había consumido los restos de los líctores selacimorfos de un solo bocado, abriendo sus fauces de par en par para tragarse los cadáveres y hacerlos atravesar las rendijas de las barbas del interior de la boca. La materia cerebral quedaba separada para luego ser dirigida hacia un estómago secundario repleto de células receptoras omofágeas, donde era disuelta. Las cadenas de ácido ribonucleico quedaban descompuestas para que los elementos de memoria empaparan los sistemas biológicos de la propia criatura. El tiránido absorbió los restos de los datos sensoriales y de las emisiones de feromonas de los muertos y recordó todo lo que pudo recuperar. A través de los ojos de los cadáveres experimentó sus muertes y parte de la carne viva que habían intentado devorar. Eran seres humanos modificados, como los seres de la superficie, aunque algo diferentes, de algún modo. La criatura había rebuscado un poco entre la lluvia de extraños restos que había caído en sus dominios desde los cielos. Sin embargo, nada de lo que había encontrado allí tenía sentido, pero en esos momentos comenzaba a comprender un poco lo ocurrido.

Las presas de la superficie jamás se habían atrevido a aventurarse en las profundidades. Aquello le resultaba completamente desconocido al tiránido, y al hambre insaciable que albergaba en su mente lenta pero poderosa se añadió una nueva emoción: interés.

Cuando el Neimos continuó descendiendo hacia las profundidades, la criatura lo siguió.

J

El olor invadió las fosas nasales de Rafen desde donde se encontraba, en la parte baja de la escalera de acero que llevaba a la cubierta terciaria, antes de que ni siquiera hubiera llegado a la enfermería. El aire estaba cargado con el olor pesado y metálico de la sangre, pero su olfato, captó algo más en la mezcla: lubricante y ozono.

Caminaba a grandes zancadas, y era muy consciente de que sus pesadas botas mellaban los peldaños cada vez que aterrizaba con fuerza sobre ellos, puesto que los bajaba de dos en dos. La cubierta estaba levemente inclinada, ya que el Neimos estaba virando con suavidad hacia estribor. Se encaramó a la cubierta superior agarrándose a un asidero de hierro soldado a la pared curvada. La compuerta que daba a la enfermería de la nave estaba abierta de par en par, y la fuerte luz amarillenta del interior se difundía por el pasillo. Turcio montaba guarida al lado de la compuerta, y la expresión de su rostro era grave. Empuñaba el bólter con el brazo metálico implantado, y Rafen se dio cuenta inmediatamente de que el arma tenía el seguro quitado.

—Mis señores —los saludó, asintiendo primero ante Rafen y después a Noxx cuando el desgarrador de carne apareció detrás del ángel sangriento —. Está aquí. El hermano Gast lo está atendiendo.

Noxx emitió un carraspeo de irritación desde el fondo de la garganta y comenzó a hablar antes de que Rafen tuviera tiempo de preguntar nada.

—¿Estás seguro de lo que ha ocurrido? El adepto era de espíritu débil… Quizá ha intentado quitarse la vida.

Turcio negó con la cabeza.

—Tenía modos más sencillos de lograrlo. Por desgracia, no hemos encontrado datos en los visores de seguridad interna de la nave. Por lo que se ve, se produjo una avería en esos momentos. Hay que admitir que el Neimos es una nave muy antigua y que sus sistemas están desfasados, pero creo que no se trata de una coincidencia. Estoy convencido de que ha sido un ataque deliberado.

—Pero ¿de quién? —Inquirió Rafen—. Es posible que los miembros del Adeptus Astartes no sientan demasiado apego por los del Adeptus

Mechanicus, pero Beslian no tenía enemigos entre nosotros. Debemos asumir que tenemos un intruso abordo.

—Quizá alguien consiguió colarse en el Neimos antes de que saliéramos del Arqueocohorte —apuntó Turcio—. Otro adepto. Si uno de ellos llegó a enterarse de lo que pretendía hacer Mohl…

Noxx hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Mohl lo hubiera sabido, y nos habría avisado.

—No importa el cómo —los interrumpió Rafen—. Lo único que importa ahora es que debemos resolver esto con rapidez. —Turcio asintió, y el sargento señaló con un gesto de la barbilla la pasarela—. Reúne a los hermanos y comenzad un barrido de la nave desde la proa hasta la popa.

El ángel sangriento asintió y pasó por delante de ellos para poner en marcha la orden. Rafen entró en la enfermería, y Noxx se quedó al lado de la compuerta con gesto sombrío.

Lo que el sargento se encontró en la estancia, bajo el brillo de los dispositivos luminosos, fue al hermano Gast trabajando en el interior del torso del tecnosacerdote. Se había quitado los guanteletes y los avambrazos, y la sangre espesa y aceitosa le cubría las manos, que no dejaban de trabajar en las heridas de Beslian. Lo ayudaba un esclavo mecanizado que llevaba puesta una bata de cuero e iba equipado con un pequeño puntero láser que zumbaba y siseaba cada vez que el ilota lo utilizaba para cauterizar y cerrar venas, cables y conductos.

Beslian tenía todo el aspecto de un cadáver, un resto recogido del campo de batalla. Si no fuese por los haces de cables que lo conectaban a la pantalla monitora con diales de cristal que se encontraba encima del camastro, y por el leve tintineo de los sensores vitales, Rafen hubiera pensado que estaba muerto desde hacía ya bastante tiempo. Observó durante unos momentos cómo trabajaba el clérigo apotecario. Se sentía hasta cierto punto intrigado por la visión de las entrañas del adepto. El guerrero siempre se había preguntado qué clase de corazón latiría en el interior de los pechos escuálidos de aquellos chatarreros.

En un camastro cercano, y rodeado por un collar de soporte vital, se encontraba la pesada forma del hermano Sove, quien yacía inmóvil. El

desgarrador de carne herido respiraba de forma espasmódica y jadeante. Rafen lo miró un momento. El guerrero había entrado en un trance curativo, y las glándulas de sus implantes de astartes funcionaban a todo ritmo para sanarlo. Sin embargo, Sove tenía un aspecto curiosamente desproporcionado al faltarle todo un brazo.

Gast aplicó un sellador térmico y un tubo de vacío de pegamento mórfico a la incisión que Beslian tenía en el costado y comenzó a cerrarlo. Se dirigió a Rafen sin darse la vuelta.

—El adepto tiene mucha suerte de seguir con vida. Turcio lo encontró antes de que sus implantes biológicos se colapsaran por completo debido al trauma físico. La pérdida de sangre ha sido considerable. Dudo mucho que recupere la conciencia hasta dentro de bastantes horas. Tenía numerosas incisiones por todo el torso, y producidas por más de una arma. —Señaló las lesiones ensangrentadas y rezumantes y las zonas de tejido gravemente dañadas—. Traumas por golpe de arma roma y contundente en la cabeza y en el cuello, con múltiples ángulos de ataque.

—¿Estás sugiriendo que es probable que hubiera más de un atacante? —le preguntó Noxx.

Gast hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No se trata de una probabilidad, sargento, es un hecho demostrable. Además, se trata de personas de una gran fuerza física. La gravedad de las heridas indica que la ferocidad de los golpes fue producto de un ataque frenético y salvajemente veloz. También muestra que no eran muy hábiles en combate.

—Si esto lo hubiera hecho un astartes, Beslian hubiera muerto de un solo golpe —caviló Rafen—. Con rapidez y eficacia. —Señaló a la garganta del adepto para indicar cómo lo hubiera hecho él—. Un golpe seco y aplastante en ese punto, o quizá le habría clavado un cuchillo en la cavidad craneal.

—Como ya he dicho, el ataque fue obra de inexpertos —siguió diciendo Gast—. Para empezar, Beslian ha sobrevivido.

—Entonces tenemos un testigo, después de todo. ¿Ha sufrido daños neurológicos? —quiso saber Rafen.

Gast se apartó y dejó que el servidor acabara la tarea de coser al tecnoadepto. Se limpió las manos con un trapo bendecido.

—Es difícil saberlo. Mis conocimientos médicos abarcan todo tipo de heridas producidas en el campo de batalla y lo relativo a las tareas de un sacerdote sanguinario, pero nada más aparte de eso.

Rafen se inclinó sobre el camastro y estudió con atención el rostro ceniciento del adepto herido.

—Despiértalo.

—¿Perdón, señor? —Gast se detuvo en seco y miró con expresión interrogante a Noxx—. Quizá no he explicado bien el estado físico en el que se encuentra el adepto Beslian…

—Lo has explicado muy bien —lo cortó Rafen—. Despiértalo.

El servidor se apartó tras finalizar su tarea y permaneció encorvado a la espera de la siguiente orden. Gast tomó un narthecium y dudó de nuevo.

—Si lo despierto, debéis ser consciente de que eso puede matarlo…

—Y si hay intrusos a bordo, eso puede matarnos a nosotros —le replicó Noxx—. Haz lo que te ha dicho el ángel sangriento.

—Como ordenéis. —Gast ajustó un túbulo inyector y lo cargó con una dosis de fluido. Se inclinó sobre una boquilla visible en la parte carnosa del cuello del adepto—. En cualquier caso, yo tendría preparadas las preguntas. Puede que el adepto no se mantenga coherente… o con vida, durante mucho tiempo —les advirtió.

El túbulo emitió un siseo y el efecto fue prácticamente inmediato.

El cuerpo de Beslian se puso rígido, y los mecadendritos y el servobrazo que salían de la zona de la columna vertebral se agitaron y azotaron el aire. Luego arqueó la espalda y sufrió un tremendo espasmo al mismo tiempo que emitía un sonido mezcla de chirrido y gemido. El adepto abrió los ojos y fijó la mirada en Rafen. Comenzó a barbotear en código máquina, y el sonido repiqueteante se hizo más agudo a medida que aumentaba su pánico.

—¡Logis! —Le gritó Rafen para atraer su atención—. ¿Quién te atacó? ¡Dímelo!

El adepto intentó hablar y alzó una mano. De su boca salió otro sonido chirriante. El sonido cambió y se moduló. Era la misma sensación que

produciría escuchar un canal de comunicación abierto en el que pareciera que en un principio no había nadie al otro lado, hasta que los flujos de la estática daban paso lentamente a la certeza de que alguien estaba transmitiendo. Rafen captó con claridad una sola palabra en mitad de todo aquel barboteo sin sentido, y entrecerró los ojos.

—¡Zellik!

Gast también la oyó, y se volvió hacia el ángel sangriento.

—¿El magos? Murió en el espacio. Quizá al final resulte que la mente del adepto sí que ha quedado dañada…

Beslian sufría estremecimientos mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás.

—¡Zellik quiere matarme! —Las palabras salieron distorsionadas, casi ininteligibles, apenas articuladas—. ¡Todos de él! ¡Venganza! ¡Venganza!

El adepto paró de retorcer la cabeza y la dejó caer sin dejar de hablar. En ese momento, y por primera vez, la volvió hacia el servidor inactivo que se encontraba al lado de la pantalla. Beslian abrió la boca de par en par, más de lo que hubiera sido posible para cualquier mandíbula normal, y de ella salió el aullido de una sirena.

Ocurrió con tanta rapidez que el movimiento en sí fue un borrón a la vista. El servidor se estremeció una vez y se lanzó contra el adepto del Mechanicus. Una de sus manos, una extremidad que no era de carne y hueso, sino un instrumento médico con escalpelos y sondas articuladas en vez de dedos, salió disparada hacia adelante y se clavó en los ojos de Beslian. Los dedos de acero se enterraron hasta los nudillos en su cráneo antes de salir desgarrando los tejidos.

Rafen reaccionó de inmediato y le propinó un puñetazo con todas sus fuerzas. El golpe de su puño blindado impactó en la base de la columna vertebral del servidor asesino, donde las piernas formadas por pistones de hierro se unían a la protuberancia central de un hueso pélvico humano. De ese punto salió un chorro de fluidos y el esclavo mecanizado se desplomó en el suelo. Sin embargo, no pareció afectado por lo que acababa de ocurrirle, ya que intentó arrastrarse hacia el adepto con los dedos

chorreando materia ocular en un intento desesperado por infligirle más daños.

El sargento oyó al ilota murmurar algo mientras caía. Le sonó a la palabra «traidor». Alzó la bota con un gruñido y aplastó la garganta del servidor contra el suelo de la cubierta.

El ataque había durado escasos segundos, pero el silencio repentino del sensor vital dejó bien clara la extensión de los daños que había producido. Rafen frunció los labios en un gesto de rabia cuando la cabeza de Beslian cayó hacia atrás y dejó a la vista unas cuencas oculares vacías y ensangrentadas.

—Por lo que parece, teníais razón —dijo Gast.

—Por lo que parece, los dos teníamos razón —le contestó Rafen.

Noxx se puso en cuclillas y le dio la vuelta al cadáver del servidor.

—¿Este era nuestro atacante misterioso? ¿O uno de ellos, al menos?

Gasr negó con la cabeza.

—No es posible. Este esclavo mecanizado está conectado de modo permanente a la enfermería. Los programas que lo gobiernan le impiden salir de este compartimento.

—Ha dicho Zellik. —Rafen observó con atención el cadáver del adepto mientras pensaba—. Que Zellik quería venganza.

—Matthun Zellik está muerto —insistió Noxx—. Estoy tan seguro de eso como si yo mismo lo hubiera matado.

Rafen fijó la mirada en el ilota.

—Hay muertes, y muertes —declaró al mismo tiempo que se reprendía a sí mismo por no haber siquiera considerado al esclavo mecanizado como una posible amenaza.

Aquellos servidores sin mente apenas podían ser considerados humanos. En su mayor parte eran producto de procesos de donación, réplicas formadas genéticamente y desarrolladas en cubas de crecimiento bajo las montañas de Marte, aunque también obtenían cuerpos de los delincuentes y de los herejes que se entregaban al Adeptus Mechanicus para reutilizarlos. Los escasos restos de personalidad que quedaban después de que se les instalaran los implantes, los aparatos biónicos, las bobinas de datos y los

equipos de herramientas eran borrados sin piedad mediante los rigurosos rituales de acondicionamiento. A algunos se los programaba para que realizaran operaciones de combate, mientras que a otros se los preparaba para efectuar tareas de computación en coordinación con los cogitadores. Sin embargo, los ilotas que iban a bordo del Neimos no eran tan avanzados. Eran tecnómatas, capaces tan sólo de realizar una serie preestablecida de tareas y poco más. No poseían conciencia alguna, ni más voluntad de la que tendrían un bólter o un auspex.

Al menos eso era lo que Rafen había creído hasta ese momento.

—El magos ataca desde la tumba —dijo el ángel sangriento—. Odiaba a Beslian por su participación en nuestra captura del Arqueocohorte. Los servidores no son más que las herramientas de su venganza.

—¿Cómo puede hacer eso? —inquirió Gast.

—Si fueron los ilotas quienes lo hicieron, debemos diezmarlos —añadió Noxx—. ¡No tenemos un enemigo a bordo, tenemos una docena!

Rafen se volvió para mirarlo.

—¿Y cómo vamos a pilotar esta nave sin los servidores, primo? ¿Cómo haremos que funcionen sus reactores, cómo mantendremos controlado su espíritu máquina?

Gast recogió del suelo el servidor muerto y lo colocó sobre una mesa de operaciones.

—Sigo sin entenderlo. Puedo aceptar que quizá Zellik preparara a un ilota por si ocurría algo parecido, pero ¿a todos?

Rafen se acordó de algo que Mohl había mencionado en el puente de mando del Arqueocohorte.

—O quizá es algo más que eso. Puede que se trate de una… infección.

—¿Una secuencia vírica? —musitó Gast con el entrecejo fruncido.

—Abre esa cosa y encuentra alguna respuesta —le ordenó Noxx.

El clérigo asintió de inmediato y alargó la mano para empuñar una sierra para huesos.

J

La velocidad de avance del Neimos se redujo levemente al cruzar una fosa abisal debido a la fuerza que una corriente submarina oceánica ejerció contra el timón del sumergible. Unos pequeños módulos de propulsión ocultos bajo las cubiertas anticavitación se activaron para hacer volver a la nave a su rumbo programado, y mediante pequeños impulsos atravesaron la zona de corrientes entrecruzadas.

El tiránido, que se encontraba oculto entre las finas capas de burbujas de la estela, aplanó su cuerpo hasta adoptar una forma lisa y siguió avanzando con el mismo tipo de movimiento. El conjunto sensor instalado en la punta de los alerones de cola del Neimor informó que había captado una leve señal, lo que hizo que la aguja de uno de los indicadores se estremeciera delante de la mirada apagada de uno de los ilotas que formaban la tripulación de la nave.

El servidor parpadeó y el dato no se registró. Tras aquellos ojos de mirada muerta estaba teniendo lugar otro tipo de proceso mental, ya que un asesino muy distinto al del exterior estaba acechando en el interior del submarino.

J

—Déjame ver si lo he entendido bien —dijo Ajir con un tono de voz desdeñoso—. Estamos buscando a un asesino que se oculta en algún lugar de esta nave y que ha sido enviado por un individuo que se convirtió en cenizas cuando el Arqueocohorte ardió al entrar en la atmósfera. Es un traidor cuyos engranajes y mecanismos todavía están cayendo como una lluvia llameante en este planeta dejado de la mano del Emperador.

—Pues yo diría que parece que has captado a la perfección cuál es nuestra tarea —musitó Puluo.

Ceris vio cómo Ajir se separaba de golpe de la pared curvada del hangar de carga y recorría a grandes zancadas el espacio que utilizaban como armería improvisada.

—¿Es que el hermano sargento no cree que ya tenemos suficientes tareas imposibles entre manos?

El psíquico captó una leve descarga de irritación en el aura de Turcio, que se encontraba cerca de ellos y se dedicaba a examinar un puñado de herramientas que tenía en la mano.

—¿Preferirías no hacer nada y arriesgarte a sufrir el mismo destino que Beslian?

—No seas estúpido —le espetó Ajir—. Soy capaz de acabar con cualquier servidor que intente matarme sin siquiera tener que prestarle atención.

Eigen, el único desgarrador de carne que se encontraba en la estancia, estaba mirando fijamente al suelo con la mirada perdida.

—No si ese servidor desencadena el espíritu máquina del reactor o hace que la nave se hunda en las profundidades más allá de su capacidad de resistir el aplastamiento por presión.

—Tiene razón —confirmó Turcio—. Esto no es un problema que podamos solucionar con un proyectil de bólter.

En los ojos de Ajir brilló una mirada de rabia, pero se contuvo y no dijo nada. Ceris había captado la tensa relación que existía entre los dos guerreros de la escuadra de Rafen desde el mismo momento en que se había puesto bajo su mando. Turcio mostraba abiertamente la señal del penitente que llevaba grabada en la mejilla. Se la había marcado con fuego en la piel como muestra de que había sufrido y superado los ritos de purificación. El guerrero había sido uno de los seguidores del simulado ángel Arkio, pero se había arrepentido al descubrir la falsedad del asunto y había vuelto con los suyos. Una segunda marca, visible tan sólo para aquellos que poseían la visión bruja, teñía el aura de Turcio: arrepentimiento. El color de esa emoción impregnaba todo lo que hacía. Aunque el propio lord Dante en

persona había perdonado las transgresiones llevadas a cabo por los ángeles sangrientos que habían sido engañados por Arkio, Turcio no se había perdonado a sí mismo. Ajir, cuya aura casi nunca abandonaba el matiz rojo carmesí de la furia, parecía pensar que uno de sus propósitos en la vida era recordarle a Turcio su condición de penitente en todas las ocasiones que podía.

Ceris se preguntó por qué Ajir no era capaz de pasar por alto aquella marca. Captó algo más en el otro astartes, pero estaba tan profundamente enterrado en su psique que no era capaz de leerlo sin penetrar más en su mente.

Dejó aquel asunto para más tarde cuando Kayne abrió la compuerta y se echó a un lado para dejar entrar al sargento Rafen junto al sargento Noxx y a Gast. El joven ángel sangriento se quedó montando guardia al lado de la puerta con el bólter en las manos. Puluo se lo había ordenado, y parecía una medida prudente, dados los recientes acontecimientos a bordo del Neimos.

Rafen no perdió el tiempo con preámbulos.

—El logis Beslian ha muerto —empezó diciendo, y luego explicó todo lo que había ocurrido en la enfermería. Eigen frunció el entrecejo.

—Si el esclavo mecanizado quería matarlo, ¿por qué no lo hizo en el mismo momento en que Turcio lo llevó a la enfermería? Sin duda, ahí tuvo la mejor oportunidad.

Gast asintió.

—Sólo atacó a Beslian después de que éste se despertara, después de que mencionara el nombre del magos.

—Una palabra de activación —dijo Puluo—. Los asesinos hipnogogos utilizan la misma técnica para poner en funcionamiento a los individuos a su servicio.

—Se trata de algo más que eso. —Rafen miró a Noxx—. Muéstralo.

El veterano desgarrador de carne tenía un trapo ensangrentado en la mano, y lo abrió con una mueca de asco que deformó su rostro cubierto de cicatrices. Lo que quedó a la vista fue una joya tallada, una esmeralda alargada con forma de gota que tenía en su interior un entramado de finos cables dorados. Ceris distinguió unos glifos verdes grabados en su

superficie. Algo en su color y en el modo que reflejaba la luz le hizo alzar de inmediato una serie de barreras mentales.

—¿Qué es? —quiso saber Noxx.

—Algo alienígena, sin duda —le contestó Rafen con una certeza sombría.

—Este objeto estaba enterrado en la base del cerebelo del servidor médico —les explicó Gast—. Los cables que sobresalen del extremo estaban conectados con diferentes elementos del cerebro orgánico del ilota.

Eigen hizo una mueca mientras miraba el objeto.

—¿Un aparato de control?

—O algo parecido —asintió Rafen.

—Sabemos que la Inquisición sospechaba que Zellik comerciaba con artefactos alienígenas. Esto, junto con lo que vimos en el museo, lo confirma.

Noxx sostenía la gema como si apenas fuera capaz de controlarse para no convertirla en polvo.

Ceris se le acercó. El objeto lo atraía. Tenía que verlo mejor, con mayor claridad.

Turcio, que estaba a su espalda, mostró las herramientas que tenía en la mano.

—Hay rastros de sangre en estos objetos, mi señor. Los tomé de un trío de servidores que se encontraban en la cámara de control del reactor, donde encontré a Beslian.

—Deberíamos abrirles el cráneo también a esos tres —apuntó Ajir—. Seguro que encontraremos ese mismo implante repugnante en su interior.

—Es peor que eso —le respondió Rafen—. Le pedí al hermano Gast que efectuara un escaneo de auspex en varios servidores escogidos al azar.

—Una vez supe lo que buscaba, lo encontré con facilidad. —Gast dejó escapar un profundo suspiro—. Hermanos, primos, todos y cada uno de los esclavos mecanizados que van a bordo del Neimos lleva una de esas gemas en el interior del cráneo. Sospecho que Zellik implantó lo mismo a todos y cada uno de los iotas de la tripulación.

—Si matamos a toda la tripulación del sumergible, y eso suponiendo que lo logremos antes de que uno de ellos hunda por completo la nave, acabaremos deambulando por el agua hasta morir —dijo Noxx, explicando la dura realidad de la situación—. Sil os dejamos vivir, no hay forma de estar seguros de que no se volverán contra nosotros en cualquier momento y sin previo aviso.

—No podemos confiar en ninguno de ellos —afirmó Turcio.

Ceris lo oyó, pero tenía la atención puesta en otra parte. Alargó la mano hacia la gema. Captó la sensación que transmitía incluso a través del guantelete de la armadura. Era un extraño calor frío, semejante al del núcleo de una estrella muerta.

—Dejadme verla —dijo, y antes de que Noxx tuviera tiempo de detenerlo, le quitó la gema alienígena de la palma de la mano.

Le cantó, y no fue una melodía agradable.

Un coro átono chilló y golpeó los sentidos psiónicos de Ceris. Era un centenar de voces, y todas eran la misma voz. Todas sonaban ahogadas por la rabia y el dolor y un terror paralizante. Todas estaban enloquecidas por el ansia de la venganza. Todas ellas eran Matthun Zellik.

Ceris tuvo la sensación de encontrarse en mitad de una sala llena de espejos rotos, pero lo que vio en todos los reflejos fragmentados fue la imagen del rostro aullante, gemebundo y despreciativo del magos. Sintió una parte del alma de aquel individuo, un fragmento de su mente y de su espíritu, encerrado en aquella pequeña joya. El psíquico hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se atrevió a adentrarse en las profundidades del artefacto levantando una capa tras otra de su interior.

En las profundidades de color índigo vio las líneas de conductividad cuántica que se extendían en todas las direcciones, y cada una de aquellas líneas acababa en otra gema enterrada en una nueva mente. También captó débilmente la red que unía todos esos implantes para formar un único sistema cerrado. Endió sus sentidos psíquicos hacia ella, pero comprobó que eran rechazados por unas paredes formadas por símbolos alienígenas, lo que le impidió ver nada más. Ceris también sintió los límites de una mente

furiosa y fragmentada en el interior de aquella maraña que no dejaba de moverse de un punto a otro, y supo quién era.

—¡Zellik!

El psíquico casi vomitó el nombre, y retrocedió ante la piedra preciosa como si lo hubiera mordido.

—Has mirado en su interior… —le dijo Noxx—. ¿Qué es lo que has visto, brujo?

Rafen se acercó hasta colocarse al lado del codiciario y lo miró con cautela.

—Eso ha sido una estupidez, hermano. ¡Esa cosa podría haberte quemado el alma!

Ceris negó con la cabeza mientras su rostro iba recuperando el color poco a poco.

—Me sentí… obligado a hacerlo. Era lo que tenía que hacer. —Miró a su alrededor, a los demás guerreros—. Zellik está muerto, de eso no cabe duda alguna, pero sigue siendo un problema para nosotros. —El psíquico señaló la gema implantada—. Esto es de origen alienígena, como ha dicho el sargento Rafen. Es un artefacto psíquico capaz de albergar parte de una conciencia viva.

El rostro de Eigen mostró una expresión de incredulidad.

—¿Estás diciendo que Zellik se… copió a sí mismo de algún modo en uno de los esclavos mecanizados?

—No en uno. En todos ellos —afirmó Ceris—. Ha fragmentado su mente y ha dispersado las distintas partes entre ellos, igual que si fueran capítulos de un libro. —Se calló un momento y se quedó pensativo—. Si en el futuro llegara a disponer de los elementos suficientes, podría ser capaz de reconstruir su mente y de ese modo… engañar a la muerte.

—Si Zellik controla mentalmente a todos los servidores, ¿por qué seguimos con vida? —quiso saber Kayne al mismo tiempo que lanzaba una mirada nerviosa por encima del hombro hacia el corredor.

—¡No se trata de control! —le explicó Ceris—. Lo ha hecho como un acto de desesperación. Tan sólo quedan algunos fragmentos de él, quizá los

suficientes como para unirse de forma momentánea, pero no los suficientes como para manifestarse por completo.

—Al menos, no todavía —terció Puluo.

Rafen apretó los labios.

—Si Zellik existe en esos… fragmentos, entonces quizá podemos expurgarlo, borrarlo como si fuera una línea de código tóxica.

Ceris asintió.

—Existe un núcleo de voluntad en la red de conexiones que se extiende entre los implantes. Ese es el aspecto más fuerte de su personalidad. Si logramos aislarlo, si matamos al servidor que alberga ese fragmento de Zellik…

—El magos morirá una segunda vez… —dijo Noxx al mismo tiempo que asentía para sí.

Rafen observó atentamente al psíquico.

—¿Puedes lograrlo?

Ceris asintió.

—Puedo hacerlo.

—Entonces, acabemos con él de una vez…

Sin previo aviso, el suelo de la cubierta resonó como si un gigante lo hubiera golpeado con un martillo.

Los objetos que estaban sueltos cayeron al suelo, y las tiras luminosas del techo parpadearon y soltaron una lluvia de chispas. Sonó un gemido retumbante: la torsión del casco de una nave al verse constreñido bajo una presión letal y repentina.

Rafen se tambaleó y se agarró a una viga.

—¡Algo nos ha golpeado!

—¿Zellik? —preguntó Kayne.

Eigen negó con la cabeza.

—Eso ha venido del exterior del casco.

Noxx empuñó el bólter.

—¡Esos híbridos de líctor han venido a por más!

Resonó otro golpe y el Neimos se inclinó con fuerza a babor, lo que les hizo perder el equilibrio de nuevo.

—Estamos a demasiada profundidad para ellos —lo rebatió Rafen—. Esto es algo completamente distinto.



Ocho

Un impulso ondulante recorrió el cuerpo del tiránido, que salió despedido hacia adelante a través del océano negro al mismo tiempo que los tentáculos cubiertos de enorme púas surgían de un modo explosivo de su cuerpo en un movimiento de aprehensión.

La armadura quitinosa de su torso chirrió al rozar con el flanco de estribor del Neimos, y los cromatóforos de la criatura destellaron enrojecidos declarando sus intenciones de ataque. Las extremidades exploratorias del alienígena rodearon y arañaron las placas aislantes antieco y abrieron grandes surcos en su superficie. Las glándulas sensibles a los compuestos químicos de la punta de los tentáculos lo condujeron hasta las escotillas y las compuertas selladas. El tiránido se esforzó por abrir la nave al océano, por desgarrarla y alimentarse de lo que albergaba en su interior.

Aquella entidad depredadora afirmó su presa sobre el sumergible apretando más todavía sus tentáculos duros como el acero. Los ácidos geles venenosos secretados se unían al daño que producían los colmillos metálicos que se esforzaban por clavarse en el casco curvado. El Neimos se retorcía cada vez que la estructura de la nave se combaba bajo los empujones del tiránido.

El suelo de la cubierta retemblaba enloquecido mientras Rafen recorría a la carrera el estrecho pasillo. Se estrelló contra una pared, y la hombrera de la armadura destrozó una pantalla que estaba inactiva. De la caja de conexiones eléctricas dañadas que tenía cerca de la cabeza salió un chorro de chispas, pero hizo caso omiso de aquellos destellos cegadores y echó a correr de nuevo. Oyó voces que le llegaban desde debajo del suelo de rejilla sobre el que corría. Hablaban y gritaban en el tono áspero y enfurecido del lenguaje de batalla. El ángel sangriento dio otros dos pasos y a continuación oyó un crujido estremecedor por encima de la cabeza. Alzó los brazos a tiempo de detener la caída de una tubería rota que le hubiera golpeado en la cabeza y de la que salió un pequeño chorro de aguas residuales. La tiró a un lado y no dejó de avanzar hasta cruzar el umbral de la compuerta que daba a la sala de mando.

En una de las consolas de control se había iniciado un pequeño incendio, y uno de los servidores estaba vertiendo un líquido extintor en las entrañas de la máquina. En todas las demás, las luces de advertencia parpadeaban de un modo ominoso, y la estancia se estremeció cuando otro golpe de refilón impactó contra el Neimos. Las sirenas de alarma no dejaban de resonar como un ensordecedor ruido de fondo.

—¡Informe! —gritó, llamando la atención de uno de los ilotas.

Todos los esclavos mecanizados parecían irritantemente tranquilos ante el estado de la nave, y sus expresiones faciales mostraban la misma relajación que si estuvieran a bordo de un crucero que surcara unas aguas tranquilas como las de un estanque.

—En preparación —le respondió el servidor mientras salía una hoja de papel de una ranura que tenía situada en mitad del pecho—. Estado de alerta. El Neimos ha entrado en contacto con una criatura alienígena.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —Exclamó Noxx, que llegó unos cuantos pasos por detrás de Rafen—. Pues no me había dado cuenta.

La nave resonó de nuevo como el tañido de una campana. El resto de los hermanos de batalla siguieron a Noxx hasta la cámara, y todos ellos mostraban el mismo gesto de irritación ante aquel ataque indigno.

—Observe —le dijo el servidor.

Rafen lo miró con atención y se preguntó que estaría ocurriendo con la gema alienígena que tenía enterrada en su masa cerebral. ¿Estaría parte de la mente de Matthun Zellik allí, en aquel instante, y estaría viendo lo que ocurría? Frunció el entrecejo y desechó la idea. «Los problemas, uno por uno».

El ilota pulsó una serie de teclas de madera tallada y sobre la mesa de mapas apareció un hololito parpadeante. Aparecía y desaparecía, pero la imagen fantasmal era lo suficientemente estable como para que el astartes captara a la perfección a qué se enfrentaban. La pantalla holográfica mostraba una silueta del Neimos obtenida mediante un escaneo de resonancia, y cómo lo rodeaba igual que un amante repulsivo una criatura con forma de bala recubierta de púas y provista de tentáculos y aguijones.

—Por el Trono y la sangre… —musitó Eigen—. Es un kraken.

—No es como el de nuestro planeta natal —le replicó Noxx—. Se trata de un tiránido. No puede ser otra cosa.

Rafen hizo un gesto de asentimiento.

—Es otra forma marina evolucionada, como los tiburones líctor.

—¿No podemos quitárnoslo de encima? —Inquirió Turcio—. ¿No podemos bajar más todavía? Quizá no nos seguirá hasta ahí abajo.

Kayne negó con la cabeza y señaló un gran dial que se veía en el otro extremo de la cámara. La aguja estaba cruzando en esos momentos una franja amarilla y avanzaba con lentitud hacia una señal roja de alarma.

—El indicador de profundidad —le explicó—. Si bajamos un poco más, acabaremos aplastados como un casquillo de munición usado.

—Fijaos en esas placas quitinosas —añadió Gast señalando con el mentón hacia la imagen—. Estoy seguro de que esa bestia monstruosa es capaz de sobrevivir en las profundidades mucho mejor que nosotros.

—Pues entonces, hagámoslo al revés —replicó Turcio—. Que la nave ascienda. Si es un habitante de las profundidades, cuando alcancemos la superficie quizá perderá el interés por nosotros…

Hubo dos impactos simultáneos contra la zona de estribor por la parte de proa, y la torsión provocó que salieran disparadas una serie de tuercas y remaches de la parte interior del casco. Puluo soltó una maldición en voz

baja cuando un panel que estaba cerca de él lanzó un chorro de chispas y se apagó del todo.

—Esa bestia no parece ser de las que se desaniman con facilidad.

Rafen inspiró profundamente, y del corredor le llegó el olor a cables quemados y a agua de mar estancada.

—Nos va a partir por la mitad si no la detenemos pronto.

—El Neimos está armado con torretas de cañones láser —comentó Eigen—. Mohl lo mencionó antes de… —Tragó saliva antes de continuar hablando—: Son láseres de frecuencia verde-azul, modificados para su uso bajo el agua.

—No servirán de nada. Ese monstruo está pegado a nosotros y no podemos dispararle a quemarropa —le respondió Noxx.

—Tendremos que enfrentarnos a este problema de un modo más directo. Cara a cara, me refiero —declaró Rafen.

—¿Ahí fuera? —preguntó Eigen con voz incrédula. El sargento de los Ángeles Sangrientos asintió.

—Ahí fuera —le confirmó.

Noxx cruzó los brazos sobre el pecho.

—Un modo directo de hacerlo. Casi lo apruebo. —Se inclinó hacia Rafen—. Casi. ¿Qué hay de Zellik y todos esos «fragmentos» suyos? No podemos pasar por alto lo que nos ha dicho tu psíquico. Si el fantasma de ese cretino engreído nos acecha en el interior de esta nave, dejaremos la espalda descubierta para que nos aseste una puñalada.

—Es cierto —admitió Rafen—. Por eso tú te llevarás al hermano Kayne y al codiciario Ceris a las cubiertas inferiores del Neimos y encontrarás al huésped donde se esconde la mente de Zellik. Mátalo y acabaremos con ese problema. —Se dio la vuelta antes de que el desgarrador de carne tuviera ocasión de responderle—. Gast, Turcio. Vosotros dos os quedaréis aquí y mantendréis abierto un canal de comunicación. Mantened asegurada esta cámara, cueste lo que cueste.

Los dos astartes asintieron.

Rafen miró a los demás guerreros: Ajir, Eigen y Puluo.

—Los demás vamos a salir a mojarnos los pies.

J

Kayne se colocó en vanguardia y encabezó la bajada por el pozo inclinado de las escaleras. Pasaron de largo por la cubierta secundaria y continuaron hacia los compartimentos de los impulsores. Abandonó la escalera al llegar a la cubierta del reactor, y tuvo que afirmar las piernas cuando el sumergible se estremeció una vez más. Los impactos contra el casco eran más fuertes y se producían con más rapidez a cada momento que pasaba. Sintió cómo lo regaba una neblina de fluido que caía desde una grieta diminuta en el techo de la cubierta. Aquel líquido tenía un fuerte olor a óxido. Era evidente que el casco exterior había quedado perforado en algún punto y que el agua se estaba colando en el interior del Neimos. Siguió avanzando. Si desviaba su atención hacia un problema que no podía solucionar, perdería concentración en la tarea que debía llevar a cabo.

El guerrero miró hacia atrás por encima del hombro y se encontró con los ojos entrecerrados del psíquico. Le dio la impresión de que Ceris estaba mirando directamente a través de él. La matriz cristalina de su capucha psiónica brillaba débilmente en la penumbra húmeda.

A la espalda del psíquico se distinguía la sombra de Noxx. La silueta del desgarrador de carne estaba recortada por el brillo de un lumen de seguridad parpadeante.

—Estad atentos —les ordenó el sargento—. Ese engendro del Mechanicus ya nos ha esquivado durante demasiado tiempo, y quiero matarlo de una vez por todas.

—Por supuesto —le respondió Kayne con convicción.

Ceris habló en voz baja mientras jugueteaba con la joya ensangrentada entre los dedos.

—Está cerca —susurró—. No puede impedirme que vea la red de conexiones. Ha matado, y le ha gustado. No sólo a Beslian.

—¿Mohl? —rechinó Noxx entre dientes.

—Sí —le confirmó Ceris con una voz que sonaba lejana—. Ha corrompido el sacrificio de vuestro hermano de batalla. Lo mató mientras no podía defenderse.

Kayne vio, a pesar de que Noxx iba completamente cubierto por las placas de la armadura de combate, cómo el cuerpo del sargento se ponía tenso hasta quedarse rígido cuando el psíquico dijo aquello. Observó cómo una rabia helada invadía el rostro del desgarrador de carne, una extraña clase de furia que jamás había visto reflejada en los ojos de expresión muerta del astartes.

—Por ahí —les indicó Ceris señalando a la espalda de Kayne, hacia un pasillo envuelto en sombras.

Noxx asintió.

—Cuando encontremos el núcleo de la mente de ese tipo, el golpe de gracia será mío y sólo mío. ¿Entendido? —les dijo.

Ninguno de los dos ángeles sangrientos discutió la orden. Kayne se puso de nuevo en vanguardia y encabezó la marcha a través de la penumbra.

J

Ajir fue el último de los cuatro en llegar a la antecámara de la esclusa de proa del sumergible. La criatura kraken se había pegado a la popa y muchos de sus tentáculos habían rodeado la aleta dorsal, por lo que la compuerta de ese lado había quedado bloqueada. El hangar de desembarco donde habían matado al grupo de líctores era una elección arriesgada, ya que abrir la rampa al mar podría permitirle al monstruo tiránido meter algunos tentáculos para reventar la nave desde dentro.

Rafen revisó a los guerreros uno por uno para comprobar el estado de las armaduras.

—Aseguraos de que las juntas de las piezas están completamente selladas —les ordeno—. Cualquier filtración ahí fuera será igual que un

cuchillo clavado en la carne. Podéis llegar a perder una extremidad antes de conseguir detener la pérdida de presión.

Eigen estaba en cuclillas ocupado con su casco de combate. Recorrió con el dedo una de las capas selladoras del anillo de la gorguera.

—Tendremos que utilizar la atmósfera interior de las armaduras —comentó—. El agua de este mar es demasiado tóxica para que los implantes múltiples de los pulmones saquen oxígeno del líquido.

—No estaremos tanto ahí fuera. No tendremos tiempo de asfixiarnos —le replicó Puluo mientras revisaba el bólter pesado—. Es más probable que nos ahoguemos.

Ajir pensó en ello durante un momento y tuvo que esforzarse para contener un estremecimiento de repugnancia. Ya había combatido en entornos hostiles con anterioridad, en satélites sin atmósfera, o en planetas donde la atmósfera era un concentrado tóxico al que ni siquiera podría sobrevivir un astartes, pero jamás lo había hecho en las profundidades oceánicas. Intentó imaginarse lo que se sentiría cuando la armadura se llenase de aquella agua ácida y turbia, lo que sería caer en las profundidades abisales atrapado en un ataúd de ceramita inundado. Torció el gesto con una mueca de desagrado y volvió a concentrarse en sus armas.

Su bólter era la variante de diseño Godwyn, el tipo de arma más común que se encontraba en manos de miles de marines espaciales repartidos por toda la galaxia. A pesar de ello, el arma de cada guerrero era única en los pequeños detalles. Muchas de ellas tenían varios siglos de antigüedad, y algunas habían pasado de astartes en astartes a lo largo de la vida de un capítulo. El bólter de Ajir era una pieza de color ónice decorada con volutas oscuras semejantes a restos de aceite quemado. La recámara y la corredera estaban cubiertas de cientos de nombres grabados, tanto de hermanos como de batallas libradas, además de frases de plegarias de combate y de votos sagrados. Comprobó la munición del cargador curvado. Los proyectiles explosivos no eran tanto una bala como un cohete en miniatura. Cada uno contenía dentro del casquillo una pequeña cantidad de un compuesto oxigenado de ignición. Gracias a ello, el bólter era capaz de disparar sus mortíferos proyectiles en cualquier situación, ya fuera en el vacío del

espacio o, como ocurría en aquel momento, en un entorno de fluido. Ajustó con rapidez el punto de mira de hierro y la bocacha amortiguadora del retroceso. El agua frenaría mucho la velocidad de los proyectiles y el alcance del arma, y tendría que compensarlo. La cubierta ya no dejaba de moverse, igual que el suelo de una Thunderhawk en pleno vuelo de ataque. Ajir se esforzó por mantenerse concentrado y no hacer caso de los gemidos metálicos del casco. En aquel punto se encontraban cerca de la cubierta exterior del Neimos, y tan sólo unas pocas capas de plastiacero y de ceramita los separaban del denso océano.

—En cuanto salgamos de la esclusa exterior activad las placas magnéticas. —Rafen se dio un par de golpes suaves en la punta de la bota y se oyó un tintineo apagado—. Con eso lograréis manteneros pegados al casco, pero también os hará ser más lentos. —Entró en la esclusa abierta y regresó con un cable—. Poneos uno de éstos y comprobad el de vuestros hermanos de batalla. Si uno de nosotros se despega y se cae, podremos traerlo de vuelta.

El sargento desenvainó la espada de energía y lanzó un mandoble para probar el arma.

Puluo se acercó al grupo con un contenedor hexagonal. Abrió la tapa y les ofreció el contenido como si se tratara de un bocado de un alimento exquisito.

—Rompecascos. Aquí tenemos suficientes como para convertir en cebo para peces a ese monstruo.

Ajir alargó un brazo y tomó una de las cargas explosivas. Se trataba de una versión modificada de las típicas granadas perforantes, con los detonadores preparados para ser aplicados directamente al casco de cualquier nave enemiga. Cuando alzó la mirada, vio que los demás guerreros lo estaban esperando, con el casco ya en la mano.

El casco de la nave vibró de nuevo, y los temblores llegaron hasta la suela de las botas de Ajir para luego transmitirse a los huesos.

Rafen los miró a todos uno por uno.

—Mantened la tranquilidad. No luchéis contra la fuerza del agua, eso sólo os cansará más todavía. —Se llevó el casco a la cabeza con una sola

mano y se lo colocó—. Medid bien los disparos —continuó diciendo, y la voz les llegó a través del comunicador—. Que cada proyectil sirva de algo.

Ajir y los demás se colocaron el casco y luego entraron en la esclusa. Eigen fue el último en hacerlo, y tiró de la pesada compuerta interior para cerrarla.

Rafen le hizo un gesto de asentimiento a Puluo, y el marine devastador apretó con la palma de la mano un botón rojo de gran tamaño. Un instante después, un diluvio semejante a un millar de martillazos los golpeó cuando el mar entró rugiente para inundar la cámara.

Gast apartó la mirada de la runa roja que brillaba en el panel indicador de bordes metálicos pulidos.

—La esclusa delantera está abierta.

Turcio soltó una larga exhalación mientras movía los dedos sobre la empuñadura del bólter apretando con fuerza.

—Activa el ciclo automático. Cierra en cuanto hayan salido de la nave.

—¿Es buena idea? ¿Y si tienen que retroceder? —le preguntó el desgarrador de carne.

—Cualquier compuerta que dejemos abierta será una ruta de entrada para ese horror. Ellos lo saben —le contestó Turcio.

Gast frunció el entrecejo. El ángel sangriento tenía razón. Se volvió de nuevo hacia el panel y activó de forma manual el control remoto de la compuerta, pero no vació de agua la esclusa estanca.

Turcio estudió con atención la parpadeante imagen verde de la proyección hololítica. Siguió con la mirada las líneas que formaban los largos tentáculos del tiránido y en su rostro apareció un gesto de preocupación. Oyó los impactos lejanos que sonaban en la popa de la nave.

—El kraken… ha metido varios tentáculos en el anillo de impulsión. Creo que está intentando parar las hélices.

El clérigo guerrero se acercó hasta ponerse a su lado.

—Deben atraerle la vibraciones… —Se quedó callado cuando se le pasó por la cabeza una idea preocupante—. O quizá se trata de algo deliberado.

—Los tiránidos no son más que animales alienígenas —le replicó Turcio—. Sí, son astutos, pero no son más que bestias.

Gast negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Qué pasa si esa bestia de ahí fuera es inteligente?

—¿Qué es lo que te hace creer eso?

El astartes se quedó mirando las imágenes del cefalópodo serpenteante.

—No puedo quitarme de la cabeza la sensación de que este monstruo sólo está jugando con nosotros.

J

Puluo salió de la esclusa y el plano de su percepción cambió por completo. Pasó de encontrarse en el interior horizontal de la cubierta del Neimos a la superficie inclinada del casco del sumergible. La penumbra en el exterior era más profunda de lo que se había esperado. El espeso líquido de color óxido que formaba los mares del planeta reducía la visibilidad a prácticamente la distancia del combate cuerpo a cuerpo. Los pequeños focos que llevaba acoplados en los laterales del casco se activaron y proyectaron unos conos difusos de luz delante de él, pero apenas mejoraron la situación.

Sus botas resonaron con un ruido sordo contra el casco negro y gris. La superficie se curvaba a su derecha y a su izquierda hasta desaparecer. Puluo sintió el movimiento de la nave a través del agua. Estaba encarado hacia popa, y la presión del flujo provocado por el avance lo empujaba de forma constante por la espalda. Sin las placas magnéticas de las botas ya habría salido despedido hacia popa con el cable que lo unía a la nave serpenteando a su espalda. Dio otro paso y notó la resistencia del agua en todos los movimientos que hacía. El astartes oyó el océano a su alrededor. Era un

retumbar sordo y lento pero continuo que se parecía mucho al palpitar de la sangre en los oídos. Se sintió completamente solo durante unos instantes, pero luego oyó el chasquido del comunicador y la voz de Rafen.

—¡Allí, a popa! ¿Lo veis?

El sistema óptico del casco de Puluo soltó una serie de chasquidos cuando intentó mejorar la imagen, y, de repente, lo vio. Tan sólo fue un atisbo del monstruo, una sombra enorme y acechante a media distancia. Se había pegado a lo largo de los timones de dirección del sumergible, y aunque el marine espacial no logró distinguir los detalles, sí que fue capaz de calcular su tamaño. El kraken se alzaba por encima de él como una nube de tormenta lejana, y Puluo alzó el bólter pesado. Las distancias eran engañosas allí abajo, y la criatura daba la impresión de encontrarse a kilómetros de distancia. Se concentró en las minúsculas partículas de restos que flotaban en el agua a su alrededor y utilizó sus movimientos para calcular el disparo.

Algo que se acercaba a ellos brilló con un resplandor rojo cereza, parecido al del metal recién forjado.

—Creo que nos ha visto —dijo Eigen.

La forma se acercó más y vieron lo que parecía ser una cabeza de cobra que remataba un grueso tentáculo serpenteante de carne musculosa. Bajo la luz de las lámparas del casco tenía un color blanco cadavérico, y estaba cubierto de ventosas más grandes que la cabeza de un ser humano. El brillo rojo procedía de una mancha fosforescente que se encontraba en la punta del inmenso tentáculo.

Puluo aferró con firmeza el bólter pesado y, tras apoyarlo en la cadera, lanzó una ráfaga de tres disparos. El débil retroceso del arma lo presionó un poco más contra la corriente mientras veía las estelas que dejaban atrás los proyectiles. Todo parecía moverse a cámara lenta… todo menos el enorme tentáculo serpenteante del kraken. Dos de los tres disparos fallaron su objetivo, pero el tercero impactó y el tentáculo se estremeció de dolor. Eigen y Ajir empezaron a disparar siguiendo el ejemplo de Puluo.

—¡Avanzad! —ordenó el sargento. La hoja de su espada de energía, que ya había activado, estaba rodeada de un halo de burbujas—. ¡Avanzad y

atacad a cualquier objetivo que se os presente!

A Puluo no le hizo falta más. Se movió con rapidez mientras se ajustaba a aquel extraño terreno de combate, y avanzó con pasos firmes y precisos. Disparó mientras lo hacía, y fue el primero en causar daños al enemigo cuando el tentáculo musculoso se partió. Un gran chorro de sangre oscura surgió de la herida y se disolvió en volutas en el océano.

Un gemido bajo y hueco reverberó por el agua. El tono del aullido fue tan profundo que Puluo lo sintió en el interior de la caja torácica.

—Has llamado su atención, hermano —le dijo Ajir.

Puluo asintió con lentitud, y un puñado de discos rojos brilló con más fuerza y se hizo más visible en aquella penumbra. El color se intensificó a medida que el gemido aumentaba de potencia, y entonces les pareció que más partes de aquella gigantesca sombra se separaban para acercarse a ellos.

—¡Ahí vienen! —advirtió Eigen.

Era fácil pensar que aquellos ataques los realizaban varios enemigos, no uno solo. Los tentáculos musculosos, veloces como látigos, se lanzaron a por ellos, aparentemente cada uno por su cuenta. La masa principal del cuerpo del kraken se perdía en las sombras y parecía no tener nada que ver con el ataque, pero era peligroso pensar de ese modo. Puluo se recordó a sí mismo que cada una de aquellas extremidades no era más que una parte de un enemigo de tamaño mucho mayor, y que todas atacaban al unísono impelidas por una única mente depredadora.

Dispararon de nuevo, y los proyectiles se movieron con una lentitud desesperante. El astartes distinguió el brillo de la espada de Rafen al golpear un tentáculo. El arma abrió un tajo en aquel apéndice, del que brotó un chorro de sangre oscura.

Entonces, y por primera vez, el sargento alzó el rifle de plasma y abrió fuego. La zona que rodeaba a los guerreros quedó iluminada durante un breve momento por un brillo tremendamente intenso que generó un bosque de sombras. Un rayo de plasma ardiente abrió un canal de agua evaporada en su camino hacia el objetivo, y durante una fracción de segundo, Rafen

desapareció en el interior de una cápsula formada por agua en ebullición cuando el desplazamiento de calor provocado por el arma lo envolvió.

Otro tentáculo se retiró con la punta fundida y desgarrada. El kraken emitió otro aullido subsónico.

—¡Seguid atacando! —gritó el sargento.

J

Aparte del centro de mando situado dos cubiertas por encima, la zona de motores era la que albergaba la mayor concentración de esclavos mecanizados, y no era de extrañar. Se encontraba en mitad del Neimos, rodeada de una protección mucho mayor que cualquier otra parte de la nave. El corazón y el alma del sumergible residían en el interior de una enorme esfera blindada.

Ceris miró un momento hacia el módulo, y se sintió atrapado durante un segundo por las hileras de luces que subían y bajaban por las columnas refrigeradoras que lo rodeaban. Era un reactor de fusión. Tras aquellas planchas de titanio y de aleaciones hiperdensas ardía una ascua de fuego cósmico. Era una estrella en miniatura, encadenada a aquel lugar para proporcionar energía a los impulsores y a los sistemas internos del Neimos. El reactor debería haber sido atendido por un pequeño destacamento de visioingenieros, pero las circunstancias especiales de aquella misión obligaban a que en aquel compartimento sólo hubiera servidores.

La mirada penetrante del psíquico recorrió los rostros fofos de expresión vacía de los esclavos mecanizados mientras éstos seguían cumpliendo sus tareas, sin que al parecer fueran conscientes de que el sumergible estaba siendo atacado. De vez en cuando, una de las tremendas sacudidas que hacían retemblar a la nave hacía perder el equilibrio a uno de

los ilotas y lo derribaba convertido en un guiñapo cubierto por una túnica, pero luego simplemente se levantaban y volvían a su puesto.

Noxx, que se encontraba al lado de Ceris, habló apuntando con el bólter a la altura de la cara.

—¿Está aquí?

El psíquico bajó la mirada hacia la gema psíquica alienígena, que todavía llevaba en la mano. Le pareció distinguir un leve brillo esmeralda detrás de las runas, aunque quizá tan sólo se trataba del reflejo de la escasa luz sobre la joya. No tuvo claro qué era. Pero sí había algo de lo que estaba seguro.

—Lo está —contestó con un gesto de asentimiento—. He captado el olor de su mente. Deja un rastro.

Los susurros que salían de la gema, que parecía hablarle de igual a igual, lo habían llevado hasta allí, hasta aquella cámara.

Kayne tiró del cerrojo de la recámara del bólter.

—¿Cuál es? —preguntó al mismo tiempo que describía un arco con el arma apuntando sucesivamente a los distintos servidores.

Había bastantes de ellos. Ceris captó los débiles centelleos de energía mental que se producían en las cabezas de los servidores. Eran unos destellos tan leves que apenas se podían sentir a menos que uno se concentrase por completo. La psique troceada de Zellik había teñido todas aquellas mentes, y la mancha que representaba el implante alienígena, aunque imprecisa, era perfectamente visible para sus sentidos sobrenaturales, igual que una mancha de aceite flotando sobre el agua.

Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de contestar, Noxx respondió por su cuenta.

—Los mataremos a todos. No correremos ningún riesgo. Ceris negó con la cabeza.

—No, mi señor. No podemos dispararles a todos al mismo tiempo. Si matamos al que no es, le daremos a la esencia de Zellik el instante que necesita para recolocarse en la mente de otro huésped. —Empezó a sonar el aullido de una alarma cuando un gran chorro de líquido salió a presión de una válvula sobrecargada. Un puñado de servidores se apresuraron a

resolver el problema—. Su psique apenas conserva coherencia alguna. Ha perdido buena parte de su ser. Lo único que queda del magos ahora mismo es su odio y su ansia de venganza. Debemos estar seguros de acabar con el ilota en el que se está escondiendo su espíritu. De otro modo, huirá a otro servidor a través del implante y tendremos que empezar de cero.

—Pues entonces, encuéntralo de una vez, y procura estar seguro —bufó Noxx entre dientes—. Me debe una vida, ¡y por Seth que me cobraré en sangre esa deuda!

El psíquico levantó la mano para ponerse la gema a la altura de los ojos y miró en sus profundidades. El miasma telepático embriagador que envolvía al artefacto alienígena le provocó un escalofrío en la piel, y juró que cuando acabara con aquel asunto, o mejor dicho, si sobrevivían al ataque del kraken, se corrigió a sí mismo, se retiraría a realizar el ritual de purgación y a purificar su mente de la exposición a aquella joya alienígena. Le resultaba incomprensible que ningún ser humano, ni siquiera uno mecanizado a medias como el magos Matthun Zellik, se hubiera prestado de forma voluntaria a que su mente entrara a formar parte de aquel artefacto alienígena. Resultaba más que evidente que el miedo a la muerte que sentía el magos había superado cualquier devoción al Imperio que sintiera en el pasado. A pesar de todos los juramentos que había realizado, el miedo a la muerte lo había convertido en un hereje. Además de condenarse para toda la eternidad a los ojos del Dios Emperador, Zellik había condenado a toda su legión de servidores a la muerte por su culpa. Pensó que deberían ocuparse de aquel asunto más tarde. Habría que acabar con todos los servidores una vez cumplieran la misión.

Sin embargo, en ese preciso momento lo que tenía que hacer era encontrar a un cobarde. Se preparó mentalmente y clavó una cuchilla de energía psíquica en la gema, y captó una vez más la red de conexiones que había entre las mentes titilantes de los esclavos tecnómatas.

Percibió la esencia de Zellik de inmediato. Impregnaba el aire. Aquel rastro de su traza mental flotaba como un humo espeso por doquier, aunque invisible para todos aquellos que no poseyeran la visión psíquica. Lo que

quedaba de la psique desgarrada del magos estaba compuesto de rabia y de terror.

Además, era más fuerte de lo que se esperaba Ceris. Nada más darse cuenta de su error, el psíquico se maldijo a sí mismo por su arrogancia mientras sentía el cambio en el campo psiónico de la cámara.

—¿Cuál de ellos es? —le preguntó Noxx, que estaba perdiendo la paciencia, con un siseo.

Las mentes de todos los ilotas presentes en la cámara: los que se encargaban de la tubería con la fuga, los que estaban sentados en las consolas de control del reactor, los encargados de los sistemas de advertencia y los operarios de las columnas refrigeradoras, se apagaron y permitieron que los pensamientos de Matthun Zellik se sobreimpresionaran sobre los suyos propios.

—Os odio —susurró uno de ellos al mismo tiempo que empuñaba una llave de tuercas con actitud amenazadora—. Os odio.

Todos movieron los brazos y se unieron al coro de susurros sibilantes cargados de odio.

Ceris miró a Noxx.

—Todos ellos —le contestó por fin.

Un esclavo mecanizado con unos bulbosos brazos de carga de acero acanalado caminó tambaleante hacia Kayne sin dejar de parlotear cada vez con más fuerza.

El marine espacial le disparó una vez en el pecho, y aunque el servidor se paró un momento y se tambaleó, no se detuvo. Un instante después, todos los ilotas empezaron a gritar.

Fue igual que si alguien hubiera pulsado un interruptor. Turcio y Gast se encontraban uno enfrente del otro a cada lado de la mesa de mapas, y los servidores estaban ocupados con sus quehaceres, y al momento siguiente el puente de mando estalló en una barahúnda de gritos y de movimiento.

Todos los esclavos mecanizados, de todas y cada una de las consolas y puestos de control, dejaron sus tareas y se dieron la vuelta para mirar a los marines espaciales. Inmediatamente empezaron a gritar con las manos y los manipuladores levantados.

—Os odio. Os odio os odio os odio os odio os odio…

Sus rostros flácidos, que normalmente no mostraban expresión alguna, estaban desfigurados por una rabia primigenia. Salieron corriendo y tropezaron con todo en su afán por llegar hasta los marines espaciales.

Turcio conocía muy bien el aspecto del ansia de matar. Lo había visto muchas veces en los rostros de sus enemigos. Alzó el bólter, y los pistones de su brazo biónico se ajustaron de inmediato y de forma refleja en la posición de disparo… Y entonces dudó. Habría abierto fuego sin pensárselo en cualquier otra parte de la nave, pero allí, en el puente de mando, estaban rodeados de sistemas vitales, incluidos los cogitadores y los motores de cálculo que se encargaban de hacer funcionar todos los elementos básicos de la nave. Incluso en el caso de que consiguiera un impacto directo, el proyectil de bólter traspasaría el torso de cualquiera de aquellos ilotas y seguiría su recorrido para destrozar todo lo que encontrara a su paso.

Cambió la posición del arma en el último momento y golpeó con la culata la cara del miembro más cercano de aquella horda enloquecida. El hueso y la plata chasquearon al partirse, y la sangre salió a chorros de la nariz del servidor como si fuera un abanico carmesí. El ilota se desplomó en el suelo, muerto al instante por un fragmento de cráneo que se le había clavado en la materia gris.

Al otro lado de la mesa, Gast alzó el guantelete y golpeó a un tecnómata que lo estaba agarrando de los brazos. La hoja afilada del reductor que sobresalía de la parte inferior de aquel guante blindado perforó el pecho del servidor, quien soltó una tos ahogada y empezó a vomitar una espuma rosácea. Gast le propinó un puñetazo para apartarlo y luego desenvainó su cuchillo de despellejar de borde serrado con un movimiento veloz y fluido.

—¡Por la sangre! —Exclamó el clérigo sanguinario con un gruñido—. ¡Es un motín!

Turcio dejó que el bólter quedará colgando de la chicha del hombro e imitó al desgarrador de carne desenvainando su propio cuchillo de combate.

—No podemos matarlos… La nave…

Otro ilota lo atacó murmurando la rabia que lo poseía, y el ángel sangriento lo dejó fuera de combate con el pomo del cuchillo.

—¡Puede que non os dejen otra elección! —replicó Gast a gritos para hacerse oír por encima del coro de gritos cargados de intenciones mortíferas.

Los servidores se agruparon delante de ellos para formar una serie de filas ordenadas y dejaron de cumplir todas las tareas que tenían programadas. Turcio retrocedió sin tener muy claro cómo debía actuar y, en ese momento, sintió una viga a su espalda. Los ilotas los habían hecho retroceder hasta una esquina.

Gast señaló en dirección a un puesto de control.

—¡El timón!

Los mandos se habían quedado sin nadie que los controlara, por lo que el timón se movía sin gobierno alguno. Turcio vio cómo la caña se movía de un lado a otro con cada sacudida que le propinaba el kraken. El suelo de la cubierta se fue inclinando más y más a cada momento que pasaba. El astartes alzó la mirada y vio que el indicador de profundidad vibraba y que la aguja comenzaba a moverse con rapidez. Sin control alguno, el sumergible entró en un peligroso descenso en espiral.

J

Eigen notó el cambio de situación de inmediato, en cuando la corriente lo azotó desde otro punto de la armadura.

—La nave… ha cambiado de rumbo.

El desgarrador de carne oyó a Ajir llamar a sus hermanos de batalla por el comunicador.

—Turcio, responde. ¿Qué está pasando? ¿Turcio? ¿Gast? El astartes captó a través del canal abierto del comunicador el chasquido del acero al chocar contra el acero y el débil aullido de unas sirenas.

—No podemos volver —restalló la voz de Rafen por encima de toda aquella confusión—. Tened confianza en que nuestros hermanos de batalla mantendrán a salvo la nave. Nosotros ya tenemos nuestro objetivo, ¡y no podemos detenernos!

El desgarrador de carne miró a lo largo de la línea que formaba el casco y vio la silueta del sargento de los Ángeles Sangrientos que le indicaba por gestos que siguiera avanzando. El arco luminoso que trazaba su espada de energía dejaba a su paso un estandarte luminoso de agua hirviente que seguía a la hoja del arma.

—¡Adelante! —gritó Puluo para dar apoyo las órdenes del sargento.

Eigen apretó los dientes y obedeció. Cada paso que daba le suponía un esfuerzo tremendo, y notó cómo sus músculos se tensaban. Había sido entrenado para combatir en muchas condiciones. Había luchado en los pantanos de Cretacia con unos pesos atados a las piernas, y hasta se había enfrentado en combate cuerpo a cuerpo en espacios sin gravedad o sin atmósfera. Aquello no era muy diferente. Recordó las palabras de Amit, el primer señor del capítulo, unas palabras que le habían inculcado desde que era un simple iniciado: «No existe campo de batalla alguno que no podamos dominar. Somos los señores de todas las guerras». Aquella máxima le proporcionó la concentración que necesitaba, y siguió avanzando.

Sin embargo, lo cierto era que luchar pegado al casco de una nave, bajo la enorme presión del océano, no se parecía en absoluto a nada de lo que hubiera hecho antes.

El extraño eco de los ruidos subsónicos arrastrados por las tremendas corrientes de agua lo golpeaba y le hacía difícil apuntar con precisión. Ya se estaban acercando a la masa principal del kraken, y los enormes brazos tentaculares seguían golpeando una y otra vez por encima de sus cabezas el casco del Neimos.

Distinguió con más claridad el cuerpo giboso del monstruo tiránido, iluminado de forma estroboscópica por los disparos de energía hirviente del rifle de plasma del sargento Rafen. Puluo lanzó varias cargas rompecascos a la rápida corriente para dejar que fuera el propio océano quien llevara los explosivos hacia la bestia.

Se dio cuenta en ese momento de que lo que él había creído que eran flujos de agua con un mayor grado contaminación eran, en realidad, los chorros de sangre alienígena que salían de las heridas abiertas en los flancos cubiertos por gruesas placas quitinosas del monstruo.

Del torso de la criatura surgieron una serie de extremidades de menor tamaño, pero éstas se parecían más a unas grandes garras de hueso. Atravesaron cortantes el agua dejando tras de sí una estela formada por el rastro de fotoplancton luminoso.

Le llegó el eco resonante de una ráfaga de disparos de gran calibre, y vio por la esquina del visor que Puluo estaba disparando con el bólter pesado contra una extremidad serpenteante que había aparecido a la espalda del grupo. La puntería del guerrero fue certera, ya que había conseguido aprender a calcular las distancias en aquel entorno, como todos ellos, y el tentáculo se despedazó en mitad de un remolino de sangre.

—¿Cómo mataremos a este engendro? —preguntó Ajir, jadeante.

—Nos acercaremos más —le respondió Rafen con la voz exaltada por la furia del combate—. ¡Lo cegaremos, lo asfixiaremos, le dispararemos hasta que muera si es lo que tenemos que hacer! ¡No pienso permitir que esta monstruosidad alienígena impida el cumplimiento de nuestra misión!

Eigen asintió con energía.

—¡Sí, señor!

Dio varios pasos con esfuerzo, y sus botas resonaron contra el casco mientras avanzaba con el bólter por delante. Apuntó el arma contra las manchas fosforescentes del pellejo del kraken, y la bestia reaccionó con otro chillido subsónico cuando los proyectiles impactaron.

—¡A tu derecha! —gritó alguien.

Eigen oyó un instante después que Ajir gritaba su nombre para avisarlo. Se volvió justo a tiempo de ver una línea de púas atravesar el agua en dirección a él por encima de la curvatura del casco del Neimos. Las garras extendidas abrieron un surco de bordes irregulares en la cubierta negra y gris de las placas antieco. Eigen reaccionó de inmediato y se arrojó hacia un lado, pero aquel reflejo de tirarse al suelo para rodar resultó equivocado en aquellas circunstancias, ya que sus botas magnéticas fijadas al casco se

resistieron al movimiento. Intentó recuperar su posición, pero ya era demasiado tarde y el extremo del tentáculo, con forma de garrote cubierto de púas, le dio de lleno. Los aguzados pinchos desgarraron la ceramita y atravesaron las capas de plastiacero y de otros metales flexibles. Eigen cayó hacia atrás bajo la fuerza del golpe, pero no se separó de la cubierta del sumergible. Movió los brazos como las aspas de un molino y, con un tremendo grito por el esfuerzo, se puso de nuevo en pie y en posición de combate. Sin embargo, la mortífera extremidad del kraken ya se alejaba serpenteando.

Fue entonces cuando notó que se quedaba sin aire al sentir un puño helado en las entrañas, y un tremendo frío se le extendió con rapidez por todo el torso. Durante un momento se temió que aquello fiera el trauma producido por una herida perforante, o que quizá se tratase incluso de alguna clase de veneno que aquella bestia hubiera conseguido inyectarle…, pero un instante después vio la columna de burbujas que ascendía desde la grieta que tenía en la placa pectoral. Le llegó el olor a óxido y a sal de agua marina estancada: la armadura se le estaba llenando de aquel espeso líquido contaminado.

J

—¡Siguen insistiendo! —gritó Kayne al mismo tiempo que le volaba la cabeza de un disparo a uno de los servidores encargados de las barras de refrigeración del núcleo. El eco de los estampidos resonó por toda la cubierta de motores—. ¡Tienes que parar esto!

Ceris le propinó un puñetazo a un tecnómata equipado con una garra en forma de pinza en el lugar del brazo. Intentó derribarlo con aquel golpe, pero sólo logró que el ilota trastabillara y se quedara temblando. El esclavo

mecanizado se recuperó en seguida y se dispuso a atacarlo de nuevo. La sangre y los fragmentos de hueso salieron disparados en una explosión letal cuando un proyectil impactó en su espalda y lo mató de forma instantánea.

Noxx alzó de nuevo el bólter con el cañón humeante mientras mantenía a raya a un servidor con la mano que venía libre.

—¡Ya has oído al muchacho! —le gritó el veterano—. Si esto mismo está ocurriendo por toda la nave…

—¡Lo haré! —lo cortó en seco el psíquico.

Kayne se preguntó cómo iba a hacerlo exactamente, aunque un momento después pensó que lo cierto era que, en realidad, no quería saberlo. La extraña magia de la disformidad lo inquietaba, y descubrió que le resultaba difícil mantenerse tranquilo al lado de alguien que estaba a pocos pasos de ser un hechicero y que, además, llevaba puesta una armadura de marine espacial. Ceris intercambió una mirada con él, y Kayne se preguntó si el otro guerrero le habría leído el pensamiento.

Ceris cerró los dedos alrededor de la gema alienígena que Gast había extirpado del cerebro del servidor muerto, y se le escapó un jadeo. De inmediato, una luz verdosa y fantasmal surgió de las rendijas entre los dedos, y las líneas cristalinas que cubrían la capucha psíquica del codiciario relucieron cargadas de energía con una luz blanco azulada.

—Os odio —gritaron los esclavos mecanizados mientras avanzaban—. Os odio. Os odio. Os…

El silencio cayó como un hachazo, de forma repentina y sin previo aviso. Durante un largo instante, lo único que Kayne fue capaz de oír fue el débil aullido de las sirenas de alarma y los gemidos del casco torturado.

Ceris dio un paso hacia el interior de la cámara y avanzó a través de los ilotas, que se habían quedado inmóviles como estatuas. Todos los esclavos mecanizados se quedaron donde estaban, aunque se estremecían como si se estuviesen rebelando contra la fuerza que los había dejado inmovilizados con aquella parálisis repentina. Kayne vio que el psíquico tenía la frente cubierta de sudor y los ojos entrecerrados. El aire quedó cargado de una sensación eléctrica y oleosa que hizo que a Kayne le chirriaran los dientes. Era el resultado de la tremenda energía telepática que llenaba la estancia.

Ceris alzó con un enorme esfuerzo la mano en la que sostenía la gema reluciente y alargó el brazo para señalar con el puño.

—Puedo sentirlo. Está ahí.

Vieron a un servidor que se encontraba solo. Se trataba de un modelo de capataz construido para dirigir a los ilotas encargados de las barras de refrigeración. El servidor se tambaleaba y trastabillaba. Se movía como si el aire fuese en realidad un aceite espeso del que fuera incapaz de librarse. El esclavo mecanizado se dirigió hacia Ceris con las manos extendidas como si fueran garras, sin dejar de gemir y gruñir. A Kayne le pareció ver un destello verdoso en el fondo de los ojos ciegos del ilota. Los músculos de la cara no dejaban de retorcérsele y deformársele, y durante un momento tomaron la forma de una máscara plateada que había visto flotando en la proyección holográfica del Arqueocohorte.

El servidor echó la cabeza hacia atrás y habló con el mismo repiqueteo que produciría al emitir una tarjeta perforada.

—¡Pagaréis por lo que habéis hecho! —La voz era chasqueante e irregular—. ¡Os haré pagar a todos y cada uno de vosotros!

—Está intentando… huir —dijo Ceris esforzándose por hablar—. Cambiar a… otro huésped. —La gema brillo con un destello palpitante—. ¡Acabad con él!

Kayne apuntó con el bólter, pero lo que vio hizo que se detuviera. Alrededor de la cabeza del servidor aullante se veía un fantasma, una imagen difusa del rostro aullante del magos Zellik que brillaba levemente como una aurora boreal. Mientras lo miraba, unos diminutos puntos luminosos de color verde se formaron en el aire y se unieron al fantasma. Eran los fragmentos de la psique destrozada de Zellik que se estaban reuniendo, quizá en un último intento desesperado por resistir la voluntad del psíquico.

—¡Hacedlo ya! —gritó Ceris.

—¡Os… lo… haré… pagar! —gritó aquella voz estrangulada, pero antes de que pudiera hablar de nuevo, una figura surgió de la penumbra detrás del ilota y se vio el destello del acero reluciente.

La punta de un cuchillo serrado surgió por la boca abierta del servidor. El hermano sargento Noxx se inclinó un poco más y empujó el arma a través de la nuca del esclavo mecanizado. Kayne oyó el sonido repugnante del hueso al partirse, y después un segundo chasquido, semejante al del cristal al quebrarse.

El ilota vomitó un chorro de sangre negra y trozos de la gema rota. El fantasma aullante soltó un chillido final antes desvanecerse y quedar convertido en nada. Noxx torció la muñeca con un movimiento salvaje y sacó el cuchillo del cadáver para luego escupir al cuerpo cuando se desplomó.

—Eso va por Mohl, por Sove y por todos los demás —dijo con los dientes apretados—. Esta vez estás definitivamente muerto, gusano despreciable.

Ceris asintió con gesto lento y dejó caer al suelo la gema psíquica. Todavía jadeante por el esfuerzo, pisó la joya de color esmeralda y la convirtió en polvo bajo la bota. A Kayne le pareció oír un grito lejano, pero se desvaneció de inmediato.

Los servidores que los rodeaban por todos lados se dieron media vuelta y volvieron con paso lento a sus puestos de control sin hacer caso de los astartes, como si no estuvieran allí.

J

Rafen vio cómo Eigen sufría el golpe del kraken y soltó una maldición al ver tambalearse al desgarrador de carne. Captó una figura difusa de color rojo que se acercaba al guerrero desde otro punto del casco, aunque la densa penumbra del agua le impidió saber si se trataba de Ajir o de Puluo. El

sargento siguió avanzando, seguro de que cualquiera de sus hermanos de batalla ayudaría al guerrero herido.

Se encontraba ya junto a los flancos temblorosos del monstruoso tiránido, y los gruesos cilios de la bestia marina lo atacaron como si fueran una tormenta de látigos. Dejó el rifle de plasma en la funda y se concentró en repeler el ataque con la hoja reluciente de su espada de energía. Detuvo los golpes y lanzó tajos contra aquel amasijo de extremidades ondulantes convirtiéndolas en jirones de carne pastosa. Las vibraciones procedentes de la garganta resonante del kraken lo sacudieron, y aquel sonido provocado por el dolor de la bestia lo hizo sonreír con ferocidad.

Una garra afilada como una hoz atravesó el agua emitiendo un zumbido en un tajo vertical descendente que le habría perforado el casco y atravesado hasta el pecho si no se hubiese apartado en el último momento. Tras aquel ataque, sintió un fuerte tirón a la altura del abdomen que casi le hizo perder el equilibrio, y tuvo que esforzarse para no caer. De repente, la fuerza que tiraba de él desapareció y retrocedió tambaleándose a lo largo de las placas del casco con las botas resonando con fuerza. Algo largo y sinuoso le pasó cerca del rabillo del ojo, y alargó una mano para agarrarlo. El guantelete se cerró alrededor de un trozo de cable, con el extremo desgarrado. Era su amarre de seguridad.

—No importa —dijo en voz alta, y soltó el cable.

La criatura se movió y su cuerpo pasó deslizándose al lado de Rafen. El sargento vio un punto donde las ráfagas del bólter pesado de Puluo habían abierto una brecha en el pellejo blindado del monstruo, y también vio que lo que había debajo era carne pálida. Sin dudarlo ni un instante, el ángel sangriento lanzó un fuerte tajo hacia arriba y hundió profundamente la espada en el cuerpo del kraken. Mientras el monstruo aullaba de dolor, Rafen cogió una rompecascos del cinturón y la hundió con fuerza en el interior de la herida abierta y supurante.

El kraken giró y se estremeció. Unos instantes después, resonó el eco de una explosión, y una enorme esfera de espuma roja y negra se alzó por encima de la cabeza de Rafen. El choque hidrostático lo azotó, pero logró

soportarlo, y alargó una mano para sacar el rifle de plasma de la funda y empuñarlo de nuevo.

El monstruo retrocedió y se apartó del casco. Los gigantescos tentáculos comenzaron a liberar a la nave. Rafen vio por primera vez la boca del engendro tiránido. Era un abismo negro rodeado de cientos de colmillos aguzados como espadas que se movían y entrechocaban chasqueando entre sí. En las múltiples encías habían quedado atrapados trozos de carne en descomposición; los restos de su última comida. El leviatán se alzó, inmenso, por encima de los débiles haces de luz de los focos del casco, y de improviso, aquel túnel negro y mortífero se expandió hasta cubrir todo su campo de visión. Aquellas fauces gigantescas iban a devorarlo de un solo mordisco, se lo tragarían entero para que bajara hasta el final del gaznate del monstruo, donde los ácidos corrosivos y los huesos despedazadores destrozarían al marine espacial.

Una placa quitinosa tan grande como la escotilla de un Rhino se movió en uno de los costados del kraken mientras se le echaba encima, lo que dejó al descubierto una córnea vítrea y un ojo rebosante de odiosa maldad alienígena.

Rafen comprendió en el breve espacio de tiempo entre los latidos de sus dos corazones lo que ocurría: la bestia quería verlo. El monstruo alienígena quería mirar mientras devoraba a la criatura humana que se había atrevido a desafiarlo.

—No va a ser hoy —le dijo a la bestia, y alzó el rifle de plasma.

El disparo del arma generó un gorgoteo rugiente de fluidos sobrecalentados. El agua marina que rodeaba la bocacha del cañón quedó convertida instantáneamente en grandes burbujas gaseosas cuando el rayo de plasma salió para abrasar el ojo del kraken.

Un chorro caliente de sangre alienígena y de líquido hirviente envolvió a Rafen, y lo que siguió fue un gemido aullante en una escala subsónica tan baja que hizo que le vibraran los huesos y se le retorcieran las entrañas. Preso de un frenesí enloquecido a causa de aquel nuevo dolor agónico, el tiránido se apartó por puro reflejo del Neimos y se convirtió en un torbellino de tentáculos y de apéndices rematados por garras que no dejaban

de azotar el agua a su alrededor. Aquellas extremidades mortíferas atacaron todo lo que las rodeaba, sin ver, en realidad, ningún objetivo.

Rafen oyó que alguien gritaba su nombre. Le pareció que se trataba de Puluo. La voz severa y adusta del veterano guerrero resonó en su oído en un grito de advertencia.

No fue suficiente. Un tentáculo, tan grueso como el casco de una Thunderhawk golpeó de revés al sargento mientras el kraken se retiraba. El impacto rompió la ceramita, partió las juntas selladas y les fracturó los huesos.

El ángel sangriento sintió un tremendo dolor en la espina dorsal, semejante al que produciría el golpe de un martillo empuñado por un dios, y que destrozó los sistemas que albergaba en la mochila dorsal. El sufrimiento agónico le provocó la aparición de una lluvia de puntos de colores y de destellos luminosos en el fondo de los ojos y lo dejó sin aire en los pulmones.

Notó el sabor cobrizo de la sangre en la boca, sintió los bordes rotos de las costillas partidas rozar con la parte interior de la cavidad torácica. En ese momento se dio cuenta de que ya no notaba el casco de la nave bajo los pies. Era incapaz de ver, ya que unos fluidos espesos le mantenían cerrados los párpados. Cayó dando tumbos.

Rafen intentó reunir las fuerzas suficientes para poder hablar, pero ni siquiera fue capaz de murmurar una sola palabra. El esfuerzo fue inmenso, y lo empujó hacia un vacío negro retumbante donde la luz no podía seguirlo.

J

Noxx entró a la carrera en el pasillo que daba a la enfermería, y su sentido del olfato se vio asaltado de inmediato por el olor a agua de mar encharcada. El líquido sucio chapoteaba contra sus botas antes de escurrirse a través de las planchas de rejilla del suelo de la cubierta. Vio a Puluo. El ángel sangriento estaba apoyado, casi caído, contra una pared. Se había quitado el casco y tenía los ojos clavados en el suelo con la mirada perdida mientras jadeaba con fuerza.

—¿Y Eigen? —le preguntó el desgarrador de carne.

—Vivirá —le respondió el astartes de tez oscura llamado Ajir mientras se le acercaba. Los mechones de cabello negro rizado le caían por encima de la gorguera de la armadura—. Demos gracias al Trono.

Noxx miró a Puluo.

—Hemos acabado definitivamente con Zellik. ¿Lograsteis rechazar el ataque de la criatura?

El guerrero hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero con un coste muy elevado.

El sargento inspiró profundamente y miró a su alrededor.

—Rafen…

Puluo volvió a asentir con gesto sombrío.

—La bestia se lo llevó. Vimos cómo ocurría. Arrancó al sargento del casco y lo lanzó a las profundidades. Desapareció.

—No responde a los mensajes del comunicador —añadió Ajir en voz baja—. Las lecturas del auspex no muestran nada. Con las corrientes que hay ahí fuera, aunque ese monstruo alienígena no lo hubiera devorado…

El ángel sangriento se calló y se quedó también con la mirada perdida.

Todos se mantuvieron en silencio durante un largo momento. Noxx bajó la mirada al suelo y consideró brevemente el repentino sentimiento que le invadió el pecho. «Otro hermano perdido».

—Maldita misión… —murmuró.

Cuando alzó la vista, se dio cuenta de que Puluo y Ajir lo miraban atentamente.

—El mando de la misión recae ahora en vuestras manos, mi señor —le dijo el marine devastador—. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Noxx se las dijo.



Nueve

El tiempo estaba fragmentado, herido en su esencia de continuidad. Era algo que tenía en común con Rafen.

Era consciente del paso del tiempo, aunque no de un modo lineal, sino entre saltos y destellos que aparecían de repente en sus pensamientos. Cada uno de esos lapsos de tiempo era un fragmento quebrado de dolor y de conciencia que atravesaba el velo tibio de sangre que lo había envuelto por completo.

Su cuerpo estaba enfebrecido, preso de una temperatura altísima. Era la manifestación más evidente de que su fisiología potenciada de astartes se estaba esforzando por sanarlo. Los huesos se soldaban, los fluidos se coagulaban y las heridas se cerraban por todo su cuerpo mientras la mente de Rafen se esforzaba por ser consciente de todo ello.

Desplazado del mundo real, salía a la superficie turbulenta de la conciencia como un corcho, subiendo y bajando debido a las enormes olas antes de desaparecer de nuevo en las profundidades negras. De ese modo intermitente surgía, era consciente, y luego se hundía una vez más.

Intentó unir todas aquellas piezas para formar algo parecido a una cadena coherente de acontecimientos.

La caída en espiral a través del abismo negro de las aguas.

Sí, eso le había ocurrido. Se había perdido en los instantes posteriores al dolor producido por el último ataque del kraken que se retiraba. La agonía del golpe, tan inmensa y salvaje, le parecía algo muy lejano en el tiempo en esos momentos. «Con cuánta rapidez olvida la carne», pensó.

La salida a la superficie también era real… ¿O no? El casco cubierto por una película oleosa de agua de mar, con su cuerpo mecido por el paso de una ola pequeña y veloz. La reacción del espíritu máquina de la armadura de combate, que se esforzaba por mantenerlo con vida. La frialdad heladora que sentía en la espalda provocada por la ruptura de las cápsulas criosénicas del reactor de microfusión. Las siluetas de las crestas e las olas de color arcilloso que rompían bajo un cielo lloroso y oxidado. Allí había algo, a lo lejos, con una forma regular y que relucía con un brillo apagado. «¿Será el rescate?». No se atrevió a aferrarse a esa idea por temor a que se desintegrase en sus pensamientos.

Las pequeñas criaturas en el agua. Unos seres con placas óseas parecidas a puntas de flecha sobre las cabezas. Exploraban su armadura en busca de nuevas grietas. Criaturas tiránidas, sí. Las estrías biomecánicas le resultaron evidentes cuando atrapó a una de ellas entre los dedos blindados y la aplastó. Quizá se trataba de un grupo de animales perteneciente a una especie de seres consumidores de restos orgánicos, que consideraban al ángel sangriento como poco más que otra masa de carne a la que había que devorar y dividir en sus componentes más básicos.

Las aguas oscuras de nuevo. Una profundidad insondable donde rugía el sonido de la vida. ¿Aquello había sido real? ¿Existía fuera de su cabeza, o no era más que un sueño provocado por su estado febril?

Sus dedos encontraron las cadenas que le rodeaban las muñecas, que lo mantenían enlazado con sus armas. No había perdido ni el rifle ni la espada. Un momento de regocijo. «Bien». El abismo insondable de aquel océano alienígena no se había quedado con ellas. De alguna manera, le parecía que morir sin armas era algo inapropiado, como si encontrarse con el velo de la muerte de ese modo fuera igual que hacerlo desnudo y frágil.

La silueta de nuevo, pero ahora más cercana. Unas sombras recortadas contra las nubes que oscurecían el cielo. «¿Una nave?». Una proa elevada con forma de cuchillo. El olor fuerte y a podrido de las feromonas tiránidas. Una neblina fétida que descendía sobre él. El aíre grasiento y ácido.

Oscuridad y luz. Oscuridad y luz. Oscuridad…

La luz…

Las líneas toscas y brutales de la nave de patrulla cabalgaban sobre las olas espesas. Las velas solares crujían bajo el viento constante. Los rayos cegadores de los focos buscadores convirtieron las aguas que rodeaban el cuerpo a la deriva en un bosque de sombras vívidas y saltarinas. La figura de armadura carmesí resaltaba como una mancha, y pocos instantes después los cañones de redes ya estaban colocados y habían abierto fuego para lanzar los entramados de materia pegajosa al mar. La figura forcejeó débilmente para liberarse, pero no le sirvió de nada. La malla de biofibras cultivadas se enredó alrededor de las extremidades de su objetivo y se tensó. De inmediato, los mecanismos retractores del interior de los cañones se pusieron en funcionamiento y tiraron de su presa para subirla por la rampa de arrastre de la popa de la nave.

Allí abajo había dos ensamblados. Tenían los ojos abiertos de par en par por la impaciencia mientras el nuevo cautivo surgía de entre las olas. Intercambiaron miradas nerviosas mientras se rascaban los implantes que les sobresalían de las masas musculares grotescamente hinchadas que eran sus brazos. El más grande de los dos, un ensamblado macho modificado con ADN arácnido, volvió la cabeza de ocho ojos hacia la presa y se aventuró a acercarse.

Aquello era algo completamente inesperado. Las naves habían tenido que desviarse de su misión habitual de patrullaje y pesca al recibir las órdenes de Cheyne, el lugarteniente del amo. Las órdenes los habían obligado a arrojar por la borda toda la cosecha de alienígenas de aquella semana y dirigirse a toda velocidad hacia una región cercana a los Bancos de Oxido. Los ensamblados se sentían confusos, pero sabían muy bien que no debían desobedecer las órdenes de Cheyne, que representaba la voluntad del Primogenitor.

Sin embargo, pronto tuvieron muy claro por qué se les había enviado hasta allí. El cielo se iluminó con la muerte de una nave y no tardó en caer una lluvia de restos sobre ellos. No habían parado de rebuscar entre aquella capa de restos que se habían mantenido a flote para encontrar materiales útiles. Habían desechado todo lo que les resultaba inservible y habían guardado los trozos que les parecieron más interesantes. Al igual que su amo, los ensamblados eran aficionados a recoger todo aquello que encontraban para reutilizarlo y dedicarlo a una nueva tarea. Cada pieza recuperada serviría para algo.

Pero no habían encontrado nada con vida. No hasta aquel momento.

El arácnido modificado se acercó más todavía a la figura atrapada en las redes y vio a una criatura humana protegida por una servoarmadura y que casi tenía la misma masa corporal que él. Utilizó los brazos vestigiales para apartar las hebras de la maraña y con sus delgados dedos se dedicó a retirar los filamentos pegajosos que lo cubrían. La cabeza de aquel ser asintió para sí misma. Sabía muy bien qué era aquello. Reconocía a cualquier siervo del Dios Cadáver en cuanto lo veía.

El arácnido se volvió para decirle algo al otro modificado, un ejemplar cánido con el morro húmedo y reluciente y los labios deformados en un gesto de gruñido constante.

—Astartes —le dijo.

La palabra sonó sibilante al salir de su boca.

El cánido empezó a soltar una palabra para maldecirlo, pero de inmediato el sonido se convirtió en un gañido de sorpresa cuando el marine espacial se irguió de repente sobre la cubierta grasienta y bamboleante blandiendo una espada. Le dio la impresión de que el arma había aparecido de repente de la nada. Sin duda, estaba oculta bajo la maraña formada por la espesa red, y quedó liberada por un descuido del arácnido.

La espada chisporroteó. Los conductos de energía de su interior se habían estropeado, pero la hoja del arma seguía siendo pesada y mortífera. Un único mandoble le arrancó la cabeza al modificado liberando un enorme chorro de sangre, y el astartes se puso en pie tambaleándose.

El otro ejemplar olió el dolor que exudaba el marine espacial, y se dio cuenta de forma instintiva de que la criatura humana modificada estaba malherida. A pesar de ello, seguía siendo peligrosamente mortífera, como lo demostraba a las claras el cadáver decapitado. Los restos del arácnido se deslizaron resbalando por la rampa hasta caer al océano cuando la nave se elevó sobre otra ola.

El cánido emitió un nuevo ladrido, pero esta vez más agudo para indicar miedo y pedir ayuda. Los otros modificados respondieron de inmediato acudiendo a la carrera con más lanzarredes y alabardas electromagnéticas.

No perdieron tiempo y rodearon de inmediato al marine espacial herido. Todos ellos eran muy conscientes de que perderían la poca ventaja que poseían si se demoraban en atacarlo. Al final, fueron necesarios todos los miembros de la tripulación para hacer caer al astartes, y éste incluso logró matar a otros dos al convertirlos en antorchas aullantes de sendos disparos del rifle de plasma antes de que consiguieran arrebatárselo de las manos.

Cuando el guerrero de armadura roja se tambaleó y cayó por fin, todos ellos se abalanzaron sobre él y se repartieron las alabardas para golpearlo y propinarle descargas por turnos hasta que cayó inconsciente y sumido en el dolor.

La oscuridad…

J

Las muertes parecían muy lejanas, unos simples incidentes incoherentes y casi oníricos que podrían haber sido perfectamente una invención de su mente enfebrecida. Rafen sintió un frío helado en la piel, y fue esa sensación chocante la que le hizo abrir los ojos legañosos y enfocarlos para mirarse las manos. Flotaban en el aire por delante de él, borrosas y cubiertas

de suciedad y de costras de sangre seca. El pecho lo castigaba con unas tremendas punzadas de dolor lacerante cada vez que se atrevía a respirar, y poco a poco fue reconociendo más puntos dolorosos repartidos por todo el cuerpo. El tejido microporoso de sus ropas estaba impregnado por una leve humedad, y, al notar aquello, la mente enturbiada de Rafen reconoció por fin cuál era su situación y comprendió el aprieto en el que se encontraba.

No tenía puesta la servoarmadura. Se la habían quitado sin miramiento alguno, como lo demostraban las marcas y los cortes que tenía en las piernas y en los brazos. Rafen sólo llevaba un uniforme de prisionero de tela basta, y estaba tendido en el suelo de una celda metálica apestosa, cubierta de manchas de humedad, de moho gris y de óxido naranja. Unos cables tan gruesos como su muñeca desaparecían en la oscuridad. Estaba encadenado del cuello, de los antebrazos y de los tobillos. Las ataduras estaban dispuestas de manera que no fuera capaz de ponerse en pie ni de dar más que unos pocos pasos en cuclillas para alejarse del punto donde sus captores lo habían dejado tumbado.

Sus captores…

Rafen consiguió despejar la mente con un tremendo esfuerzo e intentó acordarse con claridad de lo que había ocurrido. Reunió los fragmentos que recordaba de las últimas horas y los revisó en busca de significados y pistas. Lo fue entendiendo todo poco a poco en pequeños fragmentos de recuerdos. El dolor agónico de las descargas de electricidad, la bendición que había supuesto la caída en la inconsciencia. La sensación de haber perdido algo… Sí, el momento en que habían mancillado la sagrada armadura de su capítulo, cuando se la habían quitado a tirones para llevársela. También le habían arrebatado el rifle y la espada, y le habían arrancado el casco de la cabeza.

—La voz…

Lo dijo en voz alta sin pensarlo, cuando otro fragmento de memoria resurgió. Había visto algo momentos antes de caer en el silencio y la oscuridad. Un fantasma titilante hecho de luz, una figura enorme cubierta por una túnica tejida con rostros aullantes.

—Fabius…

El traidor había hablado en voz baja para comunicarse con uno de los mutantes bestiales que lo habían atacado. Rafen se esforzó por acordarse de lo que había oído, pero le falló la memoria, ofuscada por el dolor. Lo único que recordaba con cierta claridad era la holografía de Bilis, que lo miraba a través de los barrotes de la jaula y sonreía levemente al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento al mutante. Luego le había hablado de nuevo, y aunque Rafen no había llegado a oír lo que decía, los movimientos de sus labios habían sido lo bastante claros como para que fuera capaz de leer lo que decían:

«Traédmelo».

El ángel sangriento asintió para sí mismo al recordar, y eso sí que logró hacerlo con claridad, las palabras que le había dirigido Ceris en la capilla del Tycho. Se preguntó si aquello no sería parte de un plan del Dios Emperador. ¿Acaso el señor de la humanidad empuñaba las riendas del destino de Rafen con tanta firmeza que el propio Emperador había permitido que aquello ocurriera? Cada paso que había dado a lo largo de aquel camino iba dirigido a terminar cara a cara con la criatura que se hacía llamar a sí misma Fabius Bilis, pero el destino había acabado separándolo de sus hermanos de batalla, había aniquilado por completo los cuidadosos planes que había trazado para matar a aquel traidor y lo había dejado allí, solo y desarmado.

Cerró los ojos, procuró buscar el comienzo del trance de curación y se centró en su fuero interno. Gracias al movimiento del suelo de la celda dedujo que el barco en el que se encontraba avanzaba a gran velocidad, sin duda de regreso a la fortaleza de Fabius Bilis, exactamente el lugar al que Rafen quería ir.

El ángel sangriento se quedó sentado en silencio y dejó que su cuerpo se curara a sí mismo. Procuró descansar para recuperar fuerzas y estar preparado. Si el Emperador lo había llevado hasta aquella situación, entonces se trataba de lo justo y correcto. Si no había sido otra cosa más que un capricho del destino, que el Emperador maldijera al destino.

Estaba desarmado, pero ningún astartes se encontraba realmente desarmado mientras tuviera la ocasión de seguir respirando.

Estaba solo, pero ningún astartes se encontraba realmente solo, al menos mientras sus hermanos de batalla siguieran ocultos en las profundidades y en sus pechos albergaran el deseo de cumplir la misión.

Rezó en silencio en la oscuridad para que el Emperador lo guiase.

J

La débil luz de la estrella del sistema Dynikas formaba columnas parpadeantes a través de la veloz capa de nubes que se extendía sobre el archipiélago de forma curvada. El viento soplaba con fuerza y de forma constante sobre las olas. Las formas pulidas por la arena del grupo de islas rocosas se alzaban por encima de las aguas rojizas y turbulentas. Los salientes y las aristas de piedra habían quedado suavizados por la acción de los huracanes a lo largo de millones de años. Aquellos curiosos atolones, que en realidad eran las cimas de unas colosales montañas submarinas, parecían grandes acumulaciones de coral o de hongos, y habían acabado esculpidos de manera que se asemejaban a unas formas orgánicas que en realidad no existían. Al igual que el resto del planeta, la cadena de islas había quedado desprovista de todo rastro de vida por los elementos tiránidos que habían permanecido aislados en Dynikas V. En aquel lugar, aquello significaba tanto la vida humana como la flora y la fauna. La agricolonia, construida para recolectar la riqueza biológica que albergaban los océanos del planeta, había sido la primera en caer bajo el ataque de aquellos feroces depredadores. Los edificios y las estructuras excavadas en la roca o construidas por los ciudadanos imperiales se convirtieron en lugares fantasmales cuando todos los hombres, mujeres y niños fueron capturados y devorados por el enjambre.

Aquel sitio, aquel monumento a la desgracia humana, era el que Fabius había escogido para construirse un escondite. Había sido allí, entre las ruinas vacías, en un planeta al que nadie en su sano juicio se hubiera atrevido a acercarse, en una región muerta y olvidada del espacio, donde el maligno genetista traidor había construido su fortaleza.

La nave de patrulla entró rugiente en la bahía que se abría en la costa meridional de la isla principal. Los motores se apagaron con un aullido mientras el impulso residual y las olas llevaban el barco hasta los muelles de ferrocemento medio desmoronados. Los pilotes en ruinas estaban doblados en ángulos extraños. Aquello era lo que quedaba de un complejo que había sido construido para que fuera el amarre de decenas de pesqueros de arrastre. Tan sólo una pequeña parte de los muelles estaba en condiciones operativas. El resto del lugar había caído en el olvido y había quedado abandonado hasta casi derruirse.

Apareció un vehículo que expelía unos chorros de humo grasiento por los tubos de escape. Se trataba de un tanque de recuperación mancillado de la clase Atlas. La grúa que sobresalía de la parte trasera arrastraba varios tramos de cadenas negras. El vehículo había servido sin duda en el pasado en la Guardia Imperial, pero en esos momentos estaba cubierto por la infame iconografía del Sendero Óctuple, y había quedado reducido a su estructura metálica más básica. Un modificado avícola se movió nervioso en la parte delantera del vehículo mientras las cadenas descendían a través de una escotilla abierta en la cubierta del pesquero de arrastre. En el interior se oyeron una serie de ruidos producto de la violencia, acompañados de los fuertes destellos de unas cuantas descargas eléctricas. Las cadenas se tensaron y la grúa comenzó a tirar de ellas.

Rafen salió a la luz colgando de los grilletes. Forcejeó con aquellas ataduras de hierro, pero no encontró asidero alguno. Además, con cada movimiento lo único que logró fue hacer que su cuerpo girara y que las cadenas acabaran enrollándosele en las extremidades.

Los engendros mutantes del barco soltaron unos cuantos gruñidos a los que los esperaban en el muelle. Era evidente que aquellos sonidos animales eran alguna clase de lenguaje. Tras aquel intercambio de mensajes, el Atlas

se alejó del borde del muelle y Rafen se vio trasladado por encima de un reborde de piedra de color blanco hueso mientras se balanceaba de un lado a otro cada vez que la grúa se estremecía sobre sus anclajes.

Se retorció sobre sí mismo hasta encontrar una postura en la que pudiera observar los alrededores y parpadeó con fuerza para borrar los destellos purpúreos que todavía le quedaban en la retina a causa de las descargas eléctricas que le habían propinado los tripulantes del pesquero de arrastre.

Pasaron por delante de una ladera abrupta y muy pronunciada que se elevaba hasta quedar rematada por una cima puntiaguda. En la roca se veía grabado un emblema ennegrecido que representaba un ala de tamaño gigantesco y una garra: la insignia de los guerreros de Fulgrim y de la antigua legión de Fabius Bilis, los Hijos del Emperador.

Lo primero que vio emerger fue una torre baja y ancha que se alzaba por encima del horizonte de la isla. De su techo en forma de zigurat arrancaban unos muros en ángulo con pocas aberturas. Distinguió lo que antaño debieron de ser antenas de comunicación, que no dejaban de moverse y agitarse bajo el viento constante. Además, albergaba otro tipo de antenas rematadas por cristales en la punta que brillaban con un destello blanco azulado no muy intenso, aunque fue incapaz de determinar para qué servían ni por qué tenían aquella forma.

El vehículo dobló la curva de una carretera que por uno de sus lados daba a una playa de pizarra y de rocas resbaladizas por las algas que las cubrían. Del suelo de esa playa sobresalían unas columnas achatadas a intervalos regulares formando una línea que desaparecía a lo lejos, en el arco que formaba el atolón. Al otro lado de la carretera se veía lo que a primera vista parecía ser un enorme cráter producto de un impacto. Sin embargo, cuando Rafen se retorció en las cadenas para recobrar el equilibrio, le echó una segunda mirada. Lo que vio dentro del cráter, en el otro extremo, fue una serie de niveles superpuestos cortados en la roca de una de las paredes que se extendían hacia abajo hasta perderse de vista, con balconadas formadas por simples barandillas de metal clavadas directamente en la roca.

Se veían por todas partes tubos de metal que sobresalían del suelo, abundantes como árboles metálicos. Todos y cada uno de ellos estaban rematados por una esfera fabricada con rejilla de hierro, y de ellas emanaba el olor repugnante de las feromonas tiránidas. La isla entera apestaba a esas sustancias, y ese hedor repugnante flotaba como una nube invisible que lo cubría todo.

Rafen captó a lo lejos el aullido de una sirena en lo profundo del cráter. Luego oyó el sonido sibilante de unos cuantos disparos láser, y el tanque se detuvo en seco con un frenazo brusco. El ángel sangriento aprovechó la ocasión y agarro las cadenas para, una mano tras otra, intentar llegar hasta la polea principal de la grúa. Casi lo había logrado cuando una figura vestida con una túnica con la capucha desgarrada y harapienta pasó de un salto por encima del borde del cráter y cruzó corriendo la carretera en dirección a la playa.

Rafen titubeó un momento, y esperó que en cualquier momento los engendros mutantes que iban dentro del tanque comenzaran a disparar contra aquel individuo. Sin embargo, no hicieron nada. No logró distinguir ningún detalle concreto de la figura aparte de que parecía humanoide y era más grande que un humano normal. Entonces, se dio cuenta de que era tan grande como un astartes.

El fugitivo encapuchado bajó a trompicones por la ladera escarpada para llegar hasta la playa de rocas de pizarra. En cuanto sus pies descalzos y ennegrecidos tocaron la arena, comenzó a aullar una nueva alarma. Esta vez resonó con cuatro toques de clarín, una llamada de trompeta que surgió aullante de la línea de columnas. Rafen contempló cómo la parte superior de las dos que se encontraban más cerca se dividían en cuatro partes y se abrían lentamente.

El fugitivo dejó de correr. Rafen había esperado que acelerase para llegar al agua, pero el individuo no hizo nada parecido. No captó cansancio en el individuo, tan sólo un extraño aire de resignación.

Una voz surgió de unos altavoces ocultos.

—No seas estúpido —se oyó, y Rafen frunció los labios en una mueca de asco cuando reconoció la voz sedosa y tranquila de Bilis. Durante una

fracción de segundo creyó que le hablaba a él, pero luego se dio cuenta de que sus palabras iban dirigidas al fugitivo—. Da la vuelta, regresa, y olvidaré esto.

La figura se dejó caer sentada sobre la playa rocosa. Rafen oyó el chirrido de unos engranajes, y para su consternación vio que de los extremos abiertos de las columnas salían unos cañones centinela. El trompeteo aullante de las alarmas resonó de nuevo, y cada vez lo hacía con mayor rapidez.

El individuo se arrodilló sobre una pierna, y el ángel sangriento sintió que se quedaba sin aliento al ver que la figura encapuchada inclinaba la cabeza y cruzaba las manos sobre el pecho. Le llegó el murmullo claro de una plegaria: la letanía del aquila, el rezo milenario en el que se le pedía al Dios Emperador que librara de todo mal al suplicante. Rafen supo lo que iba a ocurrir a continuación. Lanzó un grito y forcejeó con todas sus energías contra sus ataduras, y llegó incluso a hacer saltar una de las cadenas, pero el individuo encapuchado no reaccionó.

—Que así sea, entonces —dijo la voz desde los altavoces.

Al momento siguiente, los cañones apuntaron contra su objetivo, centraron sus miras y abrieron fuego. Una breve tormenta de energía aulló en la playa y destrozó al fugitivo, al astartes. Lo único que quedó de él fue un nubecilla de neblina enrojecida y un cráter de arena fundida y convertida en vidrio.

Rafen soltó una maldición y forcejeó para intentar liberarse, pero un momento después, el tanque de recuperación se puso en marcha de nuevo. Se dio cuenta de que la tripulación mutante había sabido desde el principio lo que iba a suceder, y que sólo se habían detenido porque querían contemplar el espectáculo.

Rafen tuvo la sensación de que lo habían lanzado al interior de un estanque helado. Ver a un hermano de batalla perecer en un combate era una cosa, y ya no le cabía duda alguna de que el individuo que había visto morir era un marine espacial de algún capítulo leal al Emperador, pero presenciar que uno de ellos muriera de un modo tan ignominioso era algo que lo hacía sentir furioso y apenado al mismo tiempo. Se esforzó por

comprender lo que había ocurrido, pero no logró encontrarle sentido alguno.

El Atlas giró y se detuvo delante de una plataforma de ferrocemento azotada por los vientos que estaba rodeada en tres de sus lados por las murallas de la fortaleza. Los grilletes de las cadenas se abrieron y cayó al suelo, donde se estrelló torpemente. Rafen se puso en pie mientras el vehículo se alejaba, y estudió la zona que lo rodeaba.

Vio de inmediato a más mutantes bestiales agrupados en los puestos de guardia y en las torretas artilladas, detrás de las bocachas de los cañones automáticos y de los lanzallamas. Sin embargo, lo que realmente le llamó la atención fueron los otros. Sólo vio a dos de ellos, que lo contemplaban con aire indolente desde una galería rodeada de arcadas, pero eran altos como astartes, e igual de corpulentos. Eran unos individuos que parecían formados a partir de piezas de carne parecidas a las que se encontraban en los escaparates de una carnicería. En los primeros instantes se preguntó si serían marines traidores, pero desechó la idea. Llevaban una extraña combinación de equipos de, combate, pero ninguna de las versiones corruptas de servoarmaduras que solían preferir las legiones de guerreros del archienemigo. A pesar del emblema que había visto tallado en la ladera, no vio ninguna insignia reconocible de los traidores, tan sólo la estrella de ocho puntas de los Poderes Siniestros. En todo caso, aquellos guerreros le recordaban a Rafen al propio Bilis, ya que eran unas figuras imponentes de las que emanaba una sensación de amenaza.

El sonido de una puerta oxidada le hizo dar media vuelta. Vio que se había abierto un portón de bordes irregulares, y de él salió otro individuo con el mismo tipo de túnica que llevaba puesta el fugitivo suicida. Una mano de músculos como cables y piel parecida al cuero viejo subió hasta la cabeza para quitarse la capucha.

—Si quieres morir ahora mismo, primo, seguro que esos animales podrán darte ese gusto. En caso contrario, te recomiendo que no hagas ningún movimiento brusco.

Una mata de cabello que habría sido de color blanco grisáceo de no haber sido por la suciedad que lo cubría enmarcaba un rostro viejo y lleno

de cicatrices que estaba cubierto en parte por una barba espesa. Aquel individuo entrecano no tenía ojos. Las cuencas oculares de su cráneo tan sólo albergaban unos orbes de un material fundido semejante a la cera.

Unas líneas negras de tinta le cubrían las mejillas hundidas y los músculos que le sobresalían del cuello, y formaban unas letras angulosas de un idioma que Rafen fue incapaz de leer. Sin embargo, el sargento conocía lo suficiente esas características como para saber que eran las runas de las tribus de Fenris. El anciano dejó al descubierto los dientes, y unos colmillos amarillentos resaltaron sobre sus labios.

—Dime el nombre de tu señor —exigió saber.

—Eres un hijo de Russ. Un lobo espacial.

A Rafen le costó trabajo creérselo. Un marine espacial, incluso un veterano viejo y ciego, sin armas ni armadura, era lo último que esperaba encontrar allí.

—Pero tú no lo eres —le respondió el guerrero ciego tras olisquear durante un largo momento el aire—. Si tuvieras el más mínimo hielo en las venas me habría dado cuenta, y no habrías esperado ni un momento para intentar matarme. Así pues, lo preguntaré de nuevo: dime el nombre de tu señor.

Rafen no vio motivo alguno para ocultar de dónde procedía. Si el lobo espacial hubiera tenido ojos con los que ver, el emblema de la gota alada que llevaba tatuado en el hombro le habría dado la respuesta.

—Soy un hijo de Sanguinius, del noveno capítulo del Adeptus Astartes.

—Vaya. —El veterano sonrió, pero no fue un gesto de alegría—. Un ángel sangriento. Pues claro, si hasta soy capaz de oler desde aquí lo hermoso que eres.

Rafen dio un paso enfurecido hacia el lobo espacial.

—No te burles de mí, anciano. ¡Quizá debería hacer lo que dices y matarte! ¡Porque la verdad es que no se me ocurre ninguna razón para que un astartes se encuentre aquí, en esta fortaleza del archienemigo, si no es porque se ha vuelto un traidor!

La sonrisa desapareció del rostro del lobo espacial y dejó de nuevo al descubierto los colmillos.

—¡Cachorro insolente! ¡No sabes nada de mí ni de este lugar! —Asintió con gesto lúgubre—. Pero lo sabrás. Oh, sí, lo sabrás. —Le indicó con un gesto brusco que lo siguiera—. Ven conmigo; o no lo hagas si no quieres. Los ensamblados te utilizarán para hacer prácticas de tiro si te quedas ahí demasiado tiempo.

Rafen siguió a regañadientes al lobo espacial y ambos cruzaron el umbral por el que el veterano había salido.

—Ensamblados… —repitió—. ¿Te refieres a esos mutantes?

—Así es como los llama él —le contestó el lobo espacial antes de detenerse un momento para escupir un gran chorro de flema—. Antes eran seres humanos normales, hasta que Bilis decidió sacar partido a sus tormentos.

—Fabius Bilis… ¿Dónde está? —quiso saber Rafen.

—Reza para que nunca tengas la desdicha de encontrarlo —le advirtió.

El portón se cerró lentamente a su espalda, hasta que el túnel por el que avanzaban quedó envuelto en una tremenda oscuridad. El implante ocuglobo de Rafen se contrajo para proporcionarle una cierta visión, aunque borrosa, pero el lobo espacial ciego caminó con total seguridad, como si su vista fuera perfecta.

De repente, el ángel sangriento frunció el entrecejo y se detuvo en seco. El otro guerrero siguió caminando.

—Estoy prisionero de un renegado del Caos —declaró el sargento—. ¿En qué te convierte a ti eso?

—En lo mismo, sólo que con los dientes más largos. Mucho más largos.

—Entonces, ¿por eso eres su sirviente? ¿Por eso me recoges como un perro obediente? ¿Es que ha quebrado tu espíritu?

—No sabes nada de nada, muchacho —le respondió el veterano deteniéndose a su vez.

—Sé que la gente dice que los hijos de Russ son unos luchadores indomables, con un valor infinito y una voluntad de hierro. Sin embargo, te miro, ¡y veo que todo eso es mentira!

El lobo espacial soltó un gruñido salvaje y se dio media vuelta para enfrentarse a él con las manos engarfiadas como garras. Un momento

después, titubeó y dejó caer los brazos a los costados. Rafen fue capaz de distinguir la expresión de su rostro a pesar de la espesa penumbra. No era rabia, sino algo distinto…, resignación.

—No hay forma de escapar de este sitio —le explicó el veterano—. No hay forma de salir salvo la que ya has presenciado. —Señaló con un gesto del mentón hacia la puerta—. Quizá deberías preguntarte por qué uno de los nuestros estaría dispuesto a que lo mataran antes que seguir viviendo en este lugar. Pregúntate eso e intenta encontrarle respuesta, ángel sangriento.

—¿Hay más astartes aquí? ¿De otros capítulos?

—Sí. Y todos ellos pensaban igual que tú. —El veterano dejó escapar un suspiro y se acercó para hablarle en voz baja—. He tenido esta conversación muchas veces con los recién llegados, y siempre es lo mismo. Me preguntan por qué estoy aquí. Me preguntan por qué no me resisto.

—Somos astartes —le replicó Rafen mientras sentía cómo una ira helada aumentaba poco a poco en su pecho y se apoderaba lentamente de él—. Jamás nos damos por vencidos. ¡Nos crearon para vivir desafiantes!

—¿Cómo te llamas, ángel sangriento?

—Rafen, hijo de Axan. Sargento.

—Yo soy Nurhünn Vetcha, colmillo largo. ¿Te suena mi nombre?

Rafen negó con la cabeza.

—No.

—Eso es porque estoy muerto, lo mismo que todos los primos y hermanos con los que me he encontrado aquí. Resistimos como podemos, Rafen. Resistimos manteniéndonos con vida todo el tiempo que podemos, ¡convirtiendo cada aliento en un acto de desafío!

—¿Cuántos de esos engendros mutantes hay aquí? —Quiso saber Rafen—. ¿Es que todos habéis perdido la esperanza? ¿Es que ninguno ha conseguido reunir el valor suficiente como para tomar este lugar y arrasarlo?

—Muchos lo han intentado.

—¿Lo han intentado y han fracasado?

—Lo han intentado y han muerto —le contestó Vetcha con voz firme. Encaró al ángel sangriento con una expresión estoica en el rostro—. Yo

resisto porque tengo fe. Todos los días le pido a Russ y al Emperador que sean testigos de lo que ocurre en este lugar y que me den fuerzas para soportarlo. ¡Lo hago porque sé que algún día me llegará la oportunidad! —Las palabras del veterano estaban cargadas de furia—. Espero, Rafen. Espero a que llegue el día, a que llegue el momento que sé que está por llegar. Hasta un cuchillo de plomo tiene filo suficiente para hacer un solo corte.

—Y mientras tanto, Fabius Bilis sigue con vida y continúa cometiendo sus crímenes contra la galaxia —le replicó Rafen negando con la cabeza.

El lobo espacial comenzó a caminar de nuevo.

—Cuando lleves tanto tiempo como yo aquí, ángel sangriento, lo comprenderás. Venga, sígueme. Cada cierto tiempo llenan este canal de promethium en llamas para acabar con los posibles devoradores que hayan superado el escudo de feromonas. No querrás estar aquí cuando eso ocurra.

Las puertas que había en el otro extremo del túnel oscuro se abrieron retrayéndose en unas ranuras del suelo, y Rafeo apretó los dientes cuando sintió unas punzadas de dolor en los ojos adaptados a la oscuridad. Parpadeó con rapidez para adaptar de nuevo la vista y descubrió que se encontraba en el borde de una rampa en espiral que descendía hacia el enorme pozo que había divisado mientras estaba colgado de los cables del Atlas. Lo que él había creído que eran terrazas situadas en distintos niveles era en realidad una única ladera inclinada que giraba una y otra vez en el interior del cráter y que descendía hacia un recinto ovalado. A lo largo de ese sendero había Cientos de contenedores semejantes colocados en fila. Eran las grandes cajas rectangulares de hierro utilizadas en miles de naves estelares. Estaban fijadas al suelo mediante grandes mazacotes de ferrocemento endurecido, y las habían reforzado con placas de acero que parecían haber sido cortadas directamente de los cascos de los pesqueros de arrastre. En los espacios que había entre las paredes y los contenedores colgaban hileras de lúmenes, que en esos momentos estaban apagados, aunque colocados de manera que iluminaran cada rincón del lugar en cuanto el sol se ocultara tras el horizonte. Los farallones de roca los cubrían de garabatos repulsivos que formaban textos blasfemos, y vio también que

habían levantado altares a intervalos regulares a lo largo de aquella especie de empalizada. Las pequeñas plataformas estaban cubiertas por tantas capas de sangre seca que ya eran negras como la tinta, y estaban rodeadas por enjambres gigantescos de moscas. Rafen apartó la mirada asqueado.

Más mutantes, los ensamblados, paseaban arriba y abajo sobre los techos de los contenedores. Todos ellos empuñaban armas electromagnéticas. Rafen se fijó en que había criaturas que eran más parecidas a los simios que a los seres humanos, mientras que otras mostraban rasgos bovinos o serpentinos. Le provocó un escalofrío pensar que aquellos horrores producto de una evolución forzada habían sido personas inocentes en el pasado.

—Por aquí —le indicó Vetcha.

Rafen lo siguió con cautela, consciente de la presencia de unas grandes figuras con formas semejantes a murciélagos que sobrevolaban el lugar por debajo del borde del cráter dando vueltas sobre ellos aprovechando las corrientes térmicas. No los divisó con la claridad suficiente como para determinar si se trataba de artefactos mecánicos o de otro tipo de ensamblados, pero lo que sí distinguió con claridad fue la silueta de los pesados cañones láser que llevaban en las garras. Miró a su alrededor, a las paredes abruptas del cráter, y calculó las diferentes distancias mientras buscaba posibles asideros para trepar. No encontró cobertura alguna, y las probabilidades de conseguirlo eran muy escasas. No tenía ninguna duda de que aquellos murciélagos cumplían la función de centinelas. No dejaban de volar en círculos, a la espera de que alguien intentara huir. También vio aquí y allí las manchas negruzcas en la roca donde la piedra se había convertido en obsidiana por el efecto del calor de los disparos láser.

El ángel sangriento sopesó las posibilidades de escapar de que disponía, y tuvo en consideración todos los elementos. ¿Merecía la pena? Calculó que la probabilidad de alcanzar el borde del cráter era bastante elevada, pero una vez allí, ¿adónde podía ir? Los cañones centinela rodeaban toda la isla, y lo que había al otro lado era un océano repleto de formas tiránidas depredadoras. Por lo que parecía, la libertad en aquel lugar equivalía a una sentencia de muerte.

Por otro lado, estaba la misión. Fabius Bilis se encontraba allí, y estaba creando más horrores. La sangre sagrada que había robado no debía de estar demasiado lejos del propio traidor. Rafen pensó en todo lo que le había dicho Vetcha en el túnel, y sopesó aquellas palabras frente a sus propias circunstancias. Al parecer, al menos de momento tendría que seguir adelante y aceptar lo que ocurriera, pero lo haría con los ojos y los oídos bien abiertos. Tendría que confiar en que Noxx y los demás astartes siguieran vivos a bordo del Neimos, dispuestos a cumplir la misión. Cuando llegaran, necesitarían conocer toda la información posible sobre aquel lugar.

—¿A dónde vamos? —le preguntó al lobo espacial.

—Cheyne ha dicho que quiere verte. Es el lugarteniente de Bilis —le explicó Vetcha.

Rafen señaló a un hombre-serpiente sibilante que los miraba fijamente desde una pasarela colgante.

—¿Es otro de esos engendros?

Vetcha negó con la cabeza.

—No. Cheyne es algo peor todavía.

El ángel sangriento tenía más preguntas, pero las olvidó cuando pasó por delante de la pesada compuerta que daba al interior de uno de los contenedores de carga. Una ventana en forma de rombo cortada en la compuerta permitía ver lo que había dentro. Rafen reconoció el brillo amarillento del blindacristal, un material de una tecnología procedente de la Era Siniestra. Era más resistente que el acero, transparente por un lado y opaco por el otro. Harían falta como mínimo una docena de disparos de bólter para empezar a resquebrajarlo.

Al otro lado del cristal vio a un astartes de rodillas, en posición de rezo, en el suelo de aquella celda apestosa. El guerrero no pareció percatarse de su presencia, y permaneció sumido en su profunda meditación. La piel negra del astartes relucía levemente por la capa de sudor que la cubría.

Rafen dio un paso hacia la celda, y el ensamblado serpentino también se acercó alzando su arma. El sargento notó un tirón del brazo y se volvió. Vio que se trataba de Vetcha, que lo estaba agarrando.

—No les des ninguna excusa —le advirtió el lobo espacial en voz baja.

—Pero es que ahí dentro… ¿Un hermano del capítulo de los Salamandras?

Vetcha hizo un gesto de asentimiento y señaló otro contenedor que estaba un poco más lejos.

—Guardia del Cuervo. —Señaló otro, y luego otro más—. Tauranos. Tigres Argénteos. Y aún hay más.

—¿Cuántos? —preguntó de inmediato Rafen.

El veterano señaló hacia otra compuerta, ésta engastada en la roca, que se abrió con un crujido sobre unos pistones automáticos.

—Hay muertes a menudo. La verdad es que son… pocos —le contestó Vetcha.

El ángel sangriento cruzó el umbral y se adentró de nuevo de la oscuridad. Sin embargo, antes de que le diera tiempo a ajustar la visión a la oscuridad, la compuerta e cerró con un chasquido a su espalda y lo dejó separado del lobo espacial. Rafen comenzó a golpear el metal.

—¡Vetcha! ¡Vetcha! ¿Qué es lo que pasa?

En ese preciso instante le llegó el sonido de una respiración, y un momento después, un bufido sombrío carente de toda alegría.

—No te hagas muy amigo suyo, primo. Es el peor de todos.

Se dio la vuelta y distinguió vagamente una figura en el otro extremo del contenedor. Estaba sentado con la espalda apoyada en la pared. Era otro astartes, fornido pero con los hombros encorvados.

—Rafen, de los Ángeles Sangrientos —se presentó.

El otro marine espacial lo miró con expresión lúgubre. Era de piel morena y rostro enjuto.

—Tarikus, de los Águilas de Perdición. Aunque tampoco es que ninguno de esos nombres tenga mucho sentido en este lugar.

Cada una de sus palabras iba cargada de aflicción.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Rafen mientras se le acercaba.

—Creo que unos tres años. Quizá cinco. Es difícil calcular el paso del tiempo en un lugar como éste.

—¿Cinco años? —exclamó el ángel sangriento en un tono de sorpresa.

Tarikus apartó la mirada.

—Hay otros que han pasado más tiempo aquí. Vetcha asegura que él lleva prisionero en este sitio más de diez años, pero no me creo nada de lo que dice.

Rafen movió la cabeza en un gesto negativo.

—Eso es imposible. Todos esos hermanos… Si todos ellos hubieran desaparecido así, alguien se habría dado cuenta. Vuestros capítulos os estarían buscando…

El águila de perdición volvió a mirarlo, pero esta vez la expresión de sus ojos mostraba una furia helada.

—¿Nos recuerdan, primo? —Se puso en pie con cierto esfuerzo, lleno de repente de energía. Apuntó con el dedo hacia el techo para señalar al cielo—. ¿Nos recuerdan? ¡No! ¡Porque todos estamos muertos!

Rafen se mantuvo firme.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a hacer ese maldito traidor algo como esto? ¿Por qué reunir a hermanos de batalla como si fueran piezas de una partida de regicida?

—Ahora tú también estás muerto —le dijo Tarikus sin hacer caso de las preguntas de Rafen. Le dio la espalda y volvió a hundirse en las profundas sombras del fondo del contenedor—. Has caído en este infierno olvidado por la luz junto con el resto de nosotros.

Rafen frunció el entrecejo. El capítulo de Tarikus era famoso por su carácter adusto y por la perspectiva pesimista con la que veían al universo. Sin embargo, ese carácter huraño podría parecer alegre comparado con la actitud que mostraba Tarikus. El astartes parecía agotado y demacrado de un modo que no podría lograr ninguna batalla o campaña.

—¿Qué es lo que está haciendo Bilis aquí? —Insistió Rafen—. Tú, Vetcha, todos los demás astartes… ¿Qué es lo que quiere de vosotros?

—Simplemente hacer lo que se le da mejor —replicó el otro marine espacial al mismo tiempo que se llevaba una mano al hombro para rascarse —. Provocar dolor. —Rafen distinguió en ese momento una quemadura profunda y lívida que el guerrero tenía en el pecho y de la que todavía

supuraba un poco de fluido—. Somos sus juguetes. La carne de cañón para sus experimentos.

El águila de perdición pronunció aquella última palabra como si contuviera veneno.

—Tarikus, debo saberlo. Primo, ayúdame. —Rafen le ofreció la mano—. Si vamos a compartir esta celda…

Tarikus lo interrumpió con otro bufido.

—Esto no es una celda, ángel sangriento.

Se oyó un sonido chirriante debajo de ellos y, de repente, el suelo cedió y cayeron en la oscuridad.

Recuperó la conciencia al oír los gritos del águila de perdición. Rafen intentó ponerse en pie, pero habían puesto en su contra hasta la propia gravedad. Estaba tendido en una plataforma inclinada, y le llegó el murmullo del zumbido de un generador de gravedad montado a su espalda.

El ángel sangriento parpadeó para aclararse la vista. Lo que vio fue un espacio combinación de caverna y matadero. Del techo curvado colgaban cadenas cubiertas de sangre, y las baldosas del suelo estaban húmedas por el agua que se utilizaba para limpiar los demás restos y arrastrarlos hasta las alcantarillas de desagüe. Volvió la cabeza con un gran esfuerzo y descubrió que Tarikus se encontraba en una plataforma parecida. Había tres figuras a su alrededor. Reconoció a dos de ellas: eran los extraños individuos fornidos que había visto al llegar. El tercero tenía la misma constitución y masa corporal, pero mostraba unas proporciones extrañas. Se volvió hacia él, y Rafen se sintió confundido.

El rostro que lo miró era extrañamente hermoso, casi femenino, pero con unos rasgos crueles que no se podían ocultar por completo. El andrógino apartó la mano del pecho de Tarikus, en el punto donde Rafen había visto la quemadura supurante. De repente, se le ocurrió algo horrible: aquella herida se la había provocado el propio águila de perdición.

Parpadeó sin tener muy claro si realmente había visto por un instante algo de color blanco antes de que desapareciera bajo la piel de Tarikus. El otro astartes chilló de nuevo e intentó moverse, pero al igual que Rafen, estaba aplastado contra la plataforma de gravedad, y el poder de aquella

fuerza gravitatoria diez veces superior a la de Terra lo mantenía pegado a su superficie como si fuera una mariposa pinchada con un alfiler.

El andrógino se le acercó con una sonrisa.

—Soy Cheyne —se presentó. Su voz era algo aguda y musical, algo que contrastaba con su enorme cuerpo—. Te doy la bienvenida.

Otra de las figuras regresó de entre las sombras con una masa esponjosa y chillona en las manos. La criatura tenía el tamaño de un puño y parecía una larva mutante. Uno de los extremos estaba rematado por una boca de cilios serpenteantes y rodeada de diminutos ojos negros, y todo el cuerpo ondulante estaba cubierto de una baba transparente.

Cheyne dobló con un gesto brusco la muñeca y de una vaina situada en el antebrazo surgió una daga de hoja ancha.

—Este regalo se lo ofrecemos a todos nuestros invitados —le dijo el andrógino. Luego se volvió hacia Tarikus—. Quizá creas que podrás sacártelo. Estás equivocado.

Rafen luchó con todas sus fuerzas en un intento por apartarse, y a Cheyne pareció divertirlo ver la angustia que mostraba en su rostro. Luego desgarró la vestidura del marine espacial lo suficiente como para dejar a la vista un buen trozo de su tórax. Desenvainó una cuchilla curvada y jugueteó con ella entre los dedos.

—Bienvenido —le repitió Cheyne, y un momento después le abrió un profundo tajo en el pecho al marine espacial.

Antes de que el ángel sangriento tuviera tiempo de reaccionar ante el tremendo dolor, el otro individuo metió la cabeza del gusano en la herida recién abierta y lo dejó retorcerse para entrar en la incisión.

Rafen notó cómo la criatura se enterraba en su carne y gritó una y otra vez, tal y como había hecho el águila de perdición poco antes que él.



DIEZ

Rafen tenía el cuerpo completamente cubierto de sudor, y se llevó una mano a la cara para apartarse los mechones de cabello empapado que le caían sobre el rostro. El interior de la celda apestaba a sudor y a agua de mar encharcada. En el exterior ya se había hecho de noche, y los vientos helados aullaban por todo el complejo carcelario, pero allí, en el interior, el aire estaba cargado y algo cálido debido a la respiración de Rafen.

Tocó con cuidado en mitad de la penumbra el tejido de cicatrización que cerraba la herida por donde había entrado el gusano. El latigazo de dolor que lo sacudió al hacerlo lo dejó sin aire en los pulmones. Fue un sufrimiento agónico, pero una mejora comparado con la vez anterior. Había intentado arrancárselo un instante después de que los matones de Cheyne lo arrojaran a aquel cajón de hierro, y lo que encontró fueron puñados de filamentos de color blanco lechoso que se le hundían en el pecho y se dirigían hacia su corazón primario. Tiró de los filamentos… y no recordaba nada más después de aquello. El dolor que lo azotó fue tan intenso que lo dejó casi inconsciente.

La criatura se movió debajo de la piel, y sentir aquello le provocó náuseas hasta darle arcadas. Aquella violación de su cuerpo lo repugnaba

más allá de lo que era capaz de expresar con palabras, y lo único que quería era un cuchillo. Incluso una simple hoja de metal sin afilar le serviría. Algo, cualquier cosa, con la que se pudiese sacar aquello de dentro.

Jadeó unos segundos antes de inspirar profundamente de forma entrecortada. Se esforzó por creer que las poderosas células de Larraman que albergaba su corriente sanguínea procedentes de los implantes de su cuerpo rechazarían aquel organismo parasitario, pero sabía que los agentes de Fabius Bilis habrían tenido en cuenta aquel factor de la fisiología astartes tan conocido y que lo habrían contrarrestado de algún modo. Bilis había sido uno de los apotecarios de mayor rango de los Hijos del Emperador durante la era de la Gran Cruzada, mucho antes de que comenzara la Herejía del architraidor Horus. Lo que sabía sobre los detalles más intrincados de la ingeniería genética creadora de los marines espaciales podría, sin duda, llenar bibliotecas enteras.

Rafen sentía frío a pesar del calor del interior de la celda. Sus captores le habían dado ropas bastas y cortadas casi sin forma, y se arrebujó en ellas. El guerrero había cortado varias tiras de tela para obtener unas vendas para los pies y las manos. El manto con capucha olía a la muerte de otros individuos.

Oyó un sonido. Era el del metal al golpear levemente contra el metal, y salía de la rejilla de plastiacero que estaba soldada al canal de ventilación situado en una esquina de la celda y que servía también como canal de desagüe. Rafen se acercó hasta allí arrastrándose por el suelo y arrugó la nariz ante el hedor que salía del interior, pero se quedó escuchando. Tras unos instantes, reconoció el ritmo del repiqueteo. Se trataba de una serie de golpes cortos y largos, algo parecido al antiguo lenguaje de batalla Orskóde. Algunos capítulos todavía utilizaban aquel modo de cifrado, y él lo conocía. Repiqueteó una respuesta, y un momento después le llegó una voz.

—¿Sigues vivo, ángel sangriento?

Rafen tuvo que esforzarse por oír aquellas palabras susurradas balo el aullido incesante del viento que soplaba fuera.

—¿Tarikus? —No había vuelto a ver al águila de perdición desde que los guerreros de Cheyne se lo llevaran arrastrando hacia la oscuridad—.

¿Dónde estás?

—Unas cuantas celdas por debajo de ti. Todos los conductos de desagüe acaban en un canal común. Es demasiado estrecho como para que quepa nada más grande que un roedor pequeño, pero basta para transmitir la voz.

Rafen se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Tuvo la impresión de que el parásito le estaba robando toda la energía vital. Le parecía un esfuerzo simplemente mantenerse de pie.

—Ninguna prisión puede mantener preso a un astartes… —le respondió, pero era una bravata que mostraba más convicción de la que realmente sentía.

Tarikus se quedó callado durante unos segundos.

—Y ahora me preguntarás cómo pienso escapar, ¿verdad? —El águila de perdición soltó un nuevo resoplido—. ¿Es que Bilis se cree que porque hayamos compartido un poco de dolor ya podemos confiar el uno en el otro?

—No dudo que cada cosa que hace ese repugnante traidor es una nueva maquinación con tal de conseguir algo. Todo lo que he visto desde que llegué a esta isla me ha supuesto probablemente alguna clase de lección —replicó Rafen, y torció el gesto en una mueca de dolor cuando el gusano se le movió en el pecho.

—No pienso confiar en ti —le replicó a su vez Tarikus. Aquel resentimiento apareció de repente, de la nada—. Resulta que Kelleth se escapa y muere en las rocas, y tú llegas para ocupar su lugar apenas unos minutos después. ¿Es que Bilis se cree que somos estúpidos?

—Kelleth… —repitió el ángel sangriento—. ¿Es el que murió por los disparos de los cañones centinela?

—Un hermano de batalla de los Corazones de Piedra —le contestó Tarikus—. Quedó destrozado.

—No soy un espía —le respondió irritado el sargento, reaccionando por fin al insulto—. ¡Créeme, águila de perdición, créeme cuando te digo que no hay en toda la isla quien quiera más que yo ver muerto a ese cabrón de Fabius!

El otro astartes se quedó callado una vez más, y tras un corto espacio de tiempo, Rafen creyó que Tarikus ya no tenía nada más que decir, pero el águila de perdición volvió a hablar:

—¿Cómo te atraparon?

El ángel sangriento titubeó. Fabius estaría sin duda escuchando absolutamente todo lo que decían. Era un individuo cuidadoso y calculador, y aunque aquella prisión improvisada había sido construida a partir de ruinas y de restos recuperados, Rafen estaba seguro de que el autoproclamado Primogenitor la habría llenado de artefactos de espionaje y de monitores de todas clases. También existía la posibilidad de que hubiera infiltrados entre los prisioneros, aunque aquella era una idea tan repelente que odiaba el simple hecho de que se le hubiera ocurrido. Peor todavía: el traidor podía ser el propio Tarikus. Dejó escapar un suspiro. Llevaba menos de un día allí y el lugar ya le estaba haciendo desconfiar de los demás. Escogió con cuidado las palabras.

—Me encontraba a bordo de una nave del Adeptus Mechanicus. Me había infiltrado mediante una operación de sigilo… Sabía que el señor de la nave tenía tratos con Bilis, pero no fui consciente de toda su locura. La nave quedó destruida cuando intentó atacar el planeta. Yo logré escapar en una de las cápsulas de salvamento, y los ensamblados me sacaron del océano.

—¿Viniste hasta el planeta por voluntad propia? —quiso saber Tarikus.

Rafen asintió.

—Así es. ¿Y tú?

—A mí me capturaron en el espacio. Un transporte médico me llevaba de vuelta al planeta base de mi capítulo, Gathis… Me habían herido de gravedad durante una campaña contra los necrontyr. Apresaron la nave y luego la destruyeron por completo.

El ángel sangriento pensó con detenimiento en lo que el águila de perdición había dicho minutos antes.

—Y tú capítulo cree que desapareciste con el transporte.

—Así es —le confirmó con un suspiro Tarikus—. Todos los que están aquí pueden contarte algo parecido. Los agentes de Bilis nos escogieron: los heridos, los perdidos, los aislados. Nos trajeron aquí y se aseguraron de que

nadie supiera que nos habían capturado. Rafen, somos los desaparecidos. Los olvidados. Los muertos que todavía están esperando la muerte.

El gusano se movió de nuevo, y Rafen soltó un gemido de dolor.

—¡Maldito bicho! ¿Nos han metido este parásito para que nos mate poco a poco?

—No. —Tarikus parecía cansado, pero siguió dándole explicaciones—. Kelleth estaba convencido de que se trataba de alguna clase de alienígena, o quizá incluso algún género menor de criatura de la disformidad. Bilis y sus nuevos hombres los utilizan para controlamos. No existe mejor atadura que la que alberga la carne de un individuo.

—Nuevos hombres… —dijo Rafen repitiendo el término—. He oído ese nombre en otro lugar.

—Cheyne y los demás —le explicó el águila de perdición—. Son el resultado de los experimentos sin límites de Bilis en los seres humanos. Imagínate el reverso de los nobles ideales con los que fueron creados los astartes. Las monstruosidades de Bilis son unos psicópatas con unas habilidades y una fuerza equivalentes a las nuestras. Pero son nuestra antítesis, asesinos modificados genéticamente que carecen de alma, sin conciencia o moralidad… —Tarikus permaneció unos momentos en silencio—. Me hiciste una pregunta en la cámara, ¿te acuerdas? Me preguntaste qué estaba haciendo el renegado aquí.

Rafen se encorvó un poco y respondió en voz más baja todavía.

—¿Lo sabes?

—Tengo una cierta idea. Seguro que has visto la torre, la que se encuentra encima de la cresta. Dentro de ese edificio hay… cámaras, lugares donde reinan un horror y un dolor horribles. —La voz de Tarikus adquirió un tono lúgubre—. Algunos de nosotros, a los que han llevado a las celdas que hay allí no han regresado nunca. A otros los han torturado durante días y los devuelven convertidos en una sombra de lo que eran cuando se los llevaron. Es una advertencia para el resto de nosotros. —El águila de perdición inspiró con lentitud—. Imagínate a un niño muy dotado que quiere estudiar el complejo entramado de un tapiz. Quiere tanto conocerlo como destruirlo. Lo va desmenuzando, poco a poco, hilo a hilo.

A eso es a lo que juega Bilis con nosotros, ángel sangriento. Nos va desmontando sin prisas, como si fuéramos rompecabezas que sólo estamos aquí para que él se divierta.

Rafen cerró los puños y apretó con fuerza.

—Si está aquí, encontraré el modo de llegar hasta él. Todavía tenemos ciertos asuntos que resolver.

—Reza para que no sea así —resopló Tarikus—. Lo único que te esperan son una muerte lenta y una humillación.

Rafen se miró los dedos manchados de mugre y pensó en el vial de sangre.

—No tengo elección —musitó.

El otro marine espacial siguió hablando y dijo en voz alta lo que pensaba:

—Nos mantienen aislados entre nosotros. Pueden pasar meses sin que veamos el rostro de otro astartes. Bilis sabe que al mantenernos separados impide que tracemos planes juntos…, pero creo que nos permite hablar para tener algo de lo que burlarse desde su nido de águila. —Suspiró—. Nadie ha conseguido escapar de este sitio.

—No busco escapar… —empezó a decir el ángel sangriento, pero en ese momento se oyó a lo lejos un repentino repiqueteo del hueso contra el metal. El sonido se fue acercando.

—Vienen los guardias —susurró Tarikus—. Si nos pillan hablando entre nosotros llenarán nuestras celdas con el devorador de vida y nos abrasarán los pulmones.

Aquel compuesto químico gaseoso era muy poderoso, lo bastante como para matar incluso a un marine espacial si se le administraba en dosis lo suficientemente elevadas.

El águila de perdición habló de nuevo, pero esta vez con una rapidez y una intensidad repentinas.

—Escúchame bien, ángel sangriento. ¡No te duermas! ¡No permitas que tu mente se ponga a soñar! Se meten en ella y forjan pesadillas en su interior… Bilis dispone de siervos que están malditos con la visión bruja. Ejercen su voluntad sobre nosotros mientras dormimos. ¡No sueñes! —La

voz de Tankus comenzó a apagarse—. Y la comida… ¡Cheyne la llena de drogas potentes e insidiosas que destruyen nuestra voluntad! Debes encontrar alimento en otro lugar… En los líquenes de las paredes de hierro. Algunos han llegado incluso a devorar la carne de un servidor si la situación llega a ser desesperada…

El sonido de unos pies rematados por garras resonó con fuerza en los techos de las celdas, y Tarikus dejó de hablar. Rafen se movió con rapidez y se deslizó hasta el camastro, el único mobiliario de la celda. Se subió al lecho en el mismo momento en que unas figuras bamboleantes pasaban por delante de la ventana de blindacristal. Las sombras se detuvieron un instante para atisbar en el interior de la celda antes de continuar su camino. Lo único que Rafen fue capaz de distinguir fueron sombras.

Luego no hubo más que el aullido del viento, que sacudía los remaches sueltos de las paredes haciéndolos repiquetear y colaba arena por las rendijas de la celda. Rafen procuró con todas sus fuerzas dejar de pensar en el dolor ardiente e incesante que sentía en el pecho, e intentó encontrar un momento para concentrarse, pero le resultó imposible.

Su entendimiento se mantuvo nublado por el torbellino de emociones. Se sentía al mismo tiempo ansioso por encontrar a su objetivo, pero también asqueado por lo que había experimentado hasta ese momento, y atormentado por las miradas vacías de los demás astartes con los que estaba encerrado.

J

Se reunieron en la sala de armas improvisada mientras el casco del Neimos crujía con suavidad en su avance por las aguas del océano. Todos llevaban la cabeza descubierta, pero el único que no llevaba puesto el resto de la

armadura era Eigen. El desgarrador de carne iba desnudo de cintura para arriba, y tenía el torso cubierto de bandas diagonales que en realidad eran vendas bioactivas. En el brazo derecho, que también llevaba descubierto, le habían colocado un autodosificador automático que se mantenía aferrado como una enorme pulga de metal. El aparato le administraba lentamente las antitoxinas suplementarias que necesitaba para contrarrestar los efectos del veneno que le había quedado en la sangre tras el ataque de la garra del kraken tiránido. Estaba sentado en una caja de munición y paseaba la mirada entre los demás astartes.

—Esto no se ha convertido en una democracia —le dijo el hermano sargento Noxx al psíquico Ceris—. No somos un concilio de civiles engreídos que discuten hasta las decisiones más insignificantes. Yo estoy al mando y he dado una orden, así que se acabó.

Ceris torció el gesto en una mueca.

—Mi señor, con todos los respetos, sólo ofrezco una alternativa.

El clérigo médico Gast negó con la cabeza.

—¿Y también lo hacías cuando Rafen estaba al mando de esta misión? No vi que nadie cuestionara las órdenes del ángel sangriento cuando él tomaba las decisiones. Ahora que es un desgarrador de carne el que manda, todo te parece mal.

Ceris miró con dureza a Gast.

—El hecho de que no cuestionara en público al sargento Rafen no significa que no discutiera con él cuando era necesario. —El psíquico apartó la mirada—. Esta misión es demasiado importante como para que sigamos adelante dejándonos llevar por las emociones. Debemos tomar las decisiones con lógica, con frialdad. Si no lo hacemos así, fracasaremos.

Ajir asintió con gesto sombrío desde el otro lado de la estancia.

—Si algo he aprendido acerca de mi hermano brujo es que Ceris diría algo así incluso si el propio lord Sanguinius estuviera al mando de esta misión.

—No lo pongo en duda —le respondió Noxx—. Y agradezco la información que me has proporcionado. —Esto último lo dijo de un modo

que sonó despreocupado, pero logró que al mismo tiempo pareciera una amenaza—. Sin embargo, prefiero no hacer caso.

Puluo, el guerrero taciturno y fornido que llevaba el bólter pesado colgado a la espalda habló por primera vez desde que se habían reunido.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

Ninguno de ellos habló durante unos segundos eternos. Al fin, Ceris dejó escapar un suspiro.

—Seguro… no es la palabra que yo utilizaría. Los caminos de la disformidad no suelen ofrecer una certidumbre absoluta. La naturaleza propia del Immaterium es permanecer siempre en un flujo de cambio continuo.

—Entonces, ¿hay algo de lo que estés seguro, psíquico? —exigió saber Kayne. El joven marine espacial se le acercó con un par de pasos desafiantes, sin hacer caso de la mano que Turcio alargó para detenerlo—. ¡Dínoslo!

Ceris miró directamente a los ojos cargados de furia de Kayne.

—No capto ninguna señal del rastro mental del hermano sargento Rafen. Una vez el kraken se retiró, sentí el dolor y la angustia del monstruo, y luego se sobrepuso a todo la confusión causada por la destrucción de la gema psíquica de Zellik… Cuando la niebla se disipó y tuve un momento para concentrarme, no fui capaz de sentirlo. Puede que Rafen se encuentre más allá del alcance de mis poderes psíquicos, o puede que… —Ceris permaneció un momento en silencio—. Es posible que se haya hundido en las profundidades del océano. —Luego señaló con un gesto hacia arriba—. He tratado de extender mis poderes para abarcar más terreno a costa de perder capacidad de escrutinio, pero más allá no hay más que espesura psíquica. Cuanto más nos acercamos a la fortaleza, más turbia se vuelve la disformidad.

—La isla de Bilis está protegida de los tiránidos por otros medios aparte de los materiales —comentó Turcio con voz sombría.

—Con todo esto no hemos descubierto nada nuevo —los interrumpió Noxx dejando traslucir la irritación que sentía—. Hablamos una y otra vez de lo mismo.

Ceris negó con la cabeza.

—Debéis escucharme, mi señor. Nos hemos quedado sin opciones. Debemos ponernos en contacto con el Tycho y el Gabriel y adelantar la orden de bombardeo. Dynikas V debe morir. No nos queda otra elección. No podemos arriesgarnos a fracasar en esta misión.

Eigen sintió que lo invadía una ola de rabia.

—¡Yo todavía puedo luchar! ¡Y Sove también podrá hacerlo en cuanto lo despertemos del trance de curación!

Gast frunció el entrecejo, incómodo ante aquella idea.

—Es posible…

—El hermano Ceris no cuestiona el número de guerreros involucrados —les dijo Puluo—. De lo que está hablando es de que puede que la misión haya quedado comprometida.

—¡Explícate! —le exigió Kayne.

El Neimos se había adentrado en una red de cañones del lecho marino después de que los astartes repelieran el ataque del kraken. Habían logrado ocultar el avance del sumergible a costa de una velocidad reducida y de un mayor tiempo de recorrido. Había sido necesario adoptar aquella táctica debido a la presencia de varias naves de superficie en la zona.

—Existe la posibilidad de que Rafen haya sido capturado. Se trata de una probabilidad mínima, pero sigue siendo una posibilidad que no podemos pasar por alto.

El rostro de Kayne se tensó más todavía.

—Hermano, ¿estás sugiriendo que nuestro sargento se derrumbaría con tanta rapidez en manos de Bilis y sus lacayos? ¿De verdad crees que les contaría todo lo que sabe? —El marine espacial frunció los labios en un gesto de disgusto—. ¡Antes moriría!

—Estamos hablando de Fabius Bilis —apuntó Gast—. Es el señor de un millón de horrores y uno de los principales paladines del Caos. No podemos saber qué clase de métodos malignos tiene a su disposición para interrogarlo.

—Puede que nuestro objetivo sepa que vamos a por él —declaró Ceris.

Noxx cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bilis profanó una reliquia sagrada de todos los hijos de Sanguinius y huyó de Baal después de matar a nuestros hermanos. ¡Pues claro que sabe que vamos a por él! Un crimen semejante no puede quedar sin respuesta. Pero ¿qué importa que lo sepa? ¿Y qué si le ha sacado ya a Rafen todo lo que sabe? Eso no importa. Nuestra misión no ha cambiado. Debemos encontrar a Bilis y matarlo, aunque nos cueste la vida hacerlo. El sargento Rafen dio esa orden, y yo la mantengo.

—No estoy en desacuerdo con esa orden —le aseguró el psíquico—. Tan sólo cuestiono el modo de cumplirla. Si bombardeamos este planeta con torpedos ciclónicos, no sobrevivirá nada en absoluto.

—Ni siquiera nosotros —apuntó Ajir—. Así que, de un modo u otro, moriremos, pero si logramos cumplir la misión con un ataque terrestre, no será necesario que las tripulaciones de las dos naves nos sigan hasta el infierno.

Eigen asintió. Tanto la Tycho como la Gabriel tendrían que acercarse para lanzar sus mortíferos proyectiles, pero al hacerlo, las dos naves serían destruidas por las flotillas de cráneos artillados orbitales y los múltiples cañones de control remoto que Bilis había instalado en gran número por las demás cadenas de islas.

—Y si no lo logramos, bombardearán el planeta de todas maneras.

Ceris lo miró.

—Quizá para entonces ya sea demasiado tarde. Cada instante que pasa, que nos retrasamos, le da a Bilis la oportunidad de preparar una huida. Puede que se trate de una nave que mantiene escondida, o un portal de disformidad como el que utilizó en la ciudadela Vitalis. Todos sabemos que Bilis huirá si se le da la oportunidad de hacerlo. No tiene lo que hay que tener para enfrentarse cara a cara al enemigo.

Noxx dio unos pasos y se colocó en el centro de los guerreros allí reunidos.

—El ladrón cobarde que robó la sangre sagrada debe morir, ¡y morirá! Pero el castigo no puede llegar desde trescientos kilómetros de distancia, ¡con el simple gesto de pulsar un botón en un panel de control de lanzamiento de torpedos! —Alzó la mano y fue cerrando poco a poco los

dedos del guantelete—. Si hacemos venir a las naves, será aviso más que suficiente para ese cabrón. No, a este enemigo debe matarlo uno de nosotros cara a cara. Debemos recuperar el vial o impedir que lo use. Así es como debemos hacerlo. Es lo mínimo que exige nuestro honor. —Los miró a todos, uno por uno, con una mirada penetrante en sus ojos helados—. Si no lo hacemos así, todo por lo que hemos pasado, las derrotas y los reveses, los juramentos que hemos hecho, los hermanos que hemos perdido, todos los guerreros heridos o muertos en el camino… ¡no tendrá ningún sentido!

—Y el honor es más importante que la vida —dijo Ceril con voz neutra.

—¿Eso es una afirmación, hermano? —preguntó Turcio—. ¿O es una pregunta que nos haces?

—Nos han dado una orden —le respondió Ceris sin mirarlo, y con la voz cargada de resignación—. ¡Acaso importa!

Noxx se dio la vuelta, y la expresión de su rostro dejó bien claro que la discusión había terminado. Miró a Kayne.

—¿Cuánto falta?

—Un día, o quizá menos —le respondió el ángel sangriento—. El rumbo que seguimos por las trincheras del fondo marino nos llevará hasta un punto cercano a la fortaleza insular del enemigo. Con la ayuda del Emperador y de Sanguinius, podremos llevar al Neimos hasta colocarlo en posición de ataque antes de que se active ninguna de las defensas del perímetro.

El desgarrador de carne hizo un gesto de asentimiento.

—Muy bien, hermanos. En ese caso, sugiero que empleemos bien el tiempo que nos queda. Preparad vuestro equipo de combate y preparaos también vosotros. Cumplid los ritos de batalla. Estad dispuestos.

Gast entrecerró los ojos.

—¿Qué hay de Sove? ¿Lo queréis en estado de combate? Todavía necesita algo de tiempo, mi señor.

—Lo sé, pero ya estamos cerca del final de todo esto —le contestó el sargento—. Si lo dejara dormido en un momento semejante, me maldeciría sin parar desde aquí hasta el Ojo del Terror. Nos hacen falta cada guerrero, cada espada y cada bólter.

—Ave Imperator —clamó Puluo.

El resto de la escuadra repitió aquellas palabras. Ceris fue el último en hacerlo.

J

Rafen tuvo muy en cuenta todo lo que le había dicho Tarikus, y utilizó el nodo catalepsiano que tenía implantado en el tejido cerebral para mantenerse en la línea que separaba el sueño y la vigilia. Aquello producía una sensación muy rara, pero el sargento ya la conocía. Le dio la impresión de que el tiempo transcurría a una velocidad acelerada, y que las horas se compactaban hasta formar unos pocos instantes. En el techo de su celda había un agujero que parecía ser el disparo de un proyectil, y a través de esa abertura entraba un rayo de luz de luna que avanzó implacable por el suelo de metal del reducido compartimento, y el ángel sangriento lo contempló. Detrás de la luna que reflejaba esa luz, ocultos para evitar ser detectados, se encontraban los cruceros de ataque de su capítulo y del capítulo aliado de los Desgarradores de Carne. Eran capaces de salir de su escondite y atacar aquel lugar desde órbita alta en menos de veinte minutos. Se preguntó si ése sería su destino: oír los chillidos aullantes de los torpedos ciclónicos mientras caían y acabar convertido en cenizas en un infierno de llamas de fusión.

Rafen sacudió la cabeza para quitarse de la mente aquel pensamiento lúgubre. Maldijo al águila de perdición, ya que le dio la impresión momentánea de que el carácter desabrido y pesimista de Tarikus se le había contagiado. El dolor ardiente que le provocaba el parásito se había convertido en un malestar sordo y apagado, y el palpitar del corazón de aquella criatura parecida a un gusano era un repiqueteo contra las costillas.

Se juró a sí mismo que se lo arrancaría de la carne él mismo con un cuchillo, con un láser o con un lanzallamas si fuera preciso.

El rayo de luna se desvaneció poco a poco al mismo tiempo que las paredes metálicas perdían el frío y el primer resplandor débil del amanecer empezaba a despertar. El ángel sangriento comenzó a realizar la serie de ejercicios y pautas mentales que provocarían el regreso del nodo catalepsiano a su estado inactivo, lo que a su vez devolvería a la normalidad la actividad cerebral. Si el nodo implantado se encontraba a pleno rendimiento, el marine espacial podía abstenerse de dormir normalmente. El órgano era capaz de subdividir el cerebro humano en una serie de cuadrantes para dar descanso a ciertas partes de la materia gris mientras mantenía activas otras. Notó cómo su cuerpo se recuperaba del estupor de aquel trance semejante al sueño, y la sensación fue muy parecida a la de subir por el agua para llegar hasta la superficie Rafen torció el gesto en una mueca de asco al recordar lo que le había ocurrido en el océano.

El ángel sangriento se puso en pie y se dirigió al centro de la celda. Se quedó allí, respirando en silencio, escuchando.

El sargento había dedicado bastantes horas a revisar cada centímetro de la superficie de la celda después de que lo hubieran arrojado a su interior y lo hubieran encerrado dentro. Había sido un buen modo de mantener la mente ocupada para intentar olvidar el dolor que le provocaba el parásito. Había examinado cada rincón sombrío, cada remache y cada soldadura, cada mancha de óxido y cada cabeza de perno corroída por el paso del tiempo. De ese modo había determinado cuáles eran las dimensiones exactas de su espacio de confinamiento y cuáles podrían ser sus posibles puntos débiles. Sin embargo, la apariencia externa del contenedor ocultaba una verdad más profunda. Las celdas del pozo excavado se habían construido a partir de contenedores de carga preparados para los viajes espaciales. Se trataba de unas enormes cajas diseñadas para ser capaces de resistir a la destrucción de la nave que las transportaba y las temperaturas extremas de frío y calor presentes en el vacío profundo. Las manchas de corrosión de color rojo óxido no eran más que un simple desgaste superficial, lo suficiente como para dar una falsa impresión a primera vista,

o incluso crear falsas esperanzas en los más impulsivos y precipitados. Rafen se preguntó si aquello era algo que Fabius Bilis había planificado de un modo deliberado. ¿Había decidido a propósito hacer que aquellas celdas tuvieran un aspecto deteriorado y poco adecuado para la función que en teoría deberían cumplir? ¿Quizá para que los hermanos de batalla que quedaran encerrados dentro perdieran fuerzas y tiempo en un intento de huida inútil? El ángel sangriento se imaginó que aquel campo de prisioneros era en realidad un enorme tablero de juego, y que los prisioneros que albergaba eran poco más que piezas para que Bilis se divirtiera.

Oyó un movimiento. Eran unos pies de hierro que se movían por la rampa de piedra. Luego se detuvieron. Le llegó el sonido sibilante de algo a presión y el gorgoteo de unos fluidos. Rafen sonrió para sí mismo y se dirigió hacia la compuerta de la celda.

En la pared metálica, a la altura de la cintura, habían instalado una cañería de hierro corta. El extremo abierto del tubo estaba cubierto por una costra de materia de olor rancio, y justo debajo, en el suelo, se veía una mancha descolorida. Se trataba de un tubo de alimentación, no muy distinto a los que se utilizaban en los establos para introducir las gachas nutrientes con las que se alimentaba a los groxes o a los equinos. Rafen recordó el aviso de Tarikus sobre la comida cargada de drogas que proporcionaban los ensamblados. De todas maneras, no había pensado tomar aquello.

El ángel sangriento había activado otro de sus implantes biológicos mientras descansaba en el trance provocado por el nodo catalepsiano. Las glándulas Betcher que albergaba en la boca estaban ligeramente hinchadas de veneno. Al igual que los sacos venenosos de algunos reptiles, esas glándulas eran capaces de secretar un fluido tóxico que actuaba como un ácido. El proceso de funcionamiento de las glándulas no era muy rápido, pero en las circunstancias adecuadas, ese ácido se podía escupir contra el rostro de un oponente o sobre unas argollas metálicas para que disolviera el metal. En su capítulo no se solía utilizar mucho ese implante, ya que había la opinión generalizada entre la mayoría de los hermanos de batalla que su uso en un combate cuerpo a cuerpo no era propio de astartes como ellos. Sin embargo, tenía su utilidad en las circunstancias adecuadas.

Rafen sabía que tenía que emplear las glándulas lo antes posible, ya que las reservas de energía de su cuerpo no tardarían en agotarse en sus intentos continuos de expulsar al parásito, y no podría llenarlas de nuevo. La toxina no sería efectiva contra el mecanismo de cierre de la compuerta o para derretir la superficie de blindacristal, pero podría aflojar la montura de la tubería que atravesaba la pared.

Los pasos metálicos resonaron más cerca. Calculó que se trataba de una unidad servidora que tiraba de un gran bidón de comida, y que tres ensamblados la acompañaban como guardia. De la juntura del tubo surgieron varias volutas de humo acre, y Rafen tiró para probar. La pequeña tubería crujió y se movió. El plan funcionaría.

Pasaron unas sombras por delante de la compuerta y oyó el siseo de un mecanismo de presión al acoplarse al extremo exterior del tubo de alimentación. De inmediato surgió un chorro espeso de una pasta gris de olor rancio que acabó manchando el suelo. Estaba claro que el prisionero debía degradarse a comer como un animal, y que se le negaba hasta esa mínima dignidad.

Rafen agarró el tubo con las dos manos y dio un fuerte tirón al mismo tiempo que lo hacía girar hacia el interior. El tubo se resistió unos instantes, pero luego cedió. Fuera se oyeron gritos guturales y diversos sonidos producto de la confusión. El ángel sangriento tensó el cuerpo y empujó el tubo hasta hacerlo salir por completo a través del agujero de la compuerta. El conducto mostró cierta resistencia cuando perforó algo denso y blando, y Rafen lo retorció de nuevo. El flujo de pasta borboteó y se detuvo por completo, y no tardó en verse sustituido por un chorro de sangre y de lubricante de máquina. El sargento quedó satisfecho y tiró del tubo hasta sacarlo por completo de la abertura. El último medio metro del conducto estaba cubierto de restos sanguinolentos tras haber atravesado carne y huesos.

La compuerta comenzó a abrirse. Rafen hizo girar el tubo como si fuera una larga vara de combate y golpeó uno de los extremos contra el suelo para aplastar la punta y convertirla en un filo improvisado. La compuerta se abrió hacia arriba y tres ensamblados cruzaron el umbral: un cánido, un

minotaurio cornudo y un simiano con aspecto de mono. Cada uno de ellos empuñaba una guadaña eléctrica, y todos las alzaron dispuestos a atacar.

Rafen no les dio tiempo de tomar la iniciativa. Empuñó con fuerza el otro extremo del tubo y lanzó un rápido golpe de abajo arriba. La punta afilada abrió un tremendo tajo en el rostro del simiano. El ensamblado retrocedió chillando y con un ojo menos, y se tapó la cara con las manos para intentar contener el chorro de sangre.

El minotaurio soltó un bramido bestial y agachó la cabeza para ensartarlo con su testuz cornuda. Rafen se sintió un tanto decepcionado. Aquella táctica era demasiado obvia y no representaba ningún desafío para un marine espacial. El sargento se agachó un poco y blandió el tubo en un arco que lo hizo estrellarse contra el abdomen del segundo ensamblado. El conducto se dobló hasta partirse por la fuerza del impacto, y el minotaurio perdió el equilibrio y cayó convertido en un guiñapo jadeante.

Rafen arrojó a un lado lo que quedaba del arma improvisada y esquivó una guadaña que vio con el rabillo del ojo para luego lanzarse hacia adelante y partirle la garganta al hombre toro de un pisotón y así evitar que se levantara de nuevo. Pensó por un instante en dejarse caer para empuñar el arma del minotaurio, pero se sentía extraño, algo mareado. El parásito estaba intentando agotarlo, que su rendimiento de combate disminuyera, y para ello le estaba inyectando venenos de fatiga en el flujo sanguíneo. Sacudió la cabeza para despejarse y se enfrentó al último de los tres ensamblados, el cánido, que le gruñó y le ladró. La criatura perruna era casi tan grande como un astartes, y tenía unas fauces de lobo provistas de dientes como dagas. Rugió y logró golpearlo con el arma.

El ángel sangriento soltó un gruñido de dolor cuando la poderosa descarga eléctrica le sacudió el torso. Sintió cómo el parásito soltaba un diminuto chillido agudo en respuesta al ataque. El cánido abrió las fauces de par en par para arrancarle un pedazo de carne del hombro, pero Rafen giró sobre sí mismo con las manos por delante y atrapó los extremos de las mandíbulas. Logró mantenerlas abiertas, y aprovechó la fuerza del impulso del ataque para seguir girando y desgarrarle la cabeza al cánido. La carne se abrió con un crujido acompañado de un chorro de sangre.

Para cuando el simiano se recuperó lo suficiente para atacarlo, Rafen ya tenía una arma eléctrica en cada mano. Detuvo el ataque del ensamblado y se le echó encima para derribarlo. El impulso hizo salir al hombre mono por el hueco de la compuerta abierta lanzándolo al sendero de piedra del exterior. Cerca de la entrada yacía el cadáver de un servidor en mitad de un charco de sangre y de pasta gris.

Apenas los dos combatientes salieron de la celda, los disparos láser procedentes de un punto por encima de ellos comenzaron a acribillar el terreno a su alrededor. Rafen divisó a uno de los centinelas murciélago que estaba dando vueltas sobre ellos. Echó el brazo hacia atrás y lanzó una de las guadañas de hoja curvada con un poderoso giro de la muñeca. El arma se clavó en el pecho del centinela. Sin perder ni un solo instante, se lanzó a por el simiano y lo mató a puñetazos propinándole una lluvia de golpes contra la cabeza.

La criatura se desplomó y Rafen se quedó durante un momento allí, de pie, cubierto de sangre y jadeante. Estaba excepcionalmente cansado, casi sin aliento. El parásito. Tendría que compensar de alguna manera el modo en el que estaba afectando negativamente a su rendimiento de combate. Contra unos matones vulgares como aquellos ensamblados todavía disfrutaría de ventaja, incluso aunque luchara con una venda en los ojos, pero seguro que tendría que enfrentarse a retos mayores. Rafen miró a su alrededor para orientarse. Todo el complejo carcelario estaba inquietantemente tranquilo. No se oían sirenas, ni gritos de alarma, tan sólo el gemido constante del viento.

Buscó con la mirada la cima de la torre, el lugar al que Tarikus parecía temer tanto, visible justo por encima del borde del cráter. Asintió para sí mismo. Ese era su objetivo. El ángel sangriento echó a correr procurando mantenerse entre las sombras.

En la cima de la ladera lo esperaba un enemigo de verdad, delante de la pesada puerta de rastrillo que protegía la entrada a un túnel que se adentraba en la colina. La figura se quitó la túnica abierta de color pardo con un de movimiento hombros y la apartó de una patada. Debajo no llevaba nada que se pudiera considerar ropa. Su oponente tenía el cuerpo cubierto por lo que

parecía ser una única banda de cuero negro que le rodeaba una y otra vez el torso enjuto pero nervudo y las extremidades musculosas. En conjunto, casi daba la impresión de ser un eldar. La banda de cuero se mantenía en su sitio mediante cinturones de malla y tachones de acero rojo. El pecho de su oponente estaba cubierto de fundas de pistolas pequeñas y de cuchillas con filos como navajas.

—Cheyne —dijo Rafen al mismo tiempo que aflojaba el paso y se le acercaba con cuidado—. Tu cárcel no puede mantenerme prisionero.

El guerrero andrógino se echó a reír.

—Los de tu clase sois tan predecibles, astartes. Todos decís las mismas cosas, y acabáis arrepintiéndoos de ello. Dime, ¿es que acaso pasáis por alguna clase de scholam especial durante vuestro entrenamiento en la que se os enseña a decir todas esas tonterías? —La figura de aspecto asexuado inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Es que vuestros mentores os enseñan todos los modos de sonar pomposos y solemnes?

—Es un don —le replicó Rafen con voz despectiva—. Y me parece que me he cansado de oírte tanto como tú a mí.

—Muy bien. Entonces, hablemos menos y luchemos más. —El andrógino se volvió con una pirueta y se quitó el chaleco donde llevaba las armas para luego mostrarle las palmas de las manos. Le hizo un gesto de asentimiento—. Mejor desarmados. Por pura diversión.

El ángel sangriento entrecerró los ojos. En el centro de las palmas de Cheyne se veían dos rendijas verticales, parecidas a alguna especie de estigma extraño. Todavía estaba pensando qué sería aquello cuando las heridas se abrieron de golpe y de ellas salieron unas largas cuchillas húmedas de hueso gris. Cheyne lo atacó con una serie de tajos verticales que Rafen esquivó. Oyó cómo aquellos punzones siseaban al cortar el aire. El ángel sangriento le lanzó una patada de barrido que Cheyne esquivó con facilidad, y el andrógino dejó escapar una breve exclamación de placer. Daba la impresión de que aquello lo consideraba un juego.

—Disfruta de esto mientras puedas, engendro —le saltó Rafen.

Cheyne mostró una fingida expresión de ofensa.

—Qué palabras tan desagradables. Me has herido profundamente.

—Eso quiero hacer.

Rafen lanzó un mandoble con la guadaña eléctrica que le quedaba y falló por muy, muy poco. El halo de energía que rodeaba al arma le quemó el hombro a Cheyne, y el guerrero se estremeció cuando la descarga le recorrió el cuerpo. El voltaje era elevado, pero al andrógino tan sólo se le escapó una especie de silbido.

—Os creéis superiores —le dijo Cheyne mientras daba vueltas a su alrededor procurando mantenerse a distancia de aquella arma de combate cuerpo a cuerpo—. Pero lo cierto es que vuestra especie se ha quedado obsoleta, marine espacial. Yo soy lo nuevo, querido Rafen. Soy un ejemplo del nuevo hombre.

—¿Hombre? —repitió el ángel sangriento—. Eso habría que discutirlo.

—Creía que tu capítulo apreciaba la belleza. No me desprecies por ser tan exquisitamente bello —le replicó Cheyne con una carcajada—. Eso le quita valor a todo.

Cheyne atacó de nuevo y Rafen consiguió evitar sufrir heridas en el torso y en los brazos, pero no pudo impedir que los astiles de las hojas de hueso lo golpearan en la cabeza, lo que lo dejó casi aturdido. La larva se retorció dentro del pecho de Rafen, y el marine tuvo que contenerse para no golpearse a sí mismo en ese lugar. El parásito parecía notar la presencia del paladín del Caos.

—Tu diseño ya está desfasado —le dijo Cheyne para provocarlo—. Nadie ha mejorado el esquema básico de los Adeptus Astartes desde hace diez mil años. Yo, en cambio, soy el producto de un genio. No soy simplemente la próxima generación, soy mucho más que eso. —El andrógino jadeó de nuevo cuando lanzó un golpe contra las piernas de Rafen, y la punta de una de las cuchillas le hizo un corte en la piel—. Soy un nivel superior, el astartes novus superior. Nuevo y mejorado.

—Eso dices tú —le contestó Rafen, y atrapó una de las cuchillas de hueso con la mano. La golpeó con fuerza con la empuñadura de la guadaña, y el arma ósea se partió por la mitad, lo que provocó un resoplido de dolor en el andrógino—. A mí no me parece que estés muy mejorado.

Miró de reojo la reja de acceso al túnel. Cheyne se esforzaba por mantenerlo alejado de aquel lugar, por retrasarlo. Supuso que habría más de aquellos nuevos hombres en camino, y comprendió que tenía que acabar aquel combate con rapidez para poder seguir avanzando.

Cheyne tenía el rostro, de color blanco porcelana, cubierto de gotas de sudor. La cuchilla rota se retrajo hacia el interior de la palma de la mano, y el andrógino giró sobre sí mismo para colocar el arma ósea restante en una postura de duelista.

—Eres fuerte, pero también eres débil en tu interior —le dijo Cheyne. Se dio unos golpecitos en la cabeza con los ojos abiertos de par en par y una expresión algo enloquecida en la mirada—. Aquí dentro. Estás vacío. Eres el seguidor de un dogma hueco y de los falsos mitos que se han creado alrededor de un cadáver sentado en un trono. —El andrógino soltó una risita —. Tu mundo es estático, ángel sangriento. Está en ruinas, se pudre. ¿Y el mío? El mío mira hacia el futuro, crece y evoluciona. ¡Ese es el don del amo Fabius! El ha visto el pasado, y ahora está construyendo el futuro.

La furia de combate se apoderó de Rafen ante la afrenta que representaba la existencia de aquella criatura.

—Sigues parloteando a pesar de todo lo que me dijiste antes. ¿Esto es lo único que eres capaz de hacer?

El ángel sangriento notó que una sensación febril se apoderaba poco a poco de su pecho.

—¿Es que te hago enfurecer? —Lo provocó Cheyne—. ¡Eso parece! Si pudieras ser como yo, y luchar con una sonrisa en los labios…

Rafen hizo caso omiso del dolor sordo del pecho y fintó hacia la derecha, y en el último instante cambió la dirección del movimiento. Se metió dentro de la guardia de Cheyne y atacó. El andrógino reaccionó con la rapidez suficiente como para impedir que el golpe del ángel sangriento le impactara con todas sus fuerzas, lo que habría sido letal. Sin embargo, no logró contener toda la potencia del ataque y la punta de la hoja de la guadaña le abrió un gran tajo en el pecho al nuevo hombre.

—Tienes razón —le replicó Rafen mientras Cheyne aullaba de dolor—. Jamás seré capaz de sonreír tan ampliamente como tú.

El ángel sangriento aprovechó la oportunidad y le propinó un puñetazo a su oponente, que cayó al suelo. Luego se agachó y agarró a Cheyne de una de las bandas de cuero para ponerlo en pie.

Ambos estaban cerca del borde de la rampa, y había una buena caída hasta el fondo del pozo. Si lo tiraba, el andrógino como mínimo se partiría un montón de huesos aunque tuviese la misma resistencia que un astartes. Cheyne intentó apuñalarlo con la otra cuchilla ósea, pero Rafen la atrapó y la apartó. La sangre fluyó de los puntos de la mano que la aferraban con más fuerza.

Un momento después, los gritos de Cheyne cesaron y se convirtieron en otra cosa: en risas.

Rafen se volvió a sentir invadido por la ira al oír la risa burlona de la criatura.

—¿Es que esto te divierte? ¡Pues que te dure, engendro, porque tu futuro se acaba aquí!

—Ah —jadeó Cheyne—. Creo que no.

Cuando el guerrero de Bilis abrió la boca de nuevo, emitió un sonido tan impío que Rafen se sintió asqueado hasta lo más profundo de su interior. Era una especie de plegaria, si es que había alguna palabra que describiera aquel sonido tan repulsivo. Una invocación, una llamada, una letanía, pero no a uno de los viles dioses a los que la criatura adoraba.

El rezo era para el gusano. Nada más oírlo, el parásito entró en una actividad frenética, y de repente Rafen sintió que la sangre se le volvía fuego. Todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo aullaron al mismo tiempo, y aquello lo arrojó en brazos de un dolor agónico que le destrozó por completo la fuerza de voluntad. Soltó a Cheyne, y se olvidó de cualquier cosa que no fuera el dolor. El sufrimiento era tan intenso como una galaxia que girara en su interior, y Rafen no pudo hacer otra cosa que mantenerse en el centro e intentar soportarlo.

Oyó muchos aullidos, y supo que él era la voz cantante de ese coro.



ONCE

El corpulento nuevo hombre arrastró al ángel sangriento hasta la estancia con gradas a través de una pesada compuerta estanca antes de arrojarlo al suelo. La puerta se cerró con un zumbido una vez hubieron pasado ambos, y el marine espacial se quedó en el suelo jadeando mientras se esforzaba por enfocar la vista. Lo primero que vio fueron los símbolos siniestros grabados en las baldosas grises que cubrían el suelo a su alrededor, junto a los glifos de maldición, las runas protectoras y las estrellas de ocho puntas. Se apartó de todo aquello en un acto reflejo mientras una oleada de repugnancia lo invadía, y el nuevo hombre se echó a reír el verlo.

Rafen se esforzó por disminuir su ritmo de respiración, pero le costó trabajo. La presencia del gusano en su pecho estaba volviendo en su contra su fisiología astartes. Las funciones de los implantes de su cuerpo luchaban con la biología básica humana. Intentó detener el temblor que le sacudía las manos provocado por la inestabilidad celular en la composición química de su sangre. También parpadeó para procurar mantenerse en pie a pesar de que su equilibrio, antes perfecto, había quedado seriamente alterado. La criatura no dejaba de inyectarle veneno con cada latido de corazón. Miró furioso a Cheyne, quien le devolvió la mirada con una expresión cargada de

malicia. El paladín del Caos se estremecía de dolor de vez en cuando mientras el servidor que lo seguía utilizaba un biofilamento para coser las heridas de su cara.

Había sido Cheyne quien le había provocado aquel estado, quien había activado al parásito para que actuara con toda su potencia con aquel extraño rezo mnemónico que había recitado. El dolor aumentaba y disminuía, pero sólo levemente. Rafen comprendió por fin el propósito insidioso que tenía aquella larva implantada: hacía que las cadenas y las ataduras fuesen obsoletas. Cualquier prisionero que hubiera quedado infectado con una de aquellas criaturas estaba sujeto por una correa invisible. Tan sólo hacía falta pronunciar unas palabras y se desencadenaba un sufrimiento agónico.

—Querías venir hasta aquí, ¿no? ¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Cheyne con voz pastosa, y de la boca destrozada del nuevo hombre salieron gotas de sangre y de saliva.

Rafen miró a su alrededor. No estaba seguro de por qué Cheyne lo había llevado hasta allí después de haber intentado aparentemente impedirle con tanto esfuerzo la entrada al lugar. Se sintió sorprendido de inmediato por el tremendo parecido que existía entre aquella estancia y el hospital que su escuadra había encontrado en el asteroide tau del que se había apropiado Bilis. Había más luz en el que él se encontraba, y Rafen deseó hasta cierto punto que no fuera así.

Las mesas y los bancos de trabajo estaban colocados en filas ordenadas y rodeados por todos lados por una serie de tanques circulares llenos de fluidos turbios. Dentro de los tanques había objetos que se movían, y Rafen titubeó ante la idea de acercarse para ver mejor. Mientras que el lugar impregnado de crueldad de la colonia tau parecía abandonado y desordenado, el laboratorio de Dynikas V tenía aspecto de estar bien cuidado y organizado. Un par de servidores de rostro sin expresión, con la boca y los oídos suturados, se movían por los límites de la estancia dedicados a cumplir unas tareas que Rafen tan sólo podía suponer.

La luz la proporcionaban unas franjas de lúmenes que brillaban con fuerza desde el techo, y su resplandor amarillo iluminaba el suelo embaldosado y las paredes recubiertas de metal. La luz se reflejaba en las

bandejas llenas de instrumentos afilados, más siniestros que cualquier cuchillo de combate. El astartes se preguntó durante un momento si lograría llegar hasta alguna de ellas, pero el dolor regresó con fuerza.

Vio por encima de él una serie de estanterías formadas por garras de hierro de las que colgaban bolsas de polímero llenas de líquido y de una materia que sólo podía ser carne humana. Muchas de las mesas de operaciones estaban tapadas con sábanas de plástico que ocultaban formas abultadas. El olor a sangre lo invadía todo. No se trataba del hedor de un campo de batalla, sino de la pestilencia propia de un sanatorio, de un lugar donde a la muerte no se le hacía caso porque se la consideraba como algo sin importancia.

Rafen sacudió la cabeza para ahuyentar la sensación de mareo que le azotaba el cráneo. Le costaba pensar, como si en vez de cerebro tuviese una masa de barro pegajoso en el interior de la cabeza. Dio unos cuantos pasos, y al hacerlo se fijó en un disco de cristal engastado en el suelo. Bajó la mirada, y las entrañas se le revolvieron al ver lo que había debajo. A través de la gruesa lente se veía un nido envuelto en neblina y compuesto por una materia mucosa que formaba hebras por doquier, y había varias decenas de gusanos de distintos tamaños que se retorcían con movimientos ciegos, los unos sobre los otros, mientras sus cilios serpenteaban en el aire sin agarrarse a nada. Apartó la mirada asqueado, y sintió el peso de la criatura repugnante que llevaba en el pecho. Rafen se preguntó si el parásito estaba ganando peso o simplemente se lo imaginaba. Sintió una punzada de temor. ¿Acaso crecería hasta consumirlo desde el interior? ¿O haría algo peor, como apropiarse por completo de su cuerpo?

Se obligó a sí mismo a bajar la mirada de nuevo, y esta vez vio algo más. Allí abajo, bajo la alfombra de gusanos serpenteantes y envuelto con los hilachos húmedos de aquella materia mucosa… había algo hecho de carne pastosa con una armadura de hueso y horriblemente hinchado que se encogió sobre sí mismo.

—Un zoántropo tiránido —le informó una voz siniestra y profunda—. Al menos eso era al principio, antes de que lo capturase y uniese su carne a

la de un arquetipo de biovoro y lo alterase para que sirviera mejor a mis propósitos. Ahora es, al mismo tiempo, menos y más de lo que había sido.

Rafen conocía esa voz. La conocía y la odiaba.

Alzó la mirada a tiempo de ver cómo otra figura entraba en la cámara a través de una compuerta situada al otro lado de la estancia. Era tan alto como cualquier guerrero del Adeptus Astartes, pero el recién llegado invadió la estancia con una presencia siniestra que era la antítesis de cualquier guerrero de carácter noble, como era el caso del comandante de Rafen, el señor del capítulo Dante. El hombre, aunque lo cierto era que hacía ya mucho tiempo que había renunciado a ese apelativo, llevaba puesto un largo abrigo que en él más parecía una capa. Era de cuero curtido y estaba resquebrajado, y había sido confeccionado con la piel arrancada a los cadáveres. El ángel sangriento vio los rostros todavía aullantes de varios marines espaciales cosidos al tejido del abrigo una vez arrancados a los guerreros que habían perecido a manos de aquel asesino miles de años antes de que naciera Rafen.

Llevaba puesto aquel tabardo sobre una pesada servoarmadura del antiguo tipo Maximus, pero reforjada y transformada en algo impío. En el pasado, la armadura estaba pintada de color dorado brillante y púrpura imperial, pero en ese momento tenía la misma tonalidad que un vino tinto. La cubierta de ceramita de la armadura había quedado empapada en sangre tantas veces que su superficie porosa había acabado adquiriendo esa tonalidad.

La corpulenta figura mostraba a la espalda un enorme artefacto metálico que se mantenía aferrado a él como si fuese una especie de enorme escarabajo depredador. Tenía ocultas las garras y las zarpas, retraídas bajo el caparazón, pero en la parte superior, los tubos bulbosos y los conductos cristalinos rematados por cráneos funcionaban sin apenas hacer ruido y bombeaban espesos fluidos orgánicos con susurros húmedos y sibilantes. El recién llegado caminó hacia la luz con pasos lentos y solemnes, lo que dejó a la vista del marine espacial un rostro de facciones duras y ojos hundidos. Una mata de cabello blanco y áspero enmarcaba un rostro con una expresión insensible.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —preguntó.

Aquel individuo, aquel traidor, había recorrido antaño las estrellas como un guerrero de los Hijos del Emperador, pero al igual que el resto de los miembros de su deshonrosa legión, se había pasado al bando del traidor señor de la guerra Horus y había abrazado la herejía de los dioses del Caos. Algunos sostenían que él ya había tomado ese camino maldito antes incluso de que los guerreros de Fulgrim incumplieran su juramento de lealtad al Emperador, y que había realizado experimentos con sus hermanos de batalla durante su servicio como apotecario. Una vez quedó liberado de cualquier clase de código moral, llevó a cabo con profusión aquellos actos malvados y se dedicó a atormentar y a experimentar con cualquiera que tuviera la desgracia de cruzarse en su camino. Después, cuando Horus fue derrotado y Fulgrim perseguido hasta el Ojo del Terror, su genio retorcido proporcionó al traidor una segunda oportunidad al separarse de los Hijos del Emperador y convertirse en un renegado absoluto. Gracias a ello, fue capaz de profundizar más todavía en todas las posibilidades perversas que ofrecían sus siniestras habilidades médicas. Su catálogo de atrocidades incluía seres de un millar de mundos.

El dolor provocado por el parásito se apoderó del pecho de Rafen, pero el marine espacial no le hizo ningún caso, ya que la rabia que lo invadió amenazó con hacer saltar todas las barreras de autocontrol. Si hubiera sido posible matar tan sólo con el veneno que llevaban sus palabras, Rafen hubiera escupido la muerte.

—Fabius Bilis, por el Dios Emperador, ¡te declaro traidor! —exclamó.

—Por supuesto que sí —le contestó Bilis, impasible ante el increíble odio que destilaban todas y cada una de aquellas palabras—. Tú y muchos otros como tú. Es aburrido. A veces tengo la esperanza de que alguno de vosotros me diga algo distinto. —Sonrió divertido, lo que dejó a la vista una hilera de dientes grises como lápidas—. Después de cientos de años, uno ansía que algo rompa la monotonía.

Rafen dio un paso hacia una de las bandejas con instrumental quirúrgico, pero Cheyne apareció de repente y le cortó el paso. El nuevo hombre se pasó la lengua por los labios en un gesto de impaciencia por

enfrentarse otra vez con él. Todavía le salía algo de sangre del tajo en la mejilla. El astartes se dio cuenta de que había otros nuevos, hombres detrás de él, y todos habían adoptado posturas de combate.

Bilis miró atentamente a su lacayo e hizo un gesto de asentimiento.

—Tú le has hecho eso, ¿verdad? Incluso con la sanguijuela en el pecho. Qué fortaleza.

—Estaré encantado de demostrarte mis habilidades en persona, traidor.

Cheyne se rió en voz baja al pensar en aquello, pero Bilis negó con la cabeza.

—Aquí no va a haber ninguna lucha. Hoy no. —El maligno científico dio unos cuantos pasos más y se acercó a él—. Todavía no, al menos. No antes de que me contestes a las preguntas que quiero hacerte.

—No pienso decirte nada —le escupió prácticamente Rafen—. ¡Sólo pienso acabar contigo! ¡Esta vez no te escaparás!

Bilis lo miró fijamente.

—¿Esta vez? —Frunció el entrecejo—. ¿Ya nos hemos visto antes, cachorro? Debo confesarte que no me acuerdo.

—Yo estaba allí cuando huiste de Baal ¡cómo el cobarde que eres! —le gritó el ángel sangriento—. ¡Ni siquiera tuviste el valor de enfrentarte a nosotros en combate!

El renegado no dio muestra alguna de reconocerlo, y en vez de eso inspiró con un gesto de desprecio.

—No he vivido durante tanto tiempo librando batallas que no puedo ganar, no cuando puedo tomar un camino alternativo. Los de tu clase, por el contrario, parecen estar convencidos de que tiene sentido embarcarse en batallas que están más allá de toda posibilidad de victoria. —Señaló con un gesto del brazo toda la estancia—. De ahí que seas nuestro prisionero, ¿verdad?

—Haz salir a tus perros, traidor, y ya veremos quién no tiene posibilidad alguna de ganar —le replicó Rafen con la mirada brillante y los músculos de las manos tensos.

Bilis no hizo caso de la respuesta y se volvió hacia Cheyne.

—Este es el que sacasteis del océano. Es todo un detalle, pero no pienso aceptarlo sin estudiarlo con detenimiento. ¿De dónde ha salido?

El nuevo hombre miró fijamente a Rafen.

—Contesta a la pregunta del amo, ángel sangriento, o habrá más dolor.

Rafen le devolvió una mirada rabiosa.

—No finjas que todavía no lo sabes.

—Quizá —admitió Cheyne con una carcajada—. Sin embargo, quiero que seas tú quien lo diga.

—Vengo de Baal. He venido a mataros a todos —le respondió Rafen. Volvió a mirar a Bilis—. Para haceros sufrir el castigo que tan justamente merecéis por el insulto que habéis infligido a mí capítulo.

—Dice que llegó solo —añadió Cheyne—. A bordo de la nave de ese estúpido de Zellik.

El ángel sangriento no dijo nada. El andrógino acababa de confirmarle lo que ya sabía: todo lo que se decía en el complejo de celdas era oído por los espías de Cheyne.

—¿Eso ha dicho? —Reflexionó Bilis—. Un astartes solitario en una misión de venganza dispuesto a reparar una afrenta. —Se alejó lentamente hacia otra compuerta estanca—. ¿Qué será lo que le ha hecho enfadar tanto?

El renegado musitó un código y la compuerta se abrió. Bilis cruzó el umbral y le hizo un gesto lánguido a su lugarteniente para que lo siguiera.

—Traedlo.

Rafen sintió un pinchazo en la espalda y se volvió. Vio a dos de los nuevos hombres empuñando unas alabardas con múltiples hojas afiladas en el extremo superior.

Cheyne siguió a su señor y le indicó con un gesto a Rafen que hiciera lo mismo.

—Ven, ven. Te prometo, marine espacial, que aquí dentro verás cosas que desearás no perderte.

Por mucho que odiara admitirlo, el ángel sangriento notó que aquello le despertaba la curiosidad. Lo que quería más que nada en el mundo era dar rienda suelta al fuego que representaba la maldición genética de su capítulo, el potencial enloquecido y destructivo de la sed roja. Quería dejar que su

cuerpo se convirtiera en un torbellino de muerte y destrozar por completo aquel lugar. Sin embargo, otras voces le sonaban en la cabeza, y recordó las palabras de su leal amigo y mentor, el sargento Koris, y las del propio lord Dante. No podía dejar libre su rabia, todavía no. Lo primero era el cumplimiento de la misión.

Siguió a Cheyne a través del umbral de la compuerta con el rostro contraído por el odio.

J

—¿Estás seguro?

Noxx habló en voz muy baja para que no se oyeran sus palabras en el resto del puente de mando del Neimos. El desgarrador de carne se inclinó y miró por encima del hombro del ángel sangriento la pantalla pictográfica. Puluo asintió con gesto grave.

—No diría nada si no lo estuviera. Miradlo vos mismo.

Noxx entrecerró los ojos mientras observaba atentamente la pantalla. La imagen que mostraba era de la parte del océano situada a popa del sumergible. Aquella zona con forma de cono estaba llena de líneas ondulantes de estática negra y gris. Era un aparato de sonar, un artefacto utilizado para explorar las aguas marinas mediante sensores auditivos hipersensibles que eran capaces de captar cambios diminutos en la termoclina de la zona que exploraba.

—No lo veo.

—Un momento —le pidió Puluo. Luego señaló un sector en blanco de la pantalla—. Aquí.

Tras unos instantes, la pantalla parpadeó, y Noxx vio durante una fracción de segundo la imagen fantasmal de una silueta ahusada, de algo

parecido a una bala que arrastraba tras de sí un manojo de cables. Congeló la imagen y levantó la mirada hacia el otro astartes.

—¿Ha vuelto?

—Ha vuelto —le confirmó Puluo con un gesto de asentimiento grave.

—Creí que habíais matado a ese bicho ahí fuera.

Puluo negó con la cabeza.

—Lo repelimos. Pensamos que eso sería suficiente.

Noxx examinó el dial medidor de distancias que se encontraba al lado de la pantalla.

—Está lejos y se mueve con lentitud. Está herido.

—No está tan lejos —apuntó Puluo—. Según los cogitadores, el kraken avanza más o menos a la misma velocidad que nosotros. Si se nos estropea cualquier elemento, se nos echará encima en cuestión de minutos.

—Razón de más para que nos demos prisa. —Noxx se dispuso a marcharse, pero Puluo lo agarró por el brazo—. ¿Y ahora qué? —le preguntó el sargento con irritación.

El ángel sangriento frunció el entrecejo y dio un par de golpecitos en la pantalla pictográfica.

—Todavía hay más —le dijo Puluo mientras pulsaba un control para que la imagen siguiera en pantalla.

Se produjo un nuevo centelleo, pero esta vez en el otro extremo del cono, y Noxx alzó una ceja. ¿Cómo era posible que el tiránido se hubiera movido con tanta rapidez de un lado de la pantalla al otro?

La imagen se llenó de estática y se reajustó para ofrecer los datos de otro barrido de los sensores pasivos. Esta vez la pantalla no mostró una señal, sino cinco, y muy claras. Cada una de ellas con la misma silueta con forma de bala y seguida de unas largas cintas de distorsión.

—Ha vuelto —repitió Puluo—. Y se ha traído a unos cuantos amigos.

Noxx sonrió levemente.

—Quizá deberíamos sentirnos halagados. Esa maldita criatura ha tenido que pedir ayuda para hacernos una simple mella. —Permaneció un momento pensativo—. Di a los servidores que pongan este cacharro a la máxima velocidad posible. Necesitaremos hasta el más mínimo segundo de

ventaja sobre esos monstruos, porque tendremos que reducir la velocidad cuando lleguemos a la isla.

—Si no salimos del agua con rapidez se nos echarán encima —comentó el ángel sangriento.

—No lo dudo. Razón de más para que aceleremos, primo —le respondió Noxx.

Puluo asintió de nuevo.

—Como si necesitáramos algo más para motivarnos.

J

Había esperado encontrarse con otra cámara de los horrores, y en cierto sentido era exactamente eso.

Rafen caminó empujado por los golpes bruscos de los matones de Cheyne. Siguió al andrógino y al servidor que lo acompañaba a través de una estancia alargada que era más una galería que una habitación. Lo que allí vio eran decenas de trofeos colocados en las paredes cubiertas de estanterías o colgando de cadenas fijadas al techo.

Había partes de armadura de ceramita, placas pectorales y hombreras, guanteletes y cascos. Todas las piezas estaban rotas, como si se tratara de los restos de un campo de batalla. En un nivel superior, fuera de su alcance, había un arsenal de armas de todas clases, desde espadas hasta armas de fuego.

Lo que dejó asombrado a Rafen fue que todo aquello formaba parte del equipo de combate de los astartes. Era la sala de trofeos de Bilis, los despojos arrancados a todos los prisioneros a los que había llevado hasta aquel infierno secreto.

Vio el guantelete rojo de un puño carmesí, con los nudillos agrietados y rotos; el casco con forma de cráneo de un lobo espacial; unas hombreras con los emblemas de los Dragones Negros, de los Salamandras, de los Bebedores de Almas y de muchos más.

—Eso es una lección —comentó Bilis con voz displicente; mientras se dirigía hacia un tanque de fluido burbujeante que se encontraba en el otro extremo de la galería—. Me gusta conservar estas reliquias cerca de mí para recordar todos los pasos que he dado en el camino hacia el éxito.

Cheyne miró atentamente al ángel sangriento.

—Se está preguntando desde cuándo está ocurriendo esto. Siempre es la primera pregunta. —El andrógino inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te sorprendería saber que han pasado décadas desde que el amo comenzó con su trabajo aquí? —Cheyne soltó una breve risa—. Piensa en ello, astartes. ¿Cuántos de tus hermanos de batalla se han declarado perdidos en combate y probablemente muertos a lo largo de los últimos diez, veinte o treinta años? Sería interesante pensar cuántos de ellos habrán acabado aquí —añadió mientras pasaba sus largos dedos por la parte superior agrietada y manchada de sangre del casco de un ultramarine.

Rafen se esforzó por pensar una respuesta, pero fue incapaz. Tenía la mirada fija en una placa pectoral roja que yacía tirada sobre una de las estanterías. En ella se veía una gota de color rubí flanqueada por unas alas doradas. Se acercó hasta ella y la sostuvo en las manos. El ángel sangriento pensó durante un momento que la placa formaba parte de su armadura, ya que supuso que todo lo que los ensamblados le habían quitado a bordo de la nave de pesca habría acabado en aquel lugar, pero una sensación helada lo sacudió cuando se dio cuenta de que aquello no era suyo. Le dio la vuelta con un gesto lleno de reverencia y buscó la lista de honor que se encontraba en el reverso. La parte final de la enumeración de combates en los que había participado la armadura y de hermanos que la habían llevado estaba cubierta de hollín. Rafen lo limpió con el pulgar.

—El hermano Kear —musitó leyendo en voz alta. No le sonaba el nombre, pero a pesar de ello lo invadió la ira al pensar que un hermano de su capítulo había muerto en aquel lugar, solo y olvidado—. Otra afrenta

más que añadir a la lista de deudas. Te juro que serás vengado —musitó con la esperanza de que el espíritu de su camarada muerto todavía fuese capaz de oírlo. Luego se volvió y miró iracundo el rostro huraño de Bilis.

—Míralo —le dijo éste a su lugarteniente—. Está tan furioso, tan poseído por la rabia, que apenas es capaz de contenerse.

—Los Ángeles Sangrientos son conocidos por su capacidad de reprimirse —comentó Cheyne, con el mismo tono de voz con el que discutiría el sabor de un vino—. ¿O quizá es que se muestran reticentes a luchar?

Rafen inspiró lenta y profundamente y se imaginó el sonido que haría el andrógino cuando lo asfixiara hasta matarlo.

A pesar de todo, consiguió resistir el impulso de atacarlos con uñas y dientes. Conocía muy bien el carácter de aquella ralea del Caos. Les encantaba su propia arrogancia, sus planes enrevesados y su engreído sentido de la superioridad. Eran incapaces de mantenerse en silencio o de dejar que sus actos hablaran por sí mismos. A los individuos como Fabius Bilis les encantaba recrearse con sus victorias, adoraban retorcer el cuchillo en la herida antes de dar el golpe de gracia. Por mucho que odiara quedarse quieto y soportar un insulto tras otro, Rafen sabía que debía enterarse de lo que ocultaba aquel lugar aborrecible. Añadió mentalmente cada afrenta a la lista que ya tenía memorizada.

—Debería estarte agradecido, ángel sangriento —le dijo el Primogenitor—. A ti y a tu estúpida parentela. Me habéis ayudado inmensamente en una de mis investigaciones más importantes, y todo gracias a la arrogancia de uno de vuestros hermanos de batalla.

—Caecus…

El nombre se le escapó antes de que pudiera evitarlo. Bilis asintió.

—Un individuo desesperado, temeroso del futuro que le esperaba a su capítulo, pero lo bastante orgulloso como para creer que él solo sería capaz de salvarlo. En vez de eso, me abrió vuestros secretos. —Sonrió levemente—. Se merece vuestra compasión.

—Está muerto —le replicó Rafen con un gruñido—. Lo maté yo mismo. Al final comprendió los errores que había cometido. Murió aceptando su

responsabilidad por lo ocurrido.

—Qué noble por su parte —dijo Cheyne con sarcasmo.

«Me he condenado por mi orgullo». Había sido el apotecario Caecus quien había pronunciado aquellas palabras. Rafen recordó la sensación del peso del bólter en su mano mientras pronunciaba la sentencia de muerte de su hermano de batalla, y luego el eco del único disparo que efectuó. El ángel sangriento quiso sentir odio por el muerto, pero no lo logró. Bilis, maldita fuera su alma, tenía razón. En vez de eso, sintió compasión por Caecus. El apotecario majoris se había atrevido a practicar el arte prohibido de la clonación en un intento vano de aumentar los efectivos del capítulo después de las desastrosas pérdidas que los Ángeles Sangrientos habían sufrido durante la crisis de Arkio. Sus fracasos habían acabado por llevarlo a hacer un pacto con un biólogo llamado Haran Serpens, pero lo que no sabía, y lo que resultó desastroso, era que esa identidad la había usurpado Fabius Bilis.

Rafen habló con voz tranquila pero cargada de amenaza.

—Nos has robado, traidor. Te has llevado una parte de nuestro corazón. He venido a recuperarla y a hacerte pagar por tus crímenes.

Bilis se echó a reír con un sonido penetrante y desagradable.

—¿Mis crímenes? He cometido tantos que morirías de viejo antes de que te diera tiempo a enumerarlos todos. Y a pesar de eso, un simple cachorro atado todavía a los pechos resecos de ese dios carroña tuyo, ¿tienes la temeridad de atreverte a juzgarme? —El rostro del científico se puso tenso y sus ojos centellearon como gemas oscuras—. Dime, guerrero, ¿es eso lo que pretendes?

Del artefacto de metal desgastado que Bilis llevaba a la espalda surgió un brazo mecánico que se extendió hasta sumergirse en el burbujeante fluido que llenaba el tanque. Cuando salió, llevaba aferrado en la garra manipuladora de su extremo un vial de cristal.

A Rafen se le escapó un jadeo de asombro. ¡La sangre sagrada! Casi le pareció ver el líquido carmesí que albergaba el tubo, la pequeña cantidad de sangre preservada del primarca mantenida con vida por los sacerdotes

sanguinarios del capítulo. Alargó la mano para tocar la reliquia sin ni siquiera darse cuenta de que lo hacía.

Bilis inspiró profundamente y dejó caer el vial de nuevo en el tanque como si no tuviera importancia.

—Se le atribuye un valor tremendo a algo que, si se piensa bien, no es más que una simple combinación de cadenas de proteínas, hidratos de carbono y compuestos moleculares básicos. Sin embargo, la combinación correcta de todos esos elementos es algo que no tiene precio.

El renegado se apartó y echó a un lado el faldón del abrigo para dejar a la vista el resto del contenido del tanque.

En la suspensión del interior flotaban unos pequeños trozos de carne que se movían siguiendo el flujo lento del fluido. El líquido mostraba leves trazas de sangre diluida, y Rafen se dio cuenta con una sensación creciente de horror que reconocía las formas de aquellos extraños órganos.

—Ya sabes lo que son, ¿verdad? —le preguntó Bilis.

Rafen había llegado hasta aquel planeta maldito convencido de que el renegado estaba maquinando alguna clase de plan insidioso relacionado con el legado genético de su capítulo, pero en ese momento se dio cuenta de que aquello involucraba muchos más factores aparte de los Ángeles Sangrientos. Los objetos que había en el interior del tanque eran glándulas progenoides.

Todos y cada uno de los marines espaciales, sin importar del capítulo al que pertenecieran o el planeta del que fueran nativos, llevaban implantados esos órganos en el cuerpo desde antes de su ascenso al rango de hermano. Las glándulas progenoides absorbían material genético y maduraban con el paso del tiempo. Dentro de esos órganos crecían nuevas semillas genéticas que podían recogerse y reintroducirse en la reserva biológica del capítulo y así comenzar de nuevo el ciclo. Las progenoides eran la esencia vital de los Adeptus Astartes, la materia prima de generaciones futuras de guerreros. Algunos decían que eran las posesiones más valiosas de los capítulos, más allá de las reliquias venerables y del conocimiento sagrado, porque representaban el futuro.

Y allí estaba Fabius Bilis, quien le mostraba orgulloso y con aire de suficiencia una colección de aquellos objetos de valor incalculable que había arrancado de los cadáveres de los guerreros que había asesinado.

—Llevo muchos años reuniendo este material —le explicó sonriendo, encantado ante el sonido de su propia voz—. Al principio los robaba o los extraía de los guerreros de las legiones que habían abandonado al Emperador para seguir el Sendero Óctuple… Pero apenas conseguía nada. El poder de los nuevos dioses es tan fuerte que alteró la naturaleza de los Hijos del Emperador, de la Guardia de la Muerte, de los Amos de la Noche, de los Portadores de la Palabra y de todos los demás…

—¡Os corrompieron! ¡Os envenenaron! —le gritó Rafen.

—Si prefieres decirlo así… —siguió diciendo el científico—. Por lo que he podido comprobar, he de admitir que quizá tengas razón. Necesitaba encontrar una… fuente más estable de material genético. Algo más cercano al origen.

—Llevamos recolectándolas desde hace mucho tiempo —comentó Cheyne con un suspiro.

Bilis siguió hablando como si fuera un profesor que le estuviera dando una lección a un alumno.

—No ha sido un proyecto fácil. —Se acercó de nuevo a Rafen, al que miró desde la altura que le proporcionaba llevar puesta la armadura—. Es difícil darse cuenta de todo el esfuerzo y el tiempo que he invertido en esta obra.

El ángel sangriento notó que en su interior crecía una sensación horrible y repugnante. Una parte de él quería seguir ignorando todo aquello, sin conocer jamás el alcance de lo que Bilis planeaba. Sin embargo, para eso estaba allí, para conocer la verdad. El renegado estaba disfrutando de aquel momento, a sabiendas de que Rafen tendría que hacerle la pregunta aunque, en realidad, le horrorizara hacerla.

—¿Qué… obra?

—He realizado otras grandes obras —le contestó Bilis al mismo tiempo que señalaba con un gesto de la cabeza a Cheyne y a los demás nuevos hombres. Cheyne le respondió con una sonrisa encantadora que a Rafen le

pareció desconcertantemente femenina—. Tú estabas en Baal. Viste a mis demonios de la sangre.

Rafen se estremeció al recordar las monstruosas bestias vampíricas que Bilis había creado a partir de material genético astartes. La tarea de matar a todas las criaturas había sido difícil y sangrienta.

—Los vi. Todas y cada una de esas viles abominaciones fueron destruidas. Quemamos todos los cuerpos.

Bilis inspiró profundamente en un gesto de irritación.

—El arte más grande a menudo no logra encontrar una audiencia con el intelecto necesario para apreciarlo. A veces me llena de congoja el pensar que nadie en este desolado milenio posee la inteligencia suficiente como para captar la amplitud de mi brillante genio. —Dio un par de pasos más hacia el ángel sangriento—. Yo soy el señor de la vida, astartes. Soy el Primogenitor, el amo de la carne. No como vuestro callado Emperador, muerto en vida detrás de su ejército de individuos inferiores, unos individuos que tan sólo se dedican a picotear el cadáver descompuesto de la galaxia.

—¡Eres menos que nada comparado con él! —Le gritó Rafen—. ¡No serías más que polvo si él no te hubiera tocado con su gracia! Fue el Emperador quien creó a tu legión traidora, lo mismo que a las demás, ¡y lo hizo a partir de su propia carne!

—Yo he hecho lo mismo —le respondió Bilis cambiando de humor de nuevo—. He creado vida a partir de distintas fracciones hasta llegar a una criatura magnífica. Traje de nuevo a la vida al mayor guerrero de todos los tiempos después de miles de años de muerte…

Cheyne dejó escapar un suspiro.

—El gran Horus…

Bilis asintió.

—Lo hice de nuevo. Le di la vida una vez más a nuestro señor de la guerra…

Rafen ya había oído los siniestros rumores sobre Horus Renacido durante su período de servicio como marine explorador, pero siempre

supuso que se trataba de una historia falsa que el archienemigo había divulgado como mera propaganda. Al parecer, había estado equivocado.

—¡Creaste una abominación! ¡Una monstruosidad tan repulsiva que ni siquiera tus propios aliados pudieron permitir que siguiera con vida!

—Un hecho cierto y lamentable —admitió el renegado—. Ese matón desagradecido de Abaddon debería haber recibido con los brazos abiertos a mi réplica… pero en vez de eso, envió a sus perritos falderos de la Legión Negra a matarlo y a arrasar hasta los cimientos mis laboratorios. Lo consideró una blasfemia, como si ese concepto pudiera existir. —Bilis soltó un bufido de desprecio—. Los códigos, la moralidad, los principios, la ética… llámalo como quieras. ¡Todas esas ideas no son más que nociones abstractas que han inventado los seres débiles que carecen del valor de forjarse su propio camino!

El ángel sangriento se volvió un poco y se tensó. El renegado ya estaba muy cerca de él. Notó un cosquilleo en la punta de los dedos cuando se dio cuenta de que había una posibilidad. «Si da otro paso, Cheyne no será capaz de detenerme a tiempo». Rafen se pasó la lengua por los labios, y al hacerlo, rozó la punta de los colmillos. Se preguntó a qué sabría la sangre de aquel traidor.

—He conocido a muchos individuos débiles —siguió diciendo Bilis—. Muchos que creían tener una visión, pero que estaban limitados por las ataduras mezquinas que ellos mismos se imponían, por la llamada virtud… Tu Emperador era uno de ellos.

—¡No tienes derecho a hablar así de él! —rugió Rafen, quien no pudo evitar encolerizarse. Para un astartes, era imposible oír cómo se insultaba a su dios sin decir nada.

—¿Ah, no? —Bilis lo miró de arriba abajo—. A diferencia de ti, cachorro, yo caminé por los mismos lugares que tu ídolo, respiré el mismo aire que él. Y voy a decirte algo, sin mentiras ni engaños: ¡jamás quiso convertirse en lo que habéis hecho de él! No quería ser vuestra deidad. ¡El aborrecía esos ideales! La esclavitud de vuestro Imperio ciego y tullido le daría asco si tuviera ojos para ver. —Cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Puedes llamarme traidor, si quieres, y hasta tener razón al hacerlo,

pero jamás he traicionado lo que sé que es verdadero. Jamás me he traicionado a mí mismo. ¡En cambio, tú, astartes, y todos tus hermanos, traicionáis a vuestro Emperador con cada momento de vuestras vidas, que carecen de valor alguno!

—Tus palabras carecen de valor para mí —le replicó el ángel sangriento.

Bilis continuó su discurso como si Rafen no hubiera hablado.

—Y a pesar de todo… él me enseñó una lección que no comprendí hasta muchos años después. En cierto modo, Abaddon me la recordó. —Daba la impresión de que el renegado estaba pensando en voz alta, casi como si estuviera a solas en la estancia y estuviera abriendo sus pensamientos al aire vacío—. Esta es la lección: el único crimen de verdad que pueden cometer aquellos que poseen un intelecto superlativo y una gran valía es permitir quedar coartados por las ataduras de la mediocridad. El crimen es permitir que tu logro sea menor que tus posibilidades. —Mintió para sí mismo—. Quedarse corto en tus objetivos.

Algo en el tono de voz de Bilis hizo dudar a Rafen.

—En nombre de Terra, ¿de qué estás hablando?

—Soy un individuo paciente. He trabajado mucho y durante mucho tiempo, y sé que los mayores esfuerzos todavía están por llegar, pero lo acepto. Sé que el resultado hará que merezca la pena todo el sacrificio. Cuando creé a mis nuevos hombres, lo que hice fue reproducir el trabajo de los señores de capítulo y de los primarcas. —Miró una vez más a Cheyne—. Sin embargo, eso no fue suficiente, así que quise ir más allá, clonar a Horus Lupercal, repetir el trabajo de vuestro Emperador y crear un primarca. —Bilis sonrió—. Pero en eso me equivoqué, ya que me di cuenta de que mi destino no era simplemente alcanzar el nivel de habilidad del Emperador y repetir sus obras. No, no… —Dio otro paso hacia Rafen, y el astartes captó el olor a óxido y el hedor a carne descompuesta que emanaba de él—. Mi destino es eclipsar sus logros.

El increíble engreimiento que mostraban las palabras del científico hicieron que Rafen dejara los colmillos al descubierto en un gesto de desprecio.

—¡Tu vanidad es tan grande que podrías cubrir el cielo! ¡Y tu demencia la deja pequeña!

—No lo comprendes. Claro que no. ¡Tienes tus límites, y lo que no tienes es capacidad de visión! —Se dio unos golpecitos en la frente con un dedo—. ¡Piensa, astartes, piensa! Si tuviera en mis manos todas las madejas de ADN de un capítulo entero y las moldeara como si fueran arcilla, ¿qué es lo que podría llegar a crear? ¿Un primarca? Pues ahora imagínate lo que llegaría a conseguir con el legado genético no de uno, ¡sino de cientos de capítulos!

—No… —Un atisbo de comprensión comenzó a formarse en los límites del entendimiento de Rafen, y se le escapó un jadeo de horror, ya que la enormidad de la idea era tan horriblemente monstruosa que apenas era capaz de concebirla—. ¡No!

—¡Ah, pues sí! —rugió Bilis al mismo tiempo que sonreía con toda la amplitud que le permitía su boca lobuna—. Estoy reuniendo todas las cepas genéticas de cada astartes y deshilvanando los hilos de materia genética heredada que los unen a su primarca, ¡y a los primarcas con su creador! ¡El mayor rompecabezas de todos los tiempos, ángel sangriento! ¡Voy a ensamblar de nuevo la secuencia del código genético de la fuente primigenia de todos los marines espaciales! ¡El progenitor de nuestra especie, el padre de todos nosotros!

—El Emperador… —La atrocidad que suponía el plan de Bilis desafiaba cualquier descripción—. ¿Vas a construir una réplica… del Dios Emperador?

—¿Eres capaz de imaginártelo? —Le contestó Cheyne—. El psíquico humano más poderoso de toda la historia, ¡renacido bajo el dominio de los Poderes Siniestros!

Al andrógino le brillaban los ojos por las lágrimas de alegría.

—Y vosotros me habéis ayudado a prepararme, ángel sangriento. Había muchos huecos en mi mapa del genoma imperial, pero la sangre pura de un hijo directo del Emperador… por ejemplo, la sangre del primarca Sanguinius… me haría avanzar mucho en la corrección de esos errores. —Se echó a reír—. Y pronto llegará un día, cuando haya reunido suficientes

glándulas progenoides y haya torturado a suficientes hermanos tuyos perdidos, en que un niño saldrá dando sus primeros pasos de un tanque de creación genética ¡y me llamará padre! ¡Un niño que reconstruirá por completo la galaxia! Un Príncipe Emperador que será completamente libre para gobernar como quiera, sin las ataduras o los confinamientos de…

La magnitud vertiginosa dé aquel horror pareció desplazar por completo a Rafen de aquel momento y lugar. Le dio la sensación de que su mente era arrastrada, de que aquel concepto odioso tiraba de ella. El simple asombro que provocaba era algo casi imposible de concebir, corno si estuviera intentando imaginarse el tamaño del universo. «¿Podría llegar a ser capaz de hacer algo como eso?». Había sido testigo de muchas cosas a lo largo de sus años de servicio al Trono Dorado, tanto horrores como espectáculos de una escala casi infinita. Notó que una sensación helada se apoderaba de sus venas cuando cayó en la cuenta de que, de todas las mentes de la galaxia que serían capaces de llevar a cabo aquel sacrilegio, la situada en primera línea era la de Fabius Bilis.

La parte más alejada de su mente envuelta en un torbellino lo comprendió. La parte más primitiva, más animal, que albergaba en su interior reaccionó de un modo en consonancia con su naturaleza.

Rafen se movió sin tomar ninguna decisión consciente y saltó sobre el renegado. Se estrelló contra él con tanta fuerza que Bilis cayó hacia atrás e impactó contra una de las estanterías de trofeos y esparció las reliquias por el suelo metálico. Impulsado por una rabia tan salvaje como poderosa, el astartes se abalanzó contra su enemigo y le abrió de un tirón el abrigo hecho con pieles.

Bilis alzó las manos y las garras metálicas del arcano aparato que llevaba a la espalda salieron de inmediato, pero Rafen ya tenía la boca abierta sobre la garganta al descubierto. El ángel sangriento hundió los colmillos en la piel correosa del cuello del renegado y mordió con todas sus fuerzas para rasgar la piel, perforar las venas y aplastar los cartílagos.

De la herida surgió un chorro de líquido espeso como aceite, y el grito de sorpresa de Bilis se convirtió en un gorgoteo húmedo y ahogado.

Las extremidades de músculo y de metal golpearon y perforaron el torso de Rafen, pero éste ignoró por completo el dolor. Lo único que quería hacer era matar; que la sangre, de sabor asqueroso y contaminada, tal y como se esperaba, le cayera sobre la barbilla y el pecho. Bilis intentó gritar de nuevo, pero su garganta no era más que un destrozo ensangrentado.

Los nuevos hombres ya se habían lanzado contra él, y las electroalabardas escupieron unos rayos de fuego azul que le provocaron una descarga de dolor agónico en todas sus terminaciones nerviosas, pero a pesar de ello, siguió desgarrando a su enemigo, y notó cómo los músculos de la garganta de Bilis quedaban convertidos en unos guiñapos sanguinolentos. El maligno científico perdió el equilibrio y se tambaleó hasta caer al suelo, pero a pesar de ello, Rafen no lo soltó, y siguió desgarrando y mordiendo. El ángel sangriento detuvo su ataque frenético sólo cuando Cheyne comenzó a cantar de nuevo la plegaria del dolor.

El parásito se removió una y otra vez dentro de su pecho y provocó un sufrimiento agónico al rojo vivo en el pecho de Rafen. Soltó un tremendo aullido y se separó cubierto de la sangre de su enemigo, para doblarse sobre sí mismo a causa del intenso dolor. Todas las demás heridas y lesiones superaron la barrera que había establecido con su fuerza de voluntad y se sumaron al dolor que ya lo invadía. Rafen retrocedió tambaleándose y jadeando mientras se esforzaba por mantenerse consciente.

—¡Sacadlo de aquí! —chilló Cheyne con voz aguda y penetrante—. ¡Qué ese cachorro malnacido no se muera! ¡Tiene que pagar por lo que ha hecho! ¡Lleváoslo!

La oscuridad se abalanzó sobre Rafen desde las esquinas sombrías que lo rodeaban y lo envolvió por completo mientras los colores abandonaban su visión y sus heridas aullaban una canción de dolor. La última imagen que se llevó consigo antes de que la negrura lo borrara todo fue la de Fabius Bilis retorciéndose moribundo en el suelo, con la sangre todavía salpicando el aire con unos chorros de fluidos de un color rojo pardo que salían del interior de su garganta completamente destrozada.

Con un último arranque de voluntad, acumuló una bocanada de saliva mezclada con la repugnante sangre de Bilis y lanzó un escupitajo hacia la

cara de los nuevos hombres. Aquel tremendo esfuerzo lo dejó completamente agotado, y la luz se agrietó en fragmentos que se disolvieron como el humo.



Doce

Una ola de agua sucia y helada despertó a Rafen y lo devolvió a trompicones al mundo. Escupió y manoteó a su alrededor antes de cerrar los puños para repeler cualquier ataque. Parpadeó, pero lo único que logró distinguir fueron siluetas borrosas. Tenía la cara hinchada por los golpes y uno de sus ojos estaba casi cerrado por la costra de sangre seca que lo cubría.

La neblina que le emborronaba la vista comenzó a disiparse, y se dio cuenta de que se encontraba en otra de las celdas de metal. Por unas rendijas verticales que había en las paredes se colaba la luz amarilla del sol. No había otra salida aparte de la pesada puerta de acero montada sobre unas gruesas bisagras.

—Ponte en pie, muchacho —le dijo una voz ronca.

Oyó el ruido hueco y metálico de un cubo vacío cuando una figura de hombros caídos lo dejó en el suelo.

—Vetcha —dijo Rafen al mismo tiempo que se apartaba un mechón de cabello mugriento y cubierto de sangre seca. Cuando se miró la mano, vio que tenía los dedos manchados de un color rojo sucio—. Creía que me despertaría ya muerto.

El viejo lobo espacial soltó una risa asmática.

—¿Creías que lo siguiente que verías sería la cara del Emperador, verdad? ¿Qué te encontrarías en el Elíseo? —Vetcha escupió a su vez—. No has tenido esa suerte, ángel sangriento. Ninguno la tenemos. Es una salida demasiado fácil.

El veterano alargó una mano sarmentosa para ayudarlo a levantarse. Los dedos de Vetcha eran huesudos, pero también eran fuertes como barras de hierro.

Rafen miró a su alrededor y frunció el entrecejo. Se oía un mido procedente del otro lado de las paredes de metal. Era un sonido rítmico, un golpe tras otro.

—¿Adónde me has traído, lobo?

—No he sido yo —le contestó Vetcha mientras se acercaba a una esquina envuelta en sombras y se agachaba para recoger algo del suelo—. Los nuevos hombres te trajeron a rastras hasta aquí. —Soltó otra débil risa —. Lo cierto es que tienes que haberlos enfurecido mucho. Muy pocas veces los he visto disfrutar tanto dándole patadas a un hombre mientras éste no podía responderles.

—Así es —contestó el sargento, y luego escupió otro chorro de flema y sangre. Tosió y oyó un chasquido diminuto: se le había roto un pequeño trozo de diente, que salió disparado con la siguiente tos—. ¿Es que trajeron una manada de groxes para pisotearme? —Se dedicó a revisar el estado de su cuerpo empezando por los brazos y las piernas. Cualquier punto que se tocaba le provocaba una mueca de dolor debido a los profundos y extensos moratones—. ¿Por qué no se han limitado a cortarme la garganta?

—Sigues sin entender cómo funciona este sitio, ¿verdad? —Vetcha negó con la cabeza mientras se acercaba con un objeto pesado envuelto en un trapo encerado—. No se produce ninguna muerte en esta isla olvidada de la luz a menos que sirva a la voluntad o al capricho de Fabius Bilis.

—Fabius… —Rafen se lamió los labios al recordar el desagradable sabor de la sangre del Primogenitor que le había llenado la boca—. Le ha llegado su final.

—¿Ah, sí? —El lobo espacial se detuvo—. He oído decir eso más de una vez, y lo han dicho hombres en mejores condiciones que tú, muchacho. Yo de ti me concentraría en mantenerme vivo a lo largo de los próximos minutos. —El ritmo de la percusión que se oía en el exterior aumentó de velocidad—. Procura llegar a la mesa el primero. Sabrás lo que tienes que hacer cuando llegues allí.

—¿A la mesa? ¿Qué mesa? —quiso saber Rafen, confuso, cuyo dolor de cabeza no lo ayudaba precisamente a despejar la incertidumbre.

—¡Presta atención! —le espetó el veterano—. ¡Escúchame bien si quieres seguir vivo!

Rafen lo miró fijamente.

—Tú eres mi guía del lobo, ¿no es así? Sin embargo, he oído que otros dudan de tus motivos para actuar así, anciano.

—Eres un ignorante —le respondió Vetcha—. Todavía conservas todos tus filos, no se te ha embotado ninguno… ¡pero acabará ocurriéndote! Fíjate bien en lo que te digo, acabará ocurriéndote, ¡si es que no mueres antes!

—¿Fue eso lo que te ocurrió a ti? —le replicó Rafen en un tono de voz desafiante—. ¿Te debilitaste? La verdad es que cualquiera se preguntaría cómo es que te mueves con tanta libertad por este sitio.

—¡Maldita sea, no tengo ninguna libertad! —rugió el otro marine espacial—. ¡Por la sangre de Russ, eres un cachorro desagradecido! ¡Sólo intento ayudarte! —Arrojó a las manos de Rafen con un gruñido el objeto envuelto en el paño—. ¡Ahí tienes! ¡Cógelo y lárgate!

El ángel sangriento apartó el paño hacia los lados, lo que dejó a la vista una almádena de mango largo. Rafen conocía aquel tipo de martillo. La cabeza del utensilio era lo suficientemente densa para poder romper peñascos en las manos apropiadas, pero se trataba de un instrumento que utilizaban los siervos y servidores del capítulo, una herramienta, no una arma adecuada para un astartes. Al empuñarla, le dio la impresión de que apenas pesaba, que en realidad era una arma en miniatura.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

—¡Procurar que no te maten!

Vetcha alargó una mano hacia las sombras y tiró de una oxidada palanca. Se oyó un crujido metálico y la sección delantera de la celda se abrió girando sobre sus goznes.

Rafen sintió punzadas de dolor en los ojos mientras se ajustaban a la repentina luz. El sol de Dynikas V estaba en lo más alto del cielo y brillaba directamente sobre él. Le llegó el fuerte olor químico del promethium. La cacofonía repiqueteante se elevó hasta el paroxismo, y el astartes vio qué era lo que la provocaba.

Se encontraba en el nivel inferior del cráter. Vio en los niveles que se alzaban por encima de él las partes frontales de las celdas metálicas improvisadas que se asomaban alineadas como los palcos de un anfiteatro. Las paredes de las celdas rielaban bajo el fuerte calor del sol; se fijó en que todas tenían abiertas las rendijas de las ventanas. Sus hermanos de batalla serían parte del público.

Pero no eran ellos quienes estaban haciendo todo aquel ruido. El repiqueteo metálico procedía de las filas de los modificados y de los nuevos hombres que se alineaban a su alrededor a lo largo del suelo del cráter. Todos se golpeaban las Placas pectorales con los guanteletes o con las armas que empuñaban. El ritmo del golpeteo se iba acelerando a cada momento que pasaba.

Dio un cauteloso paso hacia adelante. Frente a la celda había una plataforma elevada construida con planchas de hierro soldadas unida a los cables y cadenas que formaban una estrecha pasarela. Se trataba de una especie de puente colgante que apenas disponía de la anchura suficiente como para permitirle pasar. Al otro lado, lo único que se veía era un búnker de cemento al que habían arrancado por completo el techo.

El hedor a pescado descompuesto le llegaba desde todos lados. Supuso que aquel lugar había formado parte de la infraestructura de la antigua agricolonia, una sección de la planta de procesamiento que estaba incluida en la recogida de los abundantes recursos naturales de Dynikas V. Al menos hasta que aquel enjambre exiliado de la flota tiránida había llegado al planeta y lo había arrasado.

Oyó el sonido de unos engranajes a su espalda y se dio la vuelta. Vio que a Vetcha se lo llevaban colgando de una cadena unida al brazo de una grúa.

—No esperes, ya te están apuntando con sus armas —le gritó el lobo espacial.

Los centinelas alados lo sobrevolaban en círculos, y en ese momento Rafen se fijó en los puntos de las miras láser de los cañones que empuñaban con sus garras. Las manchas rojas se movían de un lado a otro en el suelo de metal y le subían por las piernas hasta llegarle al torso.

Miró a su alrededor en busca de alguna otra opción, aunque ya sabía de antemano que no encontraría ninguna. Sólo había un modo de salir de aquella plataforma, y era el puente colgante. Todas las demás posibles rutas de escape estaban bloqueadas por fuegos de promethium. Las llamas azules abrasadoras salían a chorro de los depósitos montados bajo las celdas. Incluso si lograba salir, lo que había debajo de él era una muchedumbre de mutantes furiosos. Lograría acabar con muchos de ellos, pero en sus condiciones físicas no viviría para matarlos a todos.

Fue entonces cuando Rafen se dio cuenta de que había otra celda de hierro, y otro puente suspendido, a su derecha. Una situación idéntica, paralela a la suya. Se alzó un rugido cuando se abrió la puerta de la otra celda y una figura robusta cubierta por una túnica salió con paso firme y decidido.

—Ahora vamos a disfrutar un poco —dijo una voz que resonó acompañada de múltiples ecos por todo el cráter. Las palabras surgieron de cientos de altavoces montados en las columnas dispersadoras de hormonas que se encontraban por todo el complejo.

Rafen dio la vuelta sobre sí mismo y se encaró hacia el origen de la fuente. Descubrió que había otra grúa. Esta estaba rematada por una pala gigantesca que había sido transformada en una plataforma móvil de observación. Cheyne estaba allí. La cara del andrógino había quedado marcada para siempre con una sonrisa forzada. Estaba apoyado con gesto indolente sobre una hacha térmica de hoja doble, pero lo que le llamó la

atención a Rafen fue el individuo que se encontraba a su lado, y que se reía con crueldad ante su situación.

—Así es, sin duda. Ahora vamos a disfrutar un poco —dijo burlón Fabius Bilis por un transmisor de voz.

El aspecto exterior del renegado seguía siendo prácticamente el mismo. Llevaba el mismo abrigo y la gran silueta del artefacto forjado por el Caos al que llamaban «el Cirujano» a la espalda. Su rostro seguía mostrando la misma sonrisa de insoportable superioridad. Llevaba la garganta envuelta en un paño oscuro, lo que impidió a Rafen ver cualquier señal de los destrozos que le había causado.

«¡En nombre del Emperador! ¿Cómo puede seguir vivo?».

El ángel sangriento le había desgarrado por completo la garganta, se la había destrozado con tanta ferocidad que un poco más y le habría arrancado la cabeza de los hombros. La sangre que había derramado habría sido suficiente para ahogar a un ser humano normal, pero allí estaba Bilis, y riéndose. ¿Cómo era posible? Rafen se preguntó qué clase de hechicería tendría el renegado a su disposición para poder contrarrestar semejantes heridas letales. Apretó con más fuerza la empuñadura de la almádena al recordar las palabras de su juramento del momento. Sobreviviría a aquello, y si era lo que el destino exigía, mataría a Fabius Bilis tantas veces como hiciera falta.

—¡Comenzad! —gritó, y los ensamblados rugieron para mostrar su aprobación.

Rafen captó un movimiento veloz con el rabillo del ojo cuando la figura encapuchada de la otra plataforma echó a correr y entró velozmente en el puente colgante.

El ángel sangriento lanzó una mirada hacia arriba y vio que los centinelas alados le apuntaban listos para disparar. Hizo una mueca y salió lanzado a la carrera hacia la temblorosa pasarela.

El puente de metal se balanceó y crujió de forma amenazante bajos sus tremendas pisadas, y dejó escapar una lluvia de escamas oxidadas que cayó sobre la muchedumbre aullante. Rafen ya estaba casi a mitad de camino cuando sintió que los cables chasqueaban y se tensaban de repente al tener

que soportar más peso. Miró a su espalda por encima del hombro a un gran simiano que trepaba para perseguirlo. Un momento después, el puente se balanceó con fuerza de nuevo cuando otros dos ensamblados se subieron a él aupados por sus camaradas para colocarse en el camino de Rafen. Estos dos parecían híbridos de humano y de roedor, y dirigieron los morros semejantes a los de una rata hacia él, olisqueando el aire en su dirección. Eran delgados y altos, y cada uno de ellos blandía una daga katara de hoja doble en sus manos rematadas por garras.

Así pues, no se trataba tan sólo de una carrera que tenía que ganar. Rafen hizo girar la almádena para blandirla del revés sin perder una fracción del impulso de la carrera y lanzó un golpe de barrido hacia arriba. La pesada cabeza de la herramienta dio de lleno en la parte inferior de la mandíbula de la primera criatura rata y la aplastó con un crujido húmedo el ensamblado se tambaleó y el astartes lo apartó de un empujón que lo lanzó contra el cable que hacía las veces de barandilla. El impulso lo hizo pasar por encima y caer sobre la muchedumbre. El segundo roedor se agachó y lanzó la katara hacia adelante con un impulso de todo el brazo. Rafen bajó el astil de la almádena como si fuera un garrote y lo golpeó con fuerza en el morro. De la boca del ensamblado saltó un chorro de sangre, y Rafen, sin dejar de correr, enganchó el cuello de la criatura con el codo derecho y la levantó en el aire.

El sargento pegó con fuerza el codo al cuerpo y le partió el cuello a la rata. Disminuyó la velocidad uno o dos pasos para poder librarse de él, y eso fue suficiente para que el gran simiano saltara y se le echara encima.

La multitud rugió de satisfacción cuando el mutante se aferró a él con un abrazo capaz de aplastar huesos, y todos los moratones de Rafen aullaron al sufrir la tremenda presión. Sintió el aliento cálido y apestoso del simiano en la nuca. La criatura tenía el tamaño aproximado de un marine con armadura de exterminador, y el puente gimió bajo el peso combinado de ambos contendientes y los movimientos del simiano. Rafen se inclinó hacia adelante y luego lanzó la cabeza hacia atrás para golpear con el cráneo el rostro de la criatura. El mutante gritó y aflojó un instante su presa sobre Rafen. Era todo lo que el sargento necesitaba.

El ángel sangriento lanzó todo el peso del cuerpo hacia adelante y se inclinó hacia uno de los lados de la pasarela bamboleante, y de inmediato se dejó caer hacia el otro lado. El puente colgante se balanceó, y el suelo bajo las botas del simiano se volvió inestable de repente. Rafen enganchó la cabeza de la almádena en uno los cables y repitió los mismos movimientos. Esta vez fue suficiente para hacer que el puente quedara de lado, momento en que Rafen le propinó una fuerte patada al simiano.

La masa corporal del mutante hizo el resto del trabajo. A la criatura le entró el pánico y soltó al marine espacial para intentar agarrarse a algo fijo y evitar caerse. El sargento le dio otra patada y acertó de lleno con el talón en el mismo punto en que había impactado antes. El simiano rugió de dolor y perdió por completo el equilibrio. Un instante después, también él caía agitando los brazos contra la muchedumbre enfurecida.

Rafen se recuperó y se agarró a los gruesos cables cuando el puente volvió a su posición original. Recorrió a la carrera el resto del camino y bajó deslizándose por una pequeña pendiente resbaladiza hasta llegar al blocao en ruinas que había al otro lado.

Miró a su alrededor. No vio ninguna señal del otro corredor, que quizá, en realidad, era su oponente, pero la compuerta abierta que había al otro lado del búnker era una señal muy clara de hacia dónde se suponía que debía ir. El astartes avanzó y oyó el chasquido del metal lubricado al abrirse. Sintió la caricia de una leve corriente de aire y se agachó de forma instintiva. Una armazón rematada por un conjunto de hojas afiladas apareció de repente y cortó el aire en el punto donde él había estado un momento antes. Se volvió y esquivó una segunda y luego una tercera hoja afilada cuando una serie de cuchillas giratorias salieron de varios huecos de la pared de piedra. Los bordes afilados le pasaron tan cerca que cortaron la sucia túnica. Logró apartarse antes de que se le clavaran en la carne.

Se dio cuenta entonces de que se encontraba sobre un suelo de malla fina, y que el metal era oscuro y estaba pringoso. Debajo de la rejilla corría un canal que estaba a rebosar de fluidos estancados, de una mezcla marrón de depósitos grasientos: una amplia alcantarilla para el desagüe de la sangre.

Cerca de allí divisó unos rodillos corroídos y los restos de un mecanismo de cinta transportadora. Aquel blocao también había formado parte de la instalación recolectora. Allí se descarnaba y se cortaba el pescado que se capturaba a diario. El hedor a compuestos químicos inflamables era más fuerte todavía en aquel lugar, y le dejó un sabor amargo en la lengua.

Rafen golpeó las cuchillas con la almádena y las dobló de tal manera que los mecanismos retractores dejaron de funcionar, ya que los engranajes de la parte posterior saltaron de sus guías oxidadas. Se abrió paso a golpes y salió del lugar con los pies resbalando sobre el suelo grasiento hasta llegar a la siguiente compuerta abierta. Su carrera lo llevó hasta el interior de un gigantesco sistema de tambores giratorios. Las paredes curvada no dejaban de dar vueltas. Siguió corriendo a toda velocidad, saltando de una armazón a otra, y el impulso de la carrera impidió que cayera en los rodillos trituradores que estaban marcha debajo de ellas. Blandió la almádena como si fuera una piqueta de escalar y enganchó la cabeza de la herramienta en una ranura de ventilación, que utilizó como palanca para recuperar el equilibrio y mantener la verticalidad.

Los gritos y los bramidos de la muchedumbre lo recibieron cuando salió por el otro lado del blocao. Una rampa improvisada y muy inclinada llevaba hasta otra plataforma elevada. En ella había una mesa.

Rafen echó un rápido vistazo a su derecha. La figura encapuchada le llevaba la delantera y ya estaba subiendo con rapidez por la rampa paralela. El ángel sangriento dejó caer la almádena y corrió a mayor velocidad todavía. Sus músculos se tensaron y chillaron por el centenar de dolores que lo azotaron al mismo tiempo. A pesar de ello, cruzó a la carrera los últimos metros del recorrido por la rampa. Sintió cómo el parásito se retorcía en el interior de su pecho, enervado por el tremendo esfuerzo de su corazón principal.

La sangre le retumbó en los oídos cuando alcanzó a su oponente y luego lo adelantó. Sus pies envueltos en harapos se posaron con fuerza sobre el suelo de la plataforma cuando por fin trepó hasta su parte superior. Lo que

vio allí era una superficie baja cubierta de componentes de acero reforzado que le resultaron tan familiares como los rasgos de su propio semblante.

Caja, cañón, muelle principal, cargador… Lo que tenía delante eran las piezas de una pistola bólter desmontada del tipo Godwyn, descolorida y sin apenas mantenimiento. Al lado había un único proyectil colocado de pie sobre la base. Los reflejos practicados en el entrenamiento le hicieron alargar las manos hacia las piezas mientras miraba hacia su oponente, que en el otro extremo de la pista paralela estaba haciendo lo mismo. Los ensamblados ya se golpeaban las placas pectorales con las extremidades en un estado de frenesí: la carrera se encontraba en su etapa final.

Las manos se afanaron con rapidez, aunque con cuidado y con control, en montar de nuevo la pistola. Las piezas fueron encajando entre sí una tras otra, hasta que la recámara quedó montada y finalmente metió el cargador en la ranura correspondiente. Lo había hecho tantas veces que para montar el arma apenas le hizo falta un esfuerzo consciente. Sus dedos realizaron la tarea mediante la memoria muscular arraigada en ellos.

Rafen no dejó de observar al otro individuo, y vio que terminaba la mortífera tarea de montar el arma casi al mismo tiempo que él. Los proyectiles de bólter entraron en la recámara, corrieron los cerrojos de ambas pistolas y amartillaron los percutores en un reflejo mutuo de sus acciones. Un instante después, los dos estaban apuntando a través del hueco que se abría entre ambas plataformas, y centraron el punto de mira el uno en el otro.

Así era como acababa la carrera. Al más veloz le correspondía matar; al más lento, que lo mataran.

La capucha de su oponente se cayó mientras se daba la vuelta y su rostro quedó al descubierto. Rafen vio una cara familiar de expresión lúgubre que lo observaba desde el otro lado del punto de mira del arma.

—¿Tarikus?

J

El Neimos ascendió desde las profundidades oscuras de la zona abisal. La proa del sumergible se elevó como si ansiara el pálido brillo de la débil luz del sol que penetraba en las capas superficiales del océano de Dynikas V.

La nave redujo la velocidad para recorrer el lecho marine cubierto de restos. Tuvo que serpentear mientras avanzaba a través de los pecios de pesqueros hundidos y de los huesos de los cetáceos muertos mucho tiempo atrás, ya fuera de hambre por la desaparición de sus presas o por los ataques de los carodontes tiránidos. A popa de la nave, y a una distancia que disminuía a cada momento que pasaba, el banco de krakens avanzaba veloz, impulsado por un ansia devoradora y un sentimiento de odio compartido casi bioquímico que ardía en su sangre alienígena.

Todos los sistemas prescindibles a bordo del Neimos se apagaron, y en las profundidades de la nave del Mechanicus grupo de guerreros se preparó y realizó los rituales previos al combate mientras contaban impacientes los minutos que faltaban hasta que se enfrentaran a sus enemigos.

J

Rafen dudó con el dedo en el gatillo. A aquella distancia un astartes no podía fallar el objetivo contra el que disparaba.

El águila de perdición entrecerró los ojos, pero no disparó. Movió los dedos sobre la empuñadura de la pistola en un gesto nervioso y atormentado. Los ensamblados que había debajo de las plataformas aullaban clamando sangre y chillaban enfurecidos al verse privados de su pequeña matanza.

—¡Hazlo! —le gritó Tarikus desde el otro lado—. ¡Mátame! Ya no tengo nada… ¡Estoy condenado, me han olvidado! ¡Dispara, ángel sangriento! Será un acto de misericordia… ¡Hazlo!

—No… —le respondió Rafen, y la pistola le tembló en la mano.

—¡Si no lo haces, yo te mataré a ti! —le replicó Tarikus con la voz cargada de veneno—. ¡Ya no a no tengo nada que perder!

La muchedumbre gritaba y cantaba sin cesar. El ruido era tan fuerte como el rugido de las olas de una tormenta al chocar contra la costa. Rafen se aisló de aquel estruendo y meneé la cabeza en un gesto negativo.

—No puedo, hermano. No hay honor alguno en ello…

—¿Honor? —lo interrumpió Tarikus repitiendo a gritos la palabra—. Hasta eso nos han arrebatado. ¿Es que no lo ves? ¿Es que debo suplicarte que acabes con esto por mí? ¡Estamos en el infierno, ángel sangriento! Nadie vendrá a por nosotros. —Se dio un golpe en el pecho, en el punto donde albergaba al parásito—. ¡Estamos mancillados! La muerte es la única liberación. —El rostro taciturno del águila de perdición cedió a la emoción y pareció envejecer años en el transcurso de una sola exhalación—. Sólo ansío la Paz del Emperador —musitó.

Rafen se sintió tremendamente sorprendido al ver a un camarada astartes tan desanimado, con la voluntad a punto de quebrarse. De repente lo asaltó un recuerdo, algo que había oído decir a su mentor, Koris. «Todo ser humano llega a un punto en el que su voluntad se rompe, incluso nosotros. Aquellos que dicen lo contrario son estúpidos y mentirosos. Lo acertado es reconocer esa verdad y conocerte a ti mismo, y estar preparado por si llega ese día».

Al parecer, ese día le había llegado a Tarikus. Rafen sintió el peso de la pistola bólter en la mano. Era un disparo fácil. Podría dispararle al águila de perdición en mitad de los ojos y matarlo en un instante. Sería acabar con el dolor de un guerrero hermano que había sido torturado más allá de su capacidad de resistencia en aquella prisión infernal.

Pero ¿en qué lo convertiría ese acto? ¿Qué línea cruzaría Rafen si mataba a uno de sus propios camaradas? Aquello le parecía una traición, pero no sólo a su propio código moral, sino a su capítulo y a su carácter, y a

Tarikus, que necesitaba más a un auténtico hermano de batalla que a la muerte.

—Escúchame bien —le respondió—. ¡Jamás he abandonado a un hermano de batalla! Y déjame decirte una cosa Tarikus de los Águilas de Perdición: ¡no nos han olvidado, ni nos han abandonado! ¡Esa es la derrota que ansían nuestros enemigos! —El ángel sangriento alzó la mano que tenía libre señaló con un dedo a Fabius y Cheyne, que se encontraban al otro lado de las plataformas de salida—. ¡Esa es la victoria que les darás! ¡Hoy no perderemos la voluntad, ni tú ni yo! ¡Confía en mí! —le gritó con todas sus fuerzas.

Cuando Tarikus alzó la cara y le devolvió la mirada de nuevo, Rafen vio durante un momento lo que le pareció un destello de esperanza en los ojos del águila de perdición, quien asintió un instante después.

El ángel sangriento oyó el batir de unas alas correosas. Las criaturas murciélago cruzaron el aire por delante del sol y una serie de sombras veloces le pasaron por encima. La muchedumbre exigía sangre, y si Rafen y Tarikus no estaban dispuestos a derramarla, los centinelas voladores abrasarían a los marines espaciales allí mismo donde estaban con los disparos láser.

Dos. Sólo eran dos, y cada uno de ellos disponía de un único proyectil. No era suficiente para acabar con una horda de mutantes modificados y una bandada de centinelas. Rafen se preguntó incluso si las pistolas bólter serían capaces de disparar. No le hubiera sorprendido en absoluto descubrir que toda aquella carrera de obstáculos no había sido más que el prólogo de un entretenimiento enfermizo para disfrute de Bilis.

—Llegó el momento de averiguarlo —se dijo a sí mismo.

Un momento después, se volvió y se agachó para quedar de rodillas y en posición de disparo. Se dio cuenta con el rabillo del ojo que Tarikus hacía lo mismo siguiendo su ejemplo.

El viento había cambiado de dirección, y Rafen captó el regusto químico del combustible en el aire. El borde superior del rechoncho depósito de promethium era visible justo por encima del techo roto del blocao.

Rafen apretó el gatillo y la pistola rugió una vez. Tarikus hizo lo mismo un momento después. Vio el intenso chispazo provocado por cada uno de los proyectiles explosivos al atravesar la cubierta protectora del depósito. Una fracción de segundo después, se formó una gigantesca esfera rugiente de fuego de color naranja que se expandió hasta arrasar al gentío formado por los mutantes allí reunidos. La onda de choque abrasadora impactó contra el ángel sangriento y lo lanzó fuera de la plataforma. Rafen se dejó llevar por el impulso y se encogió sobre sí mismo para sufrir el mínimo daño posible por la explosión.

El águila de perdición cayó el suelo y rodó hasta quedar en cuclillas. No soltó en ningún momento la pistola bólter con el cargador vacío, como si se tratase de un talismán, y quizá lo fuera. El arma descargada era un pequeño recordatorio de todo aquello que antaño había dado por sentado, como la rutina de su vida como guerrero del Adeptus Astartes. Le dio vueltas en la mano y estudió con atención la superficie rayada y llena de melladuras del arma bajo la luz anaranjada del incendio que habían provocado. El arma estaba en condiciones deplorable. Si hubiera presentado aquella pistola a los adeptos armeros de su planeta natal, lo habrían maldecido por un trato tan infame al espíritu máquina del bólter. Sin embargo, a pesar del estado en que se encontraba, había cumplido con la tarea encomendada.

—Y yo haré lo mismo —se dijo Tarikus a sí mismo mientras oía los gritos animales de los aterrados hombres bestia, aunque pronunció aquellas palabras con más convicción de la que realmente sentía.

Una sombra atravesó la espesa pared de humo asfixiante que comenzó a extenderse con rapidez por el nivel inferior del cráter. El ángel sangriento surgió de su interior y le hizo un gesto de asentimiento al mismo tiempo que le ofrecía una mano para ayudarlo a levantarse.

—Vamos. Bilis ha cometido la estupidez de creer que no le resultaríamos un problema. Se ha vuelto confiado en este lugar, pero ya hemos perdido esa ventaja.

Tarikus aceptó la mano que le ofrecía el otro guerrero y se puso en pie con el entrecejo fruncido.

—Lo que dijiste ahí arriba, en la plataforma… fueron buenas palabras.

Rafen movió la cabeza en un gesto negativo.

—Sólo te dije lo que ya sabía con certeza.

—No —le replicó Tarikus—. Me dijiste lo que creías, y quizá una pequeña parte de mí también lo quiere creer, pero hay algo que debes tener claro: estoy muerto, ángel sangriento. No importa demasiado que hayas apretado o no el gatillo. Ya estoy muerto.

El otro guerrero soltó un bufido.

—Eres un tipo lúgubre, eso está claro. Bueno, pues habla por ti, águila de perdición. Yo estoy muy vivo, y pienso seguir así durante mucho tiempo.

Se dio la vuelta para ponerse en marcha, pero Tarikus lo agarró del brazo.

—Explícame lo que has querido decir con eso de que no nos han olvidado. ¿Fue tan sólo algo que dijiste para animarme, o hay algo más?

Rafen se detuvo y luego se inclinó hacia él para hablarle en voz muy baja.

—Tarikus, debes saber que no estoy solo. Un destacamento de mis hermanos de batalla está en camino en estos mismos momentos a través del océano, a bordo de una nave llamada Neimos. No tardarán en llegar, de eso estoy seguro, y para cuando lleguen, quiero que este lugar sea una tea llameante para que puedan guiarse.

—¿Llegaste en esa nave? —Le preguntó el otro astartes—. Pero ¿cómo puedes saber si todavía están vivos? —Torció el gesto—. Dynikas V es un mundo letal. Los océanos albergan en sus profundidades criaturas monstruosas y mortíferas. No tienes modo alguno de saber si tus hermanos siguen vivos.

—Sé que lo están —insistió Rafen—. Tengo fe en ellos, y mi fe es inquebrantable. —Miró fijamente a su camarada—. Recuerdas lo que es la fe, ¿verdad? Debiste tenerla en el pasado si Bilis y sus torturadores lograron quitártela.

La expresión del rostro de Tarikus se endureció.

—Lo recuerdo, y no la he perdido.

Rafen aprovechó de inmediato aquellas palabras.

—¡Pues entonces, ayúdame a recordárselo también a los demás hermanos de batalla que están encerrados aquí! —Hizo un movimiento de barrido con la mano para señalar las filas de celdas que los rodeaban—. A Bilis le gusta tener público para sus espectáculos, ¿verdad? Ese fanfarrón solo encuentra placer cuando inflige daño a los demás y después se regodea con ello vanagloriándose delante de sus víctimas, pero ahora podemos aprovechar eso contra él. —En el rostro amoratado y tiznado por el humo del ángel sangriento apareció una leve sonrisa—. A todos y cada uno de los hermanos de batalla que mantiene prisioneros aquí se les obligó a contemplar esta carrera cruel. Se vieron forzados a hacerlo porque Bilis quiso convertirnos en otra de sus «lecciones». —Inspiró profundamente—. Sé que muchos hermanos de batalla se han enfrentado a Bilis antes que yo y que fracasaron, pero yo no voy a hacerlo. Nosotros no vamos a fallar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Porque todos y cada uno de esos astartes que están aquí se van a unir a nosotros. Fíjate bien en lo que te digo, águila de perdición: juntos haremos que nuestros hermanos recuperen el espíritu de lucha.

—¡Ya no son los guerreros que tú crees que son, Rafen! ¡Están desmoralizados por todos esos años de torturas indescriptibles, o por la desesperanza de estar convencidos de que han sido olvidados!

—¿Cómo te pasa a ti? —le preguntó Rafen, y su sonrisa se volvió lobuna—. Vamos, tenemos que reunir a nuestro ejército si queremos arrasar a sangre y fuego este lugar.

Los ensamblados quedaron sumidos en la confusión más absoluta en el desconcierto que siguió a la explosión de promethium. Algunos de los mutantes yacían muertos en el suelo, completamente consumidos por el estallido del combustible provocado por los disparos de bólter, y la mayoría se vieron atrapados por sorpresa por el fuego, que se propagó con rapidez por los niveles inferiores del lugar, impelido por el viento constante.

No se veía ninguna señal de su amo y señor. No sabían que Fabius Bilis se había marchado invadido por la furia y que había dejado que sus lacayos se las arreglaran solos. Había ordenado a su lugarteniente Cheyne que no apagara el fuego y lo dejara seguir ardiendo para que acabara con aquellos

que habían quedado heridos o incapacitados. El Primogenitor decidió que aquellos ensamblados que fuesen demasiado lentos como para escapar por sus propios medios serían un modo excelente de recordar a aquellos que lograran huir de las llamas que cuando Bilis exigía sangre y muerte no se conformaba con menos.

A pesar de todo, los hombres bestia se mostraron patéticamente leales a su persona. Ya había desaparecido todo resto de su identidad humana, completamente absorbida por una combinación de drogas de reorientación genética y cirugía de desinhibición. Bilis había experimentado con cada uno de ellos y hecho que algunas de las ramificaciones de ADN animal que yacían durmientes en sus cuerpos se activaran y tomaran el control. Lo que surgía de aquel proceso acababa muerto o convertido en algo completamente inhumano.

Sus mentes bestiales habían quedado esclavizadas a los deseos de su creador, por lo que comenzaron a reunirse en grupos para registrar toda la zona cubierta de restos todavía humeantes y envueltos en llamas en busca de los prisioneros que se habían atrevido a desafiar a su amo.

Fue un error que habrían lamentado de haber seguido vivos.

Las llamas ardían a lo largo de una de las enormes paredes del cráter, y grandes chorros de humo negro surgían del punto donde un conducto de mantenimiento lleno de fluidos aceitosos se había incendiado al caerle dentro una pieza metálica al rojo blanco que había salido despedida por los aires. El humo envolvía un cobertizo montado sobre unas columnas de hierro. Estaba incorporado al entramado de torres que rodeaban aquel espacio semejante a la arena de un circo, y era el centro de conexión de una serie de cables viejos y corroídos conectados a los altavoces.

Cerca de allí, el ensamblado simiano que había sobrevivido a la caída desde el puente, encabezaba el grupo que formaba con dos ofidianos fornidos que exploraba la neblina aceitosa.

El simiano fue el primero en morir cuando Rafen decidió que debía corregir la indulgencia que había mostrado en el puente al dejarlo con vida. El astartes salió en tromba de la posición en la que se encontraba y golpeó al ensamblado con todas sus fuerzas en la base de la espina dorsal con el

bólter descargado. El mutante trastabilló e intentó darse la vuelta para atraparlo con sus grandes manazas… pero el golpe había sido tan fuerte que le había roto la médula espinal y le había seccionado varios nervios principales. El simiano rugió mientras el dolor lo sacudía de cintura para arriba sin que sintiera nada de cintura para abajo. La bestia se desplomó, y Rafen continuó el ataque propinándole un pisotón en la garganta. Se oyó un chasquido repulsivo, un jadeo húmedo, y el mutante murió.

A los ofidianos les entró el pánico al ver aquello y dieron media vuelta para huir, pero su carrera los llevó hasta el otro astartes. Tarikus le propinó un puñetazo al que tenía más cerca y lo derribó, aunque tuvo cuidado de contener la fuerza del golpe, ya que necesitaban a uno de los dos con vida. Luego se volvió y desarmó al segundo arrebatándole la espada corta curvada que llevaba en una zarpa.

Rafen se abalanzó contra el segundo ofidiano y, sin ni siquiera detenerse, levantó en el aire al fornido ensamblado y lo lanzó al canal lleno de fluido en llamas. El mutante, empapado de mugre inflamable, no dejó de chillar mientras el fuego lo consumía.

Tarikus apuntó al ofidiano caído en el suelo con la espada que le había arrebatado al otro ensamblado.

—Ese será también tu destino si no haces lo que te ordenemos.

El ofidiano asintió bamboleando con energía la cabeza sobre su largo cuello y con los ojos abiertos de par en par por el terror. Rafen señaló con un gesto el cobertizo.

—La red de comunicación pasa por ahí. Quiero que la actives para que podamos utilizarla.

El ensamblado volvió a asentir con fuerza, casi de forma espasmódica, y se dirigió trastabillando hacia el cobertizo, ansioso por hacer lo que fuera con tal de seguir vivo. Su camarada ya había dejado de gritar, y un nuevo hedor, dulzón, a carne quemada, se unió a la pestilencia general que saturaba el aire.

Una vez lo hizo, Tarikus le concedió al ensamblado ofidiano el favor de una muerte rápida e indolora, y le cortó la garganta con un veloz tajo de la espada. El mutante lo miró con una expresión de desconcierto en sus ojos

mortecinos, aunque lo cierto era que debería haber sabido que jamás lo dejarían con vida.

Rafen se inclinó sobre las luces parpadeantes y los mecanismos chasqueantes de la consola del cobertizo. Quizá en el pasado aquel compartimento había sido alguna clase de centro de control, pero en esos momentos no era más que un nexo de conexiones para diversos cables y conductos que desafiaba la comprensión del ángel sangriento. Serpenteaban por las paredes y por el suelo formando manojos que se enroscaban los unos sobre los otros como raíces de una planta gigantesca. Se preguntó cuántos daños podría llegar a provocar con una sola granada perforante en un lugar como aquél, pero no tenía sentido pensarlo. Incluso con una espada, se podría pasar horas dando tajos a su alrededor sin llegar a inutilizar ningún punto vital del sistema.

Desechó la idea y encontró lo que estaba buscando: un micrófono de rejilla que colgaba de un armazón plegable. Rafen vio los lúmenes de energía que brillaban donde el ofidiano se había apresurado a activarlos. Dio unos cuantos golpecitos con el dedo en el micrófono y se oyó un retumbar sordo en el exterior del cobertizo que resonó por todos los altavoces.

Se volvió para mirar a Tarikus, que estaba montando guardia al lado de la puerta. El águila de perdición le respondió con un gesto de asentimiento.

Rafen inspiró profundamente y comenzó a hablar.

A menudo, los altavoces eran utilizados para emitir torturas sónicas, órdenes de ejecución o las perversas oraciones semejantes a sermones que rezaba el propio Fabius Bilis en persona. Sin embargo, ese día salieron de ellos palabras muy distintas, pronunciadas por una voz que era fuerte y clara. Todos los astartes de la prisión dejaron de hacer lo que tenían entre manos, contuvieron el aliento y se esforzaron por escuchar con atención lo que decían.

—¡Hermanos! —empezó diciendo Rafen—. Parientes, primos, astartes todos. Escuchadme. Tengo mucho que decir pero poco tiempo para hacerlo, así que no malgastaré el aliento con trucos de oratoria o de retórica. —Le llegó el eco de los gritos furibundos de los ensamblados cuando se dieron

cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero la voz del altavoz resonaba con más fuerza que los chillidos de los mutantes—. Este lugar fue construido con un propósito: destruir algo de enorme valor para nosotros, algo que todos nosotros compartimos sin que importe a qué capítulo pertenecemos o de qué primarca descendemos. Hablo de nuestro sentimiento de hermandad.

El ángel sangriento cerró los puños y recordó la sensación de un pergamino entre los dedos, de la hoja de juramento del momento escrito con tinta y caligrafía fina y elegante.

—Bilis nos ha aislado a todos, nos ha cortado toda comunicación salvo la más mínima y superficial. Ha sembrado la desconfianza y la suspicacia, os ha agotado con el paso lento e implacable de días sin sentido y de noches de tormento. Ese malnacido quiere que os convenzáis de que os han olvidado. Pero miente. ¡Estoy aquí para deciros que miente, que todos son mentiras! —Rafen alzó la voz más todavía al encontrar nuevas fuerzas—. Mirad en vuestro fuero interno, hermanos, y lo comprenderéis. Habéis estado esperando este día aunque no fueseis conscientes de que lo hacíais. Este día en el que se os recuerda quiénes sois. Mi misión aquí es la misma que la vuestra, ¡servir al Dios Emperador y a la sagrada Terra! ¡Sabed que todos y cada uno de vosotros sois los portadores de vuestra propia libertad!

Vio con el rabillo del ojo que Tarikus reaccionaba ante algo del exterior del cobertizo, y a lo lejos oyó de nuevo el griterío de sus enemigos enfurecidos, aunque sonaba más cercano a cada momento.

Ya no podía detenerse.

—Yo os digo que hoy no somos ángeles sangrientos, águilas de perdición, lobos espaciales, tauranos, salamandras, puños carmesíes… ¡Hoy somos una gran legión, con un solo corazón y una sola mente! ¡Somos los guerreros del Adeptus Astartes, los marines espaciales, los dioses de la guerra y la espada rauda y terrible de nuestro Emperador! ¡Somos su voluntad, y siempre lo hemos sido! —Contra las paredes del cobertizo comenzó a repiquetear una lluvia de disparos. Los proyectiles arrancaron grandes trozos de los delgados muros e hicieron saltar secciones enteras de maquinaria en mitad de una lluvia de chispas—. ¡No tenéis nada que perder, hijos de la humanidad, y sí mucho honor que ganar! ¡Aunque dudéis de

todo lo que he dicho, en vuestro interior conocéis la verdad! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Por separado, estáis perdidos! ¡Unidos, somos imparables…!

La voz se perdió ahogada por el rugido aullante del motor de un cohete que se acercaba a toda velocidad. Rafen se apartó de un salto de la consola mientras el misil de corto alcance cruzaba los últimos metros dejando a su paso una estela de humo naranja antes de impactar contra el cobertizo con una explosión estruendosa.

El pequeño edificio construido sobre pilotes se dobló sobre sí mismo como si fuera de papel. Los pilares de soporte se colapsaron y los cables unidos a los altavoces se tensaron hasta partirse y azotar el aire como látigos errantes.

Cheyne avanzó con cautela entre los escombros humeantes y maldijo a los nuevos hombres que lo rodeaban y que se mantenían aparte, dubitativos.

—¡Encontradme a esos cabrones! ¡Le arrancaré el corazón de un mordisco a cualquiera de vosotros que me falle!

Un nuevo hombre de cuello delgado cubierto por una capa de cuero andrajoso se adentró en las ruinas y utilizó la espada para rebuscar entre los cascotes.

—¡Aquí! —gritó.

No volvió a pronunciar palabra, ya que le abrieron la garganta. Tarikus surgió de forma explosiva de un montón de escombros con la espada curva que le había arrebatado al ofidiano y se lanzó contra el nuevo hombre, al que apuñaló en un frenesí feroz y enloquecido. Cerca de él, Rafen se alzó tambaleante empujando con el hombro un panel agrietado de rocacemento. Sangraba por docenas de pequeñas heridas abiertas por los trozos de cristal que se le habían clavado en la cara, pero jadeaba a pleno pulmón y lleno de rabia de combate. El ángel sangriento se sacudió la capa de polvo que lo cubría y adoptó una posición de combate al mismo tiempo que buscaba a su alrededor algo que pudiera utilizar como ama.

—Quise ejecutarte en el mismo momento que te puse la vista encima —casi escupió Cheyne—. Mi señor quiere jugar contigo, pero creo que, por esta vez, desobedeceré sus órdenes. —El andrógino alzó una pistola bólter

de aspecto aterrador, con el extremo del cañón rodeado de cuchillas afiladas y refulgentes como trozos de espejo—. Cachorro, quiero que sepas que ese animoso discursito tuyo ha sido un esfuerzo desperdiciado con esos inútiles estúpidos. ¿Es que no lo entiendes? Les han arrancado los colmillos, ya no tienen voluntad para luchar. ¡Fabius se la ha arrancado a todos! En el fondo, los astartes no sois mejores que los seres humanos normales. Al final, flanqueáis lo mismo que ellos. —El rostro desfigurado de Cheyne se deformó aún más cuando sonrió—. Arrastraré tu cadáver por las rampas para que todos tus malogrados hermanos te vean.

Rafen escupió un salivazo cargado de polvo.

—Tu error es creer que tus palabras son tan hermosas como tu cara, pero no es así, en ninguno de los dos casos.

—Bueno, pues entonces, ya está bien de charlar. —Cheyne apuntó con cuidado—. Cuando veas a tu dios cadáver, asegúrate de decirle que has fracasado.

—¡No será hoy!

Una figura de cabello gris surgió del humo y de las sombras y se estrelló contra Cheyne con la fuerza suficiente como para hacerle perder el equilibrio. Rafen vio una pieza alargada de metal oxidado apretada contra la garganta del nuevo hombre.

—Vetcha… —musitó Tarikus, aunque con una evidente incredulidad en la voz.

—Así es —le respondió el veterano colmillo largo. Hundió un poco la cuchilla improvisada en el cuello de Cheyne—. Di a tus engendros que bajen las armas y luego hazlo tú. Si se te ocurre pronunciar una sola palabra de esa maldita plegaria de agonía, te destripo como a una anguila de roca.

El andrógino le sonrió con gesto forzado pero maligno mientras la sangre se le acumulaba en el hueco de la base de la garganta.

—¿Qué es esto? ¿Al final el viejo lobo espacial se ha vuelto senil?

—Jamás he necesitado verte para saber dónde estabas, monstruo —le replicó Vetcha—. ¡Puedo olerte! ¡Y ahora haz lo que te digo, o hago que te desangres aquí mismo!

Cheyne volvió un poco la cabeza para mirar a los otros dos nuevos hombres, y éstos dejaron las armas en el suelo.

—¿Qué es lo que te ha pasado, Vetcha? —El andrógino cambió de táctica y le habló con voz tranquila y afectuosa—. Creí que habías llegado a un entendimiento sobre este lugar. ¿No es así?

—¡Lo que tú creías era que yo me había convertido en vuestro perrito faldero! ¡Lo que tú pensabas era que yo jamás me convertiría en un peligro para vosotros! —Resopló el lobo espacial, y soltó un gruñido de rabia—. ¡Tírale la pistola a Rafen! ¡Ahora!

Cheyne dejó escapar un suspiro con un gesto muy teatral y lanzó la pistola, pero el arma cayó más allá del alcance del ángel sangriento. El nuevo hombre siguió hablando mientras Rafen se inclinaba con cuidado hacia el arma.

—Ya sabes que es inútil enfrentarse a nosotros, Vetcha. Ya aprendiste esa lección. ¿Vas a echar a perder lo que te queda de vida porque este idiota arrogante ha intentado provocar el levantamiento de toda esta chusma? —Soltó una carcajada—. ¿Qué es lo que has hecho?

—¡No sabes nada de nada! —le rugió el lobo espacial—. ¡Si un solo astartes se enfrenta a los enemigos de la humanidad, todos nosotros nos enfrentamos a ellos! Si no hubieras crecido en el interior de uno de esos contenedores de productos químicos, quizá llegarías a entenderlo…

—Qué humano por tu parte —contestó con sarcasmo el andrógino—. Me siento tan decepcionado…

Cheyne movió repentinamente una muñeca y la larga cuchilla ósea surgió con un siseo de la vaina oculta en la palma de la mano. El nuevo hombre se volvió y lanzó un tajo contra la garganta y el torso de Vetcha en un intento de encontrar un ángulo desde el que penetrar la carne y alcanzar el corazón del veterano guerrero. El lobo espacial dejó escapar un silbido entre dientes por el dolor, pero lanzó a su vez un tajo hacia adelante con su arma. La hoja, sin filo y oxidada, entró por el costillar del andrógino y la punta le salió por la espalda junto con una fuente de color carmesí. Vetcha volvió a empujar para que el cuchillo improvisado penetrara más profundamente.

Se oyeron varios disparos de bólter cuando Rafen acabó con los otros nuevos hombres, y Tarikus se unió al combate para rematar a los lacayos de Bilis con su espada manchada de sangre.

Cheyne trastabilló y se desplomó sobre el suelo arenoso sacudido por una serie de espasmos violentos. Vetcha jadeó y carraspeó con fuerza para reunir la flema suficiente que escupir a la cara del andrógino.

—No voy a mentirte: no te esperaba —le dijo Rafen al veterano.

—Tampoco ellos —le contestó Vetcha.

El ángel sangriento se fijó en la herida que había sufrido el veterano. Era profunda y se volvía más oscura a cada momento que pasaba.

—¿Estás bien, colmillo largo?

—No es nada —le respondió el otro astartes—. Me curaré. —Vetcha se arrebujó un poco más en los ropajes de prisionero—. Y ahora, dame una arma.

—¿Por qué has cambiado de idea? —le preguntó el águila de perdición—. Llevas muchos años aquí, viejo. El Emperador sabrá cuántas veces has tenido la oportunidad de matar a Cheyne o a Bilis, pero no la aprovechaste. ¿Por qué ahora, por qué de repente?

—No confía en mí —le dijo el lobo espacial a Rafen.

—¿Acaso puedes culparlo por ello? —le respondió el ángel sangriento—. Contéstale a la pregunta.

Vetcha se volvió y miró fijamente a Tarikus.

—Lo hice porque… porque es el día que estaba esperando.

El águila de perdición no dijo nada durante un largo momento y luego asintió con lentitud.

—Me parece suficiente explicación, anciano.

Tarikus le entregó la espada al veterano, y éste sonrió con ferocidad mientras pasaba un dedo por el filo.

Rafen dedicó unos momentos a registrar a los muertos en busca de armas, y consiguió varios cuchillos despellejadores, tres pistolas bólter y varios cargadores de munición.

—Con esto será suficiente para comenzar.

Vetcha lanzó varios mandobles al aire para practicar con la espada.

—Ibas en serio con lo que dijiste. —No era una pregunta—. ¿Estás preparado para convertir esas palabras tan bonitas en actos?

—Este lugar será un matadero para cuando caiga la noche —le contestó el ángel sangriento—. Te lo juro en nombre de Sanguinius.

El sargento dudó un momento y sacó un artefacto de una de las fundas que Cheyne, cuyo cadáver ya comenzaba a enfriarse, llevaba al cinto. Se parecía a un auspex de los utilizados por los astartes, sólo que estaba fabricado con huesos y fragmentos de cristal.

—¿Qué es eso? ¿Un mando de control? —le preguntó Tarikus.

Rafen asintió.

—Estoy seguro que es para las celdas. Una especie de llave maestra…

—Si abres las celdas, Bilis sabrá que hemos conseguido escapar —le advirtió Vetcha—. Se interpondrá en cualquier cosa que hagas…

—Ya lo veremos —le replicó Rafen, y aplastó el aparato en el puño.



Trece

Los tres guerreros, Rafen, Tarikus y Vetcha, distaban mucho de representar el noble ideal de los guerreros del Adeptus Astartes en el estado en el que se encontraban en aquel momento. Les habían arrebatado sus armaduras y armas bendecidas por el Emperador, iban vestidos con harapos y con túnicas desgarradas, cubiertos de suciedad y de manchas de sangre. Cualquiera que los hubiera visto habría pensado que eran unos asesinos infernales surgidos del corazón de algún campo de batalla de pesadilla, cosechadores de los espíritus de los muertos que habían salido de un mito antiguo para llevar la muerte a todos aquellos que se encontraran en su camino.

Tan sólo el modo en el que apretaban las mandíbulas y la firmeza de sus pasos veloces revelaba lo que en realidad eran: guerreros con un único objetivo común, unidos por la misma misión. El ángel sangriento, el águila de perdición y el lobo espacial subieron corriendo por la rampa de piedra y tierra banda y fueron dejando atrás los diferentes niveles a medida que se acercaban al borde de aquel cráter convertido en prisión.

Llegaron hasta los contenedores de hierro que hacían las funciones de celda formando pilas desiguales. Los contenedores crujían y se balanceaban

levemente bajo el empuje de las incesantes ráfagas de viento. Las compuertas que no estaban cerradas golpeaban una y otra vez contra los marcos y las paredes con un redoble bronco e interminable. El sol quedó tapado por un espeso cúmulo de nubes pasajeras y los espacios entre celdas quedaron envueltos en profundos pozos de sombras.

Rafen aminoró el paso y miró con cautela en el interior de uno de los contenedores abiertos. Revisó los cierres magnéticos del quicio. Estaban dispuestos en la posición de apertura.

—Vaya, parece ser que el juguete de Cheyne ha funcionado.

Tarikus se acercó un poco más y olisqueó el aire. Hizo una mueca.

—Estas celdas no estaban ocupadas, ángel sangriento. Dudo que se hayan utilizado desde hace muchos años. —El águila de perdición miró a su alrededor—. Buena parte de este lugar infernal está vacío y abandonado.

Rafen pensó en aquello durante unos momentos. ¿Habría estado la fortaleza de Bilis llena de prisioneros astartes en el pasado? Y si era así, ¿dónde estaban ahora? Por lo que le había dicho el veterano lobo espacial, la población reclusa de aquellas instalaciones debía de ser de alrededor de una docena de marines espaciales.

—Si los cierres han quedado desactivados, quizá haya hermanos de batalla libres en los niveles superiores…

De repente, Vetcha aspiró una bocanada de aire a través de los dientes rotos y gritó para interrumpir a Rafen al mismo tiempo que alzaba la espada curva que empuñaba.

—Guerreros, ¡creo que tenemos compañía!

Rafen oyó en ese instante el redoble de docenas de piernas rematadas por pezuñas y garras que corrían por el techo de los contenedores metálicos. Alzó la pistola bólter que le habían quitado a Cheyne y trazó un arco a su alrededor a la espera de que se presentara un objetivo.

—¡También vienen por detrás! —avisó Tarikus, quien empuñaba dos pistolas bólter, una en cada dirección.

Por arriba tenían las paredes de cañón formadas por los contenedores apilados, y por debajo, la curva descendente de la ladera rocosa. Por allí fue

por donde apareció un grupo de nuevos hombres envueltos en capas. Todos iban armados y todos apestaban a promethium quemado.

—Sin duda, han venido a acabar lo que Cheyne fue incapaz de llevar a cabo —dijo Rafen un momento antes de abrir fuego y disparar tres veces para romper la línea de matones genéticos de Bilis.

—¡Vienen los ensamblados! —gritó Vetcha.

Rafen echó la mirada atrás un instante, justo a tiempo de ver una oleada de criaturas bestiales aparecer por el borde del techo de las torres de celdas y dejarse caer sobre ellos. Aquellos mutantes, antaño seres humanos, que habían quedado convertidos en pesadillas semejantes a insectos, a reptiles, a cánidos, se abalanzaron a la carrera contra los astartes. Era una auténtica manada de seres salvajes horripilantes.

El veterano ciego aulló el nombre de su primarca a modo de rugiente grito de combate y se convirtió en un vórtice de violencia. Blandió la cimitarra enlazando una serie de mandobles uno tras otro en una combinación ininterrumpida y mortífera. Rafen oyó cómo el veterano se reía con carcajadas feroces mientras decapitaba a sus enemigos o los atravesaba de parte a parte con la espada. Los ensamblados, que carecían del más mínimo entrenamiento, los habían atacado formando un grupo cerrado, y Vetcha fue capaz de distinguir sus olores con tanta claridad que no le hacía falta verlos para matarlos.

Tarikus abrió fuego con las dos pistolas bólter al mismo tiempo. Rafen vio que un simiano de pelaje naranja y extremidades delgadas salía disparado hacia atrás con un agujero del tamaño de un puño en mitad del pecho, y que el minotaurio que estaba a su lado caía muerto por un proyectil que le atravesó una de las cuencas oculares.

Sin embargo, los nuevos hombres se les echaban encima. Rafen prefirió no ponerse a cubierto y se dejó caer sobre una rodilla. Un arácnido que consiguió llegar hasta él se irguió para atacarlo, y él le propinó un tajo con el grupo de cuchillas incorporado al cañón de la pistola bólter de Cheyne, con las que destripó a la criatura. Las entrañas humeantes se esparcieron por el suelo como un montón de cuerdas viscosas.

Apartó al ensamblado de un empujón y abrió fuego de nuevo contra el grupo que avanzaba.

Vetcha lanzó un aullido cuando un canino le arrancó un trozo de carne del brazo de un mordisco. El lobo espacial respondió despedazando a la criatura perruna con un par de mandobles.

—¿Cuántos quedan? —preguntó a gritos.

—Más que suficientes —replicó Tarikus al mismo tiempo que abatía a un par de hombres rata. Retrocedió mientras eyectaba los cargadores vacíos y recargaba sin dejar de moverse—. ¿Es que todos los habitantes de este agujero infernal han salido para pelear contra nosotros?

—Eso parece… —comentó Rafen.

El ángel sangriento hizo una mueca cuando la pistola se encasquilló a causa de un proyectil defectuoso. Maldijo el lamentable estado de mantenimiento en que se encontraba el arma al mismo tiempo que tiraba de la corredera y los nuevos hombres se le echaban encima. Hizo salir el proyectil defectuoso y metió uno nuevo en la recámara, pero los guerreros modificados de Bilis se movían como rayos. Los siguientes disparos fallaron su objetivo cuando el más grande de ellos, una montaña de carne cubierta por un largo manto de harapos de cuero, golpeó al marine espacial con una pesada maza.

Rafen rodó para absorber y minimizar la fuerza del impacto dejando que lo derribara. Aterrizó con fuerza en el suelo y se le escapó un jadeo. El esfuerzo de ponerse de nuevo en pie le resultó agotador. De repente, le costó el doble de lo que debería haber sido normal. Notó de nuevo el espasmo familiar y perturbador en el centro del pecho. El parásito se movía, despierto una vez más.

—Ha sido un error —le dijo el guerrero de la capa con una voz que retumbaba como un motor en marcha—. Ahora no conoceréis más que el dolor. Nada más que el dolor.

Rafen alzó la pistola y colocó el dedo en el gatillo, pero el nuevo hombre ya había comenzado a susurrar la plegaria al parásito. Por lo visto, Cheyne no era el único que conocía los versos del rezo de la agonía.

El ángel sangriento se esforzó por no gritar, pero el aullido salió de su interior de un modo incontrolable. Las punzadas abrasadoras de un dolor indescriptible azotaron todas y cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Se tambaleó y la pistola se le escapó de entre los dedos. Todos los músculos del cuerpo se le rebelaron ante aquella agonía insoportable que lo quemaba con un sufrimiento candente. El centro de todo aquel infierno llameante que le sacudía las entrañas era el gusano, que no dejaba de retorcerse en el interior de su pecho. Intentó recitar una letanía de fuerza, una súplica a Sanguinius para que le concediera fortaleza, pero hasta la más ínfima parte de su ser estaba sometida a aquel tormento. No era más que un recipiente vacío que se iba llenando poco a poco de sufrimiento.

La voz del enorme mutante fue subiendo de volumen, y el sonido llegó también a Vetcha y a Tarikus. Ellos dos también cayeron desarmados cuando sus cuerpos se rebelaron contra su voluntad.

El nuevo hombre inspiró profundamente y se preparó para recitar los versos finales de la plegaria del dolor. Aquellas palabras estimularían a todos los parásitos demoníacos que las oyeran y los harían entrar en un frenesí mortífero que culminaría con un paroxismo que los haría atravesar como una erupción los huesos y la carne matando a sus huéspedes.

No llegó a pronunciarlas. Una lanza de hierro oxidado, una arma improvisada a partir de una viga de hierro, surgió silbando de las sombras que se extendían más allá de las celdas y le atravesó de una parte a otra la garganta, dejándolo mudo. La lanza se quedó incrustada allí, y la sangre salió a chorros de las heridas de entrada y de salida formando dos potentes surtidores rojos.

De las sombras salieron unas figuras vestidas con túnicas raídas y desgarradas, guerreros que no parecían ser en absoluto lo que en realidad eran. Algunos mostraban cicatrices y señales de haber sido apaleados, mientras que otros parecían aturdidos o caminaban con la mirada vacía, como si se encontraran en mitad de un sueño. Sin embargo, todos llevaron la muerte con ellos. Los astartes liberados se lanzaron a la carga como una marca de furia que aniquiló a los ensamblados y los hizo llegar directamente hasta la línea de los nuevos hombres. Cortaron las gargantas

de todas las criaturas, silenciaron las voces de todos sus oponentes, antes de que ni siquiera tuvieran tiempo de pronunciar la primera palabra de la plegaria del dolor.

La agonía cedió y abandonó su cuerpo. Unas manos fuertes ayudaron a Rafen a ponerse en pie. Se tambaleó inseguro y se estremeció de los pies a la cabeza, como si se sintiera incómodo dentro de su propio cuerpo, como si ya no encajara bien en él.

—¡Qué la disformidad se lleve a este gusano! —maldijo con los dientes apretados—. ¡Qué alguien me dé un cuchillo para abrirme un tajo y sacármelo ahora mismo!

—Eso sería un error, hermano. —Rafen alzó la mirada y vio un rostro cubierto de arrugas y de cicatrices profundas y lívidas enmarcado por una barba gris blanquecina—. Esos malditos bichos se dan cuenta cuando intentas matarlos, y sueltan un veneno tan potente que te convierten el corazón en un montón de cenizas.

—So… soy Rafen, de los…

El astartes de rostro pálido lo interrumpió con un gesto amable de la mano.

—De los Ángeles Sangrientos, sí. Sabemos quién eres, hijo de Sanguinius. Yo soy Kilan, de la Guardia del Cuervo.

—Saludos, Kilan —le respondió Rafen, jadeante, aunque ya notaba cómo iba recuperando el control de su propio cuerpo—. Respondisteis a mi llamada.

Kilan miró a su alrededor, al resto del puñado de guerreros de aspecto desastrado que en aquel momento estaban rematando a todos los enemigos heridos que habían conseguido mantenerse con vida hasta entonces.

—Tú abriste las puertas.

—En más de un sentido —añadió otro astartes, que habló con voz cansada mientras se acercaba—. ¿Cómo lo lograste?

El astartes de tez morena y cabello enmarañado tenía una cabeza de toro tatuada en uno de los hombros, lo que lo señalaba como hermano del capítulo de los Tauranos.

—Con suerte —le contestó Rafen—. Con suerte y por la gracia del Emperador.

—Ave Imperator —dijo Kilan al mismo tiempo que inclinaba la cabeza en señal de respeto. Cuando levantó la cara de nuevo, en su rostro había una sonrisa feroz—. He de reconocer, Rafen, que casi me encuentro un poco aturdido. Hemos intentado huir tantas veces, hemos tenido tantos fracasos… Cuando se abrieron las puertas de las celdas, muchos de nosotros nos negamos a salir.

—Creían que era otro de los juegos de Bilis para torturarnos —añadió el taurano—. Otro de sus malditos trucos para hacernos sufrir mentalmente.

—No es un juego. Esta vez, no —les aseguró Tarikus mientras se acercaba.

Kilan observó atentamente a Rafen, y sus ojos rojos parecieron querer perforarlo con la mirada.

—Lo que dijiste fue magnífico, ángel sangriento. Nos despertó a todos del letargo en el que estábamos sumidos.

—Yo no hice nada. Tan sólo os recordé lo que ya sabíais.

—Es muy bueno haciendo eso —comentó Vetcha con voz jadeante.

Las palabras del lobo espacial hicieron que Kilan y los demás presos huidos lo miraran con fiereza.

—¿Por qué sigue viva esta reliquia? —Preguntó furioso el taurano—. Es un colaborador. ¡Ya debería ser carroña!

—¿Quieres intentarlo? —gruñó el viejo veterano—. ¡Vamos, atrévete, enclenque!

—Nos ha ayudado —los interrumpió Tarikus—. El mismo en persona mató al andrógino.

—¿De veras? —A Kilan se le ensanchó la sonrisa—. Por lo que parece, escogiste el momento más apropiado para actuar, colmillo largo. No creo haber oído jamás de un lobo espacial que mostrara esa paciencia y contención en sus planes.

Vetcha frunció los labios.

—Bueno, si te encierran diez años en una celda dispones de tiempo más que de sobra para encontrar un método menos…

—Tenemos que ponernos en marcha —les dijo el taurano. Rafen notó que su camarada seguía sin estar convencido, pero que era consciente de que lo más importante era actuar con celeridad—. Ya hablaremos más tarde sobre los reproches y las culpabilidades. Los incendios se están apagando, y el humo no tardará en disiparse. Dentro de nada, los centinelas aéreos comenzaran a sobrevolar las celdas. No podemos dejar que nos atrapen en terreno abierto.

—Los demás, los otros astartes, están ahí arriba —insistió Tarikus al mismo tiempo que señalaba la rampa ascendente—. No dejaremos a nadie atrás. Hoy, o arrasamos este lugar y nos marchamos de aquí, o se convierte en nuestra tumba.

—Rafen, ¿qué dices tú? —Kilan se volvió hacia el ángel sangriento, pero éste se encontraba mirando al vacío, como si estuviera escuchando una voz que sólo él era capaz de oír—. ¿Rafen? ¿Me oyes?

J

¿Me oyes?

La pregunta mental se convirtió en vapor telepático y se desvaneció. Ceris se aisló de todo lo que lo rodeaba: del rugido retumbante de los motores del Neimos; del balanceo de la cubierta del sumergible a medida que la nave ascendía hacia la superficie, de los movimientos y los chasquidos intermitentes de la tripulación de servidores en sus puestos de control. Fue vagamente consciente de la presencia de los demás marines espaciales que se encontraban cerca. Los ángeles sangrientos y los desgarradores de carne estaban reuniendo sus armas para efectuar una última comprobación antes de marchar al combate.

El codiciario ya se había preparado mentalmente durante unos momentos de silencio contemplativo. Había encontrado una camareta vacía donde había podido consagrar de nuevo y con tranquilidad su maza de energía con un poco de óleo sagrado bendecido por el alto capellán Argastes en persona. El arma ya le colgaba del nuevo del cinto, lista para su uso, y la pistola bólter, debidamente pulida y con nuevos sellos de pureza, se encontraba en su funda correspondiente. Ceris estaba en aquel momento arrodillado sobre una pierna, con la cabeza inclinada y el casco a los pies. El suave brillo de color zafiro de su capuchón psíquico emitía una débil luz, y era consciente del ambiente de inquietud que provocaba entre sus hermanos de batalla. Se mantenían alejados mientras él utilizaba sus poderes. Incluso entre sus camaradas del Adeptus Astartes, sus habilidades psíquicas siempre despertaban desconfianza.

Emergió al exterior una vez más. Dejó atrás las chispas de pensamiento que eran sus hermanos de batalla: a Noxx, el guerrero cuyos sentimientos siempre estaban impregnados por sombras de oscuridad y de deber; a Kayne, que se enfrentaba a sus dudas como si fueran monstruos a los que debía matar; a Ajir, incapaz de librarse de los conflictos que sacudían su interior; a Gast, claro y limpio como el hielo; a Sove, que se esforzaba por ocultar el dolor que le producían las heridas que había sufrido para que no creyeran que no se encontraba en condiciones de combatir; a Eigen, preparado y orgulloso; a Puluo, atrapado entre el odio que sentía y la esperanza de ver de nuevo a su comandante, y, por último, a Turcio, quien repetía una y otra vez la letanía de las armas buscando la concentración en el nombre de su primarca.

Ceris atravesó el casco del Neimos e hizo caso omiso de los destellos de odio alienígena feroz que captaba en el límite de sus sentidos para continuar buscando, escudriñando. Lo que encontró fueron nudos de miedo y de esperanza, todos unidos entre sí. Encontró…, a Rafen. Sintió una momentánea oleada de orgullo al descubrir que su hermano de batalla todavía estaba vivo.

¿Me oyes? Aguanta, hermano. Ya vamos a por ti.

La escuadra de mutantes caninos que montaba guardia en el muelle estaba asustada e inquieta. Todos ellos soltaban un gañido de vez en cuando en voz baja y manoseaban nerviosos los rifles láser que empuñaban. Cada cierto tiempo apartaban la atención del océano imperturbable que se les había ordenado vigilar y se volvían para mirar hacia la zona de la fortaleza. Detrás de la cresta del cráter asomaba una columna de humo negro que se ensanchaba lentamente en dirección a las nubes cada vez más abundantes. Sus sensibles oídos captaron el sonido de varios disparos, pero no les llegó ningún mensaje procedente de la torre. Al no recibir órdenes, los caninos estaban perdiendo la concentración con cada minuto que pasaban en esa situación. Era un defecto de aquella raza de ensamblados humanos: sin una influencia dominante que les dijera lo que tenían que hacer, caían en comportamientos sencillos de acción y reacción.

No estaban preparados en absoluto para una invasión desde el mar. El Neimos surgió de forma explosiva, envuelto en un estallido de espuma y de agua pulverizada. Rompió la superficie del océano igual que una de las gigantescas ballenas filtradoras que antaño poblaron los mares de Dynikas V. La proa en forma de bala de la nave provocó una onda de choque en la superficie, y la ola resultante pasó por encima de la nave de patrulla que se encontraba amarrada a los soportes corroídos del muelle. Las hélices impulsoras ocultas en los carenados situados a popa del Neimos azotaron el agua rojiza al mismo tiempo que los sistemas de impulsión a chorro hacían avanzar la nave a su máxima velocidad de superficie. La achatada torreta dorsal surgió como la cabeza de una hacha, y el agua del mar bajó a chorros por las estrías de los daños recientes que había sufrido. En algunos puntos todavía se veían las puntas rotas de las garras del kraken, clavadas en la gomosa cubierta anecoica del submarino.

Los caninos se dispersaron en todas las direcciones corriendo en círculos indecisos. Se detuvieron, y luego echaron a correr de nuevo, sin saber qué hacer. Finalmente, uno de los modificados, un ensamblado que en su vida anterior había sido guardia imperial, alzó el rifle láser y disparó contra la nave que se les aproximaba. El resto de las criaturas perrunas comenzaron a gruñir y también abrieron fuego. Activados por los rayos

aullantes de las armas de energía, los soportes silenciosos de ferrocemento situados en la orilla rocosa se estremecieron un momento y luego comenzaron a abrirse cuando los cañones automatizados de su interior entraron en funcionamiento.

Cualquier nave que hubiera querido atracar habría disminuido de velocidad. El Neimos no lo hizo. Una pequeña torreta blindada surgió de la cubierta sellada que la albergaba en el extremo superior de la torreta dorsal. De la torreta de menor tamaño surgió a su vez un conjunto de lentes tubulares dispuestas en una montura metálica con diversos grabados. El arma se había creado con la forma de una de las especies extinguidas de selacimorfos de Terra, y la boca del animal era el extremo del cañón de energía. Un rayo de luz verde azulada salió disparado y reventó a los caninos que tuvieron la desgracia de encontrarse en su camino.

El Neimos embistió contra la popa de la nave de patrulla y una gran ola inundó la cubierta del pesquero modificado. La nave se ladeó con fuerza hacia estribor y comenzó a hundirse. El sumergible siguió avanzando con tan sólo unos pocos metros de agua bajo la quilla, y perdió uno de los planos de dirección a causa de un amasijo de hierro que sobresalía del fondo del muelle abandonado y en ruinas. Los caninos supervivientes perdieron la voluntad de combatir y huyeron hacia la orilla, pero el invasor se les echó encima. La nave atravesó los pilares y el suelo de planchas del muelle y lo destrozó todo junto al resto de los guardias.

Los cañones automatizados de la playa comenzaron a disparar rayos láser rojos como el odio, y abrieron grandes cráteres humeantes en el casco del Neimos. La nave no podía detenerse, y respondió con un rayo verde azulado que surgió de la torreta como el haz de luz de un faro y abrió un surco ennegrecido por la orilla. El rayo fundió las piedras y la arena gruesa de la playa y lo convirtió todo en vidrio negro antes de acertar a sus objetivos. Las pulsaciones del rayo esmeralda destellaron y reventaron los cañones automatizados en una serie de explosiones consecutivas. Los cerebros servidores de su interior se hirvieron vivos dentro de sus tanques llenos de líquidos nutrientes.

Por fin, los motores de la nave se apagaron, pero el oleaje que había provocado la arrastró con un fuerte impulso sobre aquella franja de costa hasta hacerla encallar en la orilla escabrosa.

El Neimos se detuvo con un chirrido de metal desgarrado contra un montículo de gravilla, y se inclinó hacia babor cuando la nave, por fin, se posó de forma definitiva. Varias compuertas preformadas se abrieron al salir disparadas de sus marcos por el estallido de unos pernos explosivos. Del interior de la nave surgieron nueve figuras protegidas con armaduras de todos los tonos del color rojo. En cuanto salieron, cruzaron a la carrera con grandes zancadas la playa en dirección al lugar donde se elevaba la columna de humo negro.

A un kilómetro aproximadamente de la orilla, la superficie del mar pareció entrar de repente en ebullición. Todo un banco de bestias furiosas y tentaculadas surgió de las aguas someras y comenzó a batir las extremidades de un lado a otro en una confusión enfurecida. Los cilios azotaron la superficie mientras los picos ganchudos de quitina chasqueaban en el aire. Su presa se había desvanecido en mitad de una neblina de confusión. Había traspasado una extraña barrera formada por hedor de feromonas y por una energía telepática que a los krakens les resultó imposible de superar, y se vieron obligados a retroceder en cuanto intentaron acercarse a la orilla. Los tiránidos tuvieron que retirarse ante aquella fuerza irresistible, repelidos igual que si fueran polos magnéticos del mismo signo. Además, tan poderosa era la compulsión genética que los movía que hasta sus propios cuerpos se negaron a obedecer los impulsos provocados por el hambre que les atenazaba el pensamiento.

Algunos de los monstruos más jóvenes y de menor tamaño se atacaron entre sí impelidos por la rabia que los embargaba. Su ansia de comida y su furia encontraron de ese modo una válvula de escape. Los alienígenas de más edad y tamaño, junto al macho dominante que los había conducido hasta allí, azotaron con los tentáculos a los más jóvenes para aquietarlos. Sus cerebros depredadores, simples y bestiales, estaban confusos, pero eran cazadores pacientes. Metieron sus largos cuerpos tentaculados de nuevo en

el agua para dejarse llevar por las lentas corrientes y se mantuvieron a la espera.

J

—¡Rafen!

Vetcha captó el tono de preocupación en la voz del guardia del cuervo y se puso tenso. El colmillo largo notó un cosquilleo a lo largo del vello de los antebrazos y captó un regusto grasiento y metálico en el fondo de la garganta. Conocía desde hacía mucho tiempo ese tipo de rastro psíquico, y frunció los labios en una mueca de disgusto por encontrarse dentro del alcance de uno de esos poderes. Había brujería en el aire, y cerca de ellos. Concentró durante unos momentos la mente en aquella idea y utilizó la aversión que tenía imbuida contra la hechicería para dejar de prestar atención al dolor ardiente que seguía sintiendo en la herida que la cuchilla de Cheyne Y había infligido.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Tarikus.

El silencioso ángel sangriento boqueó de repente en busca de aire y soltó un gruñido de dolor.

—Ceris… —musitó.

—¿Quién? —le preguntó el lobo espacial, que no recordó el nombre.

—Uno de mis hermanos de batalla, un psíquico…

Vetcha escupió al ver que sus sospechas se confirmaban.

—Un brujo, querrás decir…

—Mis hermanos vienen en nuestra ayuda; ángeles sangrientos y desgarradores de carne. Van a atacar la fortaleza. —La voz del guerrero resonó con más fuerza—. El Emperador ha vuelto su mirada hacia nuestros esfuerzos, camaradas. Ha llegado el momento de nuestra venganza.

—Ese tal… Ceris… ¿te ha hablado? ¿En tu mente? —le preguntó el taurano con voz cargada de cautela.

Vetcha captó la firmeza de las palabras de Rafen.

—Así es. Con sus habilidades de nuestro lado, seremos imparables.

El lobo espacial chasqueó la lengua.

—Es posible, por mucho que odie admitirlo. Bilis jamás ha mantenido preso a un psíquico a lo largo de todos los años que llevo en este sitio.

—¿Cómo podría lograrlo? —dijo Kilan—. No existen muros ni puertas cerradas para un brujo mental. ¡Podremos utilizar al psíquico de Rafen para inclinar la balanza a nuestro favor!

—Debemos llevar la lucha hasta el propio traidor —declaró el ángel sangriento, a quien se le elevó el ánimo ante el cambio de situación—. Tenemos que reunir al resto de los prisioneros…

—Yo me encargo —dijo Tarikus—. Kilan, ¿me echas una mano?

—Encantado, águila de perdición.

Rafen sonrió.

—Encontrad al equipo de asalto.

—¿Y después? —preguntó el veterano.

El lobo espacial se fijó en la rapidez con la que Tarikus y los demás se habían puesto a las órdenes del ángel sangriento. Era indudable que aquel joven tenía carisma.

—Pues lo que haremos después será hacer caer la ira de la sagrada Terra sobre este lugar —declaró el guardia del cuervo.

—Y así será —declaró Rafen—. Vetcha, encabeza la marcha. Entraremos en la torre y le cortaremos a Fabius Bilis todas las rutas de escape.

—Encantado… —empezó a decir el lobo espacial, pero la voz murió en su garganta nada más comenzar a hablar. El dolor ardiente de la herida aumentaba a cada momento que pasaba, y cerró el puño. Notó aquel movimiento como si fuera algo muy lejano—. Encantado —repitió, y esta vez habló con más energía—. Seguidme, cachorros, si es que creéis que podéis mantener el ritmo.

Antes de que nadie tuviera ocasión de preguntarle por aquel momento de debilidad repentina, se alejó. El sonido y las vibraciones que sentía en los pies le indicaron el camino que debía seguir hacia las pesadas puertas que conducían al santuario interior de Bilis.

Una vez Rafen y los demás no pudieron verlo, el veterano movió los labios para rezar una de las escasas plegarias que solía pronunciar. Vetcha oró en silencio al Dios Emperador y al poderoso Russ, y les pidió un poco más de fuerza. No durante mucho tiempo, tan sólo el suficiente como para que fuera capaz de ver cómo terminaba aquel día. El veterano tuvo que esforzarse por contener un estremecimiento. Lo único que necesitaba era la fuerza suficiente para mantener a raya el veneno de disformidad que cubría la cuchilla de Cheyne.

J

La ruta de aproximación a la fortaleza era un laberinto de fuego cruzado. Los rayos láser y los proyectiles sólidos se entrecruzaban en el aire mientras Noxx y su grupo de asalto avanzaban a lo largo del camino de tierra. La resistencia era menos intensa de lo que se habían esperado, pero aun así, era suficiente para suponerles un problema. Sove lanzó una serie de granadas perforantes, con lo que demostró que incluso con un solo brazo era un elemento mortífero en cualquier asalto. Eigen y uno de los ángeles sangrientos, Turcio, se encontraban a cubierto detrás de un vehículo parado, y disparaban apuntando con cuidado a las figuras envueltas en sombras que aparecían en las troneras del búnker.

Noxx disparó una ráfaga y se puso de nuevo a cubierto detrás de una columna de piedra. El psíquico estaba cerca de su posición, con el casco carmesí rodeado por un halo de relámpagos diminutos.

—¿Te importaría conjurar un rayo infernal o algo parecido para ayudarnos? —le gritó el sargento—. ¡Si seguimos así, perderemos el impulso del avance!

—Me temo que tengo puesta la atención en otro sitio. —El codiciario se mostraba distante, distraído—. Capto… Capto las dimensiones de este lugar. He encontrado un fuerte rastro de energía de disformidad… —Señaló hacia la torre—. Ahí dentro.

El desgarrador de carne soltó una imprecación.

—¡Dime que no estás hablando de otro portal de disformidad! ¡No quiero echar abajo esas puertas para entrar ahí y encontrar sólo el hedor que deja Fabius Bilis a su paso!

Varios disparos láser perdidos arrancaron trozos de roca cerca de la cabeza de Ceris, pero él no pareció darse cuenta de ello.

—No estoy seguro. Lord Mephiston me proporcionó una impronta telepática de la energía psíquica que Bilis utilizó para huir de Baal… No es la misma, pero…

—¡Basta! —lo cortó Noxx—. Si nosotros no podemos llegar basta la fuente de esa energía, quizá Rafen podrá. Envíale un mensaje y guíalo hasta ese lugar. Dile a mi primo errante que Bilis se nos escapará si él no logra neutralizar esa energía.

Ceris no le contestó. En vez de eso, inclinó profundamente la cabeza y el capuchón psíquico brilló con más intensidad.

Noxx asomó un momento la cabeza al otro lado de la columna y una tormenta de disparos láser acribilló el aire a su alrededor. Soltó una maldición y se puso a cubierto otra vez. Al hacerlo, cruzó una mirada con el hermano Puluo, que estaba al otro lado del camino.

La voz del otro marine espacial le llegó por el microrreceptor del oído.

—Hay un cañón láser de gran calibre en esa tronera, cuadrante derecho inferior.

—Ya me lo han presentado —contestó Noxx a la vez que echaba un vistazo a la marca carbonizada que tenía en la hombrera derecha de la servoarmadura.

—A todas las unidades, necesito fuego de cobertura —advirtió Puluo—. Voy a acabar con ese cañón.

Noxx asintió para mostrar su acuerdo.

—Haced lo que dice.

Puluo balanceó un momento el bólter pesado que empuñaba hasta colocarlo apuntando hacia arriba, y un instante después echó a correr a toda velocidad. Los rayos rojos de energía luminosa concentrada comenzaron a pasarle cerca en cuanto salió de su posición a cubierto. Noxx aprovechó para asomarse y empezar a disparar con el bólter apoyado en el hombro, y vio que Ajir, Gast y Kayne hacían lo mismo. Todos ellos presentaron así una repentina abundancia de objetivos a los artilleros enemigos para que pudieran elegir entre ellos.

Si hubiera sido un astartes quien empuñara esa arma, habría concentrado todos sus disparos en Puluo, la amenaza más importante de todas. Sin embargo, lo que ocurrió fue que el artillero dudó un instante, y después abrió fuego de forma aleatoria contra los demás hermanos de batalla.

Aquello le bastó a Puluo para reducir distancias. Bajó el cañón del bólter pesado sin dejar de correr y apretó la palanca de disparo. El arma rugió y el estampido de los disparos resonó por todos los muros de la fortaleza enemiga. El cañón láser cambió de objetivo y apuntó hacia Puluo, pero ya era demasiado tarde. El ángel sangriento era muy ágil a pesar de su tamaño, y soportó varios impactos superficiales en el camino que tuvo que recorrer hasta colocarse a distancia de disparar a quemarropa.

Impulsado por la furia del combate, Puluo se lanzó contra el búnker y metió la bocacha del cañón del bólter pesado en la tronera donde se encontraban el cañón láser y el artillero que lo manejaba. Abrió fuego y disparó una larga ráfaga en automático hacia el interior. Afirmó las piernas para soportar el retroceso brutal del arma y movió el cañón de un lado a otro para asegurarse de que todo lo que había dentro acabara muerto.

Una vez el cañón láser estuvo fuera de combate, el resto de la escuadra avanzó y eliminó a los defensores que quedaban. Luego, Ajir utilizó granadas rompecascos para abrir el portón, y los marines espaciales

cruzaron el umbral que llevaba al interior de la fortaleza de Fabius Bilis envueltos en el humo de la cordita.

J

El taurano adusto, que se llamaba Nisos, caminaba con rapidez, pero siempre parecía encontrarse un paso por detrás de Rafen mientras avanzaban por los pasillos de la torre inferior, cortados con rayos láser en la roca viva. El ángel sangriento se detuvo a cubierto detrás de una viga de apoyo y se volvió hacia el taurano. Nisos lo miraba como si lo estuviera valorando.

—¿Tienes algo que decirme? —le preguntó Rafen con apenas un susurro.

El taurano se dio unos golpecitos en la cabeza.

—Dices que oyes una voz en la cabeza. Ese hermano Ceris del que has hablado.

—No es tanto una voz como la sensación que me transmite Ceris… —admitió Rafen. Frunció el entrecejo—. Es difícil expresarlo con palabras, pero me está guiando. Nos está guiando.

Nisos movió con nerviosismo los dedos sobre la empuñadura del rifle láser que le había quitado a un guardia muerto.

—Eso es algo que me incomoda. ¿Cómo sabes que es tu hermano de batalla? ¿Qué pasa si esa presencia que notas en tus pensamientos es otro de los trucos de Bilis? ¿Qué ocurrirá si…?

Rafen extendió una mano y la puso en el hombro de Nisos para interrumpirlo. Le preocupaba el matiz de miedo que captó en la voz del otro astartes, y se preguntó cuánto tiempo llevaría Nisos en aquella prisión, qué clase de tormentos habría sufrido para quedar tan afectado.

—Debes confiar en mí, hermano. Confía en que yo confío en el psíquico.

—Los caminos de la disformidad son un laberinto de perdición —le respondió Nisos en voz baja—. He visto a camaradas tocados por el poder de la disformidad, buenos guerreros, acabar ardiendo en el fuego demoníaco.

—Hoy será Fabius Bilis quien arda —le soltó Layko, un puño carmesí membrudo y malnutrido que se había unido a su grupo por recomendación de Kilan. Empuñaba en cada mano un cuchillo de combate de aspecto siniestro—. Estoy ansioso por hacerle probar mi venganza. ¿Por qué nos paramos?

—Hay que moverse con cuidado, hijo de Dom —le advirtió Vetcha mientras se deslizaba hacia ellos—. Hay varios nuevos hombres cerca de aquí. Huelo al enemigo, con toda esa peste a carne podrida y a sudor.

Rafen asintió, aunque sólo escuchaba a medias al veterano. Se quedó en silencio y dejó de prestar atención durante un momento. Sintió la presencia de Ceris de inmediato. El psíquico prácticamente estaba con él en el pasillo, como un espíritu pegado a su hombro. El brujo mental lo impelió a seguir adelante sin decir una sola palabra. Una leve presión, una mano etérea en la espalda, lo hizo girarse hacia la derecha. Asomó un momento la cabeza al otro lado de una viga y vio a dos de los nuevos hombres de Bilis montando guardia al lado de una pesada compuerta circular.

Retrocedió y se volvió hacia los demás astartes.

—Ahí a la derecha —les informó con un susurro—. Una fuente de energía psiónica. Lo más probable es que se trate del poder que alimenta la arcana hechicería de disformidad de nuestro objetivo. Debemos neutralizarla.

Nisos se estremeció.

—Lo siento en el aire. Una impureza que me cubre la piel como una capa resbaladiza.

Rafen asintió. También él lo sentía en la delatadora textura grasienta del aire, en la sensación de poder acumulado y latente semejante a la que se tenía antes de una tormenta.

—Dos guardias —comentó Vetcha—. Me esperaba más.

Nisos señaló con un gesto amplio del brazo las paredes. Se oía desde hacía cierto tiempo una lejana sirena de alarma.

—Lo más probable es que los otros se hayan marchado para hacer frente a la fuga de presos, o al ataque de los amigas de Rafen.

—¿Atacamos entonces? —quiso saber Layko, con la necesitad de combatir escrita en su rostro enjuto.

—Por supuesto. Atacamos —le contestó Rafen.

Doblaron la esquina lanzados a la carga en formación de cuña. Rafen encabezó el ataque disparando con el bólter rematado por cuchillas de Cheyne. El más cercano de los nuevos hombres de Bilis recibió un impacto y cayó herido, mientras que el segundo consiguió apartarse a tiempo y respondió con varios disparos de láser.

Nisos abrió fuego con el rifle láser que había conseguido y alcanzó varias veces al segundo nuevo hombre. La capa del engendro genético humeó, y un momento después se incendió.

Layko fue el primero en llegar aullando hasta el paroxismo y decapitó al guardia caído cuando éste intentó ponerse en pie de nuevo. El cuerpo se desplomó, pero el puño carmesí siguió propinándole tajos hasta desgarrar la carne y los huesos y dejarlo convertido en una masa irreconocible.

Vetcha se quedó cubriendo la retaguardia, de modo que Rafen y Nisos cruzaron a la carrera la compuerta para atacar al último guardia. El enemigo disparó una ráfaga de rayos láser, y si hubiera llevado puesta la armadura de combate, Rafen se hubiera lanzado directamente hacia adelante y habría dejado que la ceramita se encargara de protegerlo de los disparos mortíferos de luz concentrada, pero estaba herido, mal preparado, mal armado y, además, debilitado por el parásito, por lo aquella táctica de fuerza bruta habría acabado con él.

En vez de eso, se lanzó de cabeza al suelo. Rafen rodó sobre sí mismo mientras Nisos acosaba al nuevo hombre con otra ráfaga de disparos, y el ángel sangriento acabó pegado al guardia con el bólter por delante. Le clavó las cuchillas que rodeaban el cañón del arma en pleno muslo, y antes de que el nuevo hombre tuviera tiempo de reaccionar, abrió fuego. A aquella

distancia, el disparo a quemarropa del bólter de Cheyne arrancó un tremendo trozo de carne a la criatura y la derribó entre aullidos. Nisos se les acercó a la carrera y disparó al nuevo hombre en un ojo con el rifle láser. El rayo de energía vaporizó de forma instantánea el cerebro del guardia, así que el cráneo le estalló por la presión del gas y se convirtió en una nubecilla de color gris rosáceo.

Rafen apartó el cadáver de una patada y volvió a la compuerta. Vetcha había apartado a Layko del enemigo al que había matado. El desnutrido astartes estaba cubierto de manchas de sangre, y tenía los puños tan carmesíes como el emblema de su capítulo. El rostro de Layko se había quedado congelado en un rictus sonriente.

El ángel sangriento actuó con rapidez y encontró una serie de palancas de hierro situadas en el interior de un hueco abierto en una de las paredes. Unos momentos después, la pesada compuerta interior se abrió con un crujido de sus grandes bisagras.

Una nueva oleada de hedor psíquico los asaltó cuando la puerta se abrió un poco más, y con esa sensación les llegó otro olor horriblemente familiar: la pestilencia semejante a ácido de batería de las feromonas de los tiránidos, que se les pegó, empalagosa, a las fosas nasales.

Rafen carraspeó con dificultad y se aclaró la garganta antes de volver a respirar de forma superficial para cruzar el umbral. De repente, el parásito se despertó de nuevo. El ángel sangriento se llevó una mano al pecho esperándose otra descarga de dolor agónico, pero en esta ocasión fue distinto. Le pareció que el gusano se ponía a temblar, que vibraba en el interior de su cuerpo. La sensación fue nauseabunda, y se sintió asqueado hasta lo más profundo de su ser.

El ángel sangriento alzó la vista para estudiar el interior de la cámara que se encontraba al otro lado de la compuerta, y el asco que sentía en su interior se multiplicó por diez.

Nisos fue el siguiente en entrar, y Vetcha y Layko lo siguieron. Todos se quedaron en silencio mientras compartían el mismo horror ante lo que vieron allí dentro.

La cámara tenía forma esférica y las paredes eran metálicas, aunque apenas se veían bajo la capa de chorreante materia gelatinosa que cubría prácticamente todas las superficies de La estancia. Por encima de ellos, más allá de una pasarela elevada, la luz entraba por una ventana circular. Rafen se dio cuenta de que se trataba del suelo de cristal que había visto en el laboratorio de Fabius.

La débil iluminación generaba sombras por todos lados, pero no era tan floja como para que no se pudiera ver en toda su dimensión la monstruosidad que ocupaba buena parte de la cámara. Colgada de unas cadenas incrustadas de mucosidades unidas a una estructura cruciforme se encontraba la forma enferma de una bestia tiránida que carecía de extremidades y a la que rodeaban unas placas cristalinas de amortiguación psíquica que brillaban débilmente.

—Un zoántropo —dijo Layko entre dientes—. Por el Trono y la sangre, está vivo…

—La mascota de Bilis —recalcó Vetcha al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento.

Rafen estudió a la bestia con frialdad. Casi la mitad de la masa corporal de la hidrocefálica criatura psíquica tiránida, dilatada y horriblemente deformada por su enorme cerebro, correspondía a su gigantesca cabeza. Era una masa con forma de martillo compuesta por una armadura quitinosa negra que protegía una masa rosada palpitante. Las fauces llenas de dientes amarillos estaban abiertas, y de ellas caían gruesos hilos de baba y una lengua reptiliana que colgaba flácida. Las cuencas oculares legañosas le miraron fijamente desde debajo del caparazón óseo, y a pesar de que se trataba de una expresión alienígena en un rostro monstruoso, el ángel sangriento capto un odio eterno, casi palpable. Bajo aquella cabeza hinchada había un cuerpo sinuoso cubierto de púas, aguijones y extrañas protuberancias, rematado por una larga cola puntiaguda que colgaba como un trozo de carne sin vida. La criatura tenía las garras, largas como el antebrazo de un ser humano, pegadas al torso, y de vez en cuando se estremecían como si sufriera algún tipo de parálisis parcial.

Por sí solo, aquel monstruo alienígena era todo un horror, pero allí había algo más. Su cuerpo mostraba heridas de bordes irregulares que estaban cubiertas de sangre que no se guiaba y que supuraba de unas incisiones efectuadas a lo largo de la espina dorsal de la criatura. Los trozos de pellejo arrancados y mantenidos en su sitio mediante grandes pinchos de hierro dejaban al descubierto un gran trozo de carne hinchada y reluciente que también colgaba hasta llegar al suelo. Varios tubos, húmedos por los fluidos, penetraban en distintos puntos del torso de la criatura alienígena. Cada vez que el monstruo exhalaba al respirar caía un poco de polvo fino que los tubos recogían y llevaban hasta unos huecos situados en las paredes curvadas.

Rafen se atrevió a dar un paso para acercarse más, y el zoántropo le enseñó los dientes, pero le pareció que el gesto lo hacía más por costumbre que con verdadera intención. Miró con más atención el saco redondeado y vio que algo se movía en su interior. Luego oyó un débil chillido. De inmediato, el gusano que llevaba en el pecho se removió y lo hizo toser. Observó la misma reacción en los demás astartes. Rafen contempló asqueado cómo los bordes del extremo del saco se fruncían y echaba a un nuevo parásito que relucía cubierto de mucosidad.

—Están por todas partes —dijo Layko, que casi vomitó las palabras—. ¡Mirad! —exclamó señalando con las espadas.

Rafen centró la mirada en las sombras y su visión se hizo más definida hasta que se percató de a qué se refería el puño carmesí. Lo que al principio había creído que eran montones de restos de comida o de tejido desechado eran, en realidad, masas de parásitos que se movían lentamente.

—No es de extrañar que esos bichos que Cheyne nos implantó estuvieran tan inquietos. Sentían la cercanía de todos éstos —comentó Nisos.

Rafen se quedó pensativo mientras se volvía de nuevo hacia el zoántropo, que seguía resollando. Al acercarse se dio cuenta de que estaba débil y que mostraba un aspecto enfermizo. La carne del alienígena estaba pálida, y la superficie de su armadura quitinosa tenía grietas y agujeros. Un olor fétido a podredumbre necrótica rodeaba a la criatura. El alienígena

volvió la cabeza y dejó a la vista un ojo ictérico y lechoso, y el ángel sangriento notó que lo atravesaba una leve oleada de, energía psíquica. Rafen se estremeció, pero no se movió de donde se encontraba. La sensación se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido.

—Una criatura como ésta… —empezó a decir el taurano— podría destrozarnos la mente con un simple pensamiento.

—Eso quizá era antes —lo rebatió Vetcha—. Ahora ya no. Bilis la ha convertido en su esclava.

Rafen asintió. Distinguió las líneas de sutura a lo largo de la curvatura del cráneo del zoántropo, los puntos donde el Cirujano había atravesado la materia cerebral del alienígena y lo había lobotomizado.

—El traidor demuestra su astucia habitual, como siempre —dijo—. Al igual que ha hecho con esta fortaleza, se ha apropiado de todo lo que ha encontrado en el planeta y lo ha pervertido para utilizarlo en sus infames propósitos.

—Si este zoántropo es la criatura que ha engendrado a estos parásitos… —dijo Nisos, pero se interrumpió al sufrir una arcada—. ¡Qué el Emperador nos proteja! ¡Eso quiere decir que estamos mancillados por la sangre del alienígena!

—Cálmate —lo tranquilizó Vetcha—. Ya lloraremos sobre quién esté contaminado y con qué cuando acabemos con nuestra tarea aquí. —Se volvió hacia Rafen, y en sus ojos lechosos y ciegos no había piedad alguna —. Debemos matar a esta criatura.

Rafen volvió a asentir.

—Sí. Bilis tiene bajo su control el poder psíquico de esta bestia. Si lo utiliza para abrir un portal de disformidad, se nos escapará.

—Pero ¿qué hay de la protección de las feromonas? —exclamó Layko al mismo tiempo que señalaba los tubos—. Aborrezco a los alienígenas tanto como cualquier otro astartes, pero si eso muere… ¿qué ocurrirá después?

El ángel sangriento estudió con atención los mecanismos que extraían las sustancias olorosas de los grupos de glándulas secretoras del zoántropo.

—Caerá el velo que protege la isla. Cualquier depredador tiránido que se encuentre cerca se verá atraído hacia la fortaleza.

—Entonces, sí matamos al zoántropo, ¡sus parientes vendrán y nos devorarán a todos! —gritó el puño carmesí.

—Pero si lo dejamos con vida, Bilis seguramente escapará. —Rafen hizo un gesto negativo con la cabeza—. No hay posibilidad alguna de discusión.

Alzó el bólter rematado por cuchillas y apuntó hacia la cabeza de la criatura alienígena. Se puso tenso a la espera de que hiciera algo, de que lo atacara de algún modo en un intento desesperado por escapar, pero en vez de eso, el zoántropo dobló del todo las garras y agachó la cabeza, lo que destensó las cadenas que lo aprisionaban.

Nisos dudó unos momentos antes de apuntar con el rifle láser.

—Es curioso. Es como si supiera lo que estamos a punto de hacer.

Vetcha hizo un gesto afirmativo.

—Ha sido prisionero de Bilis desde mucho antes de que llegáramos ninguno de nosotros. Dudo mucho que el architraidor se comportara de un modo menos cruel con eso que con nosotros.

El lobo espacial tosió y apartó la cara.

—Quiere… morir —dijo Layko.

—Pues le concederemos su deseo —contestó Rafen, y abrió fuego.

El zoántropo era el último organismo tiránido perteneciente a un clado dominante que seguía con vida en Dynikas V. La agonía que había sufrido a manos de la presa de carne que lo había torturado no había tenido límites. La composición genética maleable del alienígena, la fuerza innata de la colmena y la clave para su victoria sobre los monoformas que infestaban la galaxia, se había vuelto en su contra. El ser que había capturado y que había encadenado al zoántropo también lo había mutado gracias a la ciencia unida a unos poderes psíquicos siniestros y a una hechicería maligna. El tiránido había acabado, convertido en un esclavo, en una máquina de criar parásitos, en poco más que una pieza de maquinaria orgánica acoplada a los sistemas internos de la fortaleza secreta de Fabius Bilis.

Si el alienígena hubiera sido capaz de comprender el concepto, quizá habría sentido gratitud, o incluso habría captado la incongruencia de su existencia, pero al final sólo importaba una cosa: que quería morir, que lo ansiaba más incluso que saciar el hambre inagotable que albergaban en su interior todas las criaturas de su especie.

Durante los segundos previos al final de su vida, mientras los proyectiles de bólter y los rayos láser lo acribillaban, lanzó un aullido final de dolor que resonó por todo el planeta.

J

El hermano Ceris, que se encontraba en la prisión, gritó a su vez y escupió un chorro de sangre mientras su capuchón psíquico se vio rodeado por una tremenda descarga de relámpagos centelleantes. Se desplomó en el suelo tosiendo y retorciéndose, y durante unos largos segundos quedó atrapado en el reflujo psíquico provocado por el grito agónico de la muerte del alienígena.

La oleada psiónica de dolor aullante se extendió por toda la isla como una onda expansiva invisible a simple vista, pero brillante como una llamarada solar en las distintas frecuencias cerebrales. A cientos de kilómetros de allí, los esclavos psíquicos mentalmente sensibles que iban a bordo de las naves de patrulla que surcaban los mares de Dynikas V murieron al instante, y sin ellos para contenerlos, los depredadores acuáticos comenzaron a acercarse con la eterna ansia devoradora estimulada por la descarga de odio que aquel grito encendió en sus mentes primitivas.

Y en el epicentro de la muerte, la onda de choque psiónica afectó a todo aquello que compartiera una simple molécula de ADN tiránido. Las nubes de feromonas que habían ocultado la isla durante tanto tiempo perdieron de

repente toda efectividad cuando la neblina de componentes bioquímicos se deshizo con rapidez y se solidificó para convertirse en una lluvia grasienta de ceniza blanca.

La oleada de ira se expandió y encontró sentimientos similares cuando entró en contacto con cada tiránido que encontró. Cada uno de ellos se vio de repente poseído por un frenesí devorador ansioso de sangre. Todas las criaturas que flotaban, nadaban o volaban se dieron cuenta de repente de que había algo nuevo y horrible en el seno del planeta cuando la combinación de feromonas y de vendas cegadoras psíquicas que ocultaban la isla de Bilis se disiparon de forma instantánea. Para los enjambres de alienígenas, el efecto fue el mismo que si se hubiese manifestado de repente un tumor maligno y colosal sin aviso previo y en mitad de su cuerpo.

Todos los demás deseos, todos los demás instintos, quedaron olvidados. La furia creciente e incontrolable que sólo aparecía con el odio a los invasores se apoderó de las mentes de todos y cada uno de los tiránidos que habitaban en Dynikas V. Captaron el olor a carne humana, el rastro de los que eran diferentes, y los impulsos que gobernaban a su especie tomaron el mando.

Atacar. Matar.

Devorar.

J

El grito final del alienígena atravesó a Rafen igual que si fuera un cuchillo sin filo, y se llevó las manos a los oídos para protegerse. Sin embargo, aquello no era un sonido en realidad, sino más bien un efecto, un campo de energía invisible que lo sacudió todo a su alrededor, a través de él, y dentro de él.

Luego llegó el dolor. Notó una agitación llameante en el pecho, algo que debía de ser como lo que sentiría si alguien le derramase metal líquido ardiente en el pecho para quemarle la piel, la carne y el hueso hasta convertirlos en simples goterones negros de materia informe.

El parásito que albergaba en el pecho estaba devorándole el corazón primario. Tenía que ser eso. Ningún otro dolor agónico podría ser tan intenso. La pistola bólter se estremeció en su mano temblorosa mientras retrocedía tambaleándose para alejarse de los restos humeantes del cuerpo del zoántropo. Pocos pasos después, cayó de rodillas al suelo. A través de su visión distorsionada fue consciente de que todos los demás estaban sufriendo la misma agonía y se aferraban el pecho con desesperación.

Un coro de chillidos agudos le llegó a los oídos, y fue aumentando de volumen a cada segundo que pasaba. Los gusanos… A su alrededor, los parásitos recién nacidos y todavía sin implantar estaban atacándose entre sí y se retorcían sin cesar. En sus gruesos costados sobresalían las venas hinchadas, y de sus bocas semejantes a las de las lampreas brotaban chorros de fluidos.

La muerte psíquica del zoántropo los estaba matando a su vez. Lo observó todo al mismo tiempo que luchaba por mantenerse consciente, y vio cómo las criaturas reventaban y luego se resecaban mientras vomitaban chorros de ceniza negra al aire. Al desaparecer el nexo telepático que los unía a su creador, se desintegraban, debido a que los elementos demoníacos que constituían parte de su esencia se desvanecían de regreso a la disformidad.

Rafen se abrió con dedos temblorosos las ropas manchadas de sangre que le cubrían el pecho mientras lo sacudía otra oleada de repugnancia insoportable. Percibió el movimiento del parásito que Cheyne le había implantado bajo la piel, y vio cómo se retorcía empujando contra el cordón oscuro de piel cicatrizada donde le habían abierto la herida para la implantación. Un momento después, la cabeza palpitante y ensangrentada del gusano se abrió paso a través de la carne y surgió sibilante, con los cilios que le rodeaban la boca ondulando en el aire. El ángel sangriento sufrió un ataque de arcadas, pero logró controlarse con una voluntad férrea

y subió una mano para agarrar al parásito gemebundo. Se arrancó aquella criatura del cuerpo con un sonido de piel rasgada, y un instante después, el gusano se convirtió en un puñado de polvo ceniciento en su mano.

Rafen escupió para intentar eliminar el sabor ácido que se le había quedado en la boca y se acercó a sus camaradas. Todos estaban manchados con el mismo polvo oscuro y tenían el pecho ensangrentado y en carne viva.

—Nos… nos hemos librado de ellos —le dijo Nisos entre toses—. ¡Libres por fin!

El ángel sangriento agarró a Vetcha y lo ayudó a ponerse en pie mientras manoteaba en el aire delante de ellos para disipar la nube de polvo negro que salía de los cadáveres de los gusanos.

—A la prisión de Bilis no le hacían falta guardias, no mientras esas viles criaturas estuvieran en nuestro interior. No vivirá lo suficiente como para arrepentirse de su arrogancia…

—¡Cuidado arriba!

El grito de Layko ahogó las palabras de Rafen.

Encima de ellos, donde el anillo de pasarelas daba la vuelta a la circunferencia de la cámara, se movía una sombra de gran tamaño, y la luz de una compuerta abierta silueteó una figura tan alta y ancha de hombros como un marine espacial.

—Tú —dijo una voz tan fría como una maldición—. ¿Qué es lo que has hecho?

J

Para los sentidos de los tiránidos, semejantes a los de los insectos, la isla apareció de repente como si saliera de la nada, y el banco de krakens que esperaba acechante bajo la superficie del océano se vio asaltado de repente

por las vibraciones y la abundancia de presas, que estaban tan cerca que era algo casi enloquecedor.

Sus cuerpos parecidos a balas salieron disparados del agua y extendieron los tentáculos en todas direcciones para capturar cualquier cosa que se pudiera consumir y convertir en biomasa. Uno registró la nave de patrulla zozobrada y recorrió todos los espacios internos en busca de tejidos vivos. Otros, en cambio, se lanzaron sobre el casco varado del Neimos, y los gruesos cilios penetraron a través de las escotillas abiertas para devorar los bocados de carne casi humana que permanecían en el interior de aquel tubo de metal. Unieron todos los tentáculos en el mismo esfuerzo para aferrar el acero y partir el submarino. Aquella titánica combinación de fuerzas desgarró incluso el metal endurecido para su uso en el vacío sideral y dejó expuestas sus entrañas al aire marino.

Una vez dejaron limpio de organismos el interior de la nave, cambiaron su masa corporal y alteraron la configuración de sus formas para empezar a arrastrarse por la playa de gravilla y llegar hasta tierra firme, desde donde avanzaron con movimientos decididos hacia las puertas de la fortaleza. Les llegaba el olor a presas, y eran muchas.

Después de que salieran del agua, la superficie del mar comenzó a bullir a lo largo de toda la línea costera cuando incontables grupos de tiburones líctor, anguilas desgarradoras y otras formas hambrientas llegaron a la caza de la misma carne.

J

—¡Fabius Bilis! —Rafen gritó el nombre de su enemigo con todas sus fuerzas—. ¡Te declaro traidor!

Apretó el gatillo del bólter y disparó una ráfaga contra la pasarela que cruzaba la estancia por encima de ellos. Nisos se unió a sus disparos y las ráfagas de rayos láser crearon un abanico de luz cegadora.

El Primogenitor soltó un gruñido cuando sufrió un impacto leve, y un instante después saltó por encima de la barandilla de la pasarela. Su abrigo de pellejos ondeó a su espalda mientras caía, hasta que aterrizó con fuerza sobre una masa de gusanos muertos que le llegaba hasta los tobillos.

Rafen ya se había puesto en movimiento, y recargó mientras corría para ponerse a cubierto y dejar la estructura de apoyo y el cadáver del zoántropo entre él y el traidor. Bilis metió la mano con rapidez en el interior del abrigo y la sacó empuñando una arma de aspecto siniestro.

El inyector xyclos.

Antes de embarcarse en el Tycho para comenzar aquella misión, Rafen había estudiado atentamente todos los informes que había logrado encontrar sobre los métodos de trabajo de Fabius Bilis y sobre su capacidad de combate. Los datos eran escasos y a menudo contradictorios, pero existía un consenso generalizado sobre cuáles eran las armas favoritas del traidor. Bilis utilizaba un tipo de pistola arcanotecnológica que databa de la época de la Era Siniestra de la Tecnología y que podía disparar agujas que contenían una amplia variedad de toxinas tan mortíferas que eran capaces incluso de acabar con un marine espacial.

La pistola de Bilis restalló y Rafen se encogió de forma instintiva. Sintió la ráfaga de aire que levantó el paso de dos dardos del grosor de un dedo que silbaron al lado de su oído y se clavaron en el tiránido muerto. Los disparos del taurano llamaron la atención del traidor, y Rafen aprovecho para salir corriendo y buscar un ángulo de tiro. Notó la presencia de Layko y de Vetcha cerca de él, a la espera de que les llegara la oportunidad de atacar.

Entrecerró los ojos al darse cuenta de que no veía ninguna señal del enorme artefacto de bronce y acero al que llamaban «el Cirujano» y que Bilis llevaba a menudo conectado a la espalda. Según se decía, aquel aparato suministraba al cuerpo del traidor, con miles de años de vida, una serie de compuestos químicos contaminados por la disformidad que lo

mantenían vivo. Además, algunos de los hermanos de batalla de Rafen habían descubierto en Baal, y muy a pesar suyo, que aquel artefacto tenía mente propia. Al no llevarlo, Bilis carecía de una importante baza defensiva, y Rafen estaba más que dispuesto a aprovechar cualquier ventaja que le pudiera ofrecer.

—¡Estúpidos astartes! —Gritó Bilis—. Quería que formarais parte de algo grande, ¡y ahora vuestros actos amenazan con destruirlo todo! ¿Por qué no os podíais comportar como buenos especímenes y aceptar el lugar que os corresponde?

—¡No somos posesiones con las que puedas jugar, cabrón! —le gritó Layko, enfurecido—. ¡Morirás aquí, en este infierno que tú mismo has creado!

—Creo que no —replicó Bilis antes de disparar una nueva tormenta sibilante de agujas.

Rafen corrió agachado y rodeó un pilar de soporte. Tuvo buen cuidado de no perder pie en la capa de materia mucosa y de piel de gusano podrida. Disparó dos veces, y vio que uno de los proyectiles impactaba en la hombrera de Bilis con la fuerza suficiente como para hacerle darla vuelta sobre sí mismo, pero antes de que pudiera dispararle de nuevo, el puño carmesí salió corriendo de su posición a cubierto empuñando las espadas en un frenesí de acero reluciente. Layko se estrelló contra Bilis con tanta fuerza que hizo perder el equilibrio al traidor, lo que lo sacó del ángulo de visión de Rafen.

—¡Ese cachorro idiota! —bufó Vetcha.

Rafen se movió de nuevo en busca de una línea de tiro mientras Layko se enfrentaba a Bilis y lo atacaba salvajemente con ambas espadas sin preocuparse lo más mínimo por su propia defensa. El rostro del puño carmesí mostraba una expresión de locura. Se había dejado llevar por completo por su necesidad de vengarse del individuo que lo había torturado de un modo tan atroz.

Bilis sufrió varios cortes en los brazos y en la cara y rugió enfurecido. Agarró a Layko antes de que el enflaquecido astartes tuviera la oportunidad de apartarse y lo levantó en alto con una fuerza y una velocidad que Rafen

habría considerado imposibles si no lo hubiera presenciado. Luego lanzó al marine espacial al otro lado de la estancia. La dirección hacia la que lo arrojó no fue fruto del azar: Bilis había arrojado a Layko directamente contra Nisos mientras éste le apuntaba, y los dos astartes cayeron derribados sobre la masa húmeda y resbaladiza de cenizas pegajosas.

Aquello tardó sólo un momento en ocurrir, pero Rafen aprovechó ese instante con una claridad producto de incontables batallas. Fabius recuperó el equilibrio tras lanzar a Layko y se encontró mirando cara a cara al ángel sangriento, que le apuntaba directamente a la cabeza.

—Se acabó, cobarde —le dijo Rafen al mismo tiempo que apretaba el gatillo.

El chasquido del arma al fallar resonó con más fuerza que cualquier disparo. El percutor de la pistola bólter soltó un chasquido apagado al golpear otro proyectil defectuoso, lo que convirtió al arma de cañón rematado por cuchillas en poco más que una maza decorada.

Una sonrisa helada apareció en el rostro de Bilis mientras alzaba su propia pistola.

—Cheyne nunca se ocupó demasiado del adecuado mantenimiento de sus armas.

La pistola del traidor volvió a disparar con un chasquido, pero de repente el mundo comenzó a dar vueltas alrededor de Rafen cuando un individuo de cabello lacio se estrelló contra él y lo lanzó al suelo húmedo y resbaladizo. El ángel sangriento se golpeó con fuerza, y encima le cayó todo el peso del veterano lobo espacial. Vetcha jadeó y tosió, con tres dardos plateados sobresaliéndole del pecho.

Rafen golpeó enfurecido la pistola bólter contra el suelo para liberar el proyectil encasquillado y se levantó con un rugido. El ángel sangriento apretó el gatillo de nuevo antes de que Bilis tuviera tiempo de reaccionar, y el arma de Cheyne rugió.

El proyectil explosivo impactó en la mejilla del traidor y le arrancó una tercera parte de la cabeza, que acabó convertida en una neblina rosácea. Las piernas de Bilis cedieron y cayó hasta quedar de rodillas mientras un chorro de sangre negra le salía de la cara destrozada.

Rafen dejó a un lado su objetivo y se inclinó para atender a Vetcha.

—¡Colmillo largo! ¡Viejo loco!

El lobo espacial se echó a reír.

—Esa no… es forma de hablarle a tus mayores, muchacho…

El veneno de los dardos ya había comenzado a ennegrecer las venas visibles en el cuerpo del veterano, pero a pesar de ello logró alzar una mano y apartarse la ropa. Allí debajo, oculta a la vista, se encontraba la herida supurante abierta por el tajo de una espada.

—Ya estaba envenenado —dijo sibilante—. Fue Cheyne… con su cuchilla de hueso. Era mejor que este lobo ciego utilizara bien su último aliento, ¿no, Rafen?

El ángel sangriento asintió con gesto sombrío.

—Sí.

—Cuéntalo en Fenris —le pidió entre toses—. Cuéntales que Nurhünn Vetcha vivió lo suficiente como para ver morir a su enemigo.

El lobo espacial intentó inspirar de nuevo, pero se detuvo en mitad de su intento.

—Ave Imperator —le contestó Rafen.

El ángel sangriento se puso en pie y se dio la vuelta hacia Bilis. Aunque le pareció increíble, el traidor todavía estaba vivo. Su cuerpo se estremecía con cada chorro de sangre espesa y negra que le salía de la herida. Rafen se le acercó y pegó el cañón de la pistola a la tremenda herida que ya le había abierto el proyectil anterior. Apretó el gatillo de nuevo, y esta vez el cráneo de Bilis explotó, y el cadáver descabezado se desplomó contra el suelo.

Layko, que todavía estaba cargado de adrenalina, se acercó al cadáver mientras Nisos seguía apuntando con cautela a los restos del traidor.

—¿Hemos acabado? —preguntó el puño carmesí.

Rafen levantó la mirada hacia la ventana circular del techo.

—Todavía no —le contestó.



Catorce

—¡No hay modo de salir! —gritó uno de los guerreros mientras retrocedía hacia la línea principal de astartes perseguido por los disparos láser procedentes del otro lado del risco arenoso.

El guerrero era uno de los hermanos del capítulo de los Salamandras, y tenía el ceño de su rostro de ébano fruncido en un gesto de preocupación.

Tarikus levantó la vista y miró a Kilan, quien hizo un gesto de asentimiento con expresión grave, lo que confirmó lo que había dicho el otro prisionero. El grupo de marines espaciales estaba a cubierto en las sombras de una caverna en la que se habían visto obligados a refugiarse bajo el ataque enemigo. Hasta ese momento habían logrado mantener a raya a los ensamblados, aunque con un gran esfuerzo. Tenían muy pocas armas y demasiados guerreros por debajo del rendimiento óptimo de combate, por lo que apenas conseguían contenerlos. El águila de perdición contó a menos de diez hermanos de batalla, y si hubiera podido elegir, tan sólo habría llevado a la mitad al combate. La muerte agónica de los parásitos había liberado a los prisioneros del control de los nuevos hombres, pero la conmoción que les había provocado aquello había dejado debilitados a

muchos de ellos. Tarikus todavía tenía las manos sucias por la sangre y la ceniza del gusano que se había arrancado del pecho.

—¡Por Vulkan que todos los ensamblados que quedan en este lugar vienen a por nosotros! —añadió el salamandra.

—Bueno, eso iguala la situación, ¿no? —le respondió Kilan, pero su intento de levantar el ánimo con aquella bravata cayó en saco roto.

—En cualquier otra ocasión estaría de acuerdo, pero hoy somos pocos, estamos heridos y sin apenas equipo, y ellos son muchos —le respondió Tarikus—. Sólo podemos mantener la línea.

Kilan agachó la cabeza cuando un disparo láser le pasó por encima e impactó contra el techo de roca.

—¡Malditas sean sus almas! —gruñó—. ¡No podemos acabar así! Somos los elegidos del Emperador y no podemos morir escondidos en el fondo de una cueva. ¡Por todas las heridas que hemos sufrido, por todo lo que hemos perdido, no! —El astartes respondió a los disparos enemigos y mató a un ensamblado reptiliano que se acercaba arrastrándose sobre el estómago. El guardia del cuervo miró al águila de perdición con la mirada encendida—. ¡Hemos rotos los grilletes de la prisión de Bilis! ¡Si morimos aquí, lo haremos sin honor!

Tarikus arrojó a un lado una de las pistolas bólter que empuñaba. El arma se había quedado sin munición y ya tenía el cañón al rojo blanco y casi deformado por el incesante uso. Metió el único cargador que le quedaba en la otra pistola y musitó una plegaria de bendición.

—Emperador, te lo suplico —dijo en voz baja. Sus palabras se perdieron en mitad del rugido y del estruendo del combate—. Líbranos de esto.

—¿Qué dices tú, hermano? —Insistió Kilan—. Tu capítulo recibe encantado a la muerte, ¿no es verdad? ¿Salimos a su encuentro? —le dijo señalando con el dedo a la masa aullante que se agolpaba a la entrada de la cueva.

—El destino nos llamará cuando sea el momento —le contestó Tarikus.

—Quizá sea hoy ese día… —empezó a decir el salamandra, pero quedó silenciado para siempre por una serie de ráfagas de láser disparadas desde la

boca de la caverna.

Tarikus soltó una maldición rebosante de odio y respondió a los disparos. Logró abatir a los que habían matado a su hermano de batalla. Todavía los estaba maldiciendo cuando la recámara de la pistola retrocedió con un fuerte chasquido definitivo de metal contra metal: había disparado el último proyectil que le quedaba.

—Que así sea. Vamos, venid a por mí sí os atrevéis —dijo desafiante.

Tarikus se quedó esperando, escuchando tos aullidos de los disparos láser que cruzaban el aire por encima de él y los chillidos y rugidos de los ensamblados. Aguantó expectante a que sonara el repiqueteo de las pezuñas del enemigo resonando en el interior de la caverna. En vez de eso, oyó el rugido inconfundible de los bólters disparados en formación. Se asomó un momento desde su posición a cubierto y vio que los ensamblados caían en masa bajo los torrentes de disparos de bólter y las explosiones de las granadas perforantes.

Kilan se apresuró a avanzar al sentir que el enemigo se retiraba, y Tarikus lo siguió a la carga hacia la entrada de la cueva.

La débil luz que llegaba desde el exterior se vio bloqueada de repente por varias siluetas de servoarmaduras. Las volutas de vapor de cordita todavía las rodeaban como un halo. Taríkus distinguió el morro de aspecto feroz de una armadura Mark VII de diseño Aquila y los ojos rojos que brillaban en la oscuridad. No pudo evitar que una sonrisa le asomara a los labios, a pesar de que no era una expresión muy habitual en él.

—Hermanos del Imperio —dijo la figura de negro y rubí—. Listos para el combate.

—Los camaradas de Rafen, supongo —respondió Kilan con otra sonrisa.

—Los mismos. Pensamos que quizá os vendría bien un poco de ayuda para resolver esto —dijo el desgarrador de carne al mismo tiempo que le propinaba una patada a un minotaurio muerto. Luego miró a los supervivientes que lo rodeaban—. ¿Son los que quedan? —preguntó antes de quitarse el casco.

—Así es —le confirmó el guardia del cuervo—. Hay unos cuantos más con el hermano Rafen, pero son los únicos.

—¿Qué hay del architraidor? —La pregunta la hizo un ángel sangriento que estaba cerca—. ¿Qué hay de Fabius Bilis?

—No lo sabemos —admitió Kilan.

—Te conozco —dijo Tarikus mirando fijamente al sargento—. Noxx. Ha pasado mucho tiempo desde Merron.

—Hermano Tarikus. —El desgarrador de carne lo saludó con un cauteloso gesto de asentimiento—. Es cierto, ha pasado mucho tiempo. ¿Todavía me guardas rencor por aquello?

El águila de perdición se encogió de hombros ante la pregunta.

—Seré generoso si me dices que podéis sacarnos de aquí.

Una figura con la armadura de color índigo y la cabeza cubierta por un capuchón psíquico entró en la cueva y miró fijamente a cada uno de los guerreros liberados.

—Los tiránidos han destruido nuestro transporte. —El psíquico lo miró fijamente con expresión penetrante y Tarikus sintió que el ángel sangriento iluminaba su alma con un foco invisible durante un momento en busca de señales de debilidad o de impureza—. Tenemos que encontrar otro modo de salir de esta maldita roca.

—Tiránidos… —repitió Kilan—. Entonces, el aullido que oímos…

—Una llamada —musitó Tarikus.

—Ya vienen hacia aquí —añadió el psíquico. Y vienen todos.

—Estoy seguro que no es la liberación que esperabais —le dijo Noxx —. Os pido disculpas.

—Al contrario —le contestó Tarikus, y recordó la plegaria—. Todavía no estamos muertos.

Layko abrió la compuerta y Rafen la atravesó en silencio, seguido de Nisos. Los tres astartes subieron al nivel de la pasarela superior por donde había entrado el traidor. Se sentían incómodos por el hecho de tener que dejar el cadáver del lobo espacial allá donde había caído muerto. Al no disponer siquiera de una granada incendiaria, tampoco podían proporcionarle una pira funeraria. Rafen miró una última vez al colmillo

largo antes de cerrar la compuerta. Decidió que tendría que encontrar la manera de conseguir que todos los marines espaciales que habían muerto olvidados en aquel lugar fueran honrados de un modo u otro.

Vio en el otro extremo de la cámara una esclusa de aire bañada por una luz verde enfermiza. Al otro lado debía de encontrarse el lugar donde el renegado lo había interrogado.

—Estamos cerca del nivel del laboratorio —comentó, y notó la mueca que hizo Layko en un gesto reflejo cuando lo dijo—. Justo debajo.

El aliento se le condensaba con cada palabra que pronunciaba. El frío casi polar de la cámara apenas iluminada le arrebataba el calor a través de los dedos y de los pies cubiertos por harapos.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Nisos entrecerrando los ojos.

El implante ocular que todos los marines espaciales poseían, el ocuglobo, les proporcionaba una excelente visión nocturna, y la cámara pareció iluminarse poco a poco a medida que sus Ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Vieron una serie de tanques abiertos dispuestos en hileras que abarrotaban el lugar. Todos estaban llenos de fluido criogénico helado, y por encima de ellos se veían decenas de formas irregulares que colgaban de cadenas negras que se perdían en dirección al techo. Rafen captó un leve olor a sangre, atenuado por el tremendo frío.

—¡Por los ojos de Dom! —Exclamó Layko—. ¡Es un refrigerador de carne!

El puño carmesí no se equivocaba. Cada una de aquellas formas era un cadáver, o, al menos, parte de un cadáver. Colgaban como piezas de carne en el escaparate de la carnicería de cualquier ciudad colmena. Rafen vio varios modificados de diferentes tipos, todos destripados, y trozos sueltos que probablemente serían la materia prima para los monstruosos nuevos hombres de Bilis. En el interior de los tanques también había extremidades y órganos que flotaban en los fluidos de suspensión, incluidos corazones y pulmones conectados a electroestimuladores que los mantenían latiendo y respirando aunque no los albergara ningún cuerpo.

—Astartes —dijo Nisos con voz mortecina.

Rafen creyó al principio que el taurano lo había dicho para llamar su atención, pero luego se dio cuenta de que había descrito lo que estaba viendo: una hilera de torsos sin piernas que sólo podían pertenecer a marines espaciales. La sangre todavía goteaba lentamente de sus vientres abiertos y caía en una canaleta de recogida de fluidos que había debajo. En el que estaba más cerca de ellos se veían con claridad los intrincados tatuajes de guerra de un miembro del capítulo de los Corazones de Piedra, en los que cada línea de texto formaba parte de la hoja de combate del muerto.

Rafen abrió la boca para decir algo al respecto, pero en ese preciso instante vio algo que ahogó las palabras que estaba a punto de pronunciar. Se acercó a uno de los tanques burbujeantes.

El aire de la cámara era helado, pero fue lo que vio allí lo que hizo que sintiera que la sangre se le congelaba en las venas. Allí dentro, sumergido en el fluido congelante, yacía Fabius Bilis, desnudo y muerto. Lo que le quedaba de la garganta era poco más que un trozo de carne desgarrada.

—Lo maté… —susurró Rafen—. En el laboratorio…

Layko lo vio también.

—¿Cómo es posible? —se preguntó—. Vi con mis propios ojos cómo le reventabas la cabeza de un disparo, pero está ahí… ¡No! —El puño carmesí negó con la cabeza con incredulidad—. ¡Es un truco! ¡Fabius Bilis está muerto!

Unas risas profundas y malvadas resonaron por toda la cámara al mismo tiempo que una silueta sombría se separaba de las profundidades de la penumbra reinante.

—¿Lo estoy?

El traidor salió a la luz, y su abrigo de pellejos cosidos como retales crujió con cada uno de sus movimientos. También se oyó un chirrido acompañado de varios siseos, y el Cirujano que llevaba a la espalda desplegó sus múltiples brazos.

—Estáis equivocados.

Apenas había pronunciado el traidor aquellas palabras cuando se oyó una voz idéntica pero procedente del otro extremo de la cámara. Otro

Fabius, prácticamente igual a excepción del aparato arcano que no llevaba a la espalda, salió de detrás de una enorme columna.

—Muy equivocados —añadió la réplica con un evidente tono de diversión en la voz.

Nisos soltó una maldición en voz baja.

—¿Cuántos hay? —preguntó, sin tener muy claro hacia dónde debía apuntar el rifle láser.

Rafen sacudió la cabeza para liberarse del aturdimiento que le había provocado ver todo aquello y apretó con más fuerza la empuñadura de la pistola bólter. Todo tenía sentido, aunque de un modo horrible: la manipulación de material genético, la creación de réplicas y formas mutantes a las que había insuflado vida a partir de nada, todo eso era lo más simple y habitual en el renegado que se había atrevido a autoproclamarse «Primogenitor del Caos Absoluto». Era un demente que había osado clonar al architraidor Horus, que planeaba reconstruir el código genético del Dios Emperador de la Humanidad. Por simple comparación, crear unos duplicados de sí mismo, ya fuera a partir de su propia materia prima o mediante la alteración de otros seres vivos, era algo que estaba perfectamente al alcance de sus habilidades.

—Ya te he matado dos veces —le espetó Rafen—. Si no me queda más remedio, mataré a todos tus duplicados, uno por uno, hasta que no quede ninguno de vosotros.

Apretó el gatillo y el arma tronó. El objetivo se movió al mismo tiempo, y el disparo impactó contra uno de los tanques. Del contenedor perforado salió un chorro de líquido casi congelado. En las zonas de las paredes y del suelo donde cayó el chorro empezaron a formarse rimeros y placas de hielo.

—¡Ya sabes lo que hay que hacer! —Le gritó el primero de los duplicados al otro a través de la cámara—. Yo me encargaré de estos animales.

El otro Fabius soltó una breve risotada y se lanzó a la carrera hacia la esclusa de aire. Nisos le disparó, pero aquella réplica del renegado fue demasiado veloz y consiguió cerrar la compuerta a su espalda.

Rafen oyó un chirrido gutural y vio que los pistones del Cirujano se movían y chasqueaban. El artefacto inyectó el contenido oleoso del interior de varias cápsulas en la espina dorsal de Bilis y éste dejó escapar un siseo de placer. Después, con unos movimientos algo espasmódicos y parecidos a los de un pájaro, el aparato metálico se separó de la espalda del renegado y se alejó sobre unas delgadas patas arácnidas. Cruzó repiqueteando contra el suelo metálico la distancia que lo separaba del taurano.

—Ven y mátame otra vez si puedes, ángel sangriento —lo provocó Bilis, y con una floritura del brazo, el traidor sacó una larga vara negra de una funda que llevaba al cinto para blandirla como si fuera una espada.

Su enemigo se movió y procuró mantener los trozos de carne helada entre él y sus atacantes. Rafen abrió fuego mientras corría y arrinconó al traidor con cada disparo en un intento por llevarlo hasta un terreno más favorable para él o hacerle perder el equilibrio. El ángel sangriento vio con el rabillo del ojo cómo el puño carmesí avanzaba agazapado entre los tanques de fluido y disparó de nuevo en un intento por atraer la atención de Bilis.

Pero Layko estaba demasiado ansioso, demasiado impaciente, demasiado cegado por la ira. El otro astartes salió de su cobertura antes de tiempo y atacó con las dos armas de combate cuerpo a cuerpo. Lanzó un profundo tajo y acertó de lleno en el pesado abrigo del traidor. El pellejo correoso se rajó y Layko consiguió atravesar la armadura hasta llegar a la carne… pero fue un corte muy leve.

Bilis respondió sonriente al ataque con el arma en forma de vara y le rozó la sien a Layko con la punta centelleante. El puño carmesí reaccionó como si le hubieran arrojado un chorro de ácido y se apartó de un salto soltando de inmediato las espadas, que cayeron tintineando al suelo. Todos y cada uno de los nervios del cuerpo del marine espacial quedaron de inmediato envueltos en un dolor llameante. El más mínimo roce del llamado Báculo de Tormento de Bilis hacía que la herida más inofensiva se convirtiera en un torbellino de sufrimiento agónico.

Rafen se arriesgó a mirar un momento en dirección a Nisos, y vio que el taurano se estaba enfrentando en combate cuerpo a cuerpo con el artefacto

cirujano de Bilis, que traqueteaba hacia adelante y hacia atrás atacándolo con inyectores cubiertos de púas y pinzas de bordes afilados. Bilis se lanzó a la carga contra él, y el ángel sangriento apenas tuvo tiempo de esquivarlo. La punta de la vara le pasó muy cerca del brazo.

Rafen notó que la piel se le tensaba ante la proximidad del campo de dolor del arma.

El ángel sangriento disparó sin apuntar siquiera, ya que sabía que no podría acertarle, pero a sabiendas de que aquellos disparos mantendrían a raya a Bilis y le impedirían acercarse más. Aprovechó la oportunidad y le lanzó una patada que impactó de lleno en el pecho del traidor, pero el golpe se estrelló contra una placa de armadura oculta bajo el faldón del abrigo largo, y lo único que logró fue que su oponente dejara escapar un gruñido de sorpresa.

Fabius reaccionó con mayor rapidez de la que Rafen se esperaba e hizo girar la vara como si se tratara de un bastón de combate. La punta del arma trazó un arco descendente, pero el ángel sangriento reaccionó con demasiada lentitud en esta ocasión y fue incapaz de esquivar por completo el golpe. La vara lo golpeó de lleno en el antebrazo, y Rafen aulló sometido a un dolor terrible. La sensación fue semejante a la que se debería sentir al meter la mano en un depósito de metal fundido. Se le escapó el bólter rematado por cuchillas que le había quitado a Cheyne, pero percibió de un modo vago cómo caía y se deslizaba por el suelo hasta caer dentro de un contenedor de fluido helado. El dolor reverberó por todo su interior y le dejó completamente inutilizado el brazo izquierdo. La extremidad le quedó colgada del hombro, a lo largo del costado, igual que un trozo de carne muerta, totalmente entumecida e inservible.

—¡Vamos, vamos! —Le gritó Bilis—. ¡Quiero tener la oportunidad de matarte, lo mismo que la tuvieron los demás!

«¿Los demás?». Rafen volvió a preguntarse cuántos duplicados de aquella criatura estarían acechando entre las estrellas. ¿Sería aquél el mismo individuo al que se había enfrentado en Baal?

Intentó mover el brazo, pero no consiguió nada. Nisos estaba concentrado en su propio combate, y Layko todavía estaba esforzándose por

recuperar el control de su cuerpo. Sólo Rafen estaba en condiciones de matar a aquel traidor.

Bilis sostuvo en alto la vara y la blandió de un lado a otro en el aire.

—¿Preparado para probarlo de nuevo? —le preguntó al astartes mientras daba vueltas a su alrededor.

El ángel sangriento sonrió con un gesto tan helado como el aire de la cámara cuando tomó una decisión arriesgada.

—Sí —le contestó, y se lanzó de cabeza contra el renegado.

Su enemigo se vio cogido por sorpresa ante aquel ataque frontal. A pesar de ello, lo golpeó en el vientre con la punta de la vara, y Rafen sintió que su cuerpo se veía inundado por una tortura como jamás había experimentado. Había soportado muchas clases distintas de dolor, y cada uno de esos tipos tenía su propio tono y color, una textura particular e igualmente espantosa. El poder del arma de Bilis era brillante como una supernova cegadora y lo recorrió como un chorro de metal al rojo blanco.

Un impacto como aquél lo hubiera derribado en condiciones normales, si simplemente hubiera estado de pie, pero su carga frontal cambió esa situación. Su cuerpo se derrumbó sumido en un ataque de espasmos, pero la fuerza de su choque contra Bilis lanzó de espaldas al renegado, quien se tambaleó intentando recuperar el equilibrio… hasta que sus pesadas botas pisaron una placa de hielo que cubría el suelo de metal. Al quedarse sin agarre, el peso de Bilis se volvió en su contra y cayó de espaldas chillando de furia. Incapaz de evitar su caída, el traidor atravesó la fina capa de hielo que cubría uno de los tanques de fluido y se hundió en la mezcla de sustancias criogénicas que contenía.

Bilis manoteó en el lateral del contenedor y la vara rodó por el suelo. Sus extremidades se fueron ennegreciendo a medida que la congelación se apoderaba de ellas. El frío asesino lo envolvió por completo, y la escarcha le fue cubriendo el torso igual que un hongo se extendería por el tronco de un árbol. El traidor consiguió sacar un poco el cuerpo en mitad de un ataque de tos en un intento desesperado por salir del tanque.

Se encontró con la punta de la vara cuando Rafen, todavía tembloroso y con la nariz, los oídos y los ojos goteando sangre, la clavó en el pecho de

Bilis con toda la fuerza que consiguió reunir. El cuerpo torturado del traidor volvió a caer en el tanque de fluido, pero esta vez se hundió para siempre bajo la superficie.

La conciencia lo abandonó y la mente del ángel sangriento se oscureció durante unos largos momentos. Rafen sintió finalmente una mano en el hombro y parpadeó hasta recuperar los sentidos. Unos cuantos cristales de hielo se le despegaron de la cara y alzó los ojos desde el lugar donde había caído. Layko le ofreció una mano y él la aceptó. El cuerpo le dolía por dentro y por fuera, y sintió que lo embargaba un cansancio como jamás había conocido.

—Te perdí durante un rato, ángel sangriento —le dijo el puño carmesí, quien le entregó un rifle láser. Rafen frunció el entrecejo al reconocer el arma.

—¿El hermano Nisos?

Layko señaló con un gesto del mentón los restos humeantes del Cirujano. Bajo el artefacto, con los ojos abiertos de par en par pero sin ver nada, yacía el taurano, clavado al suelo metálico por una docena de los infernales brazos manipuladores del aparato.

—No entregó la vida con facilidad.

—Era un astartes. Nunca lo hacemos.

Rafen se dirigió con pasos rígidos hacia la compuerta estanca de la esclusa de aire.

El puño carmesí recogió sus armas y lo siguió.

J

—Por ahí —dijo Ceris señalando la penumbra de un pasillo excavado en la roca. Su voz sonó lejana y hueca en el canal de comunicación.

Noxx lo miró. En el interior desolado de las murallas de la fortaleza prisión, cada pasillo se parecía enormemente al anterior. Los destellos carmesíes de las luces de alerta fijadas a las paredes mediantes remaches hacían que todo tuviera un aspecto infernal, de otro mundo, donde las sirenas agudas que resonaban por los túneles eran los gritos de los espectros aullantes que anunciaban la muerte. Cada pocos metros se encontraban escotillas de acero sucio y con atriles de control que sobresalían de las paredes cuyo cometido era imposible de determinar. Se habían topado con algunos de los nuevos hombres de Bilis aquí y allá, y entre todos habían conseguido acabar con ellos, pero Noxx seguía sintiendo que se le erizaba el vello ante la ominosa certeza de que había algo en las inmediaciones que representaba una amenaza, y le inquietaba no poder enfrentarse a ella cara a cara.

—Rafen sigue vivo, ¿no?

El psíquico asintió antes de mirar hacia atrás, a Turcio y a Ajir, quienes cubrían los flancos del heterogéneo grupo de presos fugados.

—Sí. Ahora que ha desaparecido la distorsión psíquica lo capto con mayor claridad. Está furioso.

—¿No lo estamos todos? —Le replicó Noxx—. ¿A qué distancia se encuentra?

—Está en la torre.

—¿Y Bilis?

Ceris se quedó callado un momento, y Noxx notó la profunda preocupación que albergaban sus palabras.

—Es difícil decirlo. Siento muerte, pero a pesar de eso… —La voz del psíquico se fue apagando.

—Sargento. —Era Eigen, que se encontraba en la retaguardia y lo llamaba por el canal general—. ¿Oye eso?

Noxx alzó una mano e hizo la señal en lenguaje de batalla para indicar que se detenían. De inmediato, todos los astartes se quedaron inmóviles y en silencio. El desgarrador de carne ajustó el volumen de los sensores auditivos del casco y el ruido que Figen había detectado se convirtió en un silbido rugiente en sus oídos. El sencillo espíritu máquina de la armadura

tardó pocos segundos en determinar el punto de origen del sonido: a la espalda del grupo, y se acercaba con rapidez.

—Parece agua —comentó Tarikus—. ¿Es posible que el mar esté inundando los niveles inferiores?

Noxx se sacó una granada cegadora de fotones del cinto y la lanzó por el pasillo en la dirección por la que habían venido. La había programado para estallar cuando impactara, y al chocar contra el suelo explotó creando una oleada de luz blanca brillante que lo iluminó todo como si fuera la luz del día.

El suelo era un manto ondulante de siluetas serpentinas de ojos oscuros rematadas por unas fauces enormes que se deslizaban sobre las piedras en dirección a los marines. Varias grietas del techo permitían que fueran cayendo más de aquellas criaturas, y la cámara se iba llenando de ellas a cada segundo que pasaba.

—¡Enjambres devoradores! —gritó Sove al mismo tiempo que abría fuego con el bólter.

—¡Retroceded! —Ordenó Noxx a gritos—. ¡Si nos detenemos para enfrentarnos a ellos, nos rodearán y nos engullirán!

Los astartes obedecieron, pero uno de los prisioneros, un joven explorador ultramarine, tropezó y cayó al suelo. La masa que avanzaba se le echó encima y comenzó a alimentarse de inmediato. Noxx disparó y se puso en movimiento, y los demás imitaron su ejemplo.

—¡No podremos dejar atrás a estos alienígenas! ¡Cubridme! —gritó Kilan, y el guardia del cuervo se abalanzó hacia uno de los atriles de control.

—¡Haced lo que ha dicho! —ordenó Noxx, y los demás guerreros crearon una cortina de fuego con los disparos de los bólters y de los rifles láser mientras el guardia del cuervo operaba los controles.

Kilan tiró de una serie de palancas y Noxx notó que algo se movía a lo largo de las paredes. Eran boquillas metálicas que surgieron a la altura de los tobillos emergiendo de unas carcasas ocultas. Le llegó un olor familiar a través de la rejilla de respiración del casco: promethium.

El guardia del cuervo activó el mecanismo y se produjo un estampido sibilante de aire desplazado cuando se alzó un muro de llamas que llegó hasta el techo del túnel. Atrapadas al otro lado, las anguilas devoradoras emitieron unos chillidos agudos, y centenares de ellas murieron abrasadas.

Kilan tosió y escupió mientras retrocedía hacia el grupo.

—Chorros incendiarios —les explicó a los demás—. Los ensamblados los utilizan para despejar los túneles… y para quemar a los muertos.

—Ese fuego no durará mucho tiempo —dijo Tarikus a su vez—. Los depósitos que alimentan esas bocachas quedaron dañados durante la huida.

Ceris señaló de nuevo hacia un pasillo que se bifurcaba a partir del principal.

—Por ahí —repitió.

J

—¿Dónde está? —le preguntó Layko mientras registraba con la mirada las esquinas del laboratorio.

Rafen avanzó con cautela con el rifle láser por delante. Le parecía pequeño y delicado en las manos comparado con las armas bólter a las que estaba acostumbrado. Dudaba mucho que fuera capaz de matar a Fabius con aquello.

«Matar a Fabius». El ángel sangriento pensó en el juramento que había hecho en los aposentos privados del señor del capítulo, en la promesa a sus hermanos de batalla y al espíritu de su primarca. Se preguntó cuántas muertes harían falta para cumplirla. Cuántos marines espaciales buenos y fieles asesinados y diseccionados como si fueran animales, cuántos proyectiles disparados y cuántos litros de sangre derramada. ¿Cuánto costaría acabar con todo aquello?

—No está aquí —dijo Rafen respondiendo por fin a la pregunta del puño carmesí. Paseó la mirada por la estancia y descubrió una escotilla abierta. Del otro lado llegaba una débil luz amarilla en lo que parecía ser una invitación—. Allí.

—¿Es otra cámara de los horrores? —le preguntó Layko torciendo el gesto.

—Más bien una sala de trofeos —le explicó Rafen—. Los de Bilis. —Frunció el entrecejo y miró fijamente al puño carmesí—. Sé que lo quieres ver muerto tanto como yo, pero te pido que te contengas, hermano. Debemos atacar juntos, al unísono.

El rostro de Layko se enrojeció durante un momento, y pareció a estar a punto de hacer un comentario despectivo sobre la petición del ángel sangriento, pero un instante después, entrecerró los ojos y asintió.

—Sí, hermano. Lo haremos juntos.

—No te va a gustar lo que verás ahí dentro —le advirtió Rafen mientras se dirigía hacia la compuerta abierta.

Layko lo siguió y se detuvo con un sobresalto en el umbral. Rafen lo miró a la cara y vio una serie de emociones intensas sucederse las unas a las otras: rabia, tristeza, resignación, horror. El ángel sangriento se imaginó que en su propio rostro habrían aparecido esos mismos sentimientos cuando Cheyne y los nuevos hombres lo obligaron a entrar en aquel lugar.

Los dos avanzaron con cautela entre las hileras de trofeos, preparados para el siguiente ataque. A pesar de ello, Rafen descubrió que le costaba mantener la concentración. En el otro extremo de la sala relucía suavemente el contenedor lleno de líquido que albergaba las glándulas progenoides que Bilis le había mostrado con tanto descaro. No se atrevió a tener la esperanza de que el vial cristalino que el traidor había robado en Baal todavía siguiera ahí. Sintió el deseo de dejar de lado toda precaución y correr hacia allí para recuperar la sangre sagrada. Tuvo que realizar un tremendo esfuerzo de autocontrol para no ceder a aquel impulso. Era evidente que Bilis les estaba trazando la ruta que debían seguir, y en algún punto de ella los esperaba una trampa, que probablemente se activaría a la menor ocasión.

—No lo veo —susurró Layko.

Su voz rompió el silencio. El puño carmesí avanzaba en paralelo al ángel sangriento entre las estanterías donde se encontraban las servoarmaduras robadas que se mantenían en pie como testigos mudos de la deshonra que suponía la existencia de aquel lugar.

—No puede huir —añadió Layko al mismo tiempo que señalaba al techo con un gesto del mentón—. Estamos en el nivel superior de la torre y no hay otra ruta de salida.

Rafen asintió y habló en voz alta.

—Mi hermano ha dicho la verdad, traidor. Ya no tienes adónde huir. Tu mascota alienígena está muerta. No puedes acceder a la disformidad. Tu fortaleza está a punto de ser tomada. Si todavía recuerdas lo que significaba ser un astartes, da la cara. Enfréntate a tu destino sin cobardía.

Ya estaba cerca del tanque. Tan sólo tenía que dar unos cuantos pasos más y podría meter la mano y recuperar el vial del líquido burbujeante. Rafen abrió y cerró el puño y miró a su alrededor intentando ver en todas las direcciones al mismo tiempo. Ya casi había llegado. Layko se había detenido.

—Ángel sangriento, ¿ves esto? —El puño carmesí se había agachado para examinar algo—. Esto no es un objeto astartes. Los glifos que tiene en la superficie… Ya los he visto antes.

Lo que estaba estudiando era un bote de metal negro cuya superficie estaba cubierta con runas del Caos. La neblina esmeralda que contenía era visible a través de unas rejillas que había a los lados.

Rafen asintió, pero siguió concentrado en el vial. Alargó la mano.

—Cúbreme, Layko. Debo recuperar esto.

Los dos oyeron el chasquido. El sonido les era familiar a ambos, el roce de la ceramita y el plastiacero al girar sobre los rodamientos de una articulación, del funcionamiento de los músculos artificiales de miómero situados bajo la piel de la servoarmadura de un marine espacial.

Con una furia salvaje y repentina, una de las armaduras que parecía descansar en una de las estanterías de trofeos de Bilis se puso en movimiento, y los penetrantes ojos rojos del casco se activaron. Un puño de combate cargado de energía crepitante derribó a Layko, y Rafen oyó el

chasquido seco de los huesos al partirse. Sin detenerse ni un instante, la armadura se separó de los soportes y cruzó corriendo el suelo de metal derribando otros contenedores en aquella carrera precipitada. Rafen se volvió para apartarse del tanque lleno de fluido y alzó el rifle láser que empuñaba en una mano.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que la figura que se dirigía hacia él llevaba puesta una armadura con el color rojo de su propio capítulo. Estaba marcada por señales de impactos, dañada por los combates y en un estado de mantenimiento deplorable, pero seguía siendo la armadura sagrada de un ángel sangriento. La duda que lo asaltó hizo que el dedo del gatillo se quedara inmovilizado mientras su mente funcionaba a toda velocidad.

—¿Hermano?

La risa áspera que surgió resonante de la rejilla de comunicación del casco respondió a aquella pregunta en un instante.

—No exactamente —dijo Bilis.

La furia que sintió Rafen desbordó todos los límites al ver que el traidor añadía aquel insulto a todas las demás ofensas que ya había cometido contra su capítulo.

—¡No tienes ningún derecho! —le gritó.

El ángel sangriento vio el nombre del verdadero propietario grabado con hoja de oro en la placa pectoral mientras la armadura se dirigía hacia él derribándolo todo a su paso. El hermano Kear.

—Estoy de acuerdo en que es un equipo muy pobre para mí —le replicó Bilis—. Sin embargo, no necesito llevarlo puesto durante mucho tiempo. Me quitaré esta piel sin importancia como ya he hecho con tantas otras.

El traidor blandió en alto el puño de combate y Rafen se agachó para esquivarlo. El impacto destrozó otra vitrina y la dejó hecha pedazos.

El ángel sangriento se dio cuenta de algo a pesar de la rabia que lo embargaba. El ataque de Bilis se había ralentizado durante un momento, y comprendió de inmediato a qué se debía. La servoarmadura de un astartes no era una simple cubierta protectora que cualquiera se podía poner como si fuera una túnica o unos ropajes. Hacía falta mucha preparación para que la

interconexión entre la máquina orgánica que era un astartes y su equipo de combate funcionara de un modo adecuado. Hacía falta tiempo y diversos rituales. Si un traidor como Bilis intentaba algo semejante… Rafen se imaginó que el espíritu máquina de la armadura de Kear se estaba esforzando por contrarrestar todas las órdenes del renegado.

La egolatría de su enemigo, su necesidad arrogante de un acto teatral como aquél… era algo que podía utilizar contra su oponente. Rafen disponía de una ventaja, por mínima que fuera, y la aprovecharía.

Al momento siguiente, los pesados dedos del puño de combate le dieron de refilón y se estrelló contra una columna, donde se quedó un poco aturdido. Soltó un grueso chorro de saliva y tosió.

—No… puedes mancillar nuestro equipo y quedar impune. ¡Cada crimen que cometes se añade a la lista! ¡Cada ofensa te garantiza una vida más en el infierno reservado a los traidores!

—Di lo que quieras —le contestó Bilis con voz lánguida mientras recogía una espada que se había caído al suelo en mitad de toda aquella destrucción. La examinó y luego la blandió en un tajo amplio en el aire—. ¿Vas a seguir recitando todo ese dogma cansino mientras te ahogas en tu propia sangre?

—¡Mi muerte no impedirá que mi capítulo se cobre su venganza! —Le replicó el ángel sangriento mientras le disparaba con el rifle láser—. ¡Esta vez no podrás escapar! ¡Los alienígenas te despedazarán o nuestras naves te borraran de la faz de este planeta! ¡Tienes la muerte a las puertas, traidor!

—¿Tus naves? —le preguntó Bilis, y se echó a reír. Oír cómo aquella voz odiosa surgía del casco de un ángel sangriento hizo que a Rafen se le revolviera el estómago—. ¿Cómo crees que voy a marcharme de este sitio?

El traidor se le acercó con rapidez y le lanzó una estocada. Rafen la detuvo de forma instintiva con el rifle láser, y la espada partió el arma en dos trozos que se separaron con una lluvia de chispas.

—¿Qué otra razón iba a tener para esta mascarada repugnante? —Le preguntó Bilis señalando con un gesto la armadura—. Mira esto. Creo que sabes qué es.

El renegado se llevó una mano al cinto y sacó un aparato. Era una especie de bastón grueso cubierto de runas de escritura gótica. En uno de los extremos tenía engastado un cristal que titilaba con luces rojas y azules que formaban una complicada secuencia.

Era un convocador, un transpondedor imperial de teleportación. Quizá lo había llevado Kear en la armadura, o quizá Bilis se lo había comprado a Zellik por un precio desconocido. No importaba. Aquel artefacto arcanotecnológico poco frecuente tenía codificadas señales de mando, y si se empleaba del modo correcto, esas señales podían atravesar el vacío y activar la sala de teleportación de cualquier nave para que localizara de forma automática a su portador.

—¿Has dudado, verdad? —Le dijo Bilis al mismo tiempo que lo hacía retroceder con la punta de la espada—. A tus hermanos les pasará lo mismo cuando aparezca entre ellos, allí arriba, en tu valiosa nave estelar. Será el tiempo suficiente para que pueda utilizar eso. —Señaló el cilindro que Layko había descubierto—. ¿Has visto alguna vez el efecto de un virus devorador de vida en la carne humana, ángel sangriento? Es una muerte muy sórdida y desagradable. He preparado una cepa muy especial, específica para tus hermanos, que mucho me temo, no comparten mi inmunidad respecto a ese virus.

—¡No lo permitiré! —rugió el ángel sangriento, dispuesto a atacarlo con las manos desnudas.

—No tienes capacidad de decisión en este asunto —le replicó Bilis, y le clavó la espada.

Rafen aulló e intentó agarrar la hoja mientras le atravesaba el hombro. El renegado lo obligó a retroceder hasta que la punta de la hoja le salió por la espalda y se enterró en la pared que tenía detrás. Bilis lo dejó allí clavado, tosiendo y azotado por el dolor.

—Maldito seas… —rugió el astartes.

El traidor hizo caso omiso a Rafen y atravesó de un puñetazo la cubierta del tanque de fluidos para sacar el vial de sangre sagrada. No prestó ninguna atención a las valiosas glándulas progenoides que se desparramaron por el suelo. Luego, siguió sin hacer caso del ángel

sangriento y tiró de una palanca de control. Se abrió una compuerta oculta en el techo de la sala, y parte del mismo descendió para formar una rampa; Bilis miró por última vez a Rafen y le dirigió un saludo burlón.

—Recuerda lo que ya te he dicho en otras ocasiones, astartes: has fracasado. Si me hubieras hecho caso, tan sólo tendrías que haber vivido con esa vergüenza, pero ahora te convertirás en comida de tiránidos.

El traidor se dio media vuelta y subió por la rampa hacia el cielo nublado y la promesa de huida que lo esperaba más arriba.

Rafen agarró la hoja afilada del arma con las manos cubiertas de sangre e intentó sin lograrlo arrancarla de la herida. Jadeó con fuerza. El desgaste que su fisiología de astartes había sufrido a lo largo de los últimos días era el equivalente al de las heridas de toda una campaña, pero a pesar de aquello no podía cejar, no podía descansar hasta que cumpliera la misión. Era eso, o esperar a que la muerte llegara.

Y el ángel sangriento sentía muy cerca la presencia de la muerte. Bilis lo había derrotado una y otra vez, y Rafen había sentido en cada uno de aquellos enfrentamientos cómo perdía una pequeña parte de su alma. La derrota era un veneno sin rival, insidioso y corrosivo, que debilitaba la moral de los buenos guerreros y convertía en polvo sus voluntades. Rafen sintió en aquellos momentos esa oscuridad en su interior que debilitaba su fuerza de voluntad.

«No, no voy a morir aquí. No de esta manera».

—No voy a morir aquí… —susurró mientras los dedos resbalaban a lo largo de la hoja de la espada en su intento de sacarla—. No voy a morir aquí…

—Hablar es fácil, ángel sangriento —le dijo una voz pastosa—. Demuéstralo.

Rafen sintió que la espada se movía y parpadeó. Layko se acercó un poca más, y el ángel sangriento vio que tenía el lado derecho de la cara y del torso completamente laxos, y que de las fosas nasales le salían chorros de sangre. El puño carmesí tiró de nuevo con su mano sana de la espada y la sacó por fin, liberando así a su camarada.

El ángel sangriento contuvo un grito y se tambaleó hacia adelante manteniendo el equilibrio a duras penas.

—Layko —dijo tras un ataque de tos—. Vi el golpe… No creí que pudieras levantarte después de eso.

—Kantor maldeciría mi nombre si dejara que una caricia como ésa me dejara tumbado en el suelo —logró decir el otro guerrero.

Las palabras de Layko estaban cargadas de dolor. Rafen se fijó en la mirada turbia del ojo derecho del puño carmesí. El golpe de Bilis le había roto algo vital en el cerebro, y Layko lo sabía con toda certeza. Puso en manos de Rafen la espada.

—Toma. Acábalo. Por Nisos. Vetcha. Los demás.

El ángel sangriento sopesó el arma en la mano. No se había sentido tan débil desde que era un joven a la sombra del monte Seraph durante las pruebas de iniciación, tan falto de energía y de fuerza. Se dio cuenta de que sería muy fácil caer allí, en ese instante. Sería fácil dejar que las heridas que había sufrido lo derrotaran, desplomarse en el suelo y dejar que el destino eligiera el modo en que le llegaba la muerte. Sería lo adecuado para alguien que… que…

«Que había fracasado». Las palabras se repitieron burlonas en su mente. Si no hacía nada más, ése sería su epitafio. No lo podía permitir.

—Sígueme —le dijo a Layko, y subió por la rampa hacia el tejado.

J

—¡Cerradla! —gritó Turcio mientras cruzaba de un salto el umbral de la compuerta estanca circular.

Una manada de híbridos de líctor y tiburón subía en masa por el túnel que acababan de dejar atrás. Sus ojos oscuros sin expresión brillaban

voraces. Kayne y Kilan apoyaron un hombro contra la compuerta con forma de engranaje y empujaron para cerrarla. Cuando faltaba tan sólo un palmo para quedar cerrada, unas garras se colaron por el hueco y arañaron arriba y abajo el acero negro.

Ajir disparó una ráfaga de tres proyectiles y las amputó, lo que dio tiempo a sus camaradas a terminar de empujarla. La compuerta se cerró, y de inmediato comenzó a resonar por toda su superficie el eco de unos golpes tremendos que la abollaron una y otra vez.

Todos los astartes allí reunidos, tanto atacantes como presos fugados, se detuvieron un momento para recuperar el aliento. Los tiránidos se habían apoderado de todos los niveles inferiores de la fortaleza, y al igual que haría una veloz inundación, habían invadido todos los rincones del complejo de la prisión.

Noxx recargó el bólter y, sin alzar la mirada, hizo la pregunta que todos tenían en la cabeza.

—¿Será aquí donde libremos nuestro último combate?

Fue Ceris quien contestó, aunque parecía absorto en otras cosas.

—La compuerta los contendrá de momento.

—Eso dijimos de la muralla de fuego —apuntó Puluo con un murmullo de irritación.

—Nos encontramos en el santuario privado de Fabius Bilis —les explicó Tarikus—. Es su rincón favorito, su laboratorio, su casa de los horrores.

Gast ya estaba caminando con prudencia a lo largo de la pasarela metálica. Atisbó a través de las mirillas transparentes blindadas la serie de cámaras que se conectaban con aquel lugar.

—Veo módulos criogénicos, y lo que parecen ser plataformas de trabajo y salas de cirugía… o lo que ese traidor consideraría su equivalente.

—Tenemos que encontrar a Rafen y a los demás —declaró Kayne—. Quizá si los encontramos podremos…

—¿Podremos qué, muchacho? —Lo interrumpió Ajir, y luego dejó escapar un suspiro—. Hemos intercambiado un callejón sin salida por otro. Los tiránidos están por todas partes, y aun en el caso de que pudiéramos

resistir un asedio con ellos campando a sus anchas por este maldito lugar, las órdenes que dejó Rafen en las naves serán efectivas dentro de pocas horas. El Gabriel y el Tycho convertirán este planeta en una roca cubierta de cenizas. Los cruceros ya deben de estar moviéndose para colocarse en posición de ataque. No tardarán en enfrentarse a los cráneos artillados, y el asunto se acabará de un modo o de otro.

Kilan señaló a Tarikus.

—Creí que eran los de su capítulo los que sólo hablaban de muerte y de finales funestos. Mi creencia en el carácter alegre de los Ángeles Sangrientos ha quedado desvanecida por completo.

—Búrlate todo lo que quieras, guardia del cuervo, pero los descendientes de Sanguinius somos pragmáticos —le replicó Ajir.

Kilan aceptó el desafío implícito en las palabras del ángel sangriento.

—Más bien derrotistas.

—¿Y tú te atreves a hablarme de derrota? —Ajir se le acercó—. No fui yo quien permitió que lo capturaran y lo encerraran como un simple animal de granja…

—No te atrevas a…

—¡Silencio los dos! —Los cortó Noxx—. Os olvidáis de algo muy importante. Los dos habláis y actuáis como si tuvieseis alguna elección. —Miró a su alrededor, a los hermanos de batalla que lo rodeaban—. Decidme, ¿quién de vosotros se esfuerza por luchar con la idea equivocada de que veremos otro amanecer? ¿Hay alguno que lo haga? —Le respondió el silencio más absoluto—. Vosotros, los que escapasteis de la prisión, sois libres, pero no lo sois. Nosotros, los que vinimos a este planeta en busca de un traidor, somos libres, pero no lo somos. Todos los presentes compartimos un mismo objetivo en este momento: la venganza, y será con esa esperanza con la que muramos bien. —Noxx volvió a centrar la mirada en Kilan y en Ajir—. Si alguno espera seguir con vida se equivoca, y mucho. No hay modo alguno de salir de aquí. No hay escapatoria alguna que no sea la muerte y la Paz del Emperador.

J

Fabius se acercó al borde del parapeto inclinado y bajó la mirada hacia el mar enloquecido que batía a los pies de la fortaleza. Los sentidos automáticos del casco del ángel sangriento le habían dado problemas al principio, le habían sido difíciles de controlar, pero por fin estaban haciendo lo que él les ordenaba. Bilis dejó que una sonrisa asomara a su rostro. Le resultaba curioso lo fácil que le había sido en cuanto recordó las viejas series mnemónicas de órdenes que hacían funcionar los subsistemas del equipo. Se trataba de una habilidad que había mantenido en estado durmiente durante diez mil años y que ahora había recuperado y empleado como si las hubiera aprendido el día anterior. Al renegado lo invadió una extraña sensación de desconexión cuando intentó encuadrar los acontecimientos de su pasado más lejano en la mente. Los recuerdos no acudieron con facilidad. Dejó a un lado con irritación aquel momento de ensimismamiento y se concentró de nuevo en el presente.

Muy por debajo de donde él se encontraba, en el pozo central de su prisión y en los alrededores del borde del cráter, una masa ingente de vida tiránida bullía entregada a una orgía de destrucción. Lo que quedara de sus sujetos de pruebas, de sus modificados y de sus nuevos hombres se encontraba en algún lugar de los alrededores, y si no habían sido destrozados y devorados ya, estarían a punto de serlo. Los alienígenas aullaban, chillaban y rugían poseídos por una furia enloquecida. Sus estudios sobre las especies tiránidas le habían mostrado que todas reaccionaban a una invasión de su territorio a un nivel instintivo y con un grado de violencia rayano en lo psicótico. Cualquier perturbación de su complejo sistema sensorial de feromonas como, por ejemplo, la corrupción del olor a muerte que había utilizado para sus propios fines, los trastornaba hasta el punto de la locura. Allí abajo, la miríada de formas distintas que habían evolucionado en los océanos de Dynikas V habían salido a la superficie para matar a todo aquello que encontraran y destruir a cualquiera que no emitiera el hedor de los tiránidos.

La muerte del zoántropo había provocado el colapso del velo que durante tanto tiempo se había esforzado por crear y había sido la sentencia de muerte para su fortaleza secreta. A Bilis lo enfurecía tener que abandonar el lugar en una etapa tan crucial de su investigación. Su agenda se vería seriamente afectada, el proyecto sufriría un retroceso de años y tardaría bastante tiempo en poner en marcha las nuevas instalaciones, incluso si utilizaba una de la otra docena de bases que tenía ocultas por toda la galaxia.

Sin embargo, sabía desde hacía tiempo que el camino que llevaba a la conquista debía ser lento y seguro. A diferencia de otros vástagos del Caos Absoluto, Fabius Bilis era consciente de que la paciencia era una arma tan mortífera como la brutalidad o la astucia. Comprendía muy bien la necesidad de la prudencia y de llevar a cabo los preparativos adecuados. ¿Por qué si no iba a extender sus planes con tanta amplitud? ¿Por qué si no iba a crear un ejército de sus propias réplicas, en el que cada una de ellas creía ser el verdadero Primogenitor? Simplemente por prudencia, para asegurarse de que si caía una fortaleza, como había ocurrido en esta ocasión, ningún acto singular de los lacayos del dios cadáver hiera capaz de destruir toda su gran estrategia.

Acabaría venciendo. Tan sólo era una cuestión de tiempo. Bilis bajó la mirada al convocador que llevaba colgado del cinto. El código de luces había cambiado. El aparato ya estaba enviando la señal a una nave que se acercaba, y los pulsos de energía se hicieron más intensos a medida que se reducía la distancia que lo separaba de la nave astartes. Bilis sonrió de nuevo y repiqueteó los dedos contra el cilindro que contenía el gas nervioso y que llevaba acoplado mediante un enganche magnético a la placa del muslo de la armadura. Disfrutaría del momento cuando llegara a bordo de la nave de los Ángeles Sangrientos, de ese momento en el que el gas se apoderaría de toda la tripulación y convertiría en líquido sus pulmones. Cualquiera que tuviera la suerte de sobrevivir a aquello moriría a sus propias manos. «Oh, sí, hoy habrá muchas muertes».

Fue entonces cuando le llegó el sonido de unos pasos pesados que subían por la rampa.

Rafen y Layko salieron a las almenas de la parte superior de la torre y los iluminó el brillo apagado de la luz del día que atravesaba la capa de nubes. El ángel sangriento inspiró profundamente y alzó la espada ornamentada que Bilis había utilizado para atravesarle el cuerpo.

—Ya te lo dije —gruñó Rafen—. No pienso permitir que escapes.

Bilis se dio la vuelta. Los hombros se le estremecieron bajo la armadura debido a las tremendas risotadas que soltó.

—Por el Ojo que sois unos cabrones tenaces. Sin embargo, por lo que se ve, carecéis del intelecto necesario para saber cuándo habéis sido derrotados. —El traidor les hizo una reverencia burlona—. Muy bien, adelante. Cuando queráis. Si tan decididos estáis a morir por mi mano, estaré encantado de complaceros.

Layko sólo blandía uno de los cuchillos de combate, ya que le resultaba imposible empuñar el otro. El puño carmesí miró al ángel sangriento.

—Hermano, lamento no poder cumplir lo que me pediste. Ya no soy capaz de contenerme más —le dijo, y luego lo saludó con el cuchillo, que casi era una espada corta.

—Layko, espera… —empezó a decir Rafen, pero sus palabras cayeron en oídos sordos.

El guerrero herido empezó a correr tambaleándose en algo más parecido a un colapso precipitado que a un ataque controlado. Sin embargo, al puño carmesí lo impulsaba una oleada de furia tan intensa que le impedía pensar en nada más. Era una necesidad que lo hizo salir disparado hacia adelante como un misil hacia su objetivo.

Aulló el nombre de su primarca y consiguió golpear la armadura robada de Bilis provocando una lluvia de chispas. Layko se convirtió en un torbellino. Giró, blandió y tajó logrando impactar una y otra vez en el abdomen y en el pecho de su oponente.

Bilis aguantó todos aquellos ataques hasta que finalmente lo golpeó de nuevo con el puño de combate envuelto por el aura de energía. El cuerpo de Layko se dobló completamente sobre sí mismo como si fuera alguna clase de truco de magia, y la sangre le salió a chorros por la boca y la nariz. Su asesino lo levantó por los aires para lanzarlo por encima del borde de la

torre. El puño carmesí bajó dando vueltas sobre sí mismo hasta que se estrelló contra la masa rugiente de tiránidos, donde desapareció de inmediato.

Rafen atacó como un rayo rugiendo con toda la fuerza de los pulmones. Layko sabía que iba a morir de todas maneras, ya que las heridas que había sufrido eran demasiado graves como para que lograra sobrevivir. Con su ataque precipitado y carente de toda defensa le había proporcionado al ángel sangriento unos valiosos segundos para seguirlo y atacar a su vez.

La espada cantó en su mano, y Rafen clavó el arma una y otra vez en las junturas de una armadura que conocía tan bien como la suya propia. Dirigió cada corte y cada estocada hacia los nudos vitales de músculos artificiales o a los conductos de alimentación que salían de la mochila de energía que llevaba incorporada la armadura a la espalda. Bilis detuvo los ataques con el enorme puño de combate, y la hoja de la espada resbaló sobre la superficie de aquel guantelete gigantesco y abrió tajos en la ceramita además de arrancar fragmentos sobrecalentados de plastiacero. El ángel sangriento se agachó para esquivar un golpe de barrido horizontal del puño y se acercó todo lo que pudo a su oponente. En ese punto, enfrentado cara a cara con su enemigo, se sintió diminuto durante un breve instante, como si no fuera más que un humano normal que se hubiera atrevido a desafiar a uno de los ángeles de la muerte del Emperador.

—Decididamente fútil —gruñó Fabius, y con un rápido movimiento agarró la hoja de la espada con el puño de combate.

El traidor hizo un movimiento brusco con el brazo y partió la hoja por la mitad. La violencia del movimiento derribó a Rafen, que cayó de espaldas y rodó por el tejado hasta chocar con un fuerte golpe.

Bilis se rió de nuevo y arrojó a un lado los fragmentos de la espada rota.

—¿Te atreverás a ponerte en pie de nuevo, ángel sangriento? Vamos, te desafío. ¡Enfréntate a mí una vez más, si puedes!

Rafen se dio la vuelta y escupió un chorro de sangre. Sintió los bordes rotos de varias costillas rozarse entre sí dentro del pecho. La herida apenas cicatrizada que tenía en el pecho se había abierto y había comenzado a

sangrar de nuevo. Cada vez que inspiraba tenía la sensación de que le habían llenado la garganta de piedras.

—¿No tienes nada que decirme? —se burló el traidor—. ¿Ya no hay más gritos de batalla ni letanías de odio? Qué triste. Me aseguraré de contarles a tus hermanos de batalla cómo moriste antes de arrebatarles la vida a todos. —Bilis se llevó una mano al cinto y la cerró en vacío—. El convocador…

El traidor se envaró por la sorpresa.

Rafen se sacó el artefacto de la manga de la túnica. Todavía lo agarraba con la misma mano que había utilizado para arrebatárselo al traidor durante el ataque.

—¿Buscas esto? —le preguntó mientras se ponía en pie con un tremendo esfuerzo.

La respuesta que le dio Fabius Bilis estaba tan cargada de odio y de venenosa hostilidad que Rafen se preguntó durante un momento si se trataría de alguna clase de triquiñuela demoníaca.

—¡Dámelo ahora mismo, cachorro! —le exigió.

El convocador vibró en la mano de Rafen y emitió un leve campanilleo. El ángel sangriento lo suspendió friera del círculo que formaba la torre cuando Bilis dio un paso hacia él.

—Lo soltaré.

—¿Quieres morir conmigo? —le espetó el traidor—. ¿Es eso lo que quieres?

—No. Es otra cosa la que quiero. —Rafen señaló con un gesto del mentón una bolsita que Bilis llevaba al cinto—. Tú ya sabes qué es.

Notó la diversión en la voz de su enemigo.

—¿Te refieres a esto? ¿A tu valiosa reliquia? —Bilis sacó el vial de la bolsita—. ¿Quieres hacer un intercambio?

—Así es —logró contestar Rafen con esfuerzo—. Luego podrás marcharte y hacer lo que quieras. Morirás, ya sea hoy o mañana, pero la sangre de Sanguinius es eterna. ¡No puedes poseerla!

El traidor asintió.

—Muy bien. El vial por el convocador. ¡Toma!

Sin previo aviso, Bilis lanzó el tubo por el aire.

Rafen salió disparado de un salto y dejó caer el convocador sin prestarle más atención. Se lanzó de cabeza con los brazos extendidos hacia el vial mientras el tubo trazaba un arco por el aire.

«¡Emperador, guía mi mano!».

El ángel sangriento alargó la mano un poco más y consiguió atrapar el tubo de cristal antes de que cayera a plomo hacia la locura que se agitaba en la base de la torre.

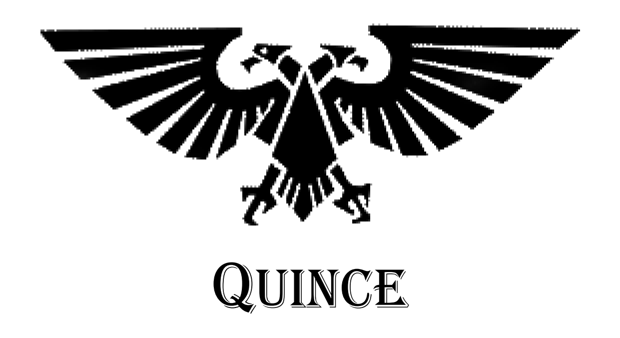
La risa cruel de Fabius resonó con más fuerza a cada instante mientras el traidor se inclinaba para recoger el convocador del suelo.

—Patético. Mírate bien, dispuesto a entregar la vida por unas pocas gotas de líquido. Para ti vale eso y mucho más, ¿verdad? Y sin embargo no eres capaz de comprender todo su tremendo potencial. —Comenzó a alejarse—. ¡Llévatelo! Llévatelo y quédate rezando todo lo que te resta de vida, ¡pero quiero que sepas que tu amado Sanguinius no te salvará, y tampoco lo hará ese Emperador tuyo ausente y mudo! —Bilis lo miró fijamente—. Guardaba esa reliquia sólo como semilla de las criaturas que comenzaré a crear en cuanto salga de aquí, pero lo cierto es que ya no tiene valor para mí. Todos los datos que se podían sacar de esa sangre ya están aquí —dijo dándose unos golpecitos con el dedo en la sien—. Ya no la necesito. No sirve para nada.

La sonrisa cruel del rostro del renegado se desvaneció cuando vio la mirada de los ojos de Rafen, con una expresión que prometía odio y furia.

—Estás muy equivocado, traidor —le contestó al mismo tiempo que se ponía en pie—. Déjame enseñarte por qué.

Rafen retorció el vial en su punto medio, y del extremo decorado del tubo surgió una aguja corta y gruesa. El ángel sangriento no apartó la mirada de los ojos de su enemigo mientras se clavaba el vial en el pecho y se inyectaba su contenido en el corazón.



Quince

Una vez, en el campo de batalla de Sabien, cuando se había unido al gran Mephiston en el combate final de la insurrección de Arkio, a Rafen se le había concedido la bendición de una dosis de exsanguinador. Aquellos objetos eran unos inyectores que contenían la sangre de los sacerdotes sanguinarios superiores de los Ángeles Sangrientos. Ese fluido era un poderoso estimulante que proporcionaba grandes fuerzas, y se decía que aquellos que se lo inyectaban recibían una diminuta parte del poder de su primarca angélico. Aquel día, el exsanguinador que le había entregado el Señor de la Muerte en persona, y que había bendecido el propio Corbulo, el guardián del Grial Rojo, le había proporcionado a Rafen las fuerzas necesarias para llevar aquella fatídica batalla hasta su conclusión definitiva. Recordaba con absoluta claridad la repentina oleada de energía que lo había recorrido, la sensación de potencia que le había llenado el corazón y la voluntad.

Allí, en Dynikas V, supo que lo que él había creído era un instante de comunión con su señor primarca, muerto diez mil años atrás, tan sólo había sido una sombra pálida de su verdadera gloria. El contenido del vial, la sangre sagrada sacada del propio Grial Rojo, sin diluir, llena de poder,

mantenida con vida a lo largo de los milenios gracias a las generaciones de clérigos, le corrió por las venas. Era oro y era fuego; era un relámpago y era el sol; no se parecía en absoluto a nada que hubiera experimentado en toda su vida.

El cuerpo de Rafen se vio azotado por unos espasmos tan fuertes que iban más allá del dolor. Todos sus músculos se pusieron rígidos, y todos y cada uno de sus nervios resonaron llenos de energía. Hasta sus propios huesos repicaron como carillones cuando la canción de su primarca lo recorrió por entero. La luz lo rodeó en oleadas y tan brillante como una supernova. Todo el material genético que tenía entretejido en su cuerpo y que le habían implantado durante el proceso de ascenso de iniciado a hermano de batalla despertó por completo. Cada marine espacial albergaba en su interior los marcadores genéticos del primarca que había dado origen a su capítulo. Esos marcadores eran los que estaban unidos a los genes del ser humano normal que había sido antaño. Cada ángel sangriento contenía en su interior una semilla del gran poder majestuoso de Sanguinius. Yacía en las profundidades de su alma, en la carne de los músculos y órganos, y era lo que los convertía en unos guerreros sin parangón en los grandes ejércitos del Emperador.

Y en aquel momento, ambos elementos se llamaban entre sí. La sangre sagrada que le corría por las venas se unió a la del propio Rafen y despertó los ecos del legado del primarca. Una unidad de poder envolvió al astartes desde lo más profundo de su ser, y la sangre se entremezcló con la sangre cuando el hijo guerrero y el padre primarca entraron en contacto durante un breve instante a través de las barreras de la vida y del tiempo.

Durante un momento fugaz, Rafen supo lo que era ser un hijo del Emperador. Experimentó una fracción de aquella gloria trascendental en mitad de una tormenta de sensaciones y de poder llameante. Fue más allá de la prisión que era su propio cuerpo y alcanzó la magnificencia del legado del Gran Ángel.

Experimentó también un miedo enorme: aquello era tan cegador, tan poderoso, que temió quedar destruido por su increíble brillo, al igual que ocurría en la antigua leyenda de Ícaro, que voló demasiado cerca del sol.

«Qué destino, qué muerte tan perfecta sería. Alargar la mano y tocar el rostro de mi primarca».

Apenas se formó aquella idea en su mente, Rafen supo que no podía permitirse morir. Todavía no. En el torbellino confuso de aquel brillo dorado y cegador sintió una verdad que era tan poderosa y clara que fue incapaz de pasarla por alto.

«No moriré aquí. Todavía no he cumplido mi deber».

Abrió los ojos en ese preciso instante y vio a Fabius Bilis delante de él. Aquel traidor se protegía con la armadura de un hermano noble y bueno, y tenía las manos alzadas, listo para atacarlo.

Ya no había dolor. No sintió las heridas ni cansancio alguno. No había dudas o temores. Sólo existía su deber.

—¡Por el Emperador y por Sanguinius! ¡Muerte! ¡Muerte!!

Rafen atacó a su enemigo con una velocidad y una furia sin parangón. El golpe que Bilis quiso propinarle con el puño de combate le pareció torpe y lento, y le resultó tremendamente fácil esquivarlo agachándose y lanzar una serie de puñetazos tremendos contra el abdomen del renegado.

Le dio la impresión de que el tiempo se espesaba y ralentizaba al quedar distorsionado por unos sentidos agudizados al extremo y unos reflejos veloces como balas. Rafen tuvo la sensación de que él era la velocidad y el poder encarnados en un objeto vivo con la forma de un ser humano, algo imparable e intocable. Sus puños desnudos chocaron contra la ceramita, y cada impacto llevaba consigo toda la fuerza que era capaz de descargar. Bilis retrocedió tambaleándose. Las grietas en la armadura que se habían abierto en los ataques anteriores se ensancharon hasta convenirse en grandes aberturas de las que surgieron chispas procedentes de los fallos en los circuitos internos.

Fabius rugió lleno de odio y estrechó a Rafen en un abrazo mortífero para aplastar la cabeza del ángel sangriento contra la placa pectoral de la armadura robada. La mejilla de Rafen quedó desgarrada cuando la arrastró con fuerza sobre las esquinas afiladas del emblema alado del capítulo. El renegado lanzó una descarga de energía con el puño de combate y el cuerpo

de Rafen se vio azotado por un violento relámpago azul que estuvo a punto de hacerle lanzar un grito.

Aturdido por la descarga, con los brazos atrapados a lo largo de sus costados y los huesos crujiendo bajo la fuerza de aquel abrazo triturador, el ángel sangriento aulló y propinó un cabezazo al frontal del casco de la servoarmadura. Sintió un chasquido húmedo en el interior del cráneo cuando se le partió la nariz y notó el chorro tibio de su propia sangre al derramarse, pero también oyó el chasquido del blindacristal al romperse. Una de las lentes oculares rojas del casco se quebró bajo el impacto, y Bilis gritó de dolor cuando uno de los fragmentos le atravesó el tejido blando del ojo. De repente, la presión que lo estaba matando poco apoco desapareció cuando el traidor lo soltó y comenzó a sacudirla cabeza con fuerza para hacer que se soltara el fragmento de cristal que tenía clavado.

Rafen tosió y escupió una gran flema de saliva espesa y oscura mientras se tambaleaba. Sabía que dudar lo más mínimo significaría la muerte, así que atacó mientras todavía podía. Llevado por el poder de la sangre, saltó y se agarró con una mano a la gorguera de la armadura robada de Bilis y se subió sobre él apoyando los pies en el abdomen y en las piernas de su enemigo.

Una vez allí, Rafen golpeó con el puño la placa facial agrietada del casco, y luego repitió el golpe una y otra vez en rápida sucesión, y todos impactaron exactamente en el mismo punto. La sangre empezó a salirle chorreante de los nudillos, y el dolor le recorrió todos los nervios del brazo, pero siguió golpeando, más allá de la razón, más allá de la resistencia, y su mano quedó convertida en una masa de carne sanguinolenta.

Notó que el casco chasqueaba al desencajarse. Aprovechó la oportunidad y lo agarró por el borde para arrancárselo. El rostro de Bilis le devolvió la mirada, con el cabello blanco teñido de carmesí y uno de los ojos convertido en una cuenca ocular desgarrada.

Rafen blandió el casco como si fuera una porra y siguió golpeando al traidor con el orbe agrietado de ceramita. Lo golpeó y lo golpeó con movimientos mecánicos y repetidos, uno tras otro.

Bilis se derrumbó y cayó de rodillas mientras intentaba empuñar alguna de las armas de su cinto, pero no encontró nada. Intentó golpear a Rafen con el puño de combate, pero el renegado ya casi había quedado ciego por completo y tan sólo distinguió una neblina roja en su campo de visión.

Rafen trastabilló hacia atrás y soltó el casco machacado. El poder de la sangre sagrada lo estaba abandonando poco a poco. Se le escapaba por los centenares de golpes y cortes que tenía por todo el cuerpo. La fuerza que lo había impulsado no tardaría en desaparecer, y finalmente sucumbiría. Tan sólo le quedaban unos segundos para poder cumplir su deber.

Había recuperado la sangre de su primarca y la había guardado en un lugar seguro. Había llegado el momento de matar al ladrón que se había atrevido a robarla.

—No… —Gorgoteó Fabius—. No… ¡No se me puede matar! ¡No puedes… acabar conmigo!

Rafen ni siquiera le contestó. En vez de eso, se agachó y concentró todas sus fuerzas en levantar al traidor del suelo cubierto de sangre para alzarlo por encima de su cabeza.

Con un último esfuerzo, con cada músculo de su cuerpo aullando por la tensión, Rafen arrojó al renegado hacia adelante y lo lanzó desde lo alto de la torre de piedra. Luego se desplomó sobre el parapeto y se quedó asomado por encima del borde para contemplar a la figura de rojo caer mientras maldecía su nombre.

El traidor Fabius Bilis, enemigo jurado del Dios Emperador de la Humanidad y del Imperio cayó hasta estrellarse contra las garras impacientes y hambrientas del enjambre de alienígenas que aguardaban en masa allí abajo.

Rafen contempló cómo se alzaban igual que una ola chirriante y estridente, y aquella repugnante marea negra despedazó por completo a su enemigo.

«He cumplido… mi deber».

Le dio la impresión de que el simple esfuerzo de formar aquel pensamiento le arrebataba por completo la escasa energía que le quedaba.

—Todavía no —le dijo una voz lúgubre.

¿Había pronunciado aquellas palabras en voz alta? Tenía el cuerpo sumido en tal estado de dolor que ni siquiera estaba seguro de que seguía respirando.

Unas manos lo alzaron desde el sitio donde se había desplomado y le dieron la vuelta. Vio un rostro familiar y unos ojos oscuros de mirada apagada.

—Noxx.

—El mismo. Así que has acabado con él, ¿no?

Rafen intentó asentir, pero el desgarrador de carne lo hizo por él.

—Por fin.

Distinguió otras siluetas que se movían a su alrededor y dejaban sombras a su paso. Oyó la voz adusta de Puluo.

—¡Por el Trono de Terra! ¿Sigue con vida?

—Así es. —Fue Ajir quien contestó—. Aunque parece haber más sangre de nuestro querido sargento sobre las piedras que en las venas de su cuerpo.

—¡Los tiránidos han conseguido entrar! —Gritó otra voz, pero ésta le resultó desconocida—. ¡Ya están dentro del laboratorio!

Rafen cerró los ojos y se quedó escuchando los estampidos de los disparos de bólter. Por lo que se veía, ya no faltaba mucho.

—El deber sólo se acaba con la muerte —balbució.

—Eso no ocurrirá hoy. —Le dio la impresión de que las palabras de Ceris llegaban desde un lugar muy lejano—. Mirad. Bilis debió de perderlo en el combate.

Rafen oyó un leve tintineo musical. El convocador. Aquel sonido hizo que le apareciera una sonrisa en los labios.

—¡Cerrad filas! —Gritó Noxx—. ¡A mi alrededor! ¡Si queréis vivir un día más, colocaos a mi alrededor!

El sargento de los Ángeles Sangrientos notó que una sensación tibia le cubría todo el cuerpo, y dejó que la oscuridad se lo llevara.

Contempló a través de las vidrieras de una de las ventanas de la capilla cómo Dynikas V se alejaba girando sobre sí mismo, como si le diera vergüenza mostrarle su rostro. Toda su superficie estaba cubierta de tormentas nucleares llameantes del tamaño de continentes, y los anillos de ondas expansivas provocados por las detonaciones múltiples sacudían el manto y el lecho rocoso de los océanos. Los mares ya se estaban evaporando hacia el vacío después de que la atmósfera hubiera desaparecido. Los cráneos artillados que rodeaban al planeta habían quedado consumidos por aquellos fuegos. En el plazo de un día, quizá incluso algo menos, el quinto planeta del sistema sería poco más que una ascua quemada, y todo lo que había albergado no sería más que un recuerdo. La corrupción del Caos y de los alienígenas había quedado borrada por completo.

Rafen inspiró profundamente e hizo una mueca por el dolor que le provocó aquel sencillo acto. Se habían perdido tantas cosas allí abajo. Noxx, Ceris y los demás habían recuperado unos cuantos objetos de entre los trofeos que Bilis había guardado en la torre y los habían añadido al montón del botín conseguido a bordo del Arqueocohorte de Zellik. Entre esos objetos se encontraba el rifle de plasma que antaño perteneciera al héroe Aryon. Sin embargo, se había perdido mucho más de lo que se había recuperado. Sintió una fuerte punzada de remordimiento por la destrucción de la armadura del hermano Kear. Rendiría un tributo especial al recuerdo del muerto en la Sala de los Héroes cuando el Tycho estuviera de regreso en Baal.

Había algo que había desaparecido y que él no lamentaba en absoluto. La negra capa de culpabilidad que lo había cubierto desde el comienzo de la misión se había desvanecido. Había cumplido su deber y tenía la conciencia tranquila.

Apartó la mirada de la vidriera, hizo una reverencia y permitió que el sacerdote sanguinario lo ungiera con los fluidos santificados que contenía la réplica del Grial Rojo que sostenía en una mano. Todos los guerreros que habían regresado con vida de Dynikas V habían pasado por los rituales de limpieza y purificación con el fin de eliminar cualquier posible mancha

residual en sus cuerpos. Sin embargo, Rafen y los demás prisioneros tuvieron que sufrir más procesos de purga. A todos ellos se les había implantado uno de los híbridos tiránidos o semidemonio de Bilis, y los sacerdotes y los capellanes de los Adeptus Astartes necesitaban estar seguros de que no quedaba ninguna clase de estigma en sus almas. Todos los hermanos habían jurado mantener un pacto de silencio respecto a todo lo que había ocurrido durante el tiempo que habían permanecido como prisioneros en manos de Fabius Bilis. De saberse, ninguno de ellos albergaba ninguna duda de que las fuerzas de la Inquisición imperial pondrían el punto de mira sobre aquellos marines espaciales, hasta el punto incluso de ordenar sus ejecuciones sumarias. Sin embargo, aquél no era un asunto en el que pudieran decidir nada los inquisidores. A los prisioneros se los juzgaría cuando regresasen a sus capítulos, y lo haría la única autoridad que ellos respetaban: sus hermanos de batalla.

Rafen se levantó finalmente y aceptó la reverencia del clérigo. Hizo el signo del aquila y se alejó con la tela de la túnica ceñida a su cuerpo con las manos. Cruzó la capilla y se detuvo delante del altar donde se alzaba la estatua de Sanguinius. Allí, un pequeño brasero montado en el interior de un cuenco de hierro ardía con una luz brillante que iluminaba las alas del primarca.

Dio un paso hacia el altar, pero se dio cuenta de que se acercaba otra figura vestida con una rúnica. Se bajó la capucha.

—Primo.

—Primo —le contestó Noxx—. Me alegro de verte. He venido a despedirme.

El desgarrador de carne señaló con un gesto brusco de la barbilla el enorme ventanal circular que se abría sobre sus cabezas. Al otro lado, en el vacío estelar, la nave espacial Gabriel viraba sobre chorros de fuego para dirigirse hacia un nuevo vector de disformidad.

—La Thunderhawk ya está preparada en la pista de despegue. Mis hermanos y los pasajeros me esperan.

Rafen asintió. El guardia del cuervo Kilan y algunos de los otros prisioneros fugados de la fortaleza de Bilis iban a viajar con los

desgarradores de carne y se reunirían con representantes de sus propios capítulos a lo largo del trayecto que realizaría el Gabriel en su regreso a Cretacia. Tarikus y los demás se quedarían a bordo del Tycho, y los ángeles sangrientos les harían el mismo favor a ellos devolviéndolos a sus planetas natales. Rafen se pregunto durante un momento si serían capaces de recuperar las vidas que habían perdido en la prisión. Estaba seguro de que muchos de los que habían capturado los agentes de Bilis habían sido declarados muertos. Cuando regresaran a sus capítulos, sanos y salvos, habría muchas preguntas y muchas investigaciones. Para ellos, las pruebas no habían hecho más que empezar.

Tomó la mano de Noxx y la estrechó.

—Ya tienes lo que quería lord Seth —le comunicó—. En las crónicas de los dos capítulos se escribirá que nuestro enemigo murió a manos de los Ángeles Sangrientos y de los Desgarradores de Carne.

Noxx frunció los labios.

—Los dos sabemos que eso no es cierto. Fuiste tú quien lo mató, Rafen. El honor te corresponde a ti.

—Si hubieras querido, podría haber sido para ti. Podrías haberme empujado por el borde de aquel tejado y luego haber contado a los supervivientes que le habías atravesado el corazón a Bilis. Nadie lo habría sabido.

—Se me pasó por la cabeza —dijo Noxx con voz suave, y después señaló con un gesto a la estatua—. Pero él sí que lo habría sabido, y por mucho que cueste creerlo, tengo algo de honor.

—Yo no lo dudo —le contestó Rafen—. Sin ti y tus guerreros… sin vuestro sacrificio… esta misión habría fracasado. Gracias.

Noxx soltó la mano y adoptó una actitud más formal.

—Hemos llevado a cabo la misión. Hemos cumplido con nuestro deber. Ave Imperator.

—Ave Imperator —repitió Rafen mientras el desgarrador de carne se alejaba.

El sargento permaneció durante un largo momento delante del brasero antes de darse cuenta de que había alguien más que lo observaba. No se

volvió hacia la figura oculta en las sombras.

—¿Has venido para poner a prueba una vez más mi paciencia, codiciario?

Ceris salió a la luz.

—No, pero tengo algunas preguntas.

Rafen sonrió levemente.

—Por supuesto, cómo no.

—La sangre sagrada… —El psíquico lo señaló con un gesto de la barbilla—. Vuestra tarea era recuperarla.

—Y así lo hice, en cierto modo. Sigue existiendo, pero en mi interior.

Ceris frunció el entrecejo.

—Me temo que el gran Corbulo y los demás sacerdotes sanguinarios principales no lo verán de ese modo. Habrá consecuencias.

—Siempre las hay —le replicó Rafen—. Me pedirán cuentas de todo en cuanto lleguemos a Baal, y me enfrentaré a su juicio con la conciencia tranquila. Hice lo que era necesario. No me arrepiento de nada.

—De eso no hay duda —contestó Ceris asintiendo.

—Dijiste que tenías preguntas —añadió Rafen—. Me gustaría oírlas todas, hermano.

—Tengo una incertidumbre que no deja de incomodarme, y debo dejarla manifiesta. Vos, hermano Rafen, sois el único que comprenderá el motivo.

—Adelante, habla —le ordenó.

—Me temo que Noxx se equivoca, mi señor. No dudo que el individuo que fue a Baal, el que le robó al capítulo el vial con la sangre sagrada, esté muerto. No dudo que esa esencia vital siga latente en vuestro cuerpo. Sin embargo, me temo que no hemos cumplido con nuestro deber, no al pie de la letra, al menos.

—Más acertijos —protestó Rafen cambiando de humor. Ceris se le acercó un poco más.

—¿Cuántas veces lo matasteis, Rafen? La garganta destrozada, el disparo de bólter en la cabeza, el ahogamiento en hielo, el festín que se dieron los tiránidos. ¿Cuántos de ellos eran él? ¿Todos ellos? ¿Ninguno de ellos?

Rafen miró con dureza al psíquico.

—¿Sabes la respuesta?

Ceris se retiró de nuevo hacia las sombras.

—No.

—Házmelo saber, si la encuentras. En caso contrario, guarda silencio.

El sargento alzó la mirada hacia su primarca, por fin a solas con sus pensamientos, e hizo una profunda reverencia. Metió una mano vendada en el interior de la manga y sacó un pequeño papel doblado. Era la nota arrugada que había encontrado en el hospital en ruinas de la colonia tau.

Sin leer de nuevo las palabras escritas en él, lo dejó caer en las llamas para que ardiera hasta convertirse en un puñado de cenizas oscuras.



Epílogo

En las planicies del Mundo Cábala, el sufrimiento de los modificados era interminable. Cubría el paisaje de un horizonte a otro, a lo largo de los campos de las granjas de piel y de las casas de cosecha, a través de las sendas de matanza y de los engranajes de carne. El brillo siempre maligno del Ojo lo observaba todo desde arriba, y se sentía satisfecho.

El señor de aquel lugar caminaba entre las hileras y escogía muestras de los mutados y de los transformados como haría un viticultor en un viñedo a la búsqueda de las mejores uvas para la siguiente cosecha. Debido a ello, se detuvo y se irritó enormemente al descubrir un círculo perfecto en sus cultivos, donde la carne de sus capturas más recientes se había estropeado.

Alguna clase de descarga arcana de energías de disformidad había fusionado la carne de los hombres y las mujeres de ese punto y los había transformado en una amalgama de extremidades y rostros. Era un desastre, un desperdicio absoluto de buenos ejemplares. El señor del lugar metió la mano en las profundidades del gran abrigo de cuero que llevaba puesto y sacó una vara que blandió con gesto furibundo.

—¡Muéstrate! —exigió. El gran aparato mecánico que llevaba a la espalda reaccionó ante la ira que sentía y las válvulas empezaron a bombear

al mismo tiempo que las cuchillas y los inyectores se desplegaban en el aire —. ¡Dime tu nombre, criatura!

La masa de carne se estremeció y habló con una docena de voces chillonas y gimoteantes.

—Os traigo nuevas de suma importancia, gran Primogenitor, el primero entre el Caos Absoluto, descendiente de todos los…

El individuo clavó la punta de la vara en la carne, que se estremeció al sentir un dolor exquisito.

—¡Contéstame! ¡Cómo te atreves a romper mis salvaguardas y venir aquí sin haber sido invitado! ¡Voy a destruirte!

—Escuchadme —borboteó la amalgama—. Debéis saber que vuestro gran plan, uno más sin duda de una mente tan brillante como la vuestra, ese gran plan del mundo letal del sistema Dynikas, el quinto planeta, ha fracasado.

El coro de voces soltó una risita boba.

—¿Dynikas? —La punta de la vara apuntó hacia el suelo—. Entonces, el silencio de mi sustituto…

—Fueron los lacayos del dios cadáver, gran señor. —La amalgama siseó y gimió—. Los Ángeles Sangrientos.

Nada más decir aquellas palabras, la amalgama de carne vomitó con violencia.

El señor del lugar se echó a reír con frialdad.

—Por supuesto. Sabía que acabarían llegando. Después de todo, era una jugada muy atrevida. No debería sorprenderme que contraatacaran y tomaran represalias. —El señor se quedó mirando fijamente a la amalgama —. ¿Por qué vienes a contarme todo esto? ¿Cuál es el propósito de esta noticia?

—Mi amo y señor sólo desea que tengáis éxito en vuestros planes —barbotó la masa carnosa—. Y desea ayudaros a superar este contratiempo.

—No necesito ninguna ayuda —fue la furiosa respuesta—. Dispongo de muchos sustitutos. Enviaré a otro y empezaré de nuevo. Ningún acto de interferencia por sí solo será capaz de hacer fracasar mi gran estrategia.

—Muy cierto. Sin embargo, ¿no arde en vuestro interior la llama de la rabia? ¿No deseáis ver muertos a esos cachorros sangrientos?

El individuo dio media vuelta.

—Mataré a quien quiera cuando crea que ha llegado el momento. Y ahora, vete.

—Como deseéis —respondió con un jadeo la forma carnosa. La brujería que la mantenía comenzó a desvanecerse, y la piel y los demás tejidos empezaron a convertirse en una pasta semilíquida—. Pero recordad esta oferta de ayuda, Fabius Bilis, y sabed que el príncipe de la disformidad Malfallax comparte vuestro odio.